

Joaquín Díaz Garcés

OBRAS ESCOGIDAS

Edición al cuidado
de
Raúl Silva Castro

19



69

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

OBRAS ESCOGIDAS

JOAQUIN DIAZ GARCES

OBRAS ESCOGIDAS

Edición al cuidado
de
Raúl Silva Castro



EDITORIAL ANDRES BELLO

© Raúl Silva Castro. 1969

Inscripción N° 36.043.

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Santiago de Chile.

“Facúltase a la Editorial Jurídica de Chile
para usar indistintamente
su propia denominación o la de
Editorial Andrés Bello”.
(Art. 76 de la ley N° 12.084).

Impreso en los talleres de la
UNIVERSIDAD CATOLICA
Santiago de Chile — Lira 140.

INDICE

Introducción Biográfica	11
-----------------------------------	----

CUENTOS

Los dos patios (cuadros de la ciudad)	31
Un siglo en una noche	43
Incendiario	55
Juan Neira	61
El más bruto de los héroes	69
El maestro Tin-tin	75
El cura de Romeral	81
De pillo a pillo	89
El contemplativo	95

PAGINAS DE LA HISTORIA

Una tradición de piratas. La mujer que lloraba	105
La fortuna misteriosa	112
La Compañía	155
El excomulgado	161
Remordimientos de un conspirador	183

ESBOZOS BIOGRAFICOS

Villaruel (El General Dinamita)	193
Don Antonio Varas	215
Juan Francisco González	229
Valenzuela Llanos	233
Don Julio Zegers a los 82 años	237

BUEN HUMOR

Cartas de París. La dama de las camelias, el restaurant de Rancagua y la Torre de Eiffel	243
---	-----

Problemas agrícolas al alcance de los no agricultores	249
El tránsito del Demonio	257
Una figura de antaño. Don Pedro de Castro	263
La cafetera rusa	267

C O S T U M B R E S

Frutos nacionales. La sandía	275
Rubia	279
Matrimonio con príncipe	283
Interiores modernos	287
Psicología del intruso	295
Reformas y progresos médicos	303
Director de verano	311
Historia de un piano	321
Huésped de la nación	325

N O T A S D E A C T U A L I D A D

Revoluciones	339
Comidas cordiales	343
Un encuentro	345
Huevos importados (Cuadro de gallinero)	347
De baja	351
El frío	355
La mano cortada	357
Un recuerdo a los ausentes	361
Cuando las mujeres se enojan	365
Dentro de cincuenta años	369
En el foco de las revoluciones	371

P A G I N A S L I T E R A R I A S

Hombres de ayer y de hoy	379
Campoamor	381
Genio de prensa y de política francesa	385
Un escritor de ideas. Noticias sobre Charles Péguy	391
Tívoli y la villa del Cardenal D'Este	397
Días tristes en Bruselas	405

INTRODUCCION BIOGRAFICA

El prodigioso encumbramiento de Díaz Garcés, que a los veintidós años de edad contribuía a la fundación de un diario, El Mercurio, y a los veintisiete fundaba otro órgano periodístico, Zig-Zag, llamado a muy larga existencia, confundió un poco a sus contemporáneos. No era fácil verle. Estaba siempre atareado, rodeado de gente que recibía sus órdenes, y en los ratos libres, ansioso de estirar los músculos, se iba al Club de la Unión, en donde le esperaba una mesa de billar para echar algunas carambolas, sin perjuicio de comentar en forma chusca los sucesos del día. Y allí, en medio de la suelta charla, mientras unos llegaban y otros se iban, el escritor oía como sin querer y combinaba in mente el comentario de que iba a surtir su columna. Esbozos de costumbres, siluetas en broma o en serio, ocurrencias efímeras a las cuales el brío del estilo confería de pronto la perennidad de la letra impresa, todo podía almacenarse para tomar forma en la jornada siguiente, o más tarde, en las líneas de la colaboración periodística. No, no era fácil verle, porque tuvo el tiempo embargado por increíbles compromisos, desde la Alcaldía de Santiago hasta la presidencia de instituciones de caridad. Iba al museo, asistía a las exposiciones de arte, leía en el refugio de su hogar, alta la noche, y escribía, sobre todo escribía, cual si estuviera dominado por una fiebre.

Interpretando la aureola de que se rodeaba el escritor en aquellos años de su vibrante juventud, Fernando Santiván ha dejado una estampa primorosa de su genio y figura. Santiván escribe sus Recuerdos Literarios (1958), y allí puede leerse:

Por fin, un día el director se dignó darme audiencia. Me recibió de pie en medio de una vasta sala. Grandes sillones, muebles profundos. Enorme mesa atestada de libros, revistas y papeles. Cuando me dirigió la palabra debo de haber respondido algo muy retorcido, ama-

nerado y, quizá, ininteligible. El director sonrió imperceptiblemente. Yo temblaba. Hizo referencia a un cuento mío que dijo haber leído. Tuvo frases benévolas para juzgarlo y luego me recomendó mejorar el estilo, evitar la repetición de palabras y las cacofonías. Luego, tomando un libro de un estante:

—¿Conoce a Flaubert?... —me dijo—; aquí tiene su biografía y el método de trabajo que empleaba. El maestro corrigió sus originales hasta veinte veces. Este libro contiene facsimiles de los borradores, con las transformaciones sucesivas que necesitó para llegar a la perfección. Corregir, corregir... ¡Esa es la verdadera ciencia del escritor!...

En seguida, abriendo gentilmente la puerta, me despidió.

Cuando, pocos minutos después, me encontré en la calle, todavía agitado por la confusión, comencé a hojear el libro. De pronto, me ocurrió una duda: aquel libro... ¿era un préstamo?, o simplemente, ¿me lo dio para que lo hojeara en su presencia? Volví, ¡pero ya la puerta del director estaba cerrada y quizá en toda la vida no volvería a abrirse!

El escritor a quien se refieren aquellas líneas de Santiván, Joaquín Díaz Garcés, había nacido en Santiago el día 15 de septiembre de 1877. Después de estudiar las primeras letras en un colegio particular llamado de San Luis de Gonzaga, ingresó al de San Ignacio, sostenido por los padres de la Compañía de Jesús, para el curso de 1887. Se mantuvo allí por espacio de ocho años, y al cabo de ellos egresó de las aulas con el título de bachiller en humanidades, que habilitaba entonces para estudios superiores. Queriendo dar gusto a su familia ingresó a la escuela de leyes sostenida por la Universidad Católica, donde pudo completar los estudios necesarios para obtener el título de abogado. Pero antes, ya desde las aulas de la Compañía de Jesús, el mozo había comenzado a interesarse en el periodismo, y fue éste finalmente tan poderoso en su ánimo que le hizo dejar incompleta la carrera para la cual se estaba preparando.

Sus colaboraciones iniciales como periodista vieron la luz en El Chileno, y en seguida algo escribió asimismo para El Porvenir. En ambos periódicos encontró el joven Díaz Garcés un buen amigo, con algunos años más, en cuyos consejos pudo confiar: Carlos Silva Vildósola, nacido en 1870 y fogueado periodista cuando Díaz Garcés alcanzaba hasta El Chileno a dejar sus primeras tímidas colaboraciones. Para fortuna de todos, Silva Vildósola ha contado cómo entró en contacto con aquella nueva firma:

Joaquín Díaz Garcés llegó un día a las oficinas de un diario popular que se titulaba *El Chileno* y presentó al que era su redactor único, un pequeño artículo sobre las desventuras y molestias de los viajeros de un cierto tranvía arrastrado por caballos que corría por el camino de Ñuñoa hasta las puertas de la chacra de Tobalaba, propiedad entonces del padre, don Joaquín Díaz Besoain. Era uno de tantos párrafos como llegan a las imprentas para protestar de malos servicios; pero estaba escrito con tal espontaneidad, elegancia de estilo y burlón ingenio, que el redactor supo desde ese momento que tenía delante de sí a un escritor y, mejor aún, por ser el género tan escaso en Chile, a un humorista (*Retratos y Recuerdos*, p. 173).

El ya aguerrido periodista notó en el nuevo un rostro moreno pálido, de líneas nobles, con un vago aire napoleónico, el cual más adelante se rellenó en un comienzo de obesidad que hubo de acompañarle hasta la muerte. En la boca breve, de rasgos curvos, flotaba la sonrisa. La frente no era muy amplia y aparecía coronada por mechones de pelo hirsuto. Este conjunto, que pudo ser ingrato tal como le describen las palabras, se dulcificaba notablemente por la mirada, clara, limpia, recta, de ojos en donde la expresión de la risa era, como en los labios, la más frecuente. El continente era desenvuelto, ágil, de adecuada corpulencia, y sin ser elegante en el sentido trivial de las palabras, aparecía siempre atinadamente vestido con trajes de buen corte.

Otro compañero de letras en aquellos años de iniciación, el periodista Pedro Belisario Gálvez, le diseñaba como sigue:

Le acogimos con cariño. El gordito era simpático, alegre, conversador. Andaba siempre con libros bajo el brazo. Al principio yo creí que eran códigos; pero eran versos de López Silva y prosa de Pérez Zúñiga.

El mismo cronista cuenta (El Mercurio, 20 de mayo de 1908) cómo el primer artículo con que Díaz Garcés quería contribuir a la redacción de El Chileno fue leído a un grupo de dirigentes del diario, entre quienes naturalmente se hallaba Enrique Delpiano, bajo cuya responsabilidad corrían los intereses superiores de la empresa; y añade que al terminarse la lectura, realizada por Silva Vildósola, "todos declaramos que era un artículo de primer orden".

Nos hemos detenido un tanto en estos pormenores para hacer notar que Díaz Garcés llegó a la prensa de propia voluntad, por inclinación espontánea, sin que nadie lo urgiera a dar semejante paso. No podría decir que fue insistentemente llamado por los directores de un periódico para trabajar en él, ni que le había sido imposible soslayar la cariñosa presión de sus amigos, si le imponían el sacrificarse dentro de la prensa por tal o cual causa o doctrina. Nada de eso. Nadie lo invitó, ni se vio urgido por nadie. En uso de su voluntad, alentada sin duda por una vocación ardiente y hasta irresistible, llegó a El Chileno, ofreció sus servicios y éstos fueron aceptados. Si el pequeño conclave a que se refiere Pedro Belisario Gálvez no hubiera encontrado excelente aquel artículo, Díaz Garcés habría debido irse mansamente a proseguir los estudios de leyes, o bien renovar su instancia en otro órgano de prensa en donde la afluencia de colaboradores hiciera más preciada su mercadería. Estando ya en ejercicio en El Chileno, Díaz Garcés fue llamado a cumplir el servicio militar en el escuadrón escolta, lo que le dio ocasión a escribir una pequeña serie de artículos de rememoración, publicados primero en el diario y en seguida, parcialmente, en Páginas chilenas.

El Chileno fue, por lo demás, una excelente escuela o academia, en donde la presencia de Silva Vildósola, Delpiano, Fernández, Gálvez y otros, surtió a Díaz Garcés de principios para poder ajustar sus producciones a las necesidades propias de la redacción. Abreviando; de allí pasó a El Mercurio, en cuya edición de Valparaíso alcanzó a colaborar algún tiempo y cuya edición de Santiago ayudó a crear y organizar.

Joaquín Díaz Garcés había sido compañero de estudios en el Colegio de San Ignacio con Agustín Edwards Mac Clure, a quien, al fallecimiento de su padre, iba a tocar la grave responsabilidad de asumir la gerencia y la dirección de importantes negocios. Entre ellos estaba El Mercurio, publicado entonces sólo en Valparaíso, en donde había sido fundado en 1827. El señor Edwards Mac Clure concibió el audaz proyecto de crear una edición de aquel periódico en Santiago, y para ello reunió a unos cuantos periodistas entre los cuales, naturalmente, ocupaban los sitios más relevantes sus amigos personales y antiguos condiscípulos. La singular oportunidad ofrecida entonces a Díaz Garcés queda explicada; y debe notarse que asumió no sólo ella,

pues en años siguientes fundaba Zig-Zag, El Peneca, Familia, Selecta, etc., revistas ilustradas, de actualidad, dirigidas a diferentes grupos de público, con las cuales terminó por formarse una vasta empresa periodística que subsiste hasta el día, si bien aquellos títulos de los primeros años se hayan extinguido.

Y comenzó entonces otra jornada, en la cual Díaz Garcés iba a realizar uno de los más inquietantes milagros de la vida periodística chilena, al parecer nunca repetido. Períodos hubo en los cuales fue redactor casi exclusivo de El Mercurio, cuya dirección ejercía, debiendo entonces escribir tanto el editorial grave, sesudo, llamado a producir la calma en los negocios públicos, como el Día a Día breve, ingenioso, chispeante, casi siempre capaz de aprisionar en pocas líneas un drama humano o un problema moral, y desde luego el artículo humorístico, firmado Angel Pino, en donde el periodista encerraba sus chistes y sus paradojas, sobre sucesos de la actualidad, atribuidos a las veces a un personaje rústico, bonachón, de cortas luces pero de grande agudeza en el decir. Todo ello, en fin, a ritmo veloz, sin pensarlo dos veces, escrito con frase fluida, sencilla y clara, pero entonada y viril, dotes esenciales para el periodismo y que Enrique Delpiano difundía entre las primeras enseñanzas de su academia de El Chileno. Y así como el redactor ejecutaba a diario aquel prodigio, el público a su vez le respondió como jamás se ha respondido a otro escritor nacional: sus artículos eran leídos y comentados. De vez en cuando alguien, malhumorado, caía en la comezón de contradecirlos; pero lo más general fue la aquiescencia, cuando no el franco aplauso, hacia aquella torrencial actividad en donde imperaban siempre la gracia, el chiste de buen gusto y la observación atinada, congruente, patriótica, útil para el interés nacional.

Un día el periodista se sintió atraído por la función edilicia, y fue elegido regidor y en seguida, por sus colegas, alcalde de Santiago. Y aun cuando su período fue breve, viose subrayado de intenso dramatismo con el terremoto de 16 de agosto de 1906, ocurrido cuando él estaba sirviendo la Alcaldía. Pero estas contingencias no le alejaron de su carrera periodística, en la cual representaba ya un papel decisivo, a juzgar por las muestras de acatamiento y de respeto que se le prodigaban desde todas las filas de la opinión pública.

Promediando el año 1908, Joaquín Díaz Garcés salió de Chile en calidad de secretario de la Legación de Italia y Suiza, con sede en Roma, servida a la sazón por don Santiago Aldunate Bascuñán, su ministro plenipotenciario. Díaz Garcés había enterado ya ocho años de labor en El Mercurio y era la primera vez que salía de Chile. Aparentemente, separábase del servicio del diario para afrontar, en un medio nuevo, actividades totalmente distintas de las que hasta entonces habían ocupado su inteligencia y su tiempo. ¿Diplomático? Sí, a condición de olvidar muy cabalmente su cotidiana colaboración al diario, sus regocijados comentarios de la actualidad y hasta sus cuentos chilenos, observados en la realidad misma de la vida campesina tanto como del escenario urbano. Algunos de sus amigos hicieron alusión al hecho de que el uniforme parece cortado para sofocar las palpitaciones de un corazón demasiado ardiente, y el buen diplomático ha de mantener cerrada la boca y muy abiertos los ojos y los oídos para que el interlocutor no arrastre con su charla al bisoño y le haga, con toda ingenuidad, caer en la gaffe monumental.

Pero no avancemos demasiado. El periodista no pretendía sino ver mundo, cosa que tal vez formaba en sus ensueños de la primera juventud, y no servir de secretario a una legación, la cual después de todo es oficina como cualquiera, con horas de entrada y de salida y no pocos deberes anexos que hacen el trabajo bastante absorbente. Ni entendía tampoco separarse para siempre de El Mercurio, a cuyo nacimiento había asistido. ¿Cómo olvidar aquellas horas febriles de mayo y junio de 1900, cuando el diario estaba en preparación y cuando lanzaba sus primeros números? Las dificultades de la prensa y de las cajas, el anuncio a deshora de que faltaba algo indispensable, las pruebas, la selección del personal, la organización de todos los mecanismos que dan vida a un diario, habían embargado el tiempo de Joaquín Díaz Garcés y de otros jóvenes reclutados por el animador de la empresa, don Agustín Edwards Mac Clure. Se trataba de producir un nuevo diario cimentado en la sólida y ancha base del buen nombre ganado ya por el periódico porteño del mismo título, y de lanzarlo en Santiago, que bien podía exhibir el derecho a poseer un órgano suyo, tanto mejor recibido si la nueva generación lo lanzaba, generación a la cual no podían satisfacer los ya un tanto asmáticos quejidos de El Ferrocarril ni la lectura algo sensacionalista de El Chi-

leno, por citar a los dos únicos competidores temibles: los demás, eran diarios de clientela harto menguada. En realidad el periodista no dejó de serlo al ausentarse en junio de 1908 de su hogar espiritual. Partía de Chile con el compromiso de seguir escribiendo para el diario, así como éste adquiriría por su parte el de publicar su colaboración y de pagársela.

Joaquín Díaz Garcés permaneció cuatro meses en París antes de irse a Italia, estableció su residencia en Roma, estuvo el verano y el otoño de 1909 en Frascati, pequeña ciudad que por su cercanía a la corte romana no le impedía atender la legación, visitó fugazmente a Nápoles y se encontraba de vuelta por Chile en las vísperas del Centenario, precisamente el 15 de septiembre de 1910.

Es posible, por lo demás, que el propio escritor no supiera la importancia de este viaje en la orientación de su literatura. Si el alma del periodista se abrió a nuevas verdades, fruto en gran parte de la comparación entre el medio nativo y el europeo, el estilo se vivificó con aportes de cultura y de erudición totalmente nuevos, y una corriente de vibrante simpatía se hizo presente en los artículos hasta ensancharlos y darles, no pocas veces, proporciones inusitadas. Nació en él un escritor diferente al de ayer: más intencionado, tolerante, sagaz, inspirado en la lección de la historia; la contemplación de rotos monumentos le condujo a hondas meditaciones, y en las costumbres del Viejo Mundo que estuvieron a su alcance vislumbró nociones útiles para todos los chilenos. Díaz Garcés iba del Nuevo Mundo, es decir, de países sin historia, donde todo está en formación, y se apellida antigua una casa de cincuenta años, un camino de treinta, puentes y acueductos construidos por nuestros padres. Trasplantado a Roma, umbilicus del imperio de Occidente, se vio sumergido en un ambiente totalmente diverso, y, flexible y vivaz, se adaptó en el acto. Y así le hallamos, en las páginas vibrantes de esos ensayos, acoger la melancolía de las viejas piedras, de los mármoles rotos, de las catacumbas, imaginar la vida de los romanos y de los bárbaros, de los primeros cristianos, de los hombres del Renacimiento, y combinar una especie de calidoscopio de pequeños fragmentos con todas aquellas visiones superpuestas, en el grado en que lo permite un artículo de periódico. Desechó el Baedeker cuanto pudo, y al guía indiscreto le dejó con un palmo de narices: deseaba andar a sus anchas por ese mundo poblado

de reliquias, nuevas porque no las había visto antes, pero suyas porque allí también el escritor adquiriría en plenitud el concepto de formar parte de este mundo antiguo, como heredero de sus tradiciones y de su espíritu.

En aquellas jornadas romanas asimiló también Díaz Garcés la más honda y duradera de las admiraciones por el arte clásico desenterrado por legiones de eruditos exploradores o aflorado espontáneamente por accidentes naturales o por casualidad feliz. Y esto le preparó para ser en Chile, andando el tiempo, director de la Escuela de Bellas Artes de 1916 a 1919 y director del Museo desde octubre de 1919 hasta su muerte. A falta de los originales de aquellas piezas de arte, proponía la creación de museos de copias donde pudiera seguirse la imperecedera lección de Praxíteles y de Miguel Ángel, sin pretender la posesión de originales de costo inaccesible.

Al periodista correspondió también la suerte especialísima de ver volar sobre Roma y sus cúpulas un dirigible manejado por italianos, y estar en el terreno desde donde Wright ensayaba su frágil nave aérea, y es muy representativa de la mentalidad abierta del escritor, la simpatía con que acogió aquel vuelo, la curiosidad que le arrastró a los preliminares y la sobrecogedora emoción de novedad triunfal señalada por él mismo para aquella hora única de su vida. En el ecuménico espíritu del escritor se configuró en atisbo la trascendencia que adquiriría, con el tiempo, aquel nuevo medio de salvar distancias, que a muchos hombres de esas horas debe haber parecido vagar inútil de unos pocos lunáticos.

La repercusión de estos artículos fue grande y sin duda merecida. Se leyeron con agrado y admiración, y no pocos testimonios contemporáneos prueban hasta qué punto sus lectores lograron darse cuenta de cómo nacía con ellos a la vida de la literatura un escritor antes no soñado. Mariana Cox de Stüven, por ejemplo, se convirtió en admiradora entusiasta de este nuevo talento, revelado para ella sólo a raíz del viaje del periodista a Europa. En *La sombra inquieta de Aolne* ha quedado la escena en que no nos atrevemos a introducir ningún cambio, ante el peligro de que pierda emoción y gracia:

Alguien llamó a la mampara en ese instante; abrió ella desde arriba y con voz aguda, de una afinación perfecta, lo invitó a subir. Era

un muchacho con un libro: las *Páginas chilenas* de J. Díaz Garcés.

La miré sorprendido:

—¿Se ha convertido Ud. a la literatura nacional? ¿Desde cuándo?

—¡Pero sí! ¿Que no ha leído las crónicas de Roma enviadas por Díaz Garcés? Es todo lo más maravilloso que he visto: M. Jules Huret me preguntó qué artistas había en Chile y yo le contesté: Uno solo, Joaquín Díaz.

Don Julio Vicuña Cifuentes, al recibir años después a Joaquín Díaz Garcés en la Academia Chilena, sintetizó muy bien las emociones de esos lectores, al decir:

Un día el escritor se hizo diplomático y partió a Italia, la cuna de la civilización latina. Era muy joven, pero tenía la preparación que dan los libros al que sabe leerlos. Procedía de un medio semicolonial, "poco inclinado a idealidades", según la frase de Menéndez Pelayo, pero le animaba el entusiasmo que enciende el alma y acalora la mente, lo mismo entre las brumas de los climas inhospitalarios, que en el radioso ambiente de la selva tropical. Sus ojos se abrieron a la contemplación de la belleza plástica que el genio de muchas generaciones ha acumulado en los museos, y queriendo ahondar en ella, recibió las lecciones de maestros especialmente educados para interpretarla. Visitó los monumentos de la Ciudad Eterna, recorrió los sitios históricos de la campiña romana, y estuvo en los que fueron los cármenes de Tívoli, tantas veces cantados por el viejo Horacio.

El entusiasmo es naturalmente comunicativo, y el suyo reboseó en artículos de tan intenso colorido como *Tívoli y la villa del cardenal de Este*, *Tarde en el Aventino*, y otros igualmente bellos, que cayeron cual lluvia temprana en la aridez de nuestra vida social, propensa a descontar de sus ideales de grandeza los inefables goces del espíritu.

Y es justo cuanto dice el señor Vicuña, porque estos artículos, frescos cual si acabaran de ser escritos, han sido capaces de conservar el aroma de la campiña romana con tanta fidelidad como la emoción de historia que sacudía al escritor al recorrer las vías por las cuales, siglos antes, habían discurrido las legiones cesáreas y las hordas de los bárbaros.

Cuando apareció por primera vez Pacífico Magazine, en el mes de enero de 1913, la revista Zig-Zag, en cuyos talleres se imprimió, estaba próxima a enterar ocho años de vida. Fueron tiempos duros, aunque no ingratos. La empresa de aclimatar revistas de calidad en el público chileno tropezó, naturalmente, en algunas dificultades inicia-

les, pero el terreno se mostraba fértil. Los obstáculos técnicos habían sido removidos, y para interesar a los escritores se abrieron concursos con premios en dinero y, más seguro y constante que ese camino, el de la redacción misma. En Zig-Zag y sus juveniles hermanas (Corre Vuela, El Peneca, Familia, Selecta . . .) estaba enrolada la nueva generación de escritores y de dibujantes. Todos eran amigos y, fundidos en una aventura que invitaba a la emulación, trasnochaban si era preciso para llevar a cabo su tarea y no omitían sacrificio para sacar cabeza en el grupo.

Dos por lo menos la sacaron de verdad, y sus amigos aceptaron la superioridad que les daba el talento. Alberto Edwards y Joaquín Díaz Garcés habíanse formado muy distantes el uno del otro. El primero, en Valparaíso, discípulo de los organizadores y promotores del Museo, de mozo se mostró interesado en la entomología, la geología y la meteorología. El segundo, en Santiago, habiendo optado muy joven por las letras, caía en el periodismo. Colaborador de El Porvenir y de El Chileno, era en este diario en donde lograba encontrar la medida justa de sus fuerzas: un artículo casi cotidiano escrito en broma, con rasgos de costumbres, frecuente mención de sujetos conocidos de todos, crítica de usos sociales, nefastos o incómodos en el juicio del autor, remembranzas patrióticas, proyectos de mejoramiento urbanístico . . . ¿Cabe enumerar siquiera lo que Díaz Garcés insinuaba o subrayaba en esas líneas? Imposible: estamos haciendo una evocación literaria, no un arqueo. Y cuando en 1900 se fundaba en Santiago el diario que repetía el título de El Mercurio, decano de la prensa chilena por haberse comenzado a publicar en Valparaíso en 1827, parecía natural que a él fuese a parar el ya garrido periodista. Y entonces comenzó una nueva etapa de su labor.

En esos tiempos, Joaquín Díaz Garcés había ya asumido el seudónimo con que pasa a la historia literaria: Angel Pino. Viéndolo al pie de una columna, el santiaguino tiene derecho a sentirse directamente aludido en sus hábitos corrientes de lector. Se le interpela con benevolencia, pero sin mucho respeto, y se le hace ver cuánta incuria hay en la suciedad de las calles, en la estrechez de las aceras y en la dificultad con que puede transitar por Chile ese hipotético turista que el escritor, asomándose al futuro, supone interesado en recorrer el país nuevo, lleno de promesas. Así discurre la vida de Angel Pino

durante trece años en El Mercurio. Se le deben también editoriales graves, comentarios de redacción anónimos donde el periodista hace a maravilla cuanto es de su deber: proporcionar a la sociedad ambiente un órgano de expresión que ésta termina por creer propio suyo, como si hubiera nacido de sus entrañas. De vez en cuando, el seudónimo Angel Pino permite, sin embargo, atribuir padre a aquella vigorosa producción que cuando anónima parecía el bien mostrenco de todos y de nadie.

En la aventura de Pacífico Magazine, Joaquín Díaz Garcés y Alberto Edwards, cuyas profundas diferencias se han señalado ya, tuvieron el punto estelar de cita que los liga para siempre a la historia de las letras. Uno puso las nociones ciertas de la estadística y el otro la emoción de los relatos. Todo esto, sin embargo, es relativo, porque lo característico de aquella unión de espíritus fue la mutua fecundación. Edwards olvidaba de vez en cuando sus estadísticas y la meteorología para crear un detective chileno, émulo de Sherlock Holmes, encargado de perseguir a criminales de Chile con medios propios del ambiente; y Díaz Garcés dejaba con gusto de escribir su habitual relato histórico, lleno de misteriosas vibraciones, para acudir a problemas de actualidad y para imaginar escenas del futuro a lo H. G. Wells. Este contrapunto, muy interesante de seguir, se encuentra disperso en las páginas de Pacífico Magazine, e invita al paralelo de aquellos dos ejemplares talentos.

Díaz Garcés se propuso hacer en Pacífico Magazine una evocación completa de la vida antigua de Chile, escogiendo, como era previsible, los puntos salientes, los hechos dramáticos, personalidades excepcionales, encuentros trágicos, enredos, traiciones, intrigas, amores contrariados, pequeñeces y alternativas de la vida cotidiana, que dejan de parecer tan menudas si las reviste con su aureola la distancia en el tiempo. Y escribió mucho, como era su costumbre, tanto que con el caudal de aquellas páginas podrían formarse con facilidad varios libros. Al de los relatos de hechos ocurridos propiamente dentro del período colonial había pensado él bautizarlo con el expresivo título de A la Sombra de la Horca.

Pretendió reconstruir la vida de la Colonia para uso de sus lectores, con ayuda de dos instrumentos que en sus manos cobraban fuerza insólita: la intuición que evoca los días pretéritos, y la información

histórica. No era historiador, desde luego; pero vivió cerca de ellos, y a don Tomás Thayer Ojeda le agradece informaciones comunicadas para escribir sobre Vega Sarmiento, y a otros, sin nombrarlos, les señala en diversas páginas por autores de obras de reconstitución histórica que había leído. También debe mencionarse a Alberto Edwards, dueño ya en 1913 y años siguientes de un saber de la vida pretérita de Chile, cuya amplitud pocos podrían argüirle. Aventuraríamos inclusive que fue Edwards quien le aconsejó este nuevo género de literatura, y en todo caso la comunidad de la redacción permitió al historiador inclinar al novelista a tomar como tema de sus escritos algunas antigüedades coloniales. No tenemos dato para afirmar nada de ello; pero se nos permitirá insinuar la colaboración tanto más posible, hablando en términos de psicología, cuanto que, como se sabe, Edwards y Díaz Garcés no se guardaban secretos y escribieron literalmente juntos.

Pero la historia es siempre un poco superficial, y Díaz Garcés buscaba una mayor profundidad, en la interioridad de las almas. Un ejemplo típico: La mujer que lloraba, relato misterioso, lleno de sutiles resonancias, es cuento de base histórica pero ha sido escrito con apelación a las almas, a lo novelista, y no dentro del empeño propio o característico del historiador. Y es que Díaz Garcés era ya, a las alturas de 1913, maestro en el tratamiento de figuras novelescas, y sabiéndolo se había propuesto descollar en él como antes, y en esos mismos días, descollaba entre los periodistas. Díaz Garcés no admiraba en exceso la vida colonial; pero se interesó en imaginar cómo habían actuado, en condiciones diferentes a las suyas, sus propios antecesores. La historia propende generalmente a producir en los hombres cultos esta impresión de parentesco. Si sabemos cómo vivimos nosotros, los de un período determinado, queríamos saber cómo vivieron los antepasados nuestros, en otros períodos de caracteres disímiles, y estudiando, aprendiendo, investigando e imaginando, vendremos a comprender que somos unos mismos, a pesar de las diferencias de edades que parecen encaminadas a separarnos de los padrones comunes. Nada se pierde, todo se perpetúa; cada ser vivo es hijo y nieto de otros seres vivos. Es algo necio imaginar que en las sociedades humanas ocurren grandes choques, profundos cambios, trastornos y violentas desviaciones del alma. Todo lo contrario. La evidencia de que en el siglo XVII, así

como en el siglo XX, el chileno es, piezas más o menos, una sola entidad psicológica, se patentiza desde la primera hasta la última página de esos relatos.

Dentro de la aventura de *Pacífico Magazine* el escritor iba a tocar nuevas notas en su armonioso instrumento. Subsisten, claro está, las páginas chuscas y de censura de las costumbres, y el autor se muestra más de una vez preocupado por el mal aspecto en la ciudad de que fue Alcalde, hecho como para repeler al viajero y desalentarlo de cualquier posibilidad de regreso. Pero en ese mismo período sobrevienen grandes cambios en la sensibilidad del artista, cambios reflejados en la estructura de los relatos y en los logros del idioma.

La novedad más trascendental toca al estilo, donde alcanza una plasticidad encantadora, tanto más digna de ser festejada y aplaudida y recomendada, cuanto que todo ello se consigue con el uso de las palabras más llanas y sencillas. Debe notarse que Díaz Garcés no se distrae empleando voces escogidas, captadas en las páginas de un diccionario de sinónimos, sino al revés, acude a las más cotidianas y fáciles de percibir. No quiere distanciar de sus escritos al lector, antes bien, acercarlo, y para ello mueve emociones y se entrega a un patetismo honrado, de buena ley. La vibración del estilo es singularmente feliz entonces, y trozos pueden citarse en donde una sensibilidad fresca, pronta, alerta a los más recónditos matices, logra crear una atmósfera densa de evocaciones y de resonancias. El artista es ya dueño de su instrumento, y lo maneja con destreza casi del todo irreprochable.

Joaquín Díaz Garcés era evocador plástico de ambientes, inclusive de los que no conocía directamente o había frecuentado poco. Si habla de los jardines de su patria, señala en ellos las madre selvas y las enredaderas cuyas flores embalsaman las noches veraniegas del plenilunio; pero también sabe incorporar a su prosa el ritmo del oleaje, la violenta resaca, la canción áspera y sarcástica de la marinería entre los piratas, la irrupción de la luz sobre el océano, sensaciones todas nada familiares a un periodista chileno de comienzos del siglo. Es feliz en todos los casos, abre perspectivas distantes, hace soñar, sacude la indiferencia y deposita, en fin, en el espíritu de su lector una chispa, fugaz sin duda, de regocijo o de congoja, que a quien la recibe corresponde alimentar o extinguir.

Los cuentos coloniales de base tradicional e histórica que escribió Díaz Garcés ostentan otro título para nuestro interés. Por los días en que fueron compuestos, proyectaba el autor una novela de costumbres chilenas, y, según parece, la compuso antes de poner término a la serie de relatos publicados en *Pacífico Magazine*; pero la había concebido en grande, con varias intrigas complicadas y subordinadas, y su ejecución le embargó más tiempo del calculado. El hecho es que *La Voz del Torrente*, la novela aludida, sólo vino a salir al encuentro del público cuando ya su autor había fallecido. Parece, pues, posible establecer cierto lazo íntimo de unión entre los relatos y la novela. En todo caso, con ésta y con los otros el escritor tentaba nuevas rutas en su carrera y empeñaba sus fuerzas en una empresa harto más vasta y duradera que el periodismo volandero, la nota dispersa, el artículo chusco, durante años su cotidiano ejercicio. La novela le tentaba, pero no cualquiera sino una compleja y rica de personajes, como es precisamente *La Voz del Torrente*, novela sinfónica, de varios planos concertados en armonía. Un relato como *Tíos de España* y *Tíos de Indias*, anuncia ya la existencia de *La Voz del Torrente* en no pocos detalles, inclusive en el desorden de la composición. Para evocar, Díaz Garcés procedía un poco a saltos, y agregaba pinceladas con el único ánimo de que a la distancia sus diferentes colores se unieran para el espectador en una serie continua de efectos. La técnica es una misma en la novela más extensa y en la más breve, y el resultado es también parecido: desfile calidoscópico de personajes y de ambientes, ideas que simbolizan las existencias individuales, amor al terruño y a la casta, estilo suelto y ágil, con mucho de la vivacidad espontánea y desaliñada del cronista.

En su segundo y último viaje a Europa (de diciembre de 1911 a enero de 1912), Díaz Garcés sufrió un gravísimo accidente de salud con motivo del cual hubo de someterse a delicada operación quirúrgica, de larga y peligrosa convalecencia. Restablecido, alcanzó a desempeñar algún tiempo el cargo diplomático que se le había confiado, y volvió a Chile. Estando en Europa se había puesto de acuerdo con don Agustín Edwards, a la sazón Ministro de Chile en Londres, para reanudar sus tareas de redactor en *El Mercurio*. Por su cuenta, Díaz Garcés se asoció con Alberto Edwards para emprender la aventura de *Pacífico Magazine*, a que ya se ha hecho referencia. Todo ello con dina-

mismo, entusiasmo y una producción literaria tan intensa como variada. Pero algo andaba herido por dentro en aquel organismo de aspecto robusto, y de vez en cuando el escritor debía retacear su labor mientras la salud volvía a cobrar sus pulsos normales.

Con este cuadro de pequeñas dolencias, capaces por sí solas de exasperar a ser tan activo y dinámico, vino a complicarse otro de mayores alcances. En el curso de 1919 los alumnos de la Escuela de Bellas Artes emprendieron violenta campaña en su contra, la cual triunfó después de algunas alternativas, de tal modo que Díaz Garcés dejó la dirección de aquel plantel en donde odios, resentimientos, sospechas e intrigas habían sembrado la más ardiente inquietud en la tornadiza mente estudiantil. Al año siguiente, en 1920, se planteaban diversos asuntos sociales y políticos a los cuales el periodista, erguido en su sitio de pensador público, no quiso hurtar el cuerpo. Todo lo contrario: los afrontó atrevidamente, cara a cara, y aun robusteció su campaña en pro de sus ideales. Era asiduo lector de *L'Action Française*, y allí admiraba sobre todo las colaboraciones de Charles Maurras, cuyo estilo literario seguía con embeleso. De una cosa pasó a la otra, y pronto no era sólo admiración literaria la que unía a la distancia a estos dos espíritus: Díaz Garcés se hizo propagandista de los ideales políticos de Maurras, adaptándolos como se pudiere a la realidad histórica y psicológica del pueblo chileno. Maurras propendió a restaurar la monarquía en el trono vacío de los Capetos, convencido de que los franceses habrían contemplado con más deleite a la dinastía que la mera sucesión de los funcionarios elegidos por el sufragio universal, el cual además le parecía repugnante y condenable. Díaz Garcés procuraba sostener en pie las viejas estructuras sociales de Chile, atendiendo con ardiente solicitud las necesidades del pueblo de más bajo nivel cultural, pero sin conceder a éste en la conducción de los negocios públicos la ingerencia directa, para cuyo ejercicio en su entender el pueblo no habría podido desempeñarse con eficacia. La lucha política de 1920, desencadenada en torno a la sucesión presidencial, pronto se hizo amenazante y su desenlace anduvo muy lejos de los ideales sostenidos por el periodista.

En medio de aquella lucha, cuyos alcances nadie podía disimularse, Díaz Garcés creyó conveniente abandonar el viejo hogar periodístico de *El Mercurio*, fundado por él mismo en 1900, para ir a plantar

su tienda en *El Diario Ilustrado*, único periódico donde en aquellas horas podían satisfacerse sus orientaciones y sus ideas. Empuñó allí la pluma con el mismo denuedo de antes. Sostenido por el soplo vigoroso de su voluntad, sacando fuerzas de la flaqueza, la chispa literaria volvió a sonreírle, y algunos de los artículos de esta serie final son singularmente chistosos y están calculados para hacer solfa de los hábitos nacionales. Pero contienen, asimismo, una carga política distinta. Antes, los comentarios eran en cierto modo neutrales y parecían apuntar al pueblo chileno en su conjunto, sin diferencias de clases, niveles de cultura, credos; ahora en el estilo suele divisarse algo así como una contorsión. ¿Ira, despecho, angustia? De todo debe haber algo en aquellas líneas con las cuales el escritor, sin saberlo, iba trazando su testamento.

Cuando estaba gravemente postrado en el lecho, alcanzó a emprender la tarea de corregir las pruebas de su novela *La Voz del Torrente*, pero no alcanzó a terminar esta faena, proseguida después por la piedad fraterna de Fernando Díaz Garcés. Tal como *Eça de Queiroz*, que dejó interrumpida la revisión de su novela *La ciudad y las sierras*, Díaz Garcés se fue sin saber la acogida que iban a prestar la crítica y el público a su única novela. Falleció en Santiago, la misma ciudad de su nacimiento, el 14 de septiembre de 1921, un día antes de completar cuarenta y cuatro años de vida.



La obra literaria de Díaz Garcés ofrece un aspecto bifronte a quien desee examinarla de acuerdo con los resultados, pues si de una parte se la juzga elocuente, sincera, emotiva, lindamente dispuesta para persuadir al lector de cuanto el autor quería sugerirle, de otra cara se la divisa presurosa, urgida, lanzada como a escape, bajo la presión de las circunstancias, lo que acaso haya influido para que en ella persistan muestras de la actualidad efímera, no sofocadas por el periodista con tanto rigor como hubiera sido deseable. Haciendo referencia a esta dualidad de la obra, Hernán Díaz Arrieta decía:

El ambiente en que Joaquín Díaz Garcés respiraba, aire de club, de periódico, de charla política o de comentario social, no podía impulsarlo al cultivo de las letras como las letras deben cultivarse. Hubiera

hallado absurdo, con su soberana facilidad para escribir improvisando, sentarse a pensar largamente la colocación de un adjetivo o detenerse en calcular los efectos que el movimiento de un verbo imprime a toda la frase, a todo el período, a veces a la página entera, como medita el jugador de ajedrez las lejanas repercusiones que tendrá en una partida el desplazamiento del caballo o de la torre. Ese trabajo, en ciertos círculos, no se admite, se considera ocioso. El ajedrecista puede hacerlo: al fin, está jugando. En el escritor daría risa. (El Mercurio, 15 de octubre de 1944).

Pero aquellas imperfecciones de la fragua, discernibles en cualquier obra literaria, en Díaz Garcés aparecen compensadas o equilibradas con rasgos de singular excelencia. La simpatía risueña de que rebosan algunas de sus páginas, bastaría, en el entender de muchos lectores, para que su estilo se juzgue encantador. Y eso no es todo. Díaz Garcés aplicó real esmero por iluminar ciertos rincones del alma nacional, tanto al través de la estampa histórica como en el cuento, hasta el punto de que como narrador se le acepta entre los más primorosos que han a florado en Chile. El hombre humilde, sin letras, pero de corazón sano y bien plantado, el inquilino trabajador y austero, el menestral sin vicios y amante de los suyos, la mujer pendiente hasta la abnegación de las necesidades de su hogar, que habrá de servir con decisión y sin tregua, forman en las creaciones de Díaz Garcés una falange ordenada, abigarrada y amena, que el escritor contempla con excelente voluntad y de cuya lengua coge a puñados el chilenuismo sabroso, la imagen coloquial espontánea, para abrirles paso a su propio estilo. Es verdad que de vez en cuando hubo de escribir asimismo el editorial sesudo y de tranco largo, pero va precisamente en abono de sus ricas aptitudes de adaptación el que haya podido hacer bien lo uno y lo otro. Es, pues, a la integridad de la persona literaria y espiritual de Díaz Garcés a la que debe ponerse atención si queremos entender su mensaje.

La antología que sigue se ha formado en el intento de dar a conocer las principales facetas del espíritu de Díaz Garcés, y para ello se la divide en los siguientes capítulos: Cuentos, Páginas de la Historia, Esbozos biográficos, Buen humor, Costumbres, Notas de actualidad, y Páginas literarias. Sería fácil, sin duda, hacer nuevas y nuevas divisiones para ir cercando más menudamente los contornos de una

producción abundantísima, si bien aquellos apartados parecen suficientes para ofrecer al lector de hoy una noción completa de lo que Díaz Garcés logró con la pluma. Debe notarse cómo no todos los fragmentos congregados para esta antología se toman de los libros de recopilación, Páginas chilenas y Páginas de Angel Pino, muy incompletos, pues algunos proceden de los diarios y de las revistas en cuyas columnas dejó el escritor dispersos rasgos de su ingenio. Sea cual fuere su origen, el artículo, el cuento, la nota de actualidad, todos han sido escogidos siempre con la intención de mostrar un panorama coherente de la obra conjunta de Díaz Garcés, para facilitar así su estudio y su juzgamiento.

El distintivo general de estas producciones, al parecer, es el buen ánimo que todas ellas revelan. Díaz Garcés no es jamás escritor difícil, ni por lo encumbrado y recóndito del estilo ni por la audacia de sus temas. Todo lo contrario. A su lado puede allegarse cualquier persona, con la seguridad de que jamás habrá de sentirse escandalizada por lo que el escritor dice, sugiere o insinúa. Este buen ánimo hace de su literatura un trago estimulante, sano, capaz de brindar una imagen grata, aunque no acomodaticia o falsa, del pueblo chileno, y tal vez basta para explicar la feliz acogida del periodista cuando prodigaba sus artículos en El Chileno, en El Mercurio, en El Diario Ilustrado, y la respetuosa consideración lograda después por sus producciones, a medida que se las ve reunidas en libros.

RAUL SILVA CASTRO,
de la Academia Chilena.

C U E N T O S

LOS DOS PATIOS

(Cuadros de la ciudad)

I

En una apartada calle de Santiago, de esas que suelen figurar más en los partes de policía que en los planos de la ciudad, existía una especie de conventillo de no mala apariencia, que constaba de dos patios cuadrados y grandes.

En el primer patio, las piezas eran espaciosas y altas y el valor del arrendamiento no estaba al alcance del inquilino pobre y desheredado. Veinte pesos no es cantidad despreciable para un jornalero, que gana el doble o muy poco más; pero sí lo es para el cajista honrado que cobra veinte pesos en la semana, o para la costurera activa que alcanza alrededor de diez, en el mismo tiempo.

El segundo patio ofrecía el aspecto general de nuestros conventillos. Salido el empedrado, no se había tenido cuidado de renovarlo, y el pavimento de tierra apretada había dejado formar charcos en diversos puntos, que ni olían bien ni presentaban un agradable aspecto. La acequia corría a tajo abierto por el medio, arrastrando hojas, desperdicios de cocina, cambuchos de botellas, corchos, papeles y otras materias igualmente putrefactas. Sus bordes tenían cierta vegetación musgosa y mezquina, que ni crecía ni se agotaba, luchando entre las aguas con jabón de las artesas derramadas que le llevaban la muerte, y los numerosos abonos, portadores de fósforo y otras materias azoadas que la comunicaban nuevo vigor y alientos nuevos.

Las piezas del segundo patio se llamaban despreciativamente "cuartos" y valían entre cinco y siete pesos, según estuvieran más o menos lejos del pasadizo que comunicaba con el primero. Allí se la-

vaba al aire libre, se injuriaba en voz alta y se hacían muchísimas otras cosas que no permitían nunca una atmósfera respirable y limpia.

Con un poquito de paciencia nos podemos orientar más en los dos patios, y tomar partido en favor del uno o del otro en la reñidísima lucha civil que los mantuvo divididos por largo tiempo.

Entrando al primero, en lo que debiéramos llamar zaguán, si de una casa particular se tratase, estaban dos hermanas huérfanas, de veinticinco años una y la otra de edad indefinida, que podría fluctuar muy bien entre los cincuenta y los veinte. Ambas buenas como el pan, beatitas de buena ley, hacendosas y honradas, habían sido encargadas por el dueño del conventillo de cobrar los arriendos y reservarse un cinco por ciento de ellos por comisión. Vivían allí con una tía, señora buena de verdad, que se había encontrado en el incendio de la Compañía¹, tomaba indefectiblemente un mate por la mañana y otro por la tarde, tan puntuales, que servían para marcar la hora a los vecinos, y rezaba en el resto del día sin cesar para que Dios le perdonara los poquísimos e insignificantes pecados que había cometido. Las chicas —llamémoslas así— tenían esas caras que no son ni feas ni agraciadas, tan comunes en la gente humilde, que no cuida de ornamentarlas, sino que cuando mucho las restriega con un jabón barato y el agua potable de la llave.

Seguía por un lado un señor español, carlista furioso y profesor de bandurria, que se pasaba todo el día y noche de por medio, dando clases y acaparando pesos, por consiguiente.

En seguida estaba el cuarto de una señora de buena cara y mejor ropa. Mirándola por detrás, parecía una fragata acorazada, y por delante, una característica sin contrata. De perfil no estaba todavía mala para galantearla, y aun de frente, pues el profesor de bandurria, todas las noches al acostarse se arrimaba a una puerta que daba al cuarto de su vecina, y le decía con su acento andaluz:

—Vezinita, ¡qué malo es estar solo! El día que usted quiera miré a este servior, llamamos ar cura que está aquí cerca, y entonces economizamos una pieza.

La señorona decía entonces con su voz delgada y juvenil:

¹ Ocurrido el 8 de diciembre de 1863. N. del R.

—¡Que se alivie, señor Fernández! ¡Es mejor estar sola que mal acompañada!

Nuestra amiga tenía un tordo en su correspondiente jaula, colgado al lado afuera de la puerta, y ante él agotaba el Diccionario de los términos amorosos y melifluos, que parecía haber hojeado mucho en su vida.

—¡Ay! —decía muchas veces, suspirando, y a media voz—, no me disgusta el señor Fernández. Lo malo está en que él querría informarse de mí, y a mí sólo me conviene quien me tome a fardo cerrado.

Frente a la señorona, un colegial provinciano tenía su aposento, y repasaba en la puerta todas las mañanas su lección de Código. Abrigó ciertas esperanzas de ser correspondido de su vecina en cierta época, y al efecto, le envió un ramo de flores con una tarjeta en que la llamaba "fruta madura", "granada surtida" y "rosa abierta".

A continuación seguía la perla del primer patio... ¡Ya nos decidimos por el primer patio! Pero no; seguimos imparciales y apuntamos sólo, como cronistas de verdad. A continuación seguía una costurera joven y casi, casi bonita. Se daban opiniones: el profesor de bandurria la encontraba francamente hermosa; pero la señorona, su vecina, decía que eran los veinte añitos los que la agraciaban. En cuanto a las hermanas del zaguán, le reconocían una doble belleza: la del cuerpo y la del alma.

—Es buena —decían—, por eso se ve bonita.

Y sin embargo, ellas eran también buenas y de ninguna manera bonitas.

La costurera se llamaba lisa y llanamente Juana, como se llaman tantas otras que ni son costureras, ni buenas ni bonitas. Tenía pelo negro y ojos negros, como la generalidad de las chilenas, una boca sumamente graciosa sin ser pequeña, un cuerpo que, entregado a una corsetera hábil, resultaría ideal. Pero como Juana se peinaba echándose todo su pelo, abundante y sedoso, hacia atrás, y se ponía el manto sin arte ninguno, y se calzaba a la vuelta de la esquina, y no usaba ni siquiera los elementales polvos de arroz en su tocador, se veía poco más o menos como otras, sin llamar sobre sí la atención como la hubiera llamado con un peinado artístico, con un buen manto chino puesto

ante un espejo por mano maestra, o con unos zapatitos de charol de importación casi europea.

¿Que por qué vivía sola mujer tan acabada? Su madre, a quien acompañaba, tendió un día el vuelo, dejando a su cordera deshecha en llanto. Ella le cerró los ojos y le rezó las letanías de la buena muerte y la amortajó. Su padre, piloto de un buque y tan mal marido como mal padre y buen piloto, no podía o no quería hacerse cargo de ella. En cuanto a su hermano Andrés, sargento del Buin, allí estaba enteramente absorbido por el cuartel y sin poder hacer nada para juntar el antiguo hogar con el par de jirones sueltos que quedaba en el mundo.

—¿Sola estoy? —se dijo Juana—, bueno, entonces, a trabajar, a juntar unos reales y a casarse si la suerte...

No; no decía "si la suerte" Juana, porque era muy buena cristiana y porque si algo le pedía a Dios, era que le enviara un novio de buena estampa, trabajador, honrado y limpio.

Y todavía nos queda otra mujer. Rubia, un tanto desenvuelta, desabrida de cara, con buena voz, corista del Variedades, sin preocupaciones de ninguna clase y con ochenta y tres pesos de sueldo mensual por presentarse tres veces cada noche en las tablas a hacer de aldeana, de chula, de valenciana o de aragonesa, a cantar hoy una jota y mañana un tango, a pescar hoy aplauso y otro día un silbido y hasta alguna papa cruda, si venía al caso.

Los demás vivientes del primer patio eran brevemente y sin retrato, un francés peluquero, un agente de frutos del país, un matrimonio empleado en una casa de comercio y un repórter de un diario de la mañana.

Naturalmente el segundo patio andaba mal en la calidad de los vivientes. El más caracterizado e importante de todos era el señor Vildeter, alemán de origen, pero un incansable aventurero que había estado en la Finlandia de esquimal, en el sur del Africa de boer y en el Ecuador de revolucionario y de marido, porque allí contrajo matrimonio. Era gordo como una tinaja de greda, chato, coloradote y corto de vista. Usaba en los días de sol un sombrero hongo tan chico, tan diminuto, tan insuficiente, que parecía una perilla, y en los de lluvia un sombrero de tan largas alas que semejaba una tapa. Profesor de idiomas, excitaba la hilaridad de los alumnos, ora con la perilla, ora

con la tapa. El señor Vildeter era, además de profesor, un sablista incansable y un bebedor de cognac no menos incansable.

El señor Vildeter estaba unido a casi todos los acontecimientos sudamericanos. Tenía un colegio en Chorrillos y se lo quemaron los chilenos el 79; puso un hotel en Río de Janeiro, y cayó el Imperio; estableció otro colegio en Guayaquil y se incendió junto con un hijo suyo, en el gran incendio que devoró esta ciudad; se vino a Chile y cayó la conversión y el viejo lloraba bajo su descolorida tapa porque le devolvieron en billetes un reducido depósito que el infeliz había hecho pocos días antes en relucientes monedas de oro.

También había allí un par de lavanderas, que se lo pasaban todo el día canta y canta, lava y lava, restriega y restriega. Procaces como pocas, ponían al señor Vildeter de oro y azul cada vez que un poco más bebido que de ordinario, se aventuraba éste a ir a darles un pellizco en los brazos desnudos llenos de lavaza y de agua.

Tres costureras, pero de muy distinta calidad de la perla del primer patio, cosían allí ropa militar que iban a buscar al taller de Justiniiano, donde la llevaban después concluida. En el día daban vueltas a la máquina Singer y en la noche le daban a la guitarra, armándose en torno suyo tales zalagardas que ya las hermanas de la puerta se estaban escamando.

En seguida venía el más tarde celeberrimo caudillo del segundo patio, Benjamín Hernández, oficial de carpintería, soltero, menor de edad, turbulento, enamorado, botarate, tuno y hablador. Se podía ganar, marchando bien y sin San Lunes, cosa de veinte pesos en la semana; pero con esa cabeza de chorlito que tenía, si sacaba dieciséis se daba a santo, y de puro gusto se bebía la mitad con sus amigos y la otra mitad con las costureras, sus vecinas, al son de guitarra. Alto, delgado, de espléndida talla para soldado de caballería, ojos vivos y alegres, Benjamín Hernández tenía más novias que pesos había botado en su vida.

Pero, ¿a qué negarlo? Juana, la hermosa Juana, la seria, modesta y callada costurerita del primer patio, lo trastornaba. La había conocido con su madre cuando él también vivía con su padre, y entonces el viejo le aconsejó más de una vez que se casara con Juana. Pero después, andando el tiempo, Benjamín había cambiado mucho y Juana

había quedado igual. El muchacho reconocía ahora la superioridad de su antigua amiga, y se complacía en reconocerse él inferior e indigno de conseguir su amor. Cuando Dios quiso que se encontraran de nuevo, Benjamín Hernández tenía ya tratada su pieza en el primer patio; pero al divisar en él a Juana creyó que debía conservar la altura en que la tenía en su corazón, y sin averiguar más, fue a ocupar una modesta pieza del segundo.

En cuanto a Juana, tenía puesta su alma en su almario, y a pesar de lo tímida, sensible y apasionada que era, miraba estas cosas con serenidad y sangre fría. Benjamín había sido su amigo, y en vida de su pobre madre, casi su novio. Pero después, el muchacho buen mozo y serio de entonces se había vuelto un truhán sin respeto a nada ni a nadie. Es cierto que allá en lo más íntimo de su corazón había algo que le decía que podía ella con sus solas fuerzas volver a Benjamín a su vida de antes. Y es cierto también que cada vez que en sus sueños pensaba en el matrimonio, única solución de su vida solitaria, se veía casada con Benjamín y no con otro.

Hernández había notado en los primeros días de su llegada, que Juana no lo recibía mal. Muchas veces sentado frente a ella cuando cosía en la máquina en la puerta de su pieza, conversaban largamente sobre el trabajo, sobre los vecinos, sobre el tiempo... Jamás sobre ellos mismos, porque Juana pasaba como sobre ascuas por muchas cosas a que intencionadamente la quería atraer Benjamín.

Pero llegó un día en que Juana le recibió con visibles muestras de mal humor. A sus preguntas respondió con monosílabos; a sus quejas, se calló sin decir esta boca es mía; y concluyó por manifestarle muy cortésmente que la fastidiaba verlo delante de ella.

¿Qué había pasado? Muy poca cosa; pero al mismo tiempo mucho. Una tarde, Juana volvía de su taller con el paso menudito que la agraciaba tanto al andar, cuando de repente se encontró, al doblar una esquina, con un viejo que le tendió la mano pidiéndole limosna. Al instante se detuvo a sacar su portamonedas; pero mientras buscaba en ella algo con que aliviar el hambre del limosnero, le miró fijamente a la cara y casi se fue de espaldas. Era el padre de Benjamín Hernández, el mismo antiguo amigo de su madre, el excelente viejo que tantas veces la sentó sobre sus rodillas para cantarle el

duérmete, niñita,
duérmete, por Dios...

—¡Señor Andrés! —dijo consternada la muchacha—. ¿Usted pidiendo limosnas?

—Yo, Juanita, yo mismo.

—¿Teniendo un hijo que gana veinte pesos a la semana?

—¡Qué quieres, niñal! ¡No todos son buenos hijos como tú!

Y el viejo suspiró con honda tristeza y apretó la mano que Juana le alargaba con una moneda. Allí oyó cómo Andrés había perdido su puesto de portero en el Ministerio de Marina, porque por sus achaques no servía ya para maldita la cosa, y cómo desde entonces vagaba del hospital a la calle, encontrando mucho más felices las horas en que lo tenían postrado en la cama los dolores reumáticos, que la en que Dios quería dejarlo libre de ellos, pero entregado a todos los vientos del hambre, de la sed y del frío.

Al separarse, Juana le dijo con la voz emocionada:

—Señor Andrés: ahí tiene usted esa miseria; todas las tardes que lo encuentre le daré lo mismo. Pero usted en pago, pídale a Dios que me dé un buen marido.

—Sí se lo pediré, ángel —exclamó el viejo—, y mis súplicas serán ayudadas en el cielo por tu madre.

¿Podía, después de este incidente, mirar la impresionable Juana con ojos tranquilos a Benjamín? No; habría sido ella también una ingrata... y no lo era, no.

Desde ese día Juana compartió con don Andrés su escasisima comida, y al acabarse ésta, el viejo salía del conventillo y se iba a dormir en la primera grada que encontrase.

II

La ruptura de Juana con Benjamín terminó con el último lazo que unía al primero con el segundo patio. El señor Vildeter ponía el grito en el cielo contra la avaricia del propietario que no cerraba la acequia ni empedraba el patio. Las costureras mancomunadas con las lavanderas hablaban pestes de las mujeres del primero, de las que decían que eran unas hipócritas que guardaban la seriedad y la honradez para la

noche y que por el día tendían el vuelo quién sabe a dónde. Benjamín exceptuando a Juana tenía cada día un incidente con alguno, citándose con escándalo el caso de que Hernández había tomado de la nariz al estudiante y remecíendolo en el aire, por un cambio de palabras que había ocurrido entre los dos.

Las hermanas de la puerta eran buenas, pero no enérgicas. Y además la energía les habría costado una pérdida en su comisión porque habrían permanecido los cuartos largo tiempo desocupados. No había, pues, que esperar nada de ellas, y constituido el profesor de bandurria con el estudiante y con el agente de frutos, en comité de salvación pública, resolvieron unánimemente implantar la ley marcial y hacerse justicia por sí mismos.

Un día un chiquitín, hijo de las costureras o de las lavanderas o de todas juntas, levantó su patita frente a la puerta de Juana. Le pescó el señor Hernández de un brazo y le dio una tunda de palmadas, despachándolo en el pasadizo del segundo, con los calzones aún mal amarrados y chillando como un verraco. A la mañana siguiente, desapareció la jaula con el tordo de la señorona, y ésta puso el grito en el cielo y derramó más lágrimas que una Magdalena.

Ya estaba encendida la lucha civil, y vino a marcar el período álgido de ésta la resolución del propietario de poner el pilón de agua potable en el medio del primer patio, y no en el pasadizo que comunicaba a éste con el segundo. De esta manera, los revoltosos quedaban tributarios del primer patio.

¡Oh!, era de oír en esos días al señor Vildeter, contar a sus alumnos su asendereada existencia.

—¡Qué injusticia! —decía, con su peculiar pronunciación, que suplicarán los lectores—; ¡qué injusticia! Todo va al primer patio y nada al segundo patio. Los del primer patio respiran aire, los del segundo respiramos miasmas fétidos. Los del primer patio nadan en agua; nosotros no tenemos agua ni para beber. El día menos pensado, morirán los del segundo patio. . .

Este era siempre el término de las quejas del señor Vildeter: la muerte en masa de los vivientes del segundo patio.

El plan de batalla de Benjamín era desesperar a los del primero y hacerlos abandonar las piezas, para que el propietario entrara en cuidados y buscara una transacción poniendo el pilón en el pasadizo.

El lado vulnerable del primer patio era la corista, y el lado invulnerable, la costurera. Pero la corista tenía a su servicio no sólo el repertorio de insultos chilenos, que era escogido y abundante, sino también el de insultos españoles aprendidos entre bastidores. Una mañana se vestía ésta para salir, y con la cortísima vergüenza que suele quedar después de presentarse a diario en las tablas a la gente menuda de teatro menudo, se asomaba a la ventana de su pieza un poco más desnuda que lo conveniente. Benjamín charlaba a la orilla de la llave con una de las lavanderas que llenaba un balde de latón, cuando acertó a mirar hacia la ventana. Llenó inmediatamente el tarro que quedaba colgado en la llave para beber, y con una puntería admirable se lo lanzó a la pequeña Patti en el escote, mojándola enteramente.

¡No fueron insultos y gritos los que cayeron solamente sobre Hernández, que reía a carcajadas en el medio del patio!

El profesor de bandurria salió indignado de su pieza, y al enterarse del hecho, le disparó a Benjamín la caja de la bandurria que tenía en la mano. En mala hora lo hizo, porque aunque de dos saltos corrió a refugiarse en su puerta, no alcanzó a cerrarla y Benjamín lo sacó a pescozones del cuarto, lo tumbó debajo del pilón y después de dos o tres sopapos demasiado fuertes para la textura del profesor, le largó el chorro en la cara. La señora, entretanto, increpaba a Hernández, llamándolo roto, bandido, asesino, ladrón...

—¿Ladrón yo?

—Sí, tú.

—¡Caramba!, qué costumbre de tutear tiene usted, madama!

—¿Dónde está mi tordo?

—¿Cuál? Porque el grande se lo acabo de remojar debajo del pilón, y el otro, se lo di al gato para que saboreara.

—¡Insolente! —gritó la señora—. ¡Criminal! ¡Ladrón!

Había llegado la lucha civil a un grado intolerable, y el propietario resolvió tomar cartas en el asunto. Avisó a la policía y acompañado de un comisionado, conminó a los del segundo patio con las más enérgicas medidas en caso de que siguieran los desórdenes.

Por el momento, los ánimos se apaciguaron, y Benjamín, satisfecho de todas las barbaridades cometidas, se tranquilizó.

Era un domingo en la tarde y los dos patios estaban sumergidos en la sombra y en el silencio. En el primero, dos voces de mujer perturbaban este silencio cantando a media voz. Una de ellas era la voz de las hermanas de la puerta, que ensayaban un "Tantum ergo Sacramentum", que debía cantarse en la iglesia vecina en una de las noches del Jubileo Circulante, y la otra era de la corista que tarareaba aquellas coplas de la Revoltosa:

Cuando clava mi moreno
Sus ojazos en los míos,
Too el cuerpo se me enciende,
Y me se pierde el sentío.

Una de las costureras del segundo patio pasaba de vuelta del despacho con una libra de arroz y un frasco de vinagre, cuando creyó sentir voz de hombre en el cuarto de la Juana. Con una sonrisa diabólica se acercó a la puerta en puntillas y pudo, en efecto, constatar que allí dentro había un hombre.

Con eso solo estaba derrotado, miserablemente derrotado, el primer patio. ¡La perla resultaba falsa, indignamente falsa!

Voló más bien que corrió la costurera a llevar la noticia a Benjamín, que estaba entretenido con sus compañeras, dándole al ponche con bastante entusiasmo.

—Hay un hombre en el cuarto de la Juana.

—¡Mentira! —gritó Benjamín, saltando de un piso de totora en que estaba sentado y tirando lejos el vaso en que bebía—. ¡Mentira y requetementira!

—¡Hombre! —dijo riendo la costurera—, si te quedan brasas escondidas todavía, anda a apagarlas poniendo el oído en la puerta de la Juana.

Ya había salido Benjamín, y de dos saltos estaba con el oído pegado en la puerta.

—¡Pobre diablo yo! —pensó Benjamín—. Me ha echado la Juana y se ha reído de mí. Ese será su novio, joven, honrado, bueno, como ello lo desea y yo seguiré siendo un borracho como soy; pero, ¿es propio de la Juana que esté encerrada a estas horas con su hombre?

Y pálido, tambaleándose como un borracho, llegó al cuarto de la costurera y, dejándose caer sobre su asiento, dijo con voz ronca:

—Es cierto.

—Bueno, pues —saltó una de las lavanderas—, ha llegado el momento de vengarnos de todas las que nos han hecho.

—Sí, ha llegado —contestó Benjamín.

—Vamos todos al primer patio.

—Vamos.

Y fueron. Aun el señor Vildeter con su perilla en la cabeza se mezcló en la turba y llegaron todos ante el cuarto de la Juana.

—¡Aquí está la santa, la hipócrita! —decía en voz alta una de las mujeres.

—¡Vengo a ver a la perla! —decía otra.

Y cada uno de esos gritos era coreado por una carcajada. De repente la llave del cuarto de Juana giró violentamente, se abrió la puerta y apareció la costurerita pálida y temerosa en el umbral.

—¿Qué es esto? ¿A qué han venido ustedes? ¿A qué has venido tú, Benjamín, que nos has quitado a todos la tranquilidad? ¿Vienes a armar otra gorda? ¿La has tomado conmigo?

—Señorita Juana —repuso Benjamín, con sorna, buscando fuerzas en el ponche que había bebido. ¡Señorita Juana! ¿con que tenía usted novedades? ¿con que se quiere usted con otro y se lo guarda bajo llave?

—¡Que lo muestre! —gritó una de las lavanderas.

—¡Vaya con la santa Filomena del primer patio!

Juana, pálida a ratos, roja a otros, ya quería entrarse, ya se arrepentía y se quedaba en el umbral. Estallaron por fin las cuchufletas y los insultos; alguno más fuerte que otro le arrancó dos lágrimas; los vivientes del primer patio salían todos de sus piezas, y la reputación de Juana estaba en ese momento como si hubiera pasado por la acequia del segundo.

De repente se enrojeció como púrpura, abrió la puerta de un solo golpe, saltó afuera y, pescando a Benjamín de la blusa, lo empujó hacia adentro.

—¿Querías ver? ¡Ve, mal hijo! Ahí está el viejo de tu padre, muerto de hambre, con quien comparto yo la mitad de mi comida,

porque el desalmado de Benjamín Hernández no le da ni un pan. ¡Ahí está! Hártate de verlo, hambriento, enfermo y moribundo.

Benjamín estaba desencajado, verde, con la cabeza baja, frente al viejo que se había puesto de pie al lado de la mesa en que estaba encendida la lámpara de parafina.

De repente una lágrima asomó a sus ojos.

—Perdón, padre —murmuró—, perdón, Juana, yo prometo ser bueno, ser honrado como tú... pero, ¿por qué no nos juntamos los dos a cuidar a este viejo, para que le cerremos a él sus ojos como tú se los cerraste a tu madre?

El Mercurio,

11 de febrero de 1901.

UN SIGLO EN UNA NOCHE

¿Quién no conoce en Chile ese tipo de hacendado solterón que pasa casi todo el año en la soledad de las viejas casas del fundo para sacar a la tierra, en permanente lucha, el dinero con que siempre sueña fundar un hogar para la vejez? Son de esos hombres que no aceptando a la mujer joven y hermosa como compañera, la quieren legar sus achaques y dolencias de la edad como a enfermeras.

El señor X, a quien no nombramos porque vive y es aun hombre de trabajo, posee cerca de Los Andes un regular fundo que explotaba y explota todavía a la antigua. Desparramar el trigo en agosto, salir un poco a caballo y esperar la cosecha haciéndose los peores proyectos sobre su resultado, en eso consistía hasta hace poco el "abrumador" trabajo del campo, como le han llamado con cierta ironía los oficinistas de Santiago que se queman las cejas alineando numeritos litografiados y haciendo sumas y divisiones a granel.

El señor X había heredado, como tantos otros, el fundo, y había sacado de él alrededor de diez cosechas, lo que quería decir que no era hombre de escasos recursos. Su padre, agricultor de los viejos, huaso ladino, entendido en las tareas agrícolas, conocía bien el negocio; y había comprado el fundo a la sucesión de un señor que había desaparecido allí de una manera bien misteriosa.

Por eso la casa vieja, metida en un grupo de olmos viejos y de rengados, al final de la consabida alameda y al lado de los legendarios corrales, tenía historia, o mejor dicho "historias", porque al decir de los inquilinos, por allí penaba el antiguo patrón.

En los aleros disparejos, húmedos, musgosos, "achiguados", anidaban algunas familias de palomas, cuya aristocracia se remontaba a

muchos años de la fecha y cuyos volidos, aleteos y murmullos turbaban el silencio de aquel vasto patio donde permanecía muda y solemne la trilladora Ramson, las carretas inclinadas sobre los pértigos, y el caballo del patrón, ensillado permanentemente, y espantándose las moscas con la cola, debajo de un nogal.

La casa era como todas las de su tiempo: un cañón de piezas al fondo y dos más haciendo ángulo recto con los extremos de aquél; las piezas bajas, con ventanas anchas y pesadas, rejas de hierro forjado a martillo, abiertas hacia el frente y el fondo, largos corredores con ladrillos húmedos y desiguales, y pilares de madera redondos sobre bases de piedra blanca...

El mobiliario lo componían los viejos sofaes Imperio de caoba y crin, los sillones de baqueta, y las sillas que hoy persiguen los anticuarios en todas partes; y en cada rincón un rifle viejo, institución tradicional de las casas de campo, revelaba allí que también al señor X se le había ocurrido que le pudieran asaltar por el frente o el fondo de la casa.



Aquella noche, noche de invierno algo brumosa y seguramente bastante fría, estaba el señor X sentado a la mesa, solo, teniendo por delante un diario del día anterior, nuevo para él, y engullendo lentamente unas costillas de cordero que expedían el más excelente y apetitoso olor. ¡Qué aburridas aquellas horas! Todos los días lo mismo. Ignacio, el sirviente fiel, un ex sargento del Atacama, le servía los platos, unos tras otros, en un silencio imperturbable: se bebía después la inevitable tacita de café, se retiraba al escritorio a recorrer los diarios o arrojándose en una poltrona se entretenía en soñar, siguiendo el humo de su cigarro, con la linda mujercita que podría haber tenido a su lado si esas malditas prevenciones contra el matrimonio, concebidas desde la Universidad, no le hubieran retraído de casarse.

Aquel día la comida había demorado más. Los diarios venían palpitantes con una agitación política; una crisis de esas que traen cambiado de decoración y en que se siente la voz del director de escena y se ve la maquinaria. De manera que la lectura de esos chis-

peantes y candentes editoriales, le había hecho alargar más que nunca la sobremesa.

Un golpecito seco, distinto, seguido de un carraspeo al otro lado de la ventana, le sacó de la interesante abstracción, para hacerle dirigir la vista hacia ese punto y decir, como tenía costumbre cuando le golpeaba todas las noches don Simón, el administrador, para pedir órdenes: "¡Empuje la puerta!"

Tres pasos firmes, seguros, pero sin sonido de espuelas, como habrían sido los de don Simón, recorrieron el espacio que separaba la ventana de la puerta, y antes que el señor X e Ignacio hubieran podido fijar en ello la atención, moviéndose suavemente el cerrojo abrióse una hoja y dio paso a un hombre al cual ninguno de los dos conocía. Hizo éste una ligera venia, contestó con otra el caballero, y mientras aquél no hallaba dónde colocar su sombrero de paño negro ni sentarse él mismo, el señor X le preguntó tranquilamente qué asunto le traía hasta allí.

—Si no fuera importuno, señor, respondió, yo le suplicaría me oyera dos palabras sobre un negocio, enteramente privado...

—¿Le molesta a usted la presencia del mozo? —preguntó visiblemente inquieto el dueño de casa.

—Si usted fuera tan bondadoso que me oyera a solas...

Antes de que una seña de su patrón se lo hubiera dado a entender, Ignacio había salido sin hacer ruido, librando así al recién llegado de un inútil testigo.

—El negocio que me trae aquí y a tales horas, continuó diciendo éste con cierta seguridad en la voz, va a parecer a usted, señor, a primera vista ridículo. Pero una vez que yo le convenza de lo serio y honrado de mi propósito, no tendrá usted inconveniente en aceptarlo. Se trata de un entierro...

—Siéntese usted aquí —interrumpió el señor X, pensando ya más serenamente que el hombre que tenía por delante podía ser un impostor— y acompáñeme con una tacita de café.

Y sin esperar contestación, llamó a Ignacio, que apareció llevando una bandeja de madera negra con unos pajarracos chinos dorados a fuego y en ella una cafetera y dos tazas de loza dibujadas con colores chillones.

De esta manera quería el señor X darse tiempo para reflexionar y tener más advertido a Ignacio. Porque... ¡qué diablos! Un hombre solo en un caserón abandonado, con fama de rico, podría ser buena presa para cualquier desalmado.

De un sorbo se bebió la taza de café el advenedizo, dejándose observar por la mirada rapaz del señor X su físico desleído, que no decía nada, ni nada revelaba. Porque si es cierto que hay rostros delatores y expresivos, no es menos cierto que los hay opacos y completamente mudos.

Por otra parte, el hombre aquel deseaba continuar su frase interrumpida, y así apenas vio al señor X encender su cigarro y apoyarse en el respaldo de la silla en actitud de oírle, siguió adelante.

—Como le decía, señor, se trata de un entierro. Usted creará probablemente en entierros.

—Poquísimo, caballero.

—Es natural; generalmente los entierros son pretextos para estafas, burlas y engaños. El entierro de que yo vengo a hablarle es algo serio, real, exacto, que le probaré hasta la evidencia. Tuve yo un tío que fue minero, y sin embargo murió bastante pobre, postrado por una tisis que lo fue acabando lentamente. Había sido hombre de negocios y de negocios enredados; no teníamos mucha fe en su honradez. Pero antes de morir llamó a mi padre y a mí, y nos dijo que él conocía el sitio seguro, fijo, de un entierro, hecho entre él y un compañero de negocios. Nos entregó unos planos y nos dejó el convencimiento de que aquello era una cosa seria y digna de crédito. Ahora bien, ¿estaría usted dispuesto a ayudarme, señor X?... Iríamos a partir de utilidades.

—Pero, vea usted, señor, ¿dónde están las pruebas? ¿dónde está ese entierro? Usted no exigiría que le crea bajo su palabra.

—Si yo le mostrara a usted un plano de esta casa, y el sitio donde debe hallarse el entierro, ¿usted me creería?

—Tal vez, casi, casi con seguridad.

—Bueno...

El advenedizo llevó rápidamente la mano al bolsillo interior de la chaqueta, removió pausadamente algunos papeles, sacó uno algo ajado y amarillento, lo desdobló, apartando otro que estaba allí junto, y abriendo el primero lo puso ante los asombrados ojos del señor X

que pudieron ver allí perfectamente clasificadas las piezas, los pasillos, las puertas, toda la casa con sus detalles más mínimos...

—¿Y dónde está aquí el entierro? —preguntó ya con intensa curiosidad.

—Usted me permitirá, señor, que exija de usted ciertas garantías..., yo no le conozco. Antes de mostrarle otro plano, yo exijo que usted me facilite esta misma noche el acceso a la pieza señalada y los dos nos pongamos a la obra.

—¿Y por qué ha de ser esta misma noche? —preguntó con energía el señor X...

—Porque habiéndole ya revelado a usted que aquí hay un entierro, usted podría pretender rastrearlo para sí y dejarme a mí a un lado.

Aquello parecía sincero, razonable. El señor X titubeó un momento; pero no quería dar muestras de temor, y sin embargo, todo aquello era raro, extraño, sumamente peligroso.

—Venga el otro plano —exclamó de pronto—, acepto bajo mi palabra de honor las condiciones —mientras recordaba con cierta tranquilidad que llevaba el revólver cargado en el bolsillo del pantalón...

Al instante el hombre repitió su operación de rastreo de papeles y sacó el otro que había vuelto a guardar. Era el mismo plano, pero en una de las piezas más apartadas una crucecita roja llevaba la vista a un letrero con tinta del mismo color, que decía: "aquí está la tinaja".

Un momento se fijaron sus ojos en esos caracteres rojos, letra fina, cuidada... ¡La tinaja! ¿Estaría llena de onzas? ¿Sería aquello verdad? ¿Qué le había metido a aceptar aquel loco y aventurado negocio que podría ser una celada infame? Tuvo miedo, emoción; un sudor frío le corrió por todo el cuerpo, y cuando levantó la vista del plano que lo hipnotizaba con el letrerito rojo, vio que los ojos incoloros del advenedizo le miraban fijos, inmóviles, brillantes como los del gato.

Era necesario que no le viera dudar, y haciendo de tripas corazón, como se dice vulgarmente, devolvió el papel y contestó con la más tranquila entonación:

—Estoy a sus órdenes, caballero.

—Es necesario un chuzo y una pala, y apartar a los criados para que no se den cuenta de qué se trata.

—Lo mejor será que lo vamos a sacar nosotros mismos. Yo tengo la llave de la bodega.

Tomó el señor X una vela que estaba sobre la mesa y salió del cuarto, teniendo siempre cuidado de echar a su compañero por delante. Llegaron por el corredor a un portón ancho de dos hojas cuyo grosero y tosco candado fue quitado sin dificultad, separándose el cerrojo, y abriéndose un lado con el crujido inevitable de los goznes mohosos. Allí estaba el coche, el coche de la hacienda, un viejo carruaje de trompa, que inclinaba su techo lustroso como un lomo de barata; los arneses colgaban de algunos ganchos en la pared enlucida, y en todos los rincones se amontonaban chuzos de varios tamaños, palas, azadones, arados, cultivadoras y echonas gastadas y mohosas. Era el arsenal de la hacienda donde venían los peones todas las mañanas a recibir la herramienta necesaria para trabajar todo el día bajo el sol abrasador.

El advenedizo se dirigió tranquilamente a un rincón, escogió una barreta, se acercó al otro extremo donde tomó una pala, cuyo filo examinó un instante, y esperó al señor X que intencionalmente se quedaba atrás para tenerlo siempre ante su vista.

Salieron, cerróse de nuevo el candado, y volvieron a tomar el corredor, entrando por la puerta entreabierta y llena de luz por donde habían salido.

—¡Ignacio! —llamó el señor X, afectando la mayor tranquilidad en la voz, puedes retirarte.

Pero al mismo tiempo le daba una mirada bien significativa, que quería decir:

—Quédate, no te acuestes, vigila.

El sirviente entendió perfectamente que allí pasaba algo anormal, extraño en la vida de esa casa tranquila, y vio internarse en el cañón de piezas con visible inquietud a su patrón, con una vela en una mano, llevando por delante al individuo con el chuzo y la pala al hombro.

¿Dónde irán? ¿Qué significaba eso?

—Aquí es —dijeron los dos al llegar a la última pieza del corredor.

—Y este es el rincón preciso en que está la tinaja —agregó el desconocido, dejando caer el chuzo sobre un ladrillo que se trizó en varias direcciones.

La pieza era grande, húmeda, helada. El pavimento de ladrillos viejos estaba muy deteriorado dejando ver en varias partes las manchas negruzcas de la humedad. Dos o tres baratas negras subían por los guardapolvos, con su marcha torpe, indecisa, y una mosca grande y verde volaba trasnochada, zumbando de un modo siniestro alrededor de la vela.

Quedó ésta en el hueco de una ventana; comenzó el desconocido a sacarse la blusa para poder manejar mejor el chuzo; y el señor X se inclinó sobre la pared para poder examinar desde allí todos los movimientos de su compañero.

Sentía un visible malestar; un sentimiento extraño, nuevo, le llenaba enteramente. Cierta ardor en las sienas y unas punzadas neurálgicas le comenzaban a molestar. Sus ojos se encontraban a menudo con los del desconocido, que lucían de una manera extraordinaria. Eran exactamente los ojos de un gato, algo vidriosos, iluminados por dentro, centelleantes e inquietos. ¿Por qué esos ojos que un poco antes eran opacos, esmerilados, por decirlo así, habían tomado ese fulgor? ¿Era que se acercaba el momento de poner en práctica la celada? ¿Cuál podía ser ésa? ¿Vendrían ya acercándose los compañeros que debían asesinar a don Simón y a Ignacio? ¿Se serviría ese desconocido del chuzo para matarle?

Y sin darse bien cuenta de lo que hacía, se apretaba contra la pared para sentir sobre su cintura el contacto del revólver y encontrar en ello seguridad.

Entre tanto, el compañero había dado ya unos cinco golpes vigorosos que habían hecho saltar los ladrillos en un espacio de un metro cuadrado, más o menos. Estos, partidos o molidos, quedaron amontonados en un rincón. Ahora los golpes del chuzo eran sordos, caían sobre una tierra apretada y traposa, que se deshacía en costras.

¿Por qué el hombre del chuzo le volvía a mirar con esos ojos de gato? ¿Qué quería hacer? El silencio era inmenso, ese silencio de las noches de campo; el mugido de una vaca allá lejos, en la soledad de los potreros, ladridos lejanos de los perros de los inquilinos y uno que otro gemido agudo del Nerón, el perro de la casa, que al

sentirse amarrado de un tronco lloraba con su aullido prolongado y lastimero.

Los golpes del chuzo seguían, la tierra saltaba, el sudor bañaba la frente del desconocido. Pero el señor X no se ofreció a seguir: él pensaba que inclinado sobre el suelo, con las manos ocupadas en tomar la herramienta, podía recibir fácilmente una puñalada, sin tener tiempo para defenderse.

¡Qué horas aquellas! Dejemos hablar al señor X que contaba después este trance, temblando todavía.

“Los golpes del chuzo caían sobre algo fofo y suelto, y, sin embargo, unido y compacto. Me pareció que evidentemente ese suelo podía haber sido removido después de enladrillado todo el piso. Ya no tuve dudas de que en pocos instantes más vería aparecer un extremo de la tinaja, empolvada... Y entonces un nuevo temor, una nueva sospecha hizo correr sobre mi cuerpo un calofrío que me estremeció. La codicia que comenzaba a sentir yo, ¿no la sentiría con mayor fuerza ese hombre que estaba allí, sacando algo que en realidad le pertenecía? Con un solo golpe podía hacerse dueño de toda esa tinaja y reparar el error de haber cedido la mitad de su tesoro. Los ojos de mi compañero ya no brillaban, ardían, giraban dentro de sus órbitas, estaban algo inflamados por el insomnio y adquirían por momentos una inquietud siniestra. Los golpes del chuzo seguían cambiando de sonido y revelaban claramente la existencia de algún objeto duro ya no distante...

“Hubo un momento en que una desesperación nerviosa me asaltó. La vela se extinguía ya: la llamita volteaba a todos lados lamiendo el borde de la palmatoria. Los ojos del hombre me seguían mirando de cuando en cuando, hasta que ya la llama de la vela se apagó por completo. Siguió entonces un momento del más absoluto silencio, el chuzo no golpeaba, no podía ver lo que hacía mi compañero, pero sí sentía cerca de mí su respiración fatigosa... ¿Venía a matarme? Instintivamente eché mano a mi revólver y esperé cualquier movimiento para tomar una actitud enérgica.

“Aseguro que jamás he tenido sufrimiento moral más espantoso. Esperé así, sin respirar.

—Encendamos otra vela, dijo el hombre con voz aparentemente tranquila.

“Me acerqué entonces a la ventana y encendí otra vela que había traído de repuesto, esperando por momentos que un paso de mi compañero me revelara que había llegado el momento de la lucha...

“Era ya la media noche, y volvió a reinar ese silencio religioso de la noche: mugidos, ladridos... El chuzo volvió a golpear con verdadera fiebre la tierra, y ya comenzaba a sentirse duro el suelo de nuevo, cuando sorprendí en mi compañero una mirada diabólica, en que se veía concentrada una gran codicia y un destello de desconfianza.

“Detuvo los barretazos, me miró fijamente y comenzó a hablar.

—Dígame, señor, la mitad del entierro le pertenece, ¿ah?

—Usted sabrá, amigo. De eso habíamos hablado.

—¿Y si en vez de dinero hubiera objetos de plata u oro?

—¿Qué inconveniente habría en dividirlo?

“Volvió el hombre a trabajar, pero menudearon sus miradas; parecía que ahora espiaba una ocasión en que me viera distraído.

“De repente el barretazo fue aclarando el sonido de su choque hasta que por último pareció haber tocado en una piedra.

—¡La tinaja! —gritamos los dos con una voz sorda.

“Era la voz de la codicia que salía de las almas; nuestras miradas se cruzaron y esa vez las del advenedizo tenían un nuevo destello, el fulgor de la ira...

“¡Oh, qué fatiga tan grande la de mi alma! Se siguió cavando a los lados, y la tinaja iba apareciendo en su curva de greda opaca, algo rosada, llena de polvo. Era evidentemente una de esas grandes pipas de barro cocido, que quedan todavía en los graneros y bodegas viejas y de cuyo fondo que resuena a los ruidos exteriores parecen salir las voces de los vendimiadores de antaño.

“Sentí entonces un impulso satánico, deseos de arrojarme sobre mi compañero y matarlo. Y si yo sentía esos deseos, yo que jamás había soñado con hacer mal a nadie, ¿qué podría pensar aquel desconocido, que tenía ya su tesoro a la vista?”

Cerca del amanecer, cuando la segunda vela parecía apagarse y por las rendijas de la ventana se filtraba una luz triste, melancólica, escasa, el compañero soltó la barreta y dijo al señor X:

—Es menester levantar la tinaja.

Se inclinó éste con más temor que nunca sobre el borde de la excavación y pensó que quién sabe si ése era el último momento de su vida. Recordó su niñez, su vida entera, sus deudas con Dios, con los hombres, y haciendo un esfuerzo sobrehumano cogió la tinaja del borde, hizo un ademán poderoso para levantarla, pero nada se movió.

La emoción era inmensa, ya imposible de sobrellevar. Esa tinaja tan pesada ¿estaba llena de oro? ¿Eran ya los dos inmensamente ricos? ¿Saldrían de allí con dinero o sería uno víctima de la codicia del otro?

—¡Una idea! —exclamó de pronto el señor X—. ¿Por qué no se rompe la tinaja con la barreta?

Un barretazo formidable cayó sobre un costado de la tinaja, otro más fuerte todavía la trizó haciendo un ruido como si fuera la protesta de esos avaros que quisieran esconder ese oro que no podían tragarse en la tumba.

Un tercer barretazo partió medio a medio el tosco y gigantesco vaso de greda. Las mitades se desprendieron con la lentitud de una separación dolorosa y cayeron pesadamente sobre los muros de la excavación.

Un grito sordo se les escapó a los dos, medio ahogado, en las gargantas secas y ardientes.

Dentro había un cadáver, que todavía conservaba sobre el cráneo algunos pelos negros y lacios y sobre las costillas y caderas algunos jirones cenicientos...

Se miraron mudos, pálidos, aturdidos esos dos hombres. La vela se apagó, y en medio de la sombra los ojos de gato del desconocido lanzaron una mirada indecisa, interrogadora, llena de zozobras.

Y entonces una luz cayó sobre esas dos almas, haciendo desaparecer la codicia, la desconfianza; y reconstituyendo la escena pasada allí en años anteriores, creyeron ver a esos dos hombres que vaciaron el oro de la tinaja y en que el más fuerte encerró al más débil para gozar a solas del dinero.

Y mientras el desconocido pensaba con mortal ansiedad que su padre era el único poseedor del secreto, el propietario del fundo recordaba el misterioso desaparecimiento de su antecesor.

Y las miradas de esos dos hombres que hasta entonces se habían cruzado como dos hojas de un puñal, se encontraron ahora llenas de indecible angustia y se perdonaron.

Una larga faja de luz amarillenta, la primera del día, cayó al fondo de la lóbrega pieza...

El Chileno,

24 de abril de 1899.

INCENDIARIO

Don Serafín Espinosa tenía su tiendecita de trapos en la calle de San Diego, centro del pequeño comercio, que, ya que no puede tentar por el lujo de sus instalaciones ni por el surtido de la mercadería, atrae por la baratura inverosímil de sus artículos. Se llamaba la tienda "La bola de oro", y mostraba en el pequeño escaparate tiras bordadas, calcetines de algodón, hilo en ovillos y carretillas, broches, horquillas, jabón de olor, polvos, botines, tejido al crochet y loros de trapo. Los géneros se reducían al lienzo común para ropa interior de pobre, al tocuyo tosco y amarillento, al percal barato y de colores vivos, y a una que otra variedad de velo de monja para mantos de poco precio.

Don Serafín era el alma más candorosa de la tierra. Se arruinaba lentamente tras del mesón; pero sin perder su encantadora sonrisa, modales amabilísimos, su generosidad innata y su fina cortesía. Si alguna mujer le pedía la llapa, al meter la tijera en el lienzo, corría como media vara más el corte y daba después el vigoroso rasgón sin importársele un ardite. Si un chico lloraba de aburrido mientras la madre regateaba largamente un corte de ocho varas de percal, corría él a la vidriera y cogiendo un loro de trapo se lo obsequiaba para calmarle la pena. Si una sirvienta volvía desolada a devolverle tres varas de tocuyo, porque era de otra clase el que le habían encargado, recibía el trozo y daba del otro, guardando el inservible pedazo para algún pobre. Y en fin, lo que menos tenía don Serafín eran cualidades para comerciante.

Muchas veces, al caer la tarde, su vecino de la esquina, un simpático italiano, natural de Parma, dueño del almacén de abarrotes

“La estrella parmesana”, se le acercaba en mangas de camisa, despeinado, sudoroso, pero aún no cansado de la fatiga del día, y le charlaba una media hora.

—¡Buona sera, don Serafine! ¿Cómo va questo? Malo ¿eh? Ma ¿qué quiere usted, signore? Non se puede ser santo e comerchante a la veche, non. Per ganare la plata se necesita malizia, acortare la vara, pasare de cuando en cuando una cuarta meno, véndere un lienzo de mala calitá... ¡Sí don Serafine! ¿Cómo quiere usté, santo varone, prosperare cuando lo da tutto? Usté sirá del chelo derechito y verá a Dios; pero lo que es el dinero no lo verá, non.

Don Serafín sonreía, porque él más que nadie estaba convencido de que habría hecho muchísimo más de lego recoleto que de dueño de “La bola de oro”. Pero ¿tenía él la culpa de que al frente se hubiera establecido ese maldito “Bazar Otomano” con tres puertas, dos vidrieras y tantas medias lunas? ¿Tenía él la culpa de que todos prefirieran a su pobre tenducho con los eternos loros de trapo en la vidriera, los brillantes escaparates del vecino, con rosarios de concha de perla, collares de vidrio y polvoreras de cristal?

No, ¿y entonces? Y don Serafín seguía sonriendo amable y encantadoramente, obsequiando los loros de trapo y dando llapas de media vara.

Pero el negocio iba a menos rápidamente, y los cinco mil setecientos pesos que tenía en mercaderías corrían grave riesgo de fundirse.

—Si yo fuera un pillastre, un hombre sin conciencia —decía don Serafín—, le prendería fuego a “La bola de oro” y luego la Nacional me entregaría mis cuatro mil de seguro. Pero como tengo temor de Dios, y prefiero vivir pobre que deshonorado, no haré jamás tal crimen, y me contentaré con ver resignado cómo se van escurriendo entre los dedos estos cinco mil pesos, fruto de tantos años de trabajo.

En estos únicos momentos de amargura desaparecían de la cara de don Serafín la sonrisa amable y el gesto candoroso y en esos mismos momentos acertaba considerablemente la llapa.

La idea del incendio, rechazada tantas veces como criminal y pecaminosa, era, sin embargo, la única solución del negocio. Si yo le prendo fuego, lo que Dios no permita —pensaba don Serafín—, hago una cosa mala; pero si llega otro, sin que yo lo sepa, y sin que

yo se lo aconseje y me quemara "La bola de oro", entonces ¿qué culpa tengo yo?

Y desde entonces don Serafín se dedicó a hacer rogativas y mandas por lograr el completo incendio de sus mercaderías. Creyó conveniente, ya que de fuego se trataba, dirigirse a las ánimas benditas del purgatorio, que tienen las llamas al alcance de su mano, y las llenó de promesas, súplicas y oraciones.

Entonces se le vio a don Serafín Espinosa más alegre que de costumbre, agotando los loros de trapo de la vidriera y llegando a dar de llapa hasta una vara larga de tocuyo.

Por fin, fue oído el constante incansable tentador, y como la Nacional, ignorante de todo, no apeló por su parte a las ánimas para destruir el efecto de las velas, flores y oraciones de don Serafín, la cosa se inclinó del lado de éste.



Una noche, la tranquilidad de la calle San Diego fue turbada por el repiqueteado toque policial y gritos de ¡incendio! ¡incendio! En un momento se despertó toda la cuadra, hubo voces, llamados, carreras, y cinco minutos después la ronca y fúnebre campana del cuartel general de bomberos sonaba en el silencio de la noche, haciendo poner en alarma media ciudad.

A patadas fue abierta la puerta de una colchonería, vecina a "La bola de oro", y una vez caídas las hojas, salió una llamarada envuelta en humo, que barrió en un instante con su letrero de madera: "Se llenan colchones".

Uno de los oficiales de policía fue corriendo a avisar a don Serafín, que dormía como un bienaventurado en su casa. Saltó éste de la cama, se impuso de la fausta nueva, se metió un macfarland y un par de zapatillas y salió a la calle brincando como un loco.

La sorpresa del policial que tímidamente estaba llamando a la ventana: "Señor Espinosa; no se alarme usted, pero se le está quemando la tienda", subió a un extremo indecible, al ver que don Serafín se le colgaba del cuello, lo estrechaba contra su pecho y hasta le estampaba un entusiasta beso en la punta de la nariz.

—Señor oficial ¿no se chancea usted? ¿Es verdad que se me quemó todo? ¡Qué dicha, Dios mío!

Y corría como un desesperado apretándose el macfarland para que le cubriera el cutis ante las miradas risueñas de los que lo miraban pasar.

En ese momento ya llegaban las bombas con una algazara de mil demonios: campana, gritos, galope de caballos, resbalones, insultos, órdenes, arrastre de las mangueras, piteos, en fin, un infierno.

Ya está un grifo listo, ya arde un fogón, ya late furiosamente una caldera, ya puja el agua ruidosamente en uno de los pitones, ya sale el chorro y barre a la muchedumbre que se apiña y hace saltar la bola de latón sobredorado de la tienda de don Serafín, y cae sobre el techo sofocando un penacho de llamas y de humo.

—¡Dios quiera que no quede ni un miñaque, ni un ovillo, ni un loro, ni un calcetín! —exclamaba el feliz tendero, balbuceando a ratos avemarías y atrayendo muy curiosamente sobre sí la atención de los vecinos.

El cielo lo oía; pero lo oía también el juez del crimen de turno que daba órdenes inmediatas para arrestar a don Serafín.

Trabajaron tenazmente las bombas; el agua destruyó al par que el fuego, y cuando ya no quedaron sino tres o cuatro murallas y un montón de escombros, se declaró extinguido el fuego, se tocó llamada y se recogió el material.

Un piño de curiosos se detenía delante de las humeantes vigas y de los húmedos adobes, que despedían un olor acre y pegajoso, y entre ellos se veían las albas mangas de camisa del dueño de “La estrella parmesana” que no había alcanzado a sufrir nada.

—Yo no masusto —decía a su auditorio— per esto se necesita calma. Así son las cosas de la vita. Don Serafine se resolvió a ser comerciante, e non santo. Así no sirá tan derecho del chelo pero tendrá en cambio dinero. Questo es la realitá, la realitá pura; el comercio non vive del oscurantismo.

Entretanto don Serafín estaba sentado en un banco con la cabeza sobre el pecho y los brazos cruzados, esperando la hora en que debía llegar el juez a instruir el sumario. Se encontraba en un vago estado de incertidumbre. Por un lado, daba gracias al cielo por el

incendio, y por otro, le pedía salir bien librado de la delicada situación en que estaba.

Un guardián lo sacó de la incertidumbre, anunciándole que el juez lo llamaba. Don Serafín salió del calabozo y apareció con su cara serena, candorosa, amable, ante el juez que esperaba su llegada.

—Señor Espinosa. Parece que el incendio de “La bola de oro” ha sido intencional.

—No sólo lo parece, señor juez, sino que lo es.

—¡Hola!

—Sí, señor juez, como intencional, pocos lo habrán sido más.

—¿De manera que usted, señor, reconoce haber prendido fuego a su tienda de la calle de San Diego?

—Perdóneme, su señoría. ¡Eso no, eso nunca, eso, ni loco! Yo soy honrado ante todo... Se lo diré al señor juez. Este incendio es de lo más intencional que cabe, pero sólo porque yo he puesto toda la intención posible en que sucediera. Yo no vendía nada, señor juez. En la última semana, sólo he logrado salir de un jabón de olor, tres varas de huincha blanca y dos carretillas de hilo. Eso no era vida. En esta situación, le hice una novena a las ánimas benditas. No sería, su señoría, porque me han oído... Por eso digo que como intencional lo es ¿a qué lo niego? ¿Pero mancharme, señor juez? ¡Eso nunca!

Y el simpático viejo se quedó mirando al juez con su amable sonrisa de siempre, sintiendo no tener un loro de trapo para dejárselo sobre la mesa para que aplastara con él tanto papel, y limpiara en su pechuga la pluma.

—Quítenme de aquí a este señor —dijo el juez—, y déjenle en libertad. Oiga usted, caballero: usted se ha equivocado, aquí no es donde debe purgar sus faltas.

—¿Y dónde será, señor Juez?

—En el limbo...

Y en medio de una risa espontánea salió don Serafín después de hacer una venia.

• • •

No había llegado aún a los restos humeantes de “La bola de oro” cuando se topó con su amigo el parmesano, que le dijo:

—Amico don Serafine, suomo felice. Usted me debe solamente tres litros de parafine, que son sesenta centavos.

—Por qué.

—Per le inchendie qui io solo lo ha fato anoche.

—¡Usté!

—Cállese, don Serafine, que pueden oírnos. Yo lo he escuchado a usted que diceba: “¡Ánime dil purgatorio, inchéndiame la bola de d’oro!” La colchonera dechía poco meno. Yo mai ditto: “Non questo non é il camino. L’ánime dil Purgatorio non tienen parafina, io la tengo e mato dos pacaros d’un tiro: hago un favore a due amichi y vendo parafina”. ¿Non e vero?

—¡Pero esto es un crimen!

— Bah! ¡Silencio, barbaro!

Y la férrea mano del simpático parmesano apretaba tan fuertemente el brazo de don Seraffín, que éste, vencido y atónito, se buscaba en el bolsillo los sesenta centavos...

El Mercurio,

22 de febrero de 1901.

JUAN NEIRA

Neira era el capataz del fundo de Los Sauces, extensa propiedad del sur, con grandes pertenencias de cerro y no escasa dotación de cuadras planas. Cincuenta años de activísima existencia de trabajo, no habían podido marcar en él otra huella que una leve inclinación de las espaldas y algunas canas en el abundante pelo negro de su cabeza. Ni bigotes, ni patillas usaba ño Neira, como es costumbre en la gente de campo, mostrando su rostro despejado un gesto de decisión y de franqueza, que le hacía especialmente simpático. Soldado del Valdivia en la revolución del 51, y sargento del Buin en la guerra del 79, el capataz Neira tenía un golpe de sable en la nuca y tres balazos en el cuerpo. Alto, desmedidamente alto, ancho de espaldas, a pesar de su inclinación y de las curvas de sus piernas amoldadas al caballo, podía pasar Neira por un hermoso y escultural modelo de fuerza y de vigor.

Enérgica la voz, decidido el gesto, franca la expresión, ¡qué encantadora figura de huaso valiente y leal tenía Neira! Su posesión estaba no lejos de las casas viejas de Los Sauces, donde he pasado muy agradables días de verano con mi amigo, el hijo de los propietarios. La recuerdo como si la viera: un maitén enorme tendía parte de sus ramas sobre la casita blanca con techo de totora; en el corredor, eternamente la Andrea, su mujer, lavando en la artesa una ropa más blanca que la nieve; una montura llena de pellones y amarras colgada sobre un caballete de palo; y dos gansos chillones y provocativos en la puerta, amagando eternamente nuestras medias rojas que parecían indignarles.

Cada año cuando a vuelta de los exámenes llegábamos a las casas de Los Sauces, nuestra primera visita era a la Andrea, que suspendía el jabonado de la ropa para lanzar un par de gritos de sorpresa y llorar después como una chica consentida. Siempre nos encontraba más altos, más gordos, más buenos mozos (con perdón), y concluía por ofrecernos el obsequio de siempre: harina tostada con miel de abejas.

Después había que ir a buscar a ño Neira, seguramente rondando por los cerros. Desde lejos, al recodo del camino, nos conocía el capataz, y pegando espuelas a su mulato, llegaba como un celaje hasta nuestro lado. Qué risas, qué exclamaciones, qué agasajos; a nuestros cigarros correspondía con nidos de perdices que ya con tiempo tenía vistos entre los boldos y teatinas, y comenzaba a preguntarnos de todo, de si habría guerra, de si habíamos concluido la carrera, de si habíamos encontrado novia. Pero debemos repetir que aún andábamos de calzón corto, y si no, ahí estaban los gansos de la Andrea que nos dieron más de un picotazo en las piernas, débilmente defendidas.

Desde nuestra llegada a Los Sauces, ño Neira no daba un paso sin nosotros: yo a su lado, mi amigo al otro. ¡Qué preguntar, y averiguar y curiosear!

Terminaba ño Neira de responder y ya le caía una nueva pregunta encima, y si él tenía placer en contestarnos, no lo teníamos menor nosotros en oír su lenguaje expresivo, su peculiar manera de comerse las palabras, y hasta el colorido especial con que lo revestía todo.

Dos años dejé de ir a Los Sauces, y cuando ya bachiller en humanidades me lo permitieron mis padres, avisé a mi amigo con un telegrama que en el tren expreso de la mañana dejaba a Santiago. Al llegar el tren a la estación, estaba él allí a caballo, con el mío a su lado y el sirviente apretando cuidadosamente la cincha. Un abrazo entusiasta, las preguntas de estilo sobre nuestras familias y ¡a caballo!

—¿Qué llevas ahí?— me preguntó mi amigo, aludiendo a un paquete que asomaba a mi bolsillo...

—Un corvo para ño Neira...

—¡Bien le hubiera venido cuando lo asesinaron!

—¡Cómo! ¿A ño Neira? ¿Es posible?

Y entonces se me escapó una pregunta, la única que podía hacerse tratándose del valiente capataz:

—¿Y Neira se dejó asesinar?

—Te lo contaré todo —me dijo mi amigo—, pero apura el paso porque nos va a pillar la noche en el camino, y en casa estarán con cuidado.

Y tomamos trote por la alameda.

• • •

Lo que de mi amigo oí y que me conmovió profundamente, es lo que cuento en seguida, tres años después de la muerte de Neira.

Ño Neira estaba sentenciado. En nuestros campos se da a esta palabra una importancia excepcional. El capataz dio un día de chicotazos a un individuo de mala índole, a quien había pillado en un robo, negándole en seguida todo trabajo dentro del fundo. Este había "sentenciado" a Neira.

—Deja no más —le dijo—, algún día nos encontraremos solos.

Neira se encogió de hombros; bien sabía él que al infeliz no le convenía ponerse solo por delante; lo malo era que buscaría una cuadrilla para asaltarle. Pero en fin, ¿no tenía él en su silla un cuchillo que ya le había servido muchas veces para defenderse?

Pasaron los días. Neira no faltaba ninguno a su ronda del cerro y paso a paso regresaba al caer la tarde para llegar hasta la casa del administrador y decir que no había novedad en el ganado.

Un día fue al cerro con su hijo mayor, un muchachito de doce años con grandes ojos negros, fiel retrato de su padre y fundada esperanza de los patrones de Los Sauces. Llevaba al chico por delante de la silla y conversaba con él, mientras más abajo, en el plan, la vieja Andrea, de cabeza sobre la ropa, la hacía levantar lavaza y blanquisima espuma de jabón, al restregarla entre sus manos.

Llegaba la tarde, y el sol poniente sin rayos ya y convertido en un disco rojo, se hundía como un rey depuesto. Una desordenada orgía de colores inundaba el horizonte y el resto del cielo era intensamente azul y limpio de nubes blancas.

¿Quién no ha visto los cerros chilenos cubiertos de boldos? Un faldeo gris, con manchas doradas de teatinas; algunos quiscos que se levantan como brazos armados; y los boldos del más oscuro e intenso verde que parecen escalar el cerro como peregrinos haciendo penitencia.

En la plana superficie, ño Neira se había desmontado para apretar la cincha de su mulato y echar una pitada al aire. El chico se había puesto a andar en busca de algunos guillaves maduros... De repente, Neira creyó notar que un boldo se movía; tomó una piedra pequeña y la arrojó.

Un individuo se separó del árbol y comenzó a andar en su dirección silbando alegremente. Una mirada sola bastó para hacer comprender a Neira que estaba frente a una emboscada; el gañán que tenía por delante era el que lo había "sentenciado" y no había sido tan necio para ir solo a buscarlo al cerro. Con una mano se palpó la cintura, y al encontrarse allí su corvo de los días de fiesta, sacó con la otra la tabaquera, y se puso a liar un cigarro.

—¿Estabas escondido, ah? —preguntó burlonamente vaciando el tabaco en la hoja de maíz...

—Esperándolo, ño Neira.

—No vendrás solo, por supuesto —continuó el capataz—: no sois vos de los que pelean cara a cara...

—¡Eso... quién sabe, ñor! —y el gañán avanzaba lentamente, como avanza un gato, arrastrándose casi.

—Bueno, párate un poco y déjame pitar este cigarro. Hay tiempo...

El peón se paró. O era admiración o era miedo; pero el asesino quedó dudando.

Neira chupaba de prisa un cigarro, porque le debía quedar poco tiempo. El sol apenas asomaba ya un extremo de su disco rojo, que parecía mancha de sangre, y las sombras alargadas de los boldos duplicaban el número de peregrinos que escalaban el faldeo y parecían apurarse para que no les pillara la noche en tarea tan pesada.

El cigarro se concluía y Alegría se pasaba la mano por la cintura buscando algo.

—Tú —dijo Neira, tomando del brazo al chico— te pones detrás de mí, y no te mueves. ¡Cuidado con llorar!...

Y una mirada lanzada abajo a la llanura, lo hizo recordar a la vieja que probablemente colgaba en ese momento la ropa en el cordel.

Después puso la mano en la cacha de su corvo, enrolló con el otro brazo su poncho negro de castilla y le dijo al gañán:

—¡No te expongáis, Alegría! Llama a tus amigos. No ensucio mi corvo de los domingos en ti solo.

Un silbido sonó y Alegría volvió la cabeza para ver si estaban todos. Cinco hombres caminaban subiendo a saltos, y buscándose los cuchillos en la cintura.

—No Neira, le ha llegado su hora.

—Y la tuya también, cobarde...

Y de un salto todos estuvieron encima del capataz que se echó atrás y levantó el brazo en que tenía envuelto su poncho.

En ese instante el crepúsculo invadía con su indeciso y vago resplandor las cosas todas, haciendo ya difícil distinguir los objetos. Neira, con los ojos fruncidos para ver mejor, se colocó de un salto fuera de este círculo en que alevosamente le podían matar como un perro, pensando en defender su espalda y ese pedazo de su corazón que tras de ella se refugiaba llorando a gritos.

Alegría logra alcanzarle un brazo con la punta del cuchillo, al mismo tiempo que otro de los bandidos le estrella el suyo en las costillas. Neira se contenta con defenderse barajando los golpes. De repente el viejo capataz se transforma, es el soldado del Valdivia y el sargento del Buin, las dos heridas le arden y lo irritan como a un toro bravo, y en vez de huir del círculo que lo quiere estrechar, salta adelante y hace silbar el aire con la más fiera de las cuchilladas que ha dado brazo chileno.

Uno de los bandidos se desploma y cae y la furia de los otros se duplica en medio de rugidos, amenazas e insultos. Neira es una fiera; tan pronto acomete como se defiende; ya la batalla es silenciosa y sólo se siente el ronquido del que agoniza y el aliento jadeante y cortado de los que se acuchillan. Todos están tan juntos que cada cuchillada encuentra por delante la vigorosa carne de Neira, y todo avance del heroico capataz abre un vientre o rasga un pecho.

En el momento en que las sombras se hacen más densas, surge de abajo del llano, una voz que todos han oído con la cabeza descubierta. ... Es la campanilla del fundo que toca el "Angelus", y que

el viento hace aparecer a ratos como un gemido y a ratos como una voz de mujer que llama.

Pero hay demasiada sangre para que al través de ella se sienta y se mire. Los cuchillos se chocan, el corvo entra cada vez hasta la empuñadura y la sangre corre cerro abajo en un delgado chorro que va rodeando las piedras y abriéndose paso al través de las matas. Pero los bandidos están sintiendo ya el vigor de Neira, porque otro de ellos cae al suelo en fuerza de la sangre perdida, y el capataz no da muestras de cansancio.

El asedio aumenta, el capataz abraza a Alegría que ha errado un golpe y trata de estrangularlo con sus manos; pero al verlo indefenso los otros lo acribillan a puñaladas. Neira lanza un grito de angustia y cae al suelo abrazado con su enemigo. El combate ha llegado a un momento supremo y desesperado. Neira ya no es temible para los otros, y todos sus esfuerzos se concretan a estrangular a Alegría que se retuerce desesperadamente en el suelo mientras sus vigorosos dedos aprietan el pescuezo ensangrentado del traidor y se sumen entre las secas fauces que todavía lanzan ronquidos de ira.

Los tres bandidos comprenden que aquello ha terminado y echan a correr. Neira salta del suelo, abandonando a su víctima, y quiere alcanzarlos y apuñalarlos por la espalda, pero siente que vacila como un ebrio y tambaleando vuelve donde su hijo, que pálido y desencajado no puede ya ni llorar.

—¡Asesinos!— alcanza a gritar. —¡Infames! Cobardes!— y rueda por el suelo al lado de los tres cadáveres que no valen juntos lo que vale una gota de sangre de ese héroe.

Y la noche cae con toda su pavorosa, helada e inhospitalaria oscuridad.

Largo rato Neira respira fatigosamente y el chico inclinado sobre él, calla lleno de estupor y de miedo. De repente el capataz se incorpora, se arrastra hasta un árbol y tomándose de él logra ponerse de pie.

—Trae el mulato —alcanza a decir.

El chico lleno de sangre, también, aunque no herido, pálido como un cadáver, se acerca a tientas al mulato y vuelve con él paso a paso. Pero Neira ha vuelto a caer al suelo desfallecido y sólo tiene fuerzas para quejarse.

—¿Está el caballo? —pregunta con voz apenas perceptible.

—Sí, taitita.

—Bueno.

Y de un nuevo esfuerzo Neira está de pie, y tomando a su hijo lo coloca sobre el mulato que pacientemente tasca el freno. En seguida, reúne todas sus fuerzas y poniendo un pie sobre el estribo logra montar dolorosamente no sin que se le escape un quejido de angustia y sufrimiento.

El caballo comienza a marchar. Neira siente abiertas todas las heridas y el calor de la sangre que corre a través de su cuerpo y de su ropa. Pero no importa; el capataz quiere llegar sólo a las casas del administrador y pronunciar las palabras sacramentales de todas las tardes:

—No hay novedad en el ganado— y después agregar en voz baja al oído de su hijo: —me llevarás a mi casita para morir tranquilo en mi cama, porque estoy muy cansado. Ahí está la cruz con que murió mi padre y también quiero yo que me la ponga la Andrea sobre el pecho.

Pero ya era tarde. Neira sintió un desvanecimiento y cayó al suelo como un tronco que se desploma. El mulato dio un brinco y arrancó furiosamente alameda abajo, mientras el chico, aferrado a la silla, creía llegado su último momento. El caballo detuvo su galope frente a la casa del administrador, donde casi todos los vivientes del fundo, alarmados por la larga demora de Neira, se aprovisionaban de luces para ir al cerro en su busca.

El chico fue tomado en brazos, interrogado, suplicado, pero sólo podía leerse en sus ojos dilatados que había ocurrido algo muy grave al capataz.

Y todos los vivientes, incluso la Andrea y el administrador, se pusieron en marcha, y gran parte de esa noche se sentían gritos de hombres y mujeres, que el eco respondía pavorosamente:

—¡Ño Neira! ¡Ño Neira!

Y Neira veía a lo lejos las luces que le buscaban, como ánimas errantes que lo llamaban a sí. Su pecho latía como una caldera próxima a estallar, y sus labios convulsos y ensangrentados querían en vano responder: ¡aquí estoy! Pero la voz moría en la seca gar-

ganta y sólo salían las palabras en secreto como si fuera una confesión.

Por fin las luces se acercaron, y el primero que llegó al lado de Neira fue don José, el administrador, que se inclinó paternalmente sobre el capataz sumido en un extenso charco de sangre y palpitando como una fiera cansada.

Neira reunió sus últimos esfuerzos, el último resto de su asombrosa vitalidad y dijo con voz entera:

—No hay novedad.

Y fueron las últimas palabras del valeroso capataz de Los Sauces. Siguiendo la línea de sangre que se veía en el camino dieron, casi a medianoche, con los tres cadáveres de los bandidos, y ahí pudieron medir el heroísmo de Juan Neira, el ex soldado del Valdivia y ex sargento del Buin.

—¡Sesenta cuchilladas tenía en el cuerpo!— me dijo mi amigo.
—¡Pobre Neira!

• • •

Al día siguiente fui al cerro, solo, y me arrodillé al lado de la verja de madera con que se había rodeado una modesta cruzcita que recordaba el sitio del asalto. Allí recé por el alma de Juan Neira, el más valeroso, bueno y leal de los servidores. ¡Qué corazonazo tan grande había en ese cuerpo tan robusto!

Ese hombre, instruido, habría sido un general formidable, un león de los combates; malo, habría sido el más fiero bandido de la sierra.

En cambio fue leal como un perro guardián, bueno como la leche y valeroso como un tigre.

El Mercurio,
16 de febrero de 1901.

EL MAS BRUTO DE LOS HEROES

Estay había sido preso por *homicida*, como decía él a los que indiscretamente se lo preguntaban, al través de las rejas de la cárcel. Y a confesión de parte . . .

Pero, en fin, malo no era el pobre Estay. Se habían metido faldas de por medio, y seguramente copas también. Alguien le insultó, salieron a la vuelta de la esquina, pusieron de testigo al policial y se acuchillaron durante media hora. ¿Qué culpa tenía Estay, que el muerto hubiera sido el otro? En cambio, había sacado una cuchillada en la cara, otra cerca del ojo, un puntazo en la frente y rasmillones por todas partes.

Con la cara llena de sangre fue llevado a la comisaría, donde se la estancó, antes que pudieran evitarlo, con tierra recogida en el suelo. Y así, con el rostro mitad fiero, mitad grotesco, se paró ante el juez, se encogió de hombros, no le sacaron palabra y fue a parar al presidio.

Allí vegetó el infeliz *homicida*, muriéndose de inanición. No era la vergüenza ni el remordimiento, los que le enflaquecían: muchas veces había dicho a propósito de su víctima, que bien muerto estaba, y que no rezaría ni siquiera un Padre Nuestro a las ánimas, por el descanso de la suya. Lo que debilitaba sus fuerzas era la falta de libertad. Falta de libertad que era la muerte para ese incansable aventurero, libre y soberano como un cóndor, que no reconocía autoridad, ni ley, ni superior siquiera, que no dormía bajo techo, ni calentaba sus manos en brasero alguno, ni conocía madre, ni mujer alguna. Falta de libertad, que era la muerte para ese hombre que no sentía el amor, que no entendía la virtud, que no sabía el alfa-

beto, que no usaba caballo ni carretela, ni tren, para movilizarse leguas arriba o leguas abajo, buscando un jornal, un compañero o una trilla. Falta de libertad, que era la muerte para ese hombre, que si estaba enfermo se emborrachaba, que si alguien se le ponía por delante le despachaba de una cuchillada, que si quemaba el sol se acostaba a mediodía con la cara contra el suelo y si estaba húmeda la tierra, de espaldas contra ella.

Estay se moría, sin majestad, sin convulsiones, sin tristezas. Moría, como muere un animal de su clase: emperrado. Juntó un día los labios, se los mordió para no abrirlos, y se tendió junto a una muralla. Lo pateó el guardián y él ni gruñó siquiera.

—Ese bruto se muere —le dijeron al alcaide.

Y el alcaide, que en esa fecha —1879— era dueño y señor del presidio, hizo tomar a Estay, ponerlo en la puerta de la calle, pegarle una patada por la espalda y decirle:

—¡Camina, asno! ¡Anda a tomar un rifle! La pólvora te sentará bien.

Estay abrió los ojos y vio no ya la urdiembre mezquina del sol que entraba a la celda, ni esa luz sucia y como mortecina que caía por la ventana. Era aquella explosión de sol, aquella abundancia de aire, lo único que podía ser: la libertad absoluta. Y corrió como un loco y se cayó varias veces al suelo, y fue a golpear un portón grande, macizo, donde sabía que le iban a recibir con los brazos abiertos y allí le gritaron: ¡quién vive! y él contestó con bríos:

—¡Quién ha de ser, cáspita! ¡Quién ha de ser! ¡Yo!

El sargento Lambrecht torció el gesto, y exclamó en el cuarto de banderas:

—O me equivoco, o el que llega es lo único que nos falta para barrer con los peruanos.

Y era él, era el famoso, el conocido Estay, el más bruto de los rotos.

A los dos días, harto ya de frejoles, no era el *homecida*, era el soldado.

• • •

“Las marchas han sido largas —escribía meses después el sargento a su mujer—, largas; pero nadie se ha aburrido. Estay habla,

canta, insulta todo el día y toda la noche. No deja dormir, pero tampoco deja bostezar a nadie. Tiene a los peruanos en la punta de la lengua, parece que no les tiene mucha ley y que si los encontramos luego, Estay hará alguna de las suyas”.

Iba en la tercera compañía; pero le conocía todo el regimiento. Cuando armaban carpas, le pasaban a Estay un cigarro para desatarle la lengua; y tendidos unos, y sentados otros, y los demás de pie, formaban esos grupos en que los pintores recrean el pincel, grupos de soldados en víspera de batalla, que se ríen a carcajadas, como si la muerte no les siguiera a retaguardia.

Contaba Estay todas las cuchilladas que había recibido en su vida. ¡Eran muchas! A los quince años había saltado, en compañía de otro pillo, las murallas de una arboleda para robar gallinas. Surgió la discusión sobre quién se llevaba el gallo; Estay quiso zanjar el asunto a bofetadas; pero el otro tenía más mundo y, sin decir agua va, le metió un cuchillazo en el pecho. Y el *homecida* se abrió entonces la camisa, para que otro le alumbrara con un fósforo y se viera la zanja, aún no cerrada por el tiempo, en sus carnes duras y tostadas.

Desde entonces, apenas pasó un año sin que le tocara dar o recibir puñaladas. ¡Qué hacerle! había tanta gente mala en el mundo; y luego, todo era llegar a una parte sin meterse con *naide*, y armarse la camorra en menos que canta un gallo. Porque, francamente, ¡hay cristianos que parecen judíos!

Era un arnero ese bruto de Estay. Dicen que los gatos tienen siete vidas; pero el soldado del Buin debía tener setecientas.

Al caer la noche, los ronquidos de Estay eran los últimos. Principiaba por cantar, y seguía después con el tema de los peruanos. Y aún dormido, arrollado ya con la manta, bajo la atmósfera pesada y sofocante de la carpa, insultaba todavía con una pesadilla de tigre.

• • •

La mañana había amanecido luminosa; pero con olor a pólvora. A las cinco, se levantaba en el oriente como un vapor amarillo la primera luz del alba, que más tarde alumbraría un campo de batalla. A esa hora, el corneta brincó sobre su manta, despertado por el ca-

pitán de la compañía, oyó dos palabras, vibrantes y secas como un disparo, empuñó el instrumento de bronce, y momentos después el toque de zafarrancho convertía el campamento en un infierno.

El primer grupo fue el de Estay. Sus ojos vivaces lo habían adivinado todo: iba a comenzar la batalla. Instintivamente palpó su rifle, se lo acercó al cuerpo y lo estrechó como si fuera una mujer amada.

Entretanto, a su lado había un infierno de carreras, gritos, interjecciones violentas, saltos, movimientos desesperados, ese preliminar de un regimiento que despierta con el enemigo encima, con la muerte aleteando como un murciélago enorme sobre las cabezas aún dormidas.

Cinco minutos después, la tempestad se calmaba, las compañías buscaban las líneas, el rumor decrecía lentamente y bajaba sobre el antiguo vivac desordenado y bullicioso esa majestad silenciosa del ejército que aguarda el combate.

El regimiento se puso en marcha, descendió una ladera, ocupó el camino, torció una curva, desembocó en un valle extenso y no tardó en hacer alto y aguardar a discreción. Por todos lados, corrían ayudantes a caballo, llevando órdenes y trayendo datos.

Un instante después, allá a lo lejos comenzaba un tiroteo parejo, continuado, lejano, y una línea de globitos blancos, como copos de algodón, aparecía entre los árboles, marcando la infantería enemiga.

Suena la corneta, las voces de mando se suceden lacónicas, como pistoletazos, y el regimiento se desgrana como un rosario de cuentas. Un instante después, diseminadas las compañías y tendidos sobre la yerba los soldados, comienza el fuego, desgranado e inseguro al principio, continuado más tarde, y parejo como cien ametralladoras, en seguida.

• • •

Estay acompaña sus disparos de una verdadera explosión de insultos. Con los pies da golpes furiosos en el pasto y llega a enterrar en la tierra húmeda la roma punta de sus botas despedazadas. El sudor le cubre la cara y el humo deja caer sobre ella un hollín glorioso, bautizo de los reclutas.

Sobre las líneas de cabezas, recostadas en el pasto, barre el viento la nube de humo blanco como si quisiera ocultar las compañías. Una bandada de pájaros vuela agitada, proyectando sus sombras en el suelo. Y más lejos, un trueno lejano demuestra que la artillería entra en combate y que éste es de vida o muerte.

Dos veces en una hora avanza el regimiento, volviendo a tenderse en línea. El tiroteo tiene sus alternativas, pero no se extingue; y ya se ve que las balas son mortíferas porque la línea se ralea y quedan muchos bravos con la barriga al sol.

Estay grita y dispara, dispara y grita. Lambretch lo admira:

—¡Cállate animal! —le dice— deja que hable tu rifle.

—¡Si es que las balas se me atoran, sargento!

—Lo que a ti se te atoran son las palabras, bandido. ¿Quieres callar?

—¡Ya me callo! Las ganas que tengo yo de botar esta escopeta y echarlas a cuchillo limpio... Mire usted que se mueran los niños como moscas, por éstos... de peruanos!

Y Estay echaba mano a la cartuchera y quería meter de a tres balas juntas en el rifle, y se desesperaba de que aquello no matara como él deseaba que matase.

El combate se hacía fuerte, fuerte. El sol quemaba como un tizón. La sangre corría a hilitos entre el pasto, y cada soldado con tierra y sangre, con sudor y pólvora, se veía fiero como un perro bravo.

¡Adelante! Estay se revuelve como un toro, brama, ruge, se enronquece. Tira el rifle, lo recoge, se lo echa a la cara, dispara, vuelve a gritar. Es un endemoniado que ya no se contiene tendido, que ya no cree en su rifle, que rebosa ira y coraje.

—¡Bah! Sargento, ahí va la escopeta, es un trasto inútil, gritó de pronto el bruto de Estay, botando lejos el rifle humeante y echando a correr hacia el enemigo, sin que Lambrecht lograra alcanzarlo.

—¿Qué va a hacer este bandido? —preguntó aterrado el sargento.

Pero Estay corría, corría. De pronto se detuvo y pareció tropezar.

—Le metieron una pildora —gritó un soldado.

—¡Nada! —dijo otro—, éste tiene siete vidas. Sigue... ¿lo ven?

Y Estay seguía, pero pareció cambiar de pronto su plan. Se de-

tuvo, accionó enérgicamente insultando a las líneas peruanas. Su voz se oyó desde las guerrillas del Buin, y centenares de ojos enrojecidos lo miraron con asombro. Y en seguida, dio vuelta la espalda a los enemigos, se desató la correa que ataba los anchos calzones de dril blanco, volvió hacia ellos lo que encontró más despreciativo volver, inclinó casi hasta el suelo la cabeza para mirar a los peruanos por entre sus piernas, y gritó con un rugido supremo:

—¡Apunten aquí... cochinos, bandidos, facinerosos!

Una bala fue a vengar el insulto. Estay cayó de lado, con la desnuda espalda bañada en sangre, y se estiró, tieso como un poste.

Lambrecht se quedó con la boca abierta.

... ..

Otros han caído con majestad, con heroísmo, con firmeza; Estay tenía que morir como era: a lo bruto.

El Mercurio,

18 de diciembre de 1901.

EL MAESTRO TIN - TIN

Así lo llamaban en todos los alrededores porque desde muy lejos ya se sentía el golpe del yunque en su fragua del barranco del río. Era un viejo de cara sumamente bondadosa, ojos suaves, y aspecto inofensivo y simpático. Herrero desde muchos años, prestaba sus servicios en la hacienda, componiendo un día la llanta de una carreta, supliendo otras el perno de un arado, haciendo el cerrojo de un portón o soldando los zunchos de una tina.

Desde el amanecer se sentía ya el vibrante golpe del yunque, llenando todo el barranco y sobresaliendo sobre los mil ruidos del despertar de las mañanas de campo. Era una nota aguda, alta, cristalina, que contribuía a alegrar el comienzo del trabajo, como un valiente toque de diana. Y cuando pasaban los peones con la herramienta al hombro para ir a ocupar el puesto que a cada cual le correspondía en la batalla del día, decían entre sí:

—Ya está el maestro Tin-tin en la fragua.

Cada día llegaba alguien hasta la puerta de su casa, abierta entre dos álamos viejos, y adornada con dos frondosas matas de cardenales rojos, en consulta de algún descalabro de ferretería. Y el maestro Tin-tin salía con las mangas arremangadas y su delantal de mezclilla azul, y siempre sonriente, siempre amable, lo resolvía todo a ojo de buen varón.

A medida que la tarde declinaba iba bajando el diapasón de los golpes del maestro, hasta que junto con hundirse la última extremidad del sol en el poniente, se sentía el último golpe, el del combo que caía abandonado sobre el yunque.

Entonces el viejo salía a la puerta a ver pasar a los que volvían del trabajo, y allí permanecía hasta que al otro lado del río tocaban

el ángelus y lo rezaba él con la cabeza descubierta y la vista baja para entrarse después a la casa donde ya hervía la olla de frejoles al fuego.

El maestro Tin-tin tenía cuatro hijos, de 23 años el menor, y de 32 el primero; pero ninguno vivía allí al lado de esa fragua y de ese yunque a cuyo golpe habían despertado y se habían dormido tanto tiempo. Le querían, le respetaban, le oían; pero cada uno había partido con su saquito al hombro, siguiendo ese errante camino de nuestros peones, que no necesitan de brújulas, ni de reloj, ni de calendarios.

El viejo se iba gastando. Sentía que el martillo no caía con tanta fuerza y echaba la culpa de esto al fierro, que según él "estaba ya tan duro como el corazón de un impenitente". Pero resultó que un día se quebró una llanta que acababa de componer; otro resultó inservible un perno para un arado; y cada vez demoraba más tiempo en las más insignificantes operaciones.

El patrón, respetando la ancianidad y los servicios del maestro Tin-tin, le dejó su fragua, su casa, sus herramientas, y buscó en la vecindad otro herrero joven que fue a establecerse no lejos de él.

Trabajaba un día el maestro y golpeaba penosamente el fierro enrojecido, lamentando que cada día lo hicieran más duro y tenaz, cuando creyó sentir alternados con sus golpes otros más lejanos, pero más fuertes, más sonoros, más enérgicos. Pensó en el primer momento que soñaba; pero dejando quieto después su martillo pudo escuchar claramente los golpes de otro martillo y otro yunque.

Y entonces cayendo desalentada la cana cabeza sobre el pecho, pensó con la más amarga sonrisa:

—No era el fierro el que estaba duro, era mi brazo que estaba débil.

Y después alegrándosele el rostro, iluminándosele los ojos, se hizo todo oídos, y llamando apresuradamente a su hija, le dijo:

—¡Oye, oye! ¿Sientes ese otro martillo? Así tan fuerte, tan vigoroso, tan robusto era el brazo de tu padre. ¡Así golpeaba yo! ¡Así debe golpear un herrero!

Pero vencido después por la amargura de su impotencia, sollozando como un niño, apoyó su cara en el hombro de la muchacha y apenas pudo hablar.

—Ya no me ocupan, hija... ¡Ya ha llegado otro herrero! Si quisiera tuviera yo uno de mis hijos a mi lado, para enseñarle el oficio de su padre!

• • •

Desde entonces el maestro Tin-tin se echó a buscar por los caminos, trozos de hierro, pedazos de llanta, clavos, zunchos, pernos, tuercas, y echándolos todos a una bolsa, se volvía paso a paso a su casa y la vaciaba al pie de la fragua. Durante muchos días se le vio vacilante, rendido, sudando, pero sin cejar un punto en su tarea hasta que el montón subió algunas varas.

Después comenzó con el ardor de sus buenos tiempos la tarea de enrojecer los fierros y golpearlos y unirlos. No le era posible estar mano sobre mano, sin ver encendidos los carbones de la fragua, y sintiendo sólo los golpes del otro herrero, del forastero que había venido a suplantarle. No podía el incansable viejo darse por derrotado antes de morir.

¿Qué hacía el maestro Tin-tin? Nadie lo sabía. Cuando con diversos trozos de hierro había formado uno solo de medio metro de largo, lo dejaba y comenzaba uno nuevo; y todos estos bastones forjados a golpe de combo iban a parar debajo de su catre, hacinados en un montón.

De nuevo había vuelto el vecindario a acostumbrarse a la incansable actividad del maestro Tin-tin. Desde lejos se sentían alternados, cada dos golpes sonoros y vigorosos del herrero joven, uno apagado y débil del herrero viejo. Parecía aquello el sonar de un péndulo, la disputa de la vida con el tiempo, un diálogo entre el aliento juvenil del que comienza y el jadeo anhelante del que acaba...

Una mañana salió el sol, avanzó el día, comenzó el herrero joven a dar en el yunque, y el maestro Tin-tin callaba... ¿Qué le pasará al maestro? se preguntaban todos, y poco a poco fueron llegando las vecinas, y entrando a la modesta casita de los cardenales rojos.

El viejo estaba en cama, tendido de espaldas y respirando con fatiga. Muy luego pasaron el río y avisaron al cura que debía ayudar al herrero a hacer sus maletas para el último viaje.

Entretanto el maestro Tin-tin había dado orden de llamar a sus hijos, y la muchacha sentada a la puerta fue enviando el aviso con todas las carretas, arrieros y carruajes que pasaban en diversas direcciones.

Un largo, un interminable día de agonía, transcurrió con la lentitud del dolor y del sufrimiento.

—¿Qué cosa es la vida —decía el cura al salir— sino una herrea en que cada cual da en el yunque hasta que se fatigan los brazos y se apaga la fragua?

A la noche llegaron dos de los hijos y el otro al amanecer. Muy tempranito, cuando apenas clareaba el alba, un ruido de campanillas y de rezos se dejó sentir hacia el río, donde atravesaba el cura en su carruaje a traer el viático al moribundo.

Lo recibió éste en medio del recogimiento de todos y de los sollozos de los hijos que, arrodillados en torno de la cama, cogían de sus manos curtidas y secas al agonizante.

El viejo quiso hablar, se incorporó, miró a los tres muchachos que, con los ojos llenos de lágrimas le atendían, y dijo con desmayada y torpe voz:

—Debajo de mi cama hay cincuenta varas de fierro. Mi única disposición es que me hagan mis tres hijos, con ellas, una cruz grande para plantarla en mi tumba. Trabajen en esta obra incansablemente porque no podré estar tranquilo en la otra vida, mientras no esté mi cuerpo a la sombra de esa cruz.



Los tres hijos se pusieron entonces a la obra. Encendieron la fragua y comenzaron ardorosamente a unir las varas para formar la cruz. Durante un mes resonó todo el barranco del río con los martillazos de los fuertes y robustos herederos del maestro Tin-tin.

Por fin, quedó la cruz concluida y los tres marcharon a la tarde hasta el cementerio parroquial, donde la clavaron respetuosamente y rezaron con las cabezas descubiertas.

A la vuelta los esperaba humeante la olla sobre el fuego; y la hermanita soplabla los tizones con la faz aún encendida y llorosa.

Los hermanos se miraron y quedaron pensativos un instante. Por fin, el mayor dijo:

—Yo creo haber entendido la última voluntad de mi padre. Tanto daba poner en su tumba una cruz de palo como una cruz de piedra. Pero él quiso que la hiciéramos nosotros, de fierro, para que nos acostumbráramos a su oficio y le tomáramos cariño a la fragua . . . Yo no corro más tierras; he aprendido ya a golpear el fierro y me quedo aquí de herrero . . .

El segundo exclamó:

—Yo he aprendido a caldear la fragua . . . Te acompaño.

Y agregó el tercero:

—Yo también me quedo.

Y se quedaron los tres. Y es fama que los golpes de su yunque sonaban diez veces más que los del herrero nuevo, porque el maestro Tin - tin, rejuvenecido ya en la otra vida, ponía toda su fuerza en los brazos de sus tres hijos.

• • •

Un día pasamos en coche por el barranco del río. El señor cura asomando la cabeza por la ventanilla hizo un saludo cariñoso a los tres robustos herreros, y sonriendo, nos dijo:

—Esos son los sucesores del maestro Tin - tin.

El Mercurio,

8 de febrero de 1901.

EL CURA DE ROMERAL

Parroquia de cordillera chilena, por consiguiente pobre. Gran casa de un piso aparragada en la tierra y muy cerca del cerro. Rincón de huerto asoleado, poético, mezcla de la arboleda umbrosa del llano, con el monte criollo de maquis y quillayes. Una fila de enormes perales en el fondo, completamente nevados de albas flores, deja caer en vago espiral la plumilla caliente de las corolas que ya se marchitan. En el suelo, de la blanquísima alfombra que tiende toda esta florescencia moribunda, surgen centenares de retoños que el fruto caído y no levantado del suelo sembró y fecunda sin intervención de nadie. Arbolillos que levantan una sola varilla con hojas tiernas, van a suplir con los años los viejos perales apolillados y estériles, que lloran su savia por la agrietada corteza. ¡Así debía renovarse el bosque por sí solo! Otra fila de cerezos aún más floridos, alargan sus ramas sin hojas, solamente envueltas en abiertos copos que parecen de luna blanca. Al amanecer, antes de salir el sol, este follaje blanco destella con luz propia mirándolo contra el cielo de frío azul, y parece que cada flor es una estrella. En este pobre huerto hay diseminadas diversas plantas con que cada cura marcó su paso. Hubo uno aristocrático, un viejito delgado, de gran nombre, enviado a la cordillera por salud, que dejó algunos rosales finos. Le siguieron dos buenos curas campesinos y humildes que marcaron su pasada en algunas matas de pelargonía, dengues, artemisas, flor de la pluma.

Con otro cura venido del sur, pasó también su familia, y en ella brilló corto tiempo en la comarca una verdadera belleza del campo. Cuentan las crónicas de esos parajes que la sobrina del viejo párroco don Hilarión Pacheco, fue la más cumplida beldad que hayan cono-

cido las cuatro últimas generaciones. Murió a los veinte años. He visto un daguerrotipo descolorido que presenta a la niña poco antes de la muerte misteriosa que la arrebató a los suyos. Sus grandes ojos pensativos, las largas pestañas sombrías, la estrecha frente velada con una masa negra que cortaba en línea recta sus cabellos cerca de las cejas, le daba cierto aire de pasión y de empecinada voluntad. A esa edad su busto se modelaba ya abundante como próximo a su fin. ¿Cuál fue la verdadera historia de Josefina Pacheco a quien llamaban "la Cantárida"? No es fácil saberlo; la leyenda y la verdad se mezclan tanto en los parajes de montaña, que no hay mina abandonada que no esté guardada por un león, ni vertiente que no tenga su historia, ni mujer misteriosamente muerta a cuyo nombre no se haya asociado el más tenebroso drama. Sólo sé que Josefina amó tempranamente, que dejó una niñita de pocos meses y que fue encontrada muerta en un despeñado vecino al curato.

El cura actual es mi amigo. Con él hablo a menudo y varias veces he inclinado la conversación en torno de la Cantárida. El párroco es un santo y sin embargo cuando se la nombro dice indefectiblemente: "Dios la tenga en su santa gloria". Esto me prueba que la pobrecita no fue, a su juicio, ni una oveja descarriada ni una suicida. En el corredor de la vieja casa hay varias enredaderas, una de jazmín, otra de madreselva y otra de pasionaria. Fueron plantadas por Josefina, según me cuentan, y yo no puedo estar allí en noches de luna sin pensar en esa mujer tormentosa tal vez, apasionada hasta la muerte, que en la prosaica y monótona existencia de ese rincón salvaje no encontró paz alguna para su alma inquieta. Mientras el cura recita un rosario y su hermano don Francisco cabecea en su gran sillón de mimbres, yo siento aún el rumor de los besos que han quedado en ese rincón de huerto y que vienen en el aroma embalsamado de juventud y de poesía de la madreselva, la pasionaria y el jazmín.

El párroco del Romeral es sencillo y bueno como el pan. Por primera vez he comprendido, practicando su amistad, que no hay necesidad de filosofías, ni de letras, ni de ostentosa apariencia de virtud, para hacer el bien a los semejantes que tienen necesidad de socorros. Este párroco no es, como se dice siempre, el padre de sus feligreses: es en realidad el sirviente de todos. Lo he visto llegar un día, después

de diez horas de caballo, desmontarse y caer casi al suelo de fatiga, hacer abrir su cama prometiéndose una noche de reposo y llegar de pronto un minero a caballo:

—Señor cura, señor cura, la Melania se me muere. Quiere médico y confesor, y vengo donde usted que tiene todo en sus manos.

—¿Sabes de dónde vengo, hijo? De los piches. Si a la pasada me hubieras avisado le habrías ahorrado a este pobre viejo una galopada de cinco horas. Pero ¿qué le vamos a hacer?; que no desensillen “el peuco”!

Y diez minutos más tarde el viejo partía de nuevo, con su maletín por delante. Eso sí; al día siguiente decía su misa a las nueve, como siempre. Nadie sabía que se había pasado la noche por las breñas y los senderos. Un día mientras oficiaba, el buen cura lloraba a lágrima viva. Le aconsejé ver al médico, porque creía que la fatiga física le estaba formando una neurastenia, y el viejo se sonreía.

—Déjate de neurastenias. Lloraba de consuelo. Mientras decía la misa pensé en el pobre Birlocho que murió anoche como un santo. Tú sabes cuántas había hecho en su vida.

Don Francisco debía ser en el fondo tan bueno como el cura, pero vivía para contradecirlo y escandalizarlo. Contaba a menudo que por abarcar demasiadas confesiones, su hermano no atendía bien a los moribundos, y agregaba que el mejor negocio para él eran las muertes repentinas, porque así tenía más tiempo disponible. Con el aire de la mayor seriedad me decía que una vez le había tocado acompañarlo donde un feligrés de agonía demasiado larga. El cura recitaba las letanías de la buena muerte, y le daba miradas a hurtadillas al enfermo para ver si se despachaba pronto; pero viéndolo aún muy firme volvía a comenzarlas de nuevo, hasta que de pronto impaciente le dijo:

—¡Vamos muriendo luego, pues!

El cura se reía a más y mejor de estos cuentos, pero se sabía escandalizar de las expresiones vivas y demasiado pintorescas de don Francisco.

—Establézcase de firme, por aquí, mi amigo —me dijo un día—, y hace su casa aquí al frente al otro lado del camino, para que después de almuerzo nos pongamos cada uno desde su corredor a “platicar ocnidades”.

El cura se santiguaba de tan nefando proyecto.

El cura de Romeral sabía que yo leía mucho y deseaba hacerme una consulta que, según él, debía estar resuelta en más de un libro.

—Aquí la gente es muy pobre, señor —me confiaba mientras nos paseábamos bajo los grandes perales—, y basta con muy poco para hacerla feliz. Por ejemplo, Ramírez, que tiene diez hijos, no ha podido este año pagar el arriendo de la tierra y ha vendido una yunta de bueyes, la única que tenía. Con un préstamo de dos o trescientos pesos lo pondríamos en estado de trabajar de nuevo. Si no, la familia se va a dispersar y sabe Dios lo que será de esos muchachos una vez en la ciudad. La viuda de Decilo Morales necesita una máquina de coser y está salvada de toda necesidad. Las huérfanas de Sabino Andrade van a perder la casita y el terreno en que viven si no pagan una miseria que le deben a don Marcelo el subdelegado. Con diez mil pesos pondríamos a todo este mundito en el paraíso; señor ¿no conoce usted en las obras que lee algún Banco para gente humilde que se haya establecido para prestar dinero a los trabajadores sin sacarles el alma con intereses?

Me enternecía este hombre con su corazón y al mismo tiempo con sus debilidades. Porque también las tenía. Delicado de constitución y muy sobrio para comer, no podía prescindir de los huevos frescos. Todo lo toleraba menos que faltara esta insignificancia en su vida. La vieja Gregoria tenía gallinas y andaba siempre azorada antes de almuerzo y de comida persiguiendo los nidales en la espesa maleza del huerto, para descubrir el tesoro que constituía la felicidad de su patrón. El cura del Romeral se conocía bien y se avergonzaba de esta flaqueza. En mil ocasiones me había hablado de su aversión insoponible a todo manjar que no fuera éste. Pero debían ser no sólo frescos y del día; sino todavía calientes, antes de haber perdido el calor del nido, porque el huevo ya frío pasaba a ser un alimento despreciable para tan exigente paladar. “Te irás al infierno por esta tontería —le decía don Francisco—, y allí te harán comer huevos de lechuza”. Era inútil, el viejo había dejado, por sacrificio, el vino, el cigarrillo que él mismo liaba en sus manos temblonas, el ají, las mejores legumbres, aún la leche, porque desayunaba con chocolate con agua; pero se había apegado como un niño a este capricho inofensivo, los huevos del

día, que él mismo debía palpar antes de ponerlos en el agua caliente los dos minutos requeridos. La tarea no era fácil, según nos contaba Gregoria cariacontecida, las gallinas ponían poco, el zorro salía a hacer sus incursiones y llevarse algunos; para remate, en el fondo del sitio había unos relaves de una pequeña antigua fundición, donde las aves tomaban unas convulsiones que allí llamaban soroche y morían luego.

En la casa del lado al curato, vivía una señora que decían todos era ni más ni menos que la hija de Josefina Pacheco la Cantárida. Ya de cuarenta años, doña Rita era una real hembra: a juzgar por sus ojos y pestañas que hacían recordar los del daguerrotipo, no debía andar muy descaminada la suposición. Muy joven, viuda, vivía retirada en su arboleda con una parienta anciana y hacía cuanto podía, arreglando en la parroquia los altares, sacudiendo y barriendo, suministrando los remedios prescritos por el cura, aconsejando a unos y hasta socorriendo materialmente a otros. Por lo demás parecía insensible a todo, y don Francisco había escollado muchas veces en sus galanteos y hasta en la inconveniente pretensión de atisbar al través del cerco de colihues, cuando en el rigor de la canícula, doña Rita tomaba un baño en el transparente canal que pasaba por el fondo. En sus mayores apuros, Gregoria recurría a doña Rita. Si el cura estaba enfermo y se empecinaba en no tomar un remedio, doña Rita acudía y su presencia era para el pobre viejo como la del demonio, porque apenas sentía su voz cálida y musical, ya gritaba: —¡Que no venga, que ya lo estoy tomando! Y en realidad lo tomaba. Sobre la aversión del párroco a su buena vecina, hacía don Francisco las más graciosas disquisiciones. “Para mi hermano, decía, no hay sino tres enemigos, el mundo, el demonio y la carne. El mundo es la ciudad, el demonio soy yo y doña Rita es la carne”. Tal vez recordaba el buen viejo la historia romántica de la Cantárida y veía en la hija, cercana ya al crepúsculo de la vida, algo de ese ardor en la mirada y de esa seducción en la voz, que debieron ser la causa de las desgracias y penas de familia de su remoto antecesor. El hecho es que los vecinos hacían su vida cada uno por su lado, sin ignorarse pero casi sin verse.

Gregoria confió a su amiga sus luchas por los huevos del día. En el campo, entre vecinos, los bienes son comunes, y la buena mujer re-

cibió generosa protección de la vecina. Cada vez que faltaba el con-sabido manjar, un grito al lado de la palizada advertía a doña Rita que debía pagar su tributo de amistad y media hora después llegaban los huevos calientes, como recién salidos del nidal. ¿Por qué ponían más seguido las gallinas del lado? Pregunta era ésta que preocupaba a Gregoria. El hecho era que el problema había recibido solución práctica y que todo sonreía en ese rincón del mundo fácil de contentar.

Don Francisco era un espíritu irónico e inquieto. Nunca dejaba de mirar al través de los colihues y más de una vez me hizo reír con sus fantásticas invenciones. Continuamente tocaba a Gregoria el punto de los huevos frescos y le increpaba su incapacidad para la crianza de gallinas. Dábale un día recetas para mezclar al maíz pan tostado o tabaco, asegurándole que así la fecundidad de las aves aumentaría; confiábale otras veces que un químico había descubierto que cortando tres plumas al gallo en cada ala y quemando las plumas en el fogón de la cocina, el poder de éste aumentaba en forma extraordinaria. La pobre campesina lo hacía todo y mucho más aun de su cosecha; pero nada mejoraba.

El cura del Romeral andaba un día en unas confesiones lejanas. Yo leía en el largo corredor que daba sobre la plaza del pueblo y dejaba vagar la vista en la vibrante atmósfera fundida por el sol. Ni una alma pasaba por la calle: soledad de la aldea en medio del fuego del estío que enmudece los pájaros, retiene al hombre a la sombra de sus árboles y hace pesar los párpados hasta el sueño. De pronto, don Francisco llegó precipitadamente, se dejó caer en su gran sillón de mimbres y soltó una carcajada homérica. Era inútil hablarle. Todo su cuerpo se sacudía con convulsiones, y la risa detenida un momento volvía a resonar como una explosión histérica. Un perro llegó velozmente y se detuvo a ladrar verdaderamente irritado con los alaridos del viejo. Yo concluí por contagiarme y cada vez que lo miraba me reía con igual entusiasmo, ignorando en absoluto la causa de tan continuada hilaridad. Mucho trabajo me costó sacar la historia que la provocaba. Don Francisco persiguiendo el esclarecimiento del misterio de los huevos, había descubierto el nidal. Pertrechado tras del cerco que separaba el huerto de la casa vecina, reteniendo casi el aliento, había descubierto que doña Rita buscaba los huevos entre el pasto, los elegía cui-

dadosamente y colocaba los dos más grandes y hermosos en su seno, metiéndolos bajo su camisa según lo aseguraba el espía ensañado en la víctima. De esta manera y con tan piadoso ingenio, la buena mujer suplía el calor del nidal y contentaba al viejo cura. “¡Si supiera Ramón —decía el malvado en medio de nuevas explosiones de risa— de qué nido salen calientes los huevos que se engulle con tanto deleite!”

Le supliqué no contar a su hermano el descubrimiento. ¿Para qué privarlo de este único placer de su vida? Pero el inexorable verdugo encontraba una infinita alegría en figurarse la escena con que el cura habría de rechazar su alimento contaminado con uno de los más perversos enemigos del hombre. Oyó el pobre cura la historia, se ruborizó intensamente y cuando Gregoria entró llevando el par de blancos y tibios huevos de su almuerzo, levantó iracundo su mano y los hizo saltar violentamente. La pobre mujer quedó como una estatua; yo hacía esfuerzos por no enternecerme y me sonreía y don Francisco salía estremeciéndose de nuevo con sus carcajadas.

El cura del Romeral me ha contado melancólicamente que hoy día odia los huevos a muerte; que siente el más profundo disgusto cuando los encuentra en un cesto en gran cantidad, y que cuando ve pasar unas mujeres jóvenes a su lado, cree que llevan siempre bajo su blusa un par de tan desagradables objetos calentándolos para otro confiado que se apega demasiado a las cosas materiales de esta vida.

Pacífico Magazine,
febrero de 1913, pp. 231 - 6.

DE PILLO A PILLO

—Este es un minero de veras— me decía el mayordomo, señalándome a Andrade, un viejo de barbas blancas, tostado y rudo como un bronce viejo, alto, firme todavía, de ojos negros, brillantes e inquietos.

El sol moría tras los altos picachos de la mina. Sin transición de crepúsculo, como ocurre en las altas cordilleras, la noche venía encima. El primer fuego encendido chisporroteaba con los quiscos secos mezclados a las ramas de espino. De abajo, en medio del alto silencio de la montaña subía el tintineo de una tropa de mulas retardada en el camino. Andrade avanzó después de esa breve presentación que hacía un lacónico y elocuente compendio de su vida de penalidades. Porque el viejo había padecido; antes de oírlo, ya sabía yo que su existencia había sido golpeada como pocas. En su faz rugosa, agrietada, esculpida por un tosco cincel, se leían las privaciones del hambre, las brutales quemaduras del sol y de la nieve, tal vez algunas manchas de sangre y de crímenes inconfesables. Hombre nacido para la más ruda batalla, enseñado desde niño a todas las crudezas, no podía encontrar ya nada sobre la tierra que lo hiciera temblar. La nariz aplastada como bajo el golpe de un machete, parte de la espaciosa frente hundida, una oreja incompleta, la voz resuelta pero contenida; era fácil comprender que ese luchador derrotado ni tuvo niñez apacible ni alcanzaría tampoco vejez con reposo.

—Sí, patrón; como minero nadie ha visto más que yo. He tenido muchas veces la plata en la mano; pero se me ha resbalado, señor, cuando menos pensaba. Como padecer he padecido, como hambres

nadie puede hablar... Pero la sed, la sentí envolverme en una tortura infinita.

—¿Dónde conociste la sed?

—En el desierto.

Los mineros salían de los recodos del camino silbando alegremente. El fuego ardía con llamaradas vivas alargando las lenguas de fuego en mágica chispería, bajo el fondo de cobre colocado entre cuatro piedras. De la altura bajaba un cierzo de nieve.

—En el desierto, patrón, volvía de Caracoles las manos vacías. Llegué tarde, la fatalidad me dio más penas que nunca. Una mala hembra me salió al frente y me acriminó, señor. Tenía que salir la misma noche y salí guiado por mi mala estrella. Después de dos días de marcha, perdí el rumbo y acabé la ración. El saco que me había acompañado muchos años lo boté al suelo; no me servía de nada; un bocado de pan y una cebolla fueron mi último almuerzo. En el desierto quema el sol más que en ninguna parte. Su merced ha corrido más mundo que este servidor y tal vez ha estado en Africa o en la tierra de los camellos donde dicen que no hay agua y las piedras son brasas de fuego... Pero le aseguro señor que en el desierto al mediodía sale humo del suelo y uno se ahoga. Al principio, señor, yo me reía, porque en penurias yo me las entiendo; pero no sabía que en el desierto mientras más se anda es peor. No se avanza un paso, no se sabe para dónde caminar, no hay una seña, no hay una huella, no hay un espino, no hay un peñasco siquiera. Pero yo andaba y andaba, porque volver era imposible y tampoco sabía de qué lado había salido. Esa noche dormí mal porque me parecía que de esa vez Andrade era hombre perdido. Cuando apenas aclaró me puse a andar; pero tenía fatiga. Fatigas he sentido y hambres he pasado; un día más, un día menos, sin probar un bocado, no es para asustar a un minero, ¿no es cierto ño Benítez? En la Deseada también sentimos hambre, pero nos reíamos: los niños eran bravos todos y eran buenos para el padecer. Pero la fatiga del desierto era, señor, como el sol, cosa no conocida; a mis mayores enemigos a quienes se las tengo jurada por mi madre no les deseo esa fatiga, porque es peor que la muerte, patroncito. Principia una angustia en la cabeza que baja al corazón, que da comezón en los brazos y le quiebra a uno las piernas. A ratos uno se

olvida de todo como si durmiera y se asusta de encontrarse caminando.

—Esta es la última, Andrade —me decía yo mismo—, habías escapado de tantas y venís a entregarte en este arenal del infierno . . .

La fogata ardía, ardía. Un silencio de muerte pesaba sobre todos. Encendidos los cigarros, los labios secos chupaban nerviosamente, y el humo envolviendo el resplandor del fuego se perdía inmediatamente en la negrura de la noche. Benítez, el cocinero, absorto en el relato de su amigo, se había quedado con la espumadera en la mano olvidado de revolver los frejoles y el agua hervía y saltaba, quemándose en los bordes de la quemante olla.

—En la Sonámbula han puesto trabajo de nuevo —dijo un apir colocándose una mano al lado del ojo para que el fulgor de la fogata no le impidiera ver a lo lejos. Y en efecto, al frente, muy lejos, a incommensurable altura en los más escarpados cerros, se veía, casi como una estrella, una chispa de fuego. Allí contaban seguramente otros mineros la historia de otras luchas no menos dramáticas.

—Fue entonces, patrón —dijo Andrade, volviendo del fondo de sus recuerdos con un suspiro—, cuando comencé a sentir sed. Se dice muy luego . . . Se siente sed muchas veces, pero se sabe que hay cerca un río, un estero, una acequia, una vertiente donde se puede tragar cuanto se quiera, y ésta no es la sed del desierto; la sed del desierto debe ser la sed del infierno . . .

—La Virgen Santísima nos libre— dijo a media voz el más joven de los apires, santiguándose maquinalmente.

—Uno mira a todos lados y todo es fuego. El fuego quema la cara, los labios, la lengua, la garganta, el pecho, el estómago, el alma, sí, señor. Aquí abrimos la boca y el aire nos refresca. En el desierto hay que llevar la boca cerrada porque el aire tuesta. La sed me desesperaba. No sentía el hambre. Ni la mala hembra de Caracoles, ni las puñaladas que esa perra maldita me hizo dar por su culpa, ni las venganzas me hacían ningún efecto. Nada me importaba, y si ahí hubiera tropezado con una piedra de plata maciza, la habría tirado lejos. Era agua, señor, lo que pedía. Porque, aunque iba solo, yo venía hablando fuerte, hablando a gritos; me estaría volviendo loco, pienso yo, cuando me acuerdo. De repente tropecé y me caí. No es nada, An-

drade, adelante, gritaron cerca de mí; me di vueltas y no había nadie; era yo mismo, pero no era mi voz.

—Buen dar, dijo Benítez. Tanto padecer y ser siempre pobre.

—Esa noche, patrón, no dormí. Creo que tendría fiebre, porque las sienas me sonaban como un tambor. A cada rato sentía voces que me hablaban y siempre era yo. Creí una vez que aullaba un perro y me estuve medio sentado oyendo: nada, ni un grillo. Al amanecer resolví andar y andar, había que morirse andando, no había remedio. Yo había ido a Caracoles por mi bueno, y me volvía por mi mala cabeza. Mía era toda la culpa, a nadie le hacía falta.

Cuando ya salía el sol vi un buitre que volaba alto, muy alto. Este va por el camino, dije, éste va para poblado, es el primer pájaro que veo; vamos bien, Andrade. Luego lo perdí de vista; pero más tarde volvió más bajo y más despacio. Entonces se me ocurrió, patrón, que el condenado tenía hambre como yo y sed como yo y que me venía ojeando y siguiendo porque esperaba que cayera.

—Diablo, buen dar con el buitre, buenaiga ñor con el avechucho— fueron coreando los oyentes uno tras otro. Habían comprendido el cuadro trágico de esa lucha del hombre y del ave de rapiña ante la desolación de la naturaleza. Pero la observación los hacía reír.

—Yo los hubiera visto, recontra, exclamó Andrade. No estaba yo para risas; me flaqueaban las piernas. Pensaba que el buitre me venía siguiendo de lejos y que si bajaba era porque me encontraba ya cara de muerto ¿no es cierto, patrón? La sed me apretaba la garganta tanto y tan fuerte que hubo un momento en que sentí dos manos que me querían ahorcar. Cuando quise defenderme vi que era yo mismo. No me sentía las manos pegadas al cuerpo, eran dos manos muy grandes, hinchadas, llenas de manchas. Mis pies estaban tan pesados que no pude más con ellos. Entonces caí y me quedé acostado de espaldas. No quería perder de vista al compañero que pasó otra vez mirando fijo hacia abajo; ¡contento debía estar el maldito! No sé si estuve así una hora o un día. Pero yo no me muero como cualquiera, señor, si no, que lo digan aquí los niños que me han visto en otras. Tengo siete vidas, como los gatos. Me santigüé, señor, le ofrecí a las ánimas media barra de una minita de oro que tenía entonces en Petorca, me acordé de mi madre que era viejita, y de repente, patrón, encontré que estaba llorando y pidiendo agua como un niño. No era

cobardía, señor, yo no he sentido miedo a la muerte; pero una aflicción tan grande me tomaba que quise pararme y arrancar. Pude dar unos pasos y después corrí una media cuadra deshaciendo el camino hecho; quería volverme a Caracoles, acusarme, entregarme. Pero caí de nuevo. El buitre debía ser veterano, señor, porque parece que esperaba esta caída para bajar también él. Se quedó como a tiro de piedra parado, quietecito, mirando fijo. Cuando uno está andando, un buitre se ve muy chico: uno lo mira de alto abajo; pero cuando está tendido, viera, señor ¡cómo crece el condenado! Yo debía estar loco, ahora que pienso, porque sentía rabia de que fuera a servirle a la bestia para su apetito. Pero ya no podía más, me llegaba la hora, dejé de mirar el animal y cerré los ojos. A lo menos me dejará morirme, decía yo; Dios no ha de permitir que un buitre pueda más que un hijo suyo antes de que sea ánima. Cuando abrí los ojos, la bestia estaba bien cerquita y parecía durmiendo, abría un ojo y lo cerraba, tenía la cabeza bien metida entre las alas. Me parecía el diablo velando a un minero condenado en vida . . .

—No diga eso, ño Andrade —exclamó el mayordomo—. Todos hemos hecho alguna en la vida, pero las pagamos bien aquí mismo.

—Entonces, patrón, la Virgen se acordó de mí, tal vez porque en Andacollo le llevé a su altar un candelabro de plata maciza del alcance de la Colorada. Me vino una idea, señor, hacerme el muerto y ver quién pescaba a quién. Al fin y al cabo yo era un hombre y el otro un buitre.

—¡Buena cosa! ¡Bienaiga la ideal! Este año ño Andrade es el mismo diablo en persona —comentaron los apires. La fogata amainaba. El cierzo helado bajaba siempre de las nieves. Dábamos diente con diente.

—El buitre se había acercado y siempre abría un ojo para verme y lo cerraba después. Yo veía sin abrirlos: lo sentía cómo estaba ya a un paso. No quería moverme para no asustarlo. Lo creía asustadizo al condenado; pero se me encogió una pierna con un calofrío, tal vez era la muerte que se ponía en contra mía, y él ni pestañeó. Quién sabe si así agonizan los que mueren de sed. Nos íbamos de pillo a pillo, señor, y esperábamos. De repente no sé cómo estuvimos trenzados. Yo le tenía una pata y buscaba con otra el pescuezo mientras sus aletazos me echaban al suelo a cada golpe. La fuerza del diablo, patrón,

era bien grande. Yo quitaba la cabeza a los picotazos, pero me dio éste en la frente, ¿ve aquí señor? y dos o tres en los brazos. Pero lo tenía aferrado y pude ponerle la rodilla encima. Me costó encontrar el cuchillo, se me hacía eterno el tiempo, y al fin pude degollarlo. Con la sangre me entró al cuerpo la vida, pero la carne era dura y estaba tan flaco el pobre que no pude meterle el diente. Ahí me quedé hasta el otro día, patrón, esperando y esperando. Al caer la tarde, una tropa que subía a Caracoles pasó no lejos de ahí y pude correr... Aquí tiene, señor, la historia de Andrade con el buitre en el desierto.

Mientras Benítez invitaba a la comida, yo me puse de pie, tomé la cabeza de Andrade entre mis dos manos y se la agité nerviosamente. No me atrevía a besar esa frente salvaje, mordida por la lucha primitiva de las fieras, pero me sentí orgulloso de haber nacido en la misma tierra de ese atleta.

El frío arreciaba, los mineros cantaron y luego fue cayendo cada cual envuelto en el negro poncho de castilla. Yo entré a la ruca donde pasé una noche febril, recordando la frase tan simplemente dicha por el viejo inmortal: nos íbamos de pillo a pillo.

Cuando al amanecer vi a Andrade que subía por el duro patillaje del peñón con la broca al hombro, pobre como los otros después de vida tan intensa de amarguras, de dolores, de heroísmo, de crímenes y pasión, una lágrima veló mis ojos.

Setiembre, 1912.

Pacífico Magazine,

enero de 1913, pp. 41 - 4.

EL CONTEMPLATIVO

Era un niño solitario, de tez pálida y ojos grandes, negros y luminosos como carbunclos. Vivía del otro lado del estero, acompañando a su abuela achacosa, frente al pobre caserío con que remataba el valle en el rincón de cerros de la costa. Como el helechito tierno que aparece entre guijarros y los plumerillos de oro con que el espino se florece, el muchacho era lindo y delicado, y lo parecía más por contraste con el triste pedregal de la comarca. Las manos y los pies marfilados, la cabeza ovalada y la garganta esbelta, que el camión de percal entreabierto mostraba siempre, hacían pensar en un caballero robado por una bruja si no fuera que la anciana mostraba en su ajado rostro el modelo primitivo del viril retoño.

Panchito tenía ya dieciocho años cuando mostró un humor melancólico y contemplativo.

—¡Vamos, Panchito! —le decían el cura y el maestro de escuela, que por esos tiempos eran siempre amigos y compadres para bien del vecindario—, sacude esa tristeza y corre por los cerros con tus compañeros.

Sonreía tristemente el muchacho, movía la cabeza con cierto aire de empecinamiento oculto y se marchaba callado, los ojos fijos, embelesado.

—¿En qué piensa? ¿Qué sueña? Porque no es tonto . . . —reflexionaban los pocos vecinos capaces de reflexionar. Nadie lo sabía, tal vez ni él mismo. Cuando terminaba el trabajo, Panchito se sentaba en una piedra, siempre en la misma cerca del rancho apuntalado de la abuela, escuchando, contemplando, olvidado de comer, de reposar, de dormir.

Nadie decía que fuera perezoso, porque en las faenas igualaba a los más fuertes de su edad; pero era hurraño. La Loica, una muchachita alegre y frívola, hija del carnicero, de labios y mejillas rojas como sangre, despierta y mujer para su edad, debía sentir la atracción de ser tan opuesto. Ella era superficie, el otro, fondo; ella era cuerpo, el otro espíritu; ella era bulliciosa, el otro callado; ella era calor y sangre en fin, mientras Panchito parecía pluma de nieve voltejando sin rumbo. Era inútil que la aficionaran al empleado del telégrafo, tenido por buen joven y que vestía con un terno de casimir azul y camisa almidonada. No; la Loica devoraba con los ojos a este pobre-cillo y se enardecía más en la imposible lucha. Hasta en la tarde lo buscaba con la vista al otro lado del estero, para divisar siquiera la silueta del contemplativo cerca del rancho de la abuela.

Más de una vez la chica le dijo bromas, y como Panchito no se enfadaba, fue haciéndolas subir de grado y de intención. Cierta día que lo encontró solo en la carnicería, le tiró de una oreja. Otra vez le apretó el cuello con las dos manos nerviosas y forzudas. El muchacho se ruborizaba tal vez un poco; pero más bien parecía insensible a ese forzado contacto que él no buscaba. No había ciertamente despertado al amor, y quién sabe si la voz del sexo venía retardada.

Y no era la Loica la única ave herida en el contorno, porque la Bernarda, moza casi madura, tenía también inclinación entusiasta por el contemplativo. Ambas mujeres comenzaban a darse celos, sin que el muchacho se diera cuenta del hecho, pues de seguro se habría marchado.

Pero ésta, como más sabida y menos buena, comenzó a apretar el cerco y a molestar al soñador. Atribuía su melancolía a amor y le contó una historia que amargó a Pancho.

—Estoy convencida —le dijo— que eres el trauco, y así lo contaré si no me vienes a ver a mi casa. Tú sabes que en esta quebrada vive un trauco, y la prueba es que muchas niñas a quienes no se les ha conocido amor ninguno se han desgraciado. Yo sueño contigo y siempre sueño cosas que dan vergüenza. Anoche, puse en la puerta los doce montoncitos con arena, y te vi que los contabas.

—Eso es mentira —dijo el soñador—, yo pasaba por el corral y no iba solo. Benito me acompañaba. Y en seguida, el trauco es brujo y

es jorobado y le hace mal a las mujeres; y yo no soy malo, ni me meto con nadie y soy buen cristiano.

Y como Panchito se afligiera y llegara a punto de llorar por la calumnia, la Bernarda lo quiso abrazar para consolarlo. El contemplativo huyó, dejando tras de sí a una enemiga mortal.

• • •

Yo llegué por motivos de salud a aquel rincón y alojé durante un mes, a lo menos, en la casa del excelente don Emeterio Ruiz, el cura gallego cuyo apostólico espíritu es conocido de todos. Y luego me topé con el contemplativo; me pareció bien su silencio y lo tomé de compañero para las excursiones que el médico me recomendaba. Era una sombra. No hacía ruido. Esperaba le dirigiera la palabra para responder. Pero, ¡qué atmósfera de serenidad y de pureza difundía en torno suyo! ¿Cómo ese campesino, ese muchacho andrajoso, parecía coronado de estrellas? ¿Era sólo el fulgor y profundidad de los ojos, lo que lo hacía aparecer revestido de tanto interés? Sin quererlo pensé en ese cuento de Andersen: "El pato feo", y me parecía ver un día al cisne desplegar sus alas y alejarse majestuosamente hacia el sol. Quise profundizar en ese tipo original, producto y como concentración del rincón de cerros melancólicos en que la tarde y la aurora mueren y nacen con el lastimero balido de las cabras que bajan o suben al faldeo. Aprovechar todas las ocasiones para interrogarlo y sorprenderlo.

Era inteligente, aunque apenas sabía leer y escribir; pero más que inteligente, tenía una sensibilidad asombrosa y natural. Me confesó que hablaba con los pájaros; por lo menos creía hablar con ellos. A sus silbidos respondían siempre, y eso pude comprobarlo. Las cabras se le acercaban sin recelo alguno. Remedaba todos los ruidos del campo, incluso el rumor de una pequeña vertiente que saltaba en las breñas. El zumbido de los abejorros, el canto de las chicharras, todo era reproducido con tan profunda ternura que comencé a adivinar que había algo más que un don imitativo en ese hijo de la tierra. ¡Y lo había, santo Dios! Nos sorprendió la tarde en la quebrada. De pronto el viento trajo la campanita del Angelus. Pancho iba más adelante

guiándome y vi que levantaba los brazos como para atrapar mariposas que yo no podía divisar.

—¿Qué hay? —le dije—, ¿qué insecto pescas?

Se calló cohibido; luego me dijo:

—Son las avemarías que pasan. ¿Recemos una más nosotros?

Y rezamos en silencio; se me anudaba la voz en la garganta, como se me anudó cuando hice en el altar el voto de mi primera comunión. Otra vez se detuvo en el camino y me preguntó con el aire respetuoso de siempre:

—¿No habrá un libro en que se lea lo que dicen los grillos en la noche?

Yo le pregunté entonces si sabía lo que decían los demás seres en la naturaleza y me contestó algo tan profundo que no sé hoy día si fue casual o voluntario:

—Sí, de casi todos; pero no del hombre.

Hablé con don Emeterio y le conté mi descubrimiento.

—Pues, sí, señor; es un artista, es un alma de predilección, un ángel que ha caído en estos cerros y se ha quebrado un ala. Cuando se le componga, volará.

• • •

Y entonces el buen gallego me contó lo siguiente:

—Como usted, mi señor don Joaquín, me interesé en saber lo que es este niño. Hoy lo sé, es un artista espontáneo, en el cual la tendencia a lo bello ideal nace como el perfume en una flor. No lo he traído aquí de sacristán, a pesar de que tendría mejor que comer, una ropita más abrigada y estaría cerca de sus santos, porque he creído que moriría cambiando esa su contemplación de la naturaleza, por esta otra del templo. No; es un místico de la luz, de las voces naturales, de las aves. ¿No sería eso mismo Juana de Arco? Bien, óigame usted. Este niño ha sido insensible al amor de la Loica y de Bernarda, no porque no sienta, sino porque es infinitamente superior a ellas. Estuvo aquí el pasado invierno una señorita de origen francés, delgada, alta como una espiga. Panchito fue su sombra; pero una sombra muy lejana, muy lejana, que no se acercó jamás a ella. La niña era enferma, había venido aquí con una anemia profunda y murió con el color de

una azucena. No sé si esa criatura tendría una gota de sangre en las venas. Yo creo que el muchacho se enamoró perdidamente de la pobre; se parecían mucho. Un día que fui a ver a la Josefa, la abuela de Panchito, encontré a éste dibujando en la pared con un carbón, a la niña muerta. Se lo juro: me quedé pasmado; estaba tendida como un puentecillo sobre el estero, la cabeza apoyada en una piedra y los talones de los pies descalzos en la de la opuesta orilla.

—¿Qué has querido representar? —le dije—. Conmigo tiene gran confianza, me responde siempre a toda pregunta. Le costó explicarme; pero me lo hizo entender bien: “que así como el estero separaba su casa del pueblo, para salvar él la distancia de sus sueños a la realidad, necesitaba un puente como la realización de ese amor”.

—Asombroso, y casi inverosímil.

—Así es; pero allí está en la muralla, un tanto borrado ya, el informe dibujo.

—Lo iremos a ver mañana.

Y fuimos. En efecto, la cabeza regularmente trazada, el perfil era delicado y se veía bien que se trataba de una muerta, porque los párpados estaban caídos a fondo. Para mí su respuesta fue más hermosa:

—¿Este es un puente? —le pregunté.

—Es una mujer - puente —replicó.

Desde ese momento mi resolución quedó formada. Me lo traería a Santiago, a la Escuela de Bellas Artes, le haría oír música y le abriría las puertas de la armonía, del color, de la forma. No quería oír de tal viaje; lloró y pretextó la soledad de Josefa. Don Emeterio se la llevaría a la parroquia. Dijo entonces que echaría de menos el lugar; sería un viaje corto, un ensayo. Así se decidió.

• • •

El viaje fue muy corto. Una visita al museo el primer día. Panchito, ya convenientemente vestido, sin aire campesino, pero sí de alma en pena, vagó de sala en sala, quemando casi con los ojos, que relampagueaban, cada tela y cada estatua. Pero, cuando menos lo pensaba, se quedó estático cerca de un retrato de señora, quiso arrodillarse como delante de una imagen y rompió a llorar a mares. ¡Qué desconsuelo! —Nunca, nunca, nunca —repetía entre sollozos.

—¿Qué no será nunca?

—Nunca llegaré a hacer eso, a dejar así la figura que he visto.

Fue inútil consolarlo, inútil contarle la vida de Giotto, ese otro niño contemplativo, inútil hablarle de los genios que lucharon para levantarse desde la altura del gusano hasta el nivel de las estrellas. El contemplativo llegó a casa mudo, sombrío; no quiso comer, no sonrió. Lo llevamos después a un concierto sinfónico y se estuvo en la galería, la cabeza metida entre las dos manos, aplastado, ensordecido. Al día siguiente quiso partir y lo hice acompañar hasta su pueblo.

Me había olvidado del soñador. La vida de la ciudad embriaga, enerva, aun a los que la encuentran demasiado apacible y prosaica. La ciudad invita a la ingratitud. Yo había borrado de mi memoria a don Emeterio, el rincón de cerros, el contemplativo y todo aquello que tan adentro había tocado mis fibras sentimentales. Pero di por enflaquecer, la neurastenia comenzó a acecharme, y un día mi buen amigo el doctor me recordó el pasado.

—¿Por qué no vuelve usted allá? Yo creo que le sentó a usted muy bien ese clima tibio y seco. Anímese y suba cerros y volverá más fuerte.

Y fui. ¡Oh, don Emeterio, querido viejo! Estaba allí a caballo, en la estación, esperándome. Junto con llegar al estero y aspirar el perfume de la ñipa, de la ruda y del paico, revivió en mí el recuerdo de Panchito.

—¿Y qué es del poeta?

—Allí está —me dijo el cura— como siempre; trabaja, vagabundea y sueña. Es un santo, es un místico, tiene el secreto de la naturaleza.

Antes de conversar con él me tocó espiarlo, seguirlo y escrutar de nuevo su alma. Parece que de vuelta de la ciudad había entristecido mucho, andaba inclinado y como alicaído. Lo divisé una noche que se acercaba al estero para cruzarlo, y fui tras él, por el sendero de cabras que seguía. A cada instante se detenía a mirar la luna llena, que iba a asomar en los cerros y coronaba sus crestas con aureola plateada. Otras veces, ponía atento oído para escuchar los grillos. ¿Siempre quería saber lo que cantaban? Caminaba lentamente, embelesado con todo, como viendo, escuchando y aspirando al mismo tiempo todo lo que lucía, sonaba y respiraba en ese suelo del cual era retoño virginal e intangible.

Y hubo un minuto en que yo lo entendí y me lo expliqué. Primer vínculo de la naturaleza con el hombre, su intérprete, ¿no era Panchito el germen del genio? Este campesino incapaz de colorear, incapaz de entender los violines, pero traductor del insecto, de las notas de la campana, de los más finos sentimientos del alma, ¿no era el primer puente entre la realidad y el ideal? El padre de Beethoven, ¿no se detendría a escudriñar lo que decían las abejas en sus zumbidos? El padre de Rafael Sanzio, ¿no sería el embelesado contemplativo de las alboradas y de los crepúsculos de Fiésole? El padre de Caruso, ¿no remedaría a las cigarras de la Torre del Greco y de Sorrento?

—Fantasías, mi señor don Joaquín. Fantasías.

Don Emeterio era gallego y apenas le daba el cutis para entender lo que rebalsaba el alma del campesino prodigio.

Por lo demás, no podemos experimentar. Acabo de recibir una carta del señor cura en que me dice que el soñador ha muerto. Murió en la tarde, tenía fiebre, se hizo sacar a la puerta del rancho, donde recibió el Sacramento. Cuando sonaron los toques del Angelus se descubrió y miraba pasar en el cielo bandadas de avemarías.

—Yo me voy con ellas —dijo.

Y murió sonriendo. Y entonces pasó el puente que había soñado: el puente que realizaba sus anhelos.

Zig - Zag,

19 de julio de 1919.

PAGINAS DE LA HISTORIA

Una tradición de piratas:

LA MUJER QUE LLORABA . . .

Bajo el sol ardiente de mediodía y en una de esas calmas del trópico que dejan paralizadas las barcas en un océano de aceite, trataban de acercarse al grupo de las Islas del Rey, llamadas también De las Perlas, unos veleros sin bandera alguna que luchaban inútilmente con la suspensión de toda brisa. El mar impassible, un cielo de plomo, ascuas de fuego en la atmósfera y a lo lejos el grupo de árboles verdes invitando al sosiego de la tierra en medio de ese reposo desesperante de las aguas.

¿Qué significaba esa flota misteriosa? ¿De dónde venía? ¿Qué soberano desconocido ocultaba sus pendones y confiaba al Mar del Sur esa media docena de embarcaciones anónimas? Como después de la tempestad corren por el cielo jirones de nubes negras, últimos restos de los nimbos amenazantes, así vagaban por el Pacífico, azoradas y audaces, estas flotas sin nacionalidad ni bandera, últimas rezagadas de las empresas de los corsarios ingleses y franceses que amenazaron las posesiones del Rey de España en los mismos días en que la Invencible Armada era deshecha por contrarias fuerzas. Ya no eran éstos ni filibusteros de genio como Drake, ni corsarios ávidos de fama y de oro como Sir Tomás Cavendish; sucesores de Sharp y Cook; se trataba de simples piratas y ladrones de mar, salidos de las hordas de la Isla de la Tortuga, legiones inglesas y bretonas, sanguinarias y amotinadas, unidas sólo en el saqueo y ensangrentadas por horribles discordias a causa del botín. Al mando de Morgan atraviesan el istmo de Panamá y se lanzan en las más atroces depredaciones a lo largo de una costa

solitaria y desguarnecida de defensas. Estos fueron los bucaneros, conocidos en Guayaquil, Callao, Arica, La Serena y Valparaíso, tan pronto fuertes o desmoralizados, haciendo estaciones en las islas de Juan Fernández y La Mocha, partidos por el estrecho o vueltos a la sorpresa, siempre misteriosamente llevados y traídos por el destino.

Pero volvamos a la aparición de esta flota en las vecindades de las Islas de las Perlas. Al frente de ella la nave capitana, llamada las "Delicias del Soltero", mostraba la silueta peculiar de los barcos de guerra de la época. Robada a los dinamarqueses en una sorpresa, iba armada de treinta y seis cañones; la seguían el "Bachelor" y el "Cygnet", un patache o barco de menor calado y un chinchorro. Noche de luna sucedió a la larga tarde tibia y coloreada de arboles que encendía el océano con un reflejo de corales. Junto con las sombras, la brisa infló las velas y la flota se movió, con lentitud perezosa, hacia la costa de las islas, buscando allí un abrigo para aguardar el alba y desembarcar con ella.

A bordo de la capitana iba el jefe, Juan Cook; su segundo, Davis; el piloto Dampier y el cirujano Waffer. En los otros barcos se distribuían, al mando de Grognet, los piratas ingleses y franceses y algunos negros esclavos, recogidos en los saqueos de la costa. A medida que la maniobra los acercaba a las orillas embalsamadas de la isla, surgían de todas las barcas las canciones de esos lobos de mar, jamás fatigados de sus largas correrías. La luna plateaba la montaña, la mancha maciza de los bosques, la playa de fina arena extendida hasta las olas, y rielaba sobre el océano en maravilloso espectáculo. Poco a poco las canciones se apagaron y las voces de mando se sucedieron rápidas; las anclas bajaban al fondo de la rada, donde ya el viento no podía inquietarlas. De la nave capitana surgió un coro religioso alternado, cuyos graves y roncocos ecos resonaban en el silencio de la naturaleza. "Los ingleses rezan sus salmos", exclamaban irónicamente en el "Cygnet" los más revoltosos e indisciplinados hombres de la horda. Y de la turba de franceses y flamencos surgió ese alegre himno que reflejaba la codicia de sus almas y el ímpetu de sus empresas: "Eramos una legión de marineros jóvenes; somos hoy una corta hueste de viejos. Las olas del mar nos conocen como amigos. Tantas veces lo cruzamos tras el oro". "Pero esta vez los galeones saldrán de Lima, saldrán sin escolta y sin cañones; vaciaremos sus bodegas en las nuestras, y las barras de

oro que sella para sí Carlos de España las sellaremos nosotros en mol-des de buenas guineas". Y cesados los salmos en la capitana, su tri-pulación comenzó a hacer coro: "Eramos una legión de marineros jó-venes, somos hoy una corta hueste de viejos".

A bordo de la capitana, Cook, Davis, Dampier y Waffer, senta-dos o tendidos por tierra al pie de los viejos barriles y en medio del cordaje acumulado en la larga navegación, bebían fraternalmente el ron con los demás tripulantes, en esa camaradería del pirata, que no sabe quién será al siguiente día el jefe o el subalterno, el vencedor o el vencido. En el grupo pintoresco de hombres rubios, de largas bar-bas y melena ondulante, resaltaba la figura delicada de un mozo de veinte años, que parecía de otra raza. Delgado, flexible, bajo la camisola burda de bayeta, con manos finas a pesar de haber enro-jecido con el manejo de aparejos, cadenas y cables, el llamado con el extraño nombre de Carolus parecía un misántropo. En medio de los cantos y de la conversación general mantenía sus labios mudos, plegados con gesto de displicencia. Como el tallo delgado de una en-redadera junto a los nudosos y agrietados árboles de un bosque, apa-recía allí este joven de ojos profundos, de frente despejada, imberbe todavía, frágil acaso.

—¿Tú has estado en las Islas del Rey, Waffer? —preguntó el ca-pitán.

—¿Si he estado? Que lo digan Johnson y Shawkins —exclamó éste, habituado a citar testigos de sus aventurosas hazañas—. Mañana les mostraré la cruz que pusimos en la fosa del demonio de Dick...

—¿Dick, el socio de Sharp? ¡Buenas piezas eran ambos!

—Así eran. Pero Dick supo morir. Era el mejor compañero de la banda y estaba herido después del abordaje a la "Buena Esperanza", de los españoles. Como habíamos convenido, para evitar las confesio-nes arrancadas con azotes o quemaduras, todo herido debía conside-rarse muerto. Allí —y señaló hacia la isla—, antes de reembarcarnos para huir de la flota que nos perseguía, lo arrimamos contra un árbol y le dimos un plazo para rezar en su Biblia. De pronto dejó el libro y dijo tranquilamente: "No quiero morir; llévenme con ustedes". "No se puede —repuso el piloto, con resolución— porque somos demasia-dos a bordo y no podemos llevar un ser inútil". "Trabajaré", repuso. "No podrás hacerlo", insistió el otro. "Me quedaré aquí solo y erran-

te". "No es lo convenido". "A mí no me arrancarán confesión alguna los españoles; he probado que soy fuerte, y además ustedes pueden cambiar de ruta y así no habrá temor de mi delación". "No nos conviene; si has concluido de rezar, apóyate en ese árbol porque vas a morir". Fue cuestión de un momento. Dick sacó sus dos pistolas, amartilló antes de que nadie hubiera podido moverse de su puesto, y el piloto y su segundo cayeron largos por el suelo. Yo salté con el puñal en la mano y rodamos envueltos, buscando cada cual dónde herir. Cuando Dick no habló más, abrimos una fosa y lo enterramos con su perro. Sobre ella pusimos una cruz labrada en el viejo tronco de un sándalo.

—Así han muerto tantos otros... Trata de no quedar herido, Carolus —exclamó Davis—. Es necesario o morir o no sufrir rasguño.

—Me da lo mismo —dijo el interpelado, alzando los hombros con indiferencia.

—Carolus es un filósofo —agregó Waffer.

El joven lo miró con desprecio y calló. Su silencio, su impasibilidad habían dado prestigio a este débil secuaz de la horda. Las supersticiones de los piratas no le afectaban. Sonreía de todo. Había sido bravo en los ataques, sobrio y silencioso en las navegaciones, servicial en los campamentos. ¿Quién era? ¿De dónde venía? Esta era la pregunta de todos.

—Y al fin, Carolus —dijo el capitán Cook—, ¿eres un español?

—No lo sé —repuso—, no lo creo. No me siento un renegado ni un traidor, y si fuera español no estaría con sus enemigos. Pero no sé quién soy. No me lo han dicho. Sharp lo sabía, sin embargo. Probablemente...

—Probablemente has nacido en el mar.

—No. De eso estoy seguro. Tengo recuerdos vagos, muy vagos, de mi infancia. Había una mujer, mi madre tal vez. Era una mujer que lloraba siempre. Había un negro que me llevó por un camino, de noche. Después no sé más.

—Sharp te trataba como un padre.

Todos callaron. La luna iluminaba el mar, los barcos, la montaña. Una débil brisa cargada de penetrante aroma llegaba hasta los piratas, invitándolos a un reposo largo a la sombra de las palmeras y los bananos.

—Los galeones deben haber salido del Callao.

—O saldrán en breve...

—De España apura Carlos el Hechizado, para no llegar a ser "el Hambriento". El oro pasará por delante de nosotros.

—Y será nuestro.

—Y volveremos como Drake, cargados de barras de plata y de sacos de oro en polvo.

—O como Cavendish, con toda la tripulación vestida de damasco y seda.

—Y habremos enriquecido con oro que no es de nadie.

—De nadie, verdad, porque los españoles lo roban a los indios.

—Y tendremos cada uno de la expedición fortuna para levantar un castillo y casar con una mujer bella y joven.

—O para armar otros buques y volver a sorprender otros galeones.

Y así cada cual formulaba sus proyectos del porvenir, pensando unos en el reposo y otros en nuevas correrías por el océano. Poco a poco los hombres se fueron alejando, perdiéndose por las escotillas o recostándose en su sitio de costumbre.

• • •

¿Quién podría contar toda la dulzura, tibieza y coloreada claridad de una mañana del trópico frente a los bosques impenetrables y vírgenes de una isla del Pacífico? Con la primera luz del alba fueron desparezándose los tripulantes y luego surgieron en el silencio sus himnos religiosos y placenteros: "Pero esta vez los galeones saldrán de Lima, saldrán sin escolta y sin cañones". El desembarque comenzó muy temprano. Se echaron al océano transparente, en cuyas aguas verdes podían verse las estrellas de mar y las tortugas de carey, numerosas canoas que comenzaron a transportar con rapidez armas, municiones y comestibles. Entonces podía notarse la actividad febril de estos marineros libres, que parecían tritones salidos de las aguas, con sus luengas barbas rubias y sus rostros tostados por el sol abrasador, con sus cuerpos semidesnudos, musculosos y marcados por las balas o el puñal. En la ribera se saludaban los viejos amigos embarcados en buques distintos, se contaban sus esperanzas y medían el tiempo que

debía separarlos de la presa codiciada. En seguida corrían hacia el bosque, dando gritos de júbilo y gustando el intenso placer de la tierra.

Se sabía que la flota española del Atlántico debía llegar a Puer-tobelo en esos días precisos y que, según órdenes del rey de España, bien conocidas por los filibusteros de las Antillas y comunicadas de horda en horda a través de Panamá, no debía retardarse un solo día la llegada de los galeones del Callao que aportaban el oro de que estaba sedienta la gastadora y desenfrenada corte del Hechizado. Ninguno de los filibusteros ignoraba la captura del galeón de Acapulco efectuada por Cavendish y la fácil y rica presa que ofrecían estos barcos con sus bodegas repletas de mercadería o de oro en polvo y barras de plata, según vinieran o regresaran de América.

Los piratas visitaron la cruz levantada sobre la fosa de Dick. Todos esos hombres, capaces de las mayores alevosías y crueldades, tenían arraigada en el fondo de sus almas una viva fe. Descubiertos en torno de la fosa, uno de ellos abrió su vieja Biblia y recitó los salmos del rey David, mientras los bretones imploraban al cielo el perdón del filibustero con las mismas oraciones aprendidas de sus madres. Waffer, supersticioso como todos, temía ver surgir la sombra vengadora del ladrón del mar, y pálido y desencajado extremaba el fervor de su plegaria, besando de rodillas el tosco emblema labrado con las hachas de abordaje.

Toda aquella tarde y otras muchas transcurrieron en el reposo de las islas. Se hubiera creído que nunca habían tocado las plantas del hombre esa tierra virgen y temerosa. Parecía que la fina arena de la playa se recogía, como la mimosa púdica del Brasil, al sentir el contacto de los rudos pies de los bandidos, y que las hojas de los bananos temblaban al sentir sus voces roncadas y vinosas cantar esos himnos de guerra o de esperanza en las agitadas rondas que bailaban en torno de las fogatas.

Un día, muy temprano, una partida que se había arriesgado hasta un extremo del islote volvió contando que un barco estaba varado en la playa. Era un viejo bajel, donde las aves marinas hacían sus nidos y el musgo y algas cubrían su casco, haciéndole una mortaja digna de la reliquia del océano. Corrieron hacia el sitio indicado los capitanes, ayudados de marineros y herramientas, para ver

si era posible volver a flote el barco y servirse de él como ofensa o defensa en caso de combate.

Y en realidad detuviéronse sorprendidos ante una barca de más de cien toneladas, cuyos palos estaban intactos y parecía cuidadosamente varada para salvarla de una persecución. Carolus, como el más despierto de la banda, fue encargado de trepar con el gancho de abordaje y avisar si estaba vacía o si contenía algún objeto de valor. El joven demoró en volver. Junto con llegar a la cubierta contempló un cuadro de incomparable horror. La cubierta estaba llena de cadáveres, mejor dicho, de esqueletos que conservaban jirones de traje. Bajó por la escotilla y en la escalera misma tropezó con dos despojos humanos, abrazados como en una lucha cuerpo a cuerpo. Los pájaros marinos les habían arrancado los ojos de las órbitas y el tiempo concluía de hacer su obra, mitad de descomposición y mitad de terrible momificación. Dio voces y comenzó el racimo de piratas a trepar por los ganchos con esa rapidez que los presentaba tan temibles a las naves de guerra de España. Eran hombres acostumbrados al horror, a la sangre, a la muerte, a la traición; eran hombres que habían perdido con la sociedad todo vínculo de unión; declarados fuera de la ley, maldecidos y odiados, odiaban y maldecían a su vez a todos los que no acompañaban su religión de exterminio y saqueo... Y sin embargo temblaban.

Allí estaba ante sus pupilas dilatadas el cuadro real y viviente de la discordia después del botín.

Caídas de las ropas lucían al sol monedas de oro de todas las formas y valores y pepas y astillas del codiciado metal. Algunos sobrevivientes de la informe y descomunal lucha habían saqueado seguramente a los muertos y acumulado en una barrica monedas y metales. Pero, tal vez, prendida entre ellos de nuevo la codicia, con la traición y el engaño fueron cayendo uno tras otro, hasta quedar tal vez muy pocos; los que vararon el barco para escapar de sí mismos y de esa tumba que los iba tragando sin piedad y castigando sin conmiseración. ¿Pero dónde estaban éstos? ¿Por qué no habían llevado con ellos el botín? ¿Pensaron volver a bordo y perecieron de sus heridas o de hambre? Algunos cadáveres demostraban no haber sufrido lesión alguna y aparecían en el fondo de la bodega envueltos en frazadas y descompuestos en ellas. Esta circunstancia los hizo pensar en

una fiebre maligna que tal vez habría estallado a bordo y hecho pe-
recer a los jefes. La tripulación se batió por el botín y fueron los
amotinados sucumbiendo uno a uno bajo el puñal o la peste.

Los piratas estaban mudos de espanto. Ellos comprendían como
nadie esa tragedia. A sus oídos llegaban desde la fecha remota de
ese suceso las voces de odio, de perdón, las últimas palabras, las ple-
garias, las órdenes no obedecidas, todo el clamor de la lucha intestina
de los bandidos, sus hermanos de correrías y sufrimientos y ambiciones.

Carolus, enternecido sin embargo por tanto espectáculo de hor-
ror, se había sentado a mirar ese infierno dantesco, la cabeza joven
y pensativa entre las dos manos. Recordó en la vaguedad de su me-
moria a la mujer que lloraba y lloró también.

—¿Lloras, Carolus? —le interrogó Davis, que lo afeccionaba.

—Lloro. No sé por qué, pero es éste el primer momento de mi
vida errante en que vuelvo hacia atrás en mis recuerdos y pretendo
saber quién soy.

—Ya lo sabrás un día; la vida es corta y el mundo muy pequeño.

—No lo sabré jamás. No veré nunca a la mujer que lloraba...

—Debía ser tu madre; yo también tuve una; hoy día es el mar
mi madre y mi amada. Olvidemos. Hay aquí un botín que no es de
nadie...

—Es de ellos. ¡Era de ellos! Les había costado mucha sangre y
fatiga. Por él murieron todos. Es natural que los enterremos como a
cristianos y con ellos su dinero.

—¿Has perdido la cabeza, Carolus? Debes ser hijo de un rey; pe-
ro no de un rey de España. Así se comprende tu desprecio por el oro.

Y ya había quienes, vueltos de su estupor y de su miedo, reco-
gían por el pavimento con cauteloso recelo las monedas —como te-
miendo que éstas se rebelaran de su sacrilegio o tuvieran aún poder
de transmitirles la peste o el veneno— y las transportaban al tonel
silenciosamente.

Aquella noche, después del reparto, los piratas tendidos por tie-
rra soñaron con los buques del Callao que venían a velas infladas y
cargados del oro de Potosí. Sonreían a la luz de la luna, mientras
contemplaban en sueños el desfile de los galeones de España.

El día 28 de mayo, muy de madrugada, la flota fue avistada, trayendo en su favor el barlovento. En pocas horas todas las bandas habían ocupado sus barcos con grandes hurras; Davis, investido del comando por la enfermedad de Cook, izó el pabellón de San Jorge y también el pendón blanco de los Borbones, que los corsarios franceses le habían concedido para darle cierto aspecto de legalidad en las batallas. La real armada, favorecida por el viento matinal, desplegó su línea de batalla. La fuerza de ésta consistía en sus cañones; la de los bucaneros, en la audacia personal, en el abordaje, en la lucha cuerpo a cuerpo. Dicen los historiadores que en ese combate iba a decidirse la suerte de los dominios de España, porque las derrotas de los piratas caían sobre ellos solos, pero sus triunfos irradiaban sobre sus tierras de origen. Sea como fuere, allí estaba la rica presa delante de los más codiciosos saqueadores. Era un verdadero frenesí el que movía a esos hombres en las maniobras preliminares de la batalla. Se creían dueños ya del tesoro y parecían poseídos, tal crecía el clamoreo de las tripulaciones y el anhelo de entrar en batalla. Pero el viento les era contrario y la flota española fijaba como quería el sitio y el momento del ataque.

Entretanto los jefes, reunidos a bordo de la capitana, conferenciaban en forma seria. Davis, con ojo experto de marino, había notado en el movimiento de velas de la flota del Callao que no llegaba del sur sino del norte. Sus compañeros dejaron oír una maldición al recibir este rayo de luz en sus cerebros obtusos. En realidad, los galeones habían pasado de largo sin ser vistos, lejos de su alcance, depositando el oro en Panamá y regresado ahora a combatirlos. ¡Qué ira, qué satánico despecho reventó en sus pechos ardientes por una codicia tanto tiempo concentrada y tan cruelmente burlada!

A las tres de la tarde se dio la señal de abordaje, y cuando Davis se lanzaba sobre la más grande nave española, vio con estupor que sus segundos en el "Bachelor" y el "Cygnet" acortaban velas y se detenían, rehusando pelear. Los filibusteros no tomaban interés ni ardor en las batallas cuando no había presa que hacer. Por su parte los españoles, temerosos del abordaje, alargaban sus distancias y se contentaban con activar el fuego de sus piezas. El combate languideció; durante toda la noche fueron y vinieron los disparos, que despertaron millares de ecos misteriosos en las islas. Al amanecer la

flota real hinchaba sus velas y desaparecía con rumbo al sur. Cantaban una victoria que no habían obtenido; dejaban libre al más temible pirata del Pacífico, pero sembraban también la discordia entre sus bandas.

Los filibusteros atronaron la isla con los rumores de sus disputas y sus acusaciones. Dos jefes fueron asesinados y otro, Grognet, partió con 456 de los suyos, no sin responder a las despedidas de los que quedaban con una granizada de balas que dejó el suelo sembrado de cuerpos. Hasta que se perdió de vista lo acompañaron las maldiciones de todos. Los filibusteros estaban deshechos y Davis se alejó a su vez al norte para preparar un saqueo a lo largo de la costa.



Un año más tarde, Davis, después de haber hecho presas considerables en Guayaquil, Pisco, Arica y otras poblaciones de la costa, llegaba a La Serena recordando las proezas de Sharp y tal vez conociendo las memorias dejadas por uno de los filibusteros sobre la prosperidad de ese sitio de jardines. Mala fortuna seguía persiguiendo al pirata en su camino de exterminio. Era corregidor de la ciudad don Francisco de Aguirre, chileno vigoroso y avisado, que conocía la proximidad de los barcos de Davis y tenía puestos y vigías a lo largo de la costa para no ser víctima de sorpresas como las que anteriormente habían afligido a su ciudad. Doscientos filibusteros desembarcaron en la playa solitaria al caer de una tarde y, pronto metidos entre los matorrales, adelantaron con cautela, creyendo caer por sorpresa sobre la ciudad dormida. Ni un hombre se presentaba a su paso. Los pájaros volaban bruscamente entre las ramas y algún mugido anunciaba a lo lejos la feracidad de los campos recién labrados. Había olor a yerbas, a pasto fresco, evocador de las estancias de Inglaterra ante esos desterrados voluntarios de su suelo. Como Carolus, el joven filibustero, hablaba castellano, iba delante de la vanguardia oyendo ecos que le hablaban vagamente de su infancia. Cierta emoción ardiente hacía latir de prisa su corazón. No era miedo, que no lo conocía; era la duda sobre lo misterioso. Habría preferido el combate a ese silencio de las sombras.

Cuando ya creían los bandidos del mar acercarse a la ciudad, algunas descargas de mosquetes les anunciaron la presencia de gente enemiga armada. Muy pronto sonaron otras por la espalda y juzgaron prudente replegarse hacia el norte. Pero la avanzada denunció un terreno pantanoso donde no podría dar un paso sin peligro. Era necesario aguardar la luz y vender caras sus vidas. Esa noche nadie durmió ni hubo sueños de oro y de riquezas. Ya no era La Serena la indefensa playa de los tiempos de Sharp; el corregidor Aguirre velaba por su pueblo con esa digna tranquilidad del viejo chileno, inmutable en el peligro, prudente antes de la acción. La madrugada manifestó a Davis que tenía por delante fuerzas reducidas; pero, a poco andar, caballería campesina salió del bosque vecino y protegida por los certeros disparos de los infantes pudo cargar con ímpetu la avanzada de los piratas. Dos de ellos habían sido laceados y seguían arrastrados al tropel de caballos que volvían riendas para retirarse de los tiros cercanos de los asaltantes. Davis ordenó replegarse y fue su movimiento el comienzo de la fuga. Asaltados de todas partes, los filibusteros corrieron hacia la playa, saltaron en tropel a sus lanchas, algunas de las cuales ardían ya en la rada, y bajo una lluvia de plomo llegaron a los barcos, que pocas horas después salían con la naciente brisa hacia Juan Fernández. Veinte cadáveres habían marcado su corto camino; muchos heridos volvían con la mano puesta sobre el sitio abierto, clamando con desgarradores alaridos por la muerte o por una faja que restañara su sangre.



El asalto de Davis a La Serena había dejado en manos de Aguirre dos hombres, de los cuales se podía conocer la verdad sobre esta expedición y sobre las futuras correrías, para anunciarlas a Santiago. Un propio llevó la noticia con una carta de Aguirre, que la historia ha conservado, sobre el corto pero eficaz hecho de armas de la víspera.

Uno de los bandidos apresados, un inglés, se degolló en un momento de descuido de los soldados que lo conducían a la cárcel pública. El otro había pretendido fugarse dando un golpe de machete a su centinela; pero, desarmado y echado a tierra con una cadena a los pies, iba a ser víctima de la brutalidad de los enardecidos ven-

cedores, cuando Aguirre los contuvo al oír que el prisionero le dirigía la palabra en español:

—Si usted es un hombre de guerra, dé orden de que me maten, señor; pero no tolere que me arrastren como a una fiera.

—¿Eres un prisionero de los piratas? —preguntó asombrado el corregidor.

—No lo sé —repuso Carolus—; pero no soy inglés.

El joven fue llevado a un edificio cerca de la ciudad, desnudado casi de todo aquello que pudiera tener algún valor sobre su cuerpo, y encerrado en una habitación baja, húmeda, maloliente, por la cual pasaba un curso de agua, posiblemente desagüe del canal de un molino antiguo y ya abandonado. Allí quedó a solas con sus pensamientos, rabiando de sed y de despecho, resignado a una muerte ignominiosa, tal vez quemado en público en una plaza, en medio de un pueblo que vengaría en él los sacrilegios de Sharp y el incendio de parte de la ciudad. Y así pasaban lentas las horas. Cayó la noche; por la ventanuela estrecha, cerca del techo, penetraba el aroma del campo, el ruido de los grillos que entonaban ya la canción de sus élitros. Volvió a recordar esa mujer que lloraba, imborrable aunque vaga imagen que lucía en los momentos de amargura en el fondo de un alma entenebrecida, y por primera vez tuvo temor. Tanto, que al abrirse bruscamente la puerta y ver aparecer al corregidor seguido de otro hombre de aspecto funerario, embozado en una capa y llevando una linterna en la mano, creyó que era la hora del verdugo, y poniéndose de pie preguntó:

—¿Ya es el momento?

El corregidor, un viejo alto y enjuto con penetrantes ojos, labios apenas perceptibles y una nariz desmesurada, y su acompañante, que aparecía de igual edad a la suya y tal vez con cierto aire de familia, lo contemplaron en silencio. Este llevaba barbas largas y desgredadas y se mostraba nervioso, tal vez con miedo a la figura resuelta del filibustero, que había demostrado ya tan aviesas intenciones al caer prisionero. Aguirre dio de nuevo una mirada fría y atenta al prisionero, y el corregidor, con voz mesurada, habló así:

—Aquí queda mi representante. Afuera están seis soldados listos para cumplir sus órdenes. Será perjudicial para su defensa el menor intento de huir.

—No quiero huir —replicó el joven, haciendo un gran esfuerzo para hablar castellano—, pero no necesito tampoco proceso alguno. No tengo nada que declarar ni en favor ni en contra mía, ni en favor ni en contra de nadie. Si es necesario firmar y decir que he sido escuchado, firmo lo que se diga; en realidad, yo no sé firmar...

—Lo ha oído usted, señor don Fernando; usted hará oír la razón al prisionero. Yo volveré más tarde.

Y mientras el corregidor salía, el llamado don Fernando se quedó inmóvil, volviendo los ojos de un lado a otro, sin hablar, sin fijarlos sobre el joven, sin dar un paso, sin saber cómo comenzar su interrogatorio.

Tal vez había sido síndico de monjas, charlador al lado del fuego, chismoso vecino o formulista escribano, y por primera vez se encontraba con un hombre desnudo de la cintura hasta la cabeza, con las manos puestas en las caderas, mirándolo audaz y fijamente; ¡un pirata! Tal vez una fiera, sin miedo, sin religión, sin vínculo alguno con la sociedad. Don Fernando daba vueltas los ojos en sus órbitas y callaba. Inclina a veces la cabeza y solapadamente y a hurtadillas le dirigía una fugitiva mirada recelosa. El joven lo observó largo rato y concluyó por darse vuelta hacia el muro, sin acordarse más de la presencia de ese extraño personaje, que no parecía un verdugo sino una víctima.

Entonces el anciano dejó la linterna en el suelo y se sentó sobre una piedra que estaba cerca de sus pies. Era una ridícula figura, con su larga capa negra casi posada sobre el suelo. Sólo allí, y sin tener ya sobre sí los ojos del prisionero y sin dirigirle la vista, comenzó a hablar con pausa. El pirata no se volvió; pero pareció prestar oído a sus palabras:

—El prisionero se ha dirigido al señor corregidor en nuestro idioma, aunque con una inflexión extranjera que hace temer que sea un inglés que pretende engañar...

—Yo no he engañado jamás a nadie —resonó altiva la voz.

—Si se tratara de un inglés y el prisionero quisiera declararlo así, el proceso quedaría terminado...

—Yo no soy un inglés...

—¿Pretendería tal vez el prisionero hacer creer que es un español, acaso prisionero de los forabantes?

—No pretendo nada.

—¿Ha estado acaso por su propia voluntad en su compañía?

—Sí.

—¿Ha abrazado esta profesión por gusto, por salario, por inclinación? . . .

—No sé. Por todo eso y por nada de eso. No sé si soy español; si lo fuera, habría sido un traidor, y yo no soy traidor; si navegara por salario sería un cocinero, y no era el cocinero a bordo; si lo he hecho por inclinación, no sé si la tenía al principio; hoy la tengo.

—¿El señor es acaso un capitán?

—No, era un tripulante simplemente.

—¿Ha tomado parte en asaltos y saqueos?

—En todos aquellos a que he asistido.

—Si el prisionero fuera puesto en libertad, ¿qué haría?

—Echarme al mar a nado y alcanzar mi buque.

Don Fernando no sabía cómo continuar. Evidentemente su investigación era larga e intencionada; pero a cada instante se sentía más desconcertado. Comenzaba a palidecer y a temblar.

—¿Dónde ha nacido el prisionero?

—No lo sé.

—¿A qué edad ha entrado a la profesión de forbante?

—Lo ignoro.

—¿Cuáles son sus recuerdos más lejanos?

—Me veo siempre en un buque —el joven se había vuelto y estaba al frente del viejo—; pero mirando más atrás, veo a un negro y a una mujer que lloraba.

—¿Una mujer que lloraba? ¿Y por qué lloraba?

—Nunca lo supe; no sé quién era. ¿Era mi madre? Tal vez. ¿Era la madre de otro? Tal vez.

El viejo se llevó violentamente una mano al rostro y comenzó a sollozar. El pirata se le acercó; puso el oído como para escuchar un clamor lejano y, tomándole violentamente la mano, gritó más que habló:

—¡Dime quién era esa mujer que lloraba! Dímelo, viejo demonio; tú lo sabes. Lloraba así como tú lloras. . . , así como. . . lloro yo también.

Y el joven, como poseído por un vértigo, había caído con una rodilla en tierra y, con los ojos enrojecidos, apretaba la mano del viejo como para triturarla entre las suyas. Pero luego se repuso y, de pie, fríamente, dijo:

—Nada tengo de común con los españoles; menos aún contigo. Probablemente ése es un sueño. Sigue y concluye pronto. Hazme dar la muerte.

—¿Y si yo supiese algo más de tu historia, prisionero?

—¡No, no, no! —gritó por tres veces consecutivas, alzando cada vez más la voz el pirata. Su grito resonó a lo lejos y el eco devolvió el último sonido con un misterio pavoroso.

—Puedes echarte sobre mí —repuso don Fernando, con más valor—. Puedes gritar; pero antes de morir, Dios te ha mandado a cruzar mis pasos para que yo confiese culpas horribles de mi vida. Oye-lo por ella, por la mujer que lloraba, por tu madre!

El joven llevó esta vez sus manos a la cabeza; las colocó sobre sus sienes y se movía convulsivamente como formulando de nuevo su negativa terminante, la resolución de su destino. Pero luego comenzó a sollozar y después sus lágrimas fueron tranquilas.

—Tú eres Francisco Javier Rosales, hijo de mi hermano Bernardo, que en paz descanse. Tu madre era doña Josefa de Saavedra y a su lado vivías en la capital de este reino que se llama Santiago. Desde muy niños tuvimos con tu padre cuestiones de intereses que nos separaron e hicieron enemigos mortales. Era él el mayorazgo de la familia; tú te presentabas como una amenaza para mí. Tu padre abandonó a su mujer recién tú nacido y yo te hice desaparecer. Yo podía más que los otros miembros de la familia y nadie pudo sospechar de mí. Un negro te sacó de la casa de la hacienda en el "Huasco" te trajo a mi lado a esta ciudad, y precisamente a este molino en que estamos. Fui a Panamá como comerciante, y no resolviéndome a matarte, te entregué a un corsario francés, a quien había hecho un gran servicio, pidiéndole velara por ti. Una sola carta recibí de este marino, que volvió a su tierra, y en ella me decía que tú navegabas en los barcos piratas de Cook y Davis; pero hasta esta noche he vivido con los remordimientos de mi crimen creyéndote muerto... El corregidor, que es el único hombre que conoce mi historia y la tuya, me avisó que los barcos llegados a La Serena eran los de Davis, y

más tarde me advirtió el extraño parecido que creía notar en uno de los prisioneros hechos en el encuentro de hoy con tu padre y conmigo mismo; por esto he venido...

—¿Y... ella? ¿Dónde está la mujer que lloraba? ¿Ha muerto? Llévame a su tumba y después haz de mí lo que quieras; no deseo vivir si no puedo vivir con ella.

—No ha muerto. Pero tampoco puedo decir que viva; por mi culpa llora siempre y no sabe hacer otra cosa. Ha perdido la razón. Vive en la hacienda. La verás si quieres; pero aún no he terminado.

—Termina.

—Tú eres dueño de mi vida y de mi honra. Puedes ser libre porque eras un verdadero prisionero de los piratas. Si te obstinas en tu resolución de confesarte filibustero, ni verás a tu madre ni saldrás de esta celda sino para morir. No podrías vivir entre las gentes de esta nación si saben que tú has participado de los saqueos y de la sangre española derramada... Se sabrá, si tú lo aceptas, que habías sido robado por un negro y hecho con él prisionero en Panamá. Como tu desaparición fue simultánea con la del esclavo de la hacienda, será creída esta historia. Todo mi dinero es tuyo...

—Guarda tu dinero, mal hombre —exclamó el joven—; tú eras el más fuerte y el botín fue tuyo. Así pensamos los forbantes libres del mar. Ahora déjame solo.

El joven se echó por tierra y, con la cabeza entre las manos, estuvo largo rato meditando. A ratos la sacudía con su negativa pertinaz; luego se escuchaban sus sollozos. Un momento se colocó súbitamente de pie y luego volvió a recostarse en el suelo. Medía don Fernando la intensidad de esa hora de vacilaciones; pero esperaba que sobre ellas la figura de la mujer que lloraba se alzara tendiéndole los brazos y lo arrastrara hacia ella.

—Oye, mal hombre —díjole al fin—, puedes conducirme donde esa mujer que dices que es mi madre. Yo la conoceré. Si ella falta, yo volveré al mar; si tú te niegas a ayudarme, contaré tu crimen, y si hay un español honrado, ése te dará muerte.

El anciano dejó escapar un suspiro de alivio y cayó de rodillas.

—¿Me perdonas? —dijo.

—No tengo de qué perdonarte; tú eras el más fuerte; el botín fue tuyo. Eso fue lo que quisiste y lo tienes. ¿Tú crees en Dios?

—¡Sí creo! Es mi consuelo, es mi vida, la única fuerza que he tenido para soportar el peso de mis remordimientos.

—Pues bien, si tú crees en Dios, debes saber que El no te perdonará.

Hubo un momento de silencio. Don Fernando lloraba y el joven, con los brazos cruzados sobre el pecho, lo contemplaba mudo. Luego exclamó:

—Ella no sabrá nada de mi vida.

—Perdóname, entonces, por ella.

—Tú habrías hecho dos crímenes en tu vida... , si ella no viviera; quitarme de su lado y luego arrancarme del lado de los compañeros del mar para contarme esta historia. Pero sea; nada me importa sino ella. Mentiré por la primera vez de mi vida; diré que fui prisionero, viviré al lado de ella, y cuando cese de llorar cerraré sus ojos cansados y volveré a juntarme con los míos.

La puerta giró y el corregidor avanzó impasible.

—¿Qué ha dicho el prisionero, don Fernando?

—El prisionero no es un pirata; es mi sobrino don Francisco Javier Rosales. Lo juro por Dios Nuestro Señor a su señoría. Es la misma persona que hemos creído y he sabido por el interrogatorio los pormenores que contaré al señor corregidor. Pido a su merced licencia para llevarlo a mi techo.

El corregidor se descubrió.

—Haga usted lo que le plazca, señor; aquí no hay un prisionero, sino una víctima de los inhumanos bandidos del Mar del Sur.

Carolus iba a replicar, pero se calló. El corregidor le tendió la mano ceremoniosamente y el joven la estrechó, no sin repugnancia.



En el largo viaje a la hacienda, hecho con lujo de sirvientes y muda de caballos, trataba Rosales de unir sus recuerdos más antiguos con la realidad que pasaba delante de sus ojos. Como en la plancha fotográfica bajo la acción del ácido, iban desapareciendo manchas informes que desarrollaban luego las siluetas conocidas. Le pareció en el camino que una casa baja de barro cubierta con un techo de paja y un gran sauce frente a su puerta les había dado alo-

amiento con el negro. Reconoció el vado de un gran estero que cruzaron al caer de una tarde. Volvieron, en fin, con los aromas de las yerbas y los mil rumores del campo, otras reminiscencias menudas, y no tuvo la menor duda de que fuera verdad absoluta la historia contada por don Fernando.

Después de algunas jornadas, Rosales fue recibido con alborozo por los pobladores de la hacienda, en su mayor parte indios, que habían sido prevenidos de la aparición del mayorazgo, arrebatado por el valor de don Francisco de Aguirre de los sufrimientos que soportaba entre cadenas de los forbantes. Pero nada rompía en su alma la indiferencia caída, como la nieve de un largo invierno, sobre su alma por tanto tiempo ignorante de su nombre, de su nacimiento, del secreto de su vida. Erguido sobre la montura, ni miraba, ni oía. Los que salían a su encuentro revolvían los caballos delante del suyo y partían de nuevo a escape para regresar engrosados por otros. La escolta crecía, y de ella salía el rumor de la historia abultada ya por los primeros fantásticos colores de la leyenda. Una sola persona podía resucitarlo, y ésa lo aguardaba sin saberlo, sentada como siempre en el corredor de la casa, a la sombra de los viejos maitenes, sauces e higueras.

Doña Josefa de Saavedra había sido bella tal vez. La cabeza delgada revelaba fina raza; de ella había heredado la suya el joven. Sus ojos verdes tenían una melancolía inmensa en la dilatada pupila algo fija y sin brillo. La nariz y la boca, dibujadas con pureza de graciosas líneas, hacían pensar en la sonrisa seductora de su primera juventud. Pero sobre todo este conjunto aristocrático había caído un velo de fatiga y de vejez, de vulgaridad y de insignificancia. El dolor, lejos de haber dignificado y transfigurado su figura, la había degradado y depuesto. Era la imagen de oro y marfil cubierta con un velo del muestrario de un bazar.

Cuando la gran escolta llegó hasta cerca de las casas de la hacienda, estallaron algunos cohetes y salieron al gran corral que se abría delante de ellas las mujeres y hombres de la servidumbre, algunas tías viejas de Rosales y tres hermosas niñas, primas hermanas del recién llegado, que ardían de curiosidad por conocer al romántico personaje que llegaba hasta sus miradas y que habría de vivir durante algún tiempo bajo el techo común. Pero lo que hacía latir

aceleradamente los corazones era la escena del encuentro de la madre con el hijo, de la mujer que vivía en un extraño mundo y del joven que volvía de otro desconocido y misterioso para todos. *La señora*, como era llamada en toda la región, permanecía largas horas sentada en el corredor sombrío, con la vista vaga perdida en el campo, circundado al oriente por las montañas cubiertas de bosques. Rara vez decía una palabra con sentido, pocas veces sonreía, generalmente lagrimeaba, como un hábito de eterna existencia de dolores sin consuelos. Al desmontarse, el joven apartó con las manos a las personas que le salían al encuentro, y con la mirada fija en el corredor de la casa avanzó en línea recta hacia su madre. Puso una rodilla en tierra, le tomó la cabeza con sus manos y descansó sus labios en la espaciosa frente de la mujer. Esta lo observó con atención profunda, tendió su descarnada mano hasta la cabeza del recién llegado y, a media voz, comenzó a entonar una canción con la cual lo adormecía cuando niño. Carolus la repitió: estaba dormida en su alma como el pájaro en el nido y echó a volar despertando en su memoria un mundo de recuerdos encantadores. Pero no se obtuvo más de esta entrevista; la mujer volvió a su llanto y Rosales quedó sombrío a su lado, satisfecho ya el ardiente anhelo de sus días de nostalgia.

Las personas de la familia importunaban inútilmente al mayordomo. Creían poder oír de sus labios la historia fantástica de los forbantes; sabían que era el recobrado un joven extraño y original, sin nada de común con otros hombres, lo que excitaba especialmente la curiosidad de las mujeres jóvenes. ¿A quién tocaría la suerte de domar esa fiera y reclinar sobre su pecho la cabeza altiva y dura que no había sentido jamás amor alguno y había vivido casto en esa gran trampa del océano?

Cuando, sentado al pie de un árbol, Carolus miraba a lo lejos embelesado, fija la ardiente pupila en una imagen invisible, los celos torturaban a sus primas, que habían creído acercársele más y producir en él alguna preocupación. El joven no dirigía jamás una palabra a las mujeres; con los hombres era imperioso y altanero. Insensible a la sonrisa de las niñas, solía detenerse en su mirada más por curiosidad que por placer. Había visto pocas mujeres en su vida y se embelesaba en los ojos alegres y risueños de las muchachas de po-

ca edad. Pero luego su aspecto frío y glacial lo tomaba de nuevo y permanecía largas horas embelesado en esa mirada fija que a todos intrigaba.

—¿Dónde está la mujer que llora? —decía constantemente por su madre. No pasaba una hora sin que regresara a su lado a sumirse en la contemplación de la pobre enferma que languidecía poco a poco. Ya no lloraba siquiera; una demencia grave y profunda la envolvía pausadamente. El joven fue alejando sus visitas y terminó por no volver a la habitación. Entonces sus embelesos se hicieron más frecuentes. Durante gran parte del día permanecía con la barba apoyada en una mano, la cabeza hacia adelante, los ojos inmóviles, mudo e insensible.

Vino una noche de luna tan tibia y perfumada, tan enervante y melancólica, que levantó en su espíritu la imagen palpitante de la llegada de la flota de Davis a las islas de las Perlas. Lo rodeaba la atmósfera poética del mar tropical, le venían brisas impregnadas de los aromas inolvidables de las hojas y yerbas de las islas, recorría todo su cuerpo la emoción de esa lenta llegada de los barcos sobre el espejo imperturbable de las aguas serenas. Veía como un espectador el avance majestuoso de la flota cerca de la silueta alta de los bosques que bañaban su cima en el nimbo plateado de la noche. Bajaban las anclas, brotaban en el silencio los coros de las tripulaciones, armónicos y graves, con sus finales prolongados. Volvían los sueños de aquellas noches de ardiente esperanza, cuando el oro de los galeones reflejaba aún su fulgor sobre las cabezas rudas de los marinos libres del océano. Todo era tan vivo, tan cercano, tan real y tangible, que el joven vivía de nuevo entre los hermanos de su azarosa existencia y oía allí, al lado, sus voces familiares.

Una de sus primas, Dolores Mercado, gentil producto de la raza conquistadora que no se había alejado jamás de la tierra labrada por sus mayores, salió tras de sus pasos, ocultándose de árbol en árbol, reteniendo el aliento para no denunciarse, con el anhelo de descubrir el secreto de esa alma solitaria. Estaba muy cerca, arrobada ante la figura de ensueño y transfiguración que presentaba su primo, apoyado en un muro derruido y fija la mirada en el espacio. Podía ver el milagroso destello de amor y de triunfo, de esperanzas y de dichas que revelaban sus ojos ardientes. ¿A quién amaba ese

hombre diverso de todos? ¿En qué lejano país, una reina, una princesa, una mujer infinitamente bella y misteriosa le habría dado su corazón? ¿Cómo poder ofrecerse como su confidente y consolar sus dolores o torturas?

Un ruido reveló la presencia de la mujer. Carolus volvió su rostro y se quedó contemplando en silencio la figura blanca entre los troncos nudosos, esa especie de rayo de luna caído al través del follaje tupido de los árboles. La niña creyó que iba a morir; no podía retener en su pecho frágil los latidos violentos del corazón. Carolus volvió poco a poco a la realidad. Esperó que se apagara esa noche del trópico surgida en su mente, que se borrarán las siluetas de los barcos, que se extinguieran los cantos de las tripulaciones, que cayera un velo entre el pasado redivivo y su presente real y aterrador. Avanzó entonces con los brazos abiertos. Posó sus manos ardorosas sobre los hombros de la niña, que estaba paralizada por el terror, acercó a sus labios la cabeza débil y depositó dos largos, dos interminables besos sedientos sobre los grandes ojos negros, que juntaron sus párpados como para morir... Cuando quiso huir, ya el joven había desaparecido.

La señora había muerto esa noche. A la mañana siguiente nadie encontró al mayorazgo. Contaron poco después unos arrieros que venían de la costa, que allá, a dos jornadas de viaje, galopaba un caballero sin detenerse. La leyenda agregó en el Huasco que Rosales había corrido a lo largo de la costa y llegado finalmente a La Mocha, donde el barco de Davis lo había recogido antes de salir, rumbo del Estrecho, para no volver al Pacífico.



Cuando veinte años más tarde, a comienzos del siglo XVIII, se comentó la aparición en Santiago de un fraile venido de una cartuja del Oriente, que tenía fama de santo, recorría los caminos y llegó hasta el Huasco para cerrar los ojos de Dolores Mercado, que agoni-

zaba, ¿se creía realmente que bajo ese misterioso hábito negro y la envejecida capucha se ocultaba Francisco Javier Rosales, atraído de nuevo a su tierra por la mujer que amó, como en otro tiempo fue atraído por la mujer que lloraba?

Pacífico Magazine,
abril de 1913, pp. 471 - 84.

LA FORTUNA MISTERIOSA

Marchaba de prisa, envuelto en su capa raída, escondiendo en los sucios pliegues que llegaban hasta su nariz rojiza, una barba mal rapada, más blanca que las mechas grasicas que escapaban de su sombrero. Marchaba de prisa, de vuelta de la recoba, con un cesto a medias cubierto por el amplio ruedo de la capa, como si todavía llovieran sobre él las injurias de los indios y mestizos y mulatos y españoles que en una sola cosa estaban de acuerdo dos veces por semana: en la miseria y avaricia del viejo Alonso Goygorrotea. Echaba por cada puerta una mirada oblicua de perro perseguido hacia el patio donde aun solía apostarse el calsero o los niños para gritarle a la pasada: ¡Se le ha caído un real a su merced! Aceleraba a veces el paso, a riesgo de rodar por los guijarros de río que pavimentaban la calzada y caer a la acequia que corría en medio con leve rumor. De pronto se coló en una tenducha oscura, de bajo techo y estrecha puerta, donde don Bernardo del Sol, detrás de su mesón, examinaba la calidad de unas telas con un cuenta-hilos, para clasificar los precios. El comerciante, sin separar su ojo gris del agujero por el cual miraba el tejido al través de un burdo cristal de aumento, alzó levemente el otro y pareció saludar con casi imperceptible movimiento de cejas. Ya sabía que en día de recoba don Alonso llegaba exánime a sentarse en el sillón de vaqueta, grasicado y ennegrecido, que estaba allí en un rincón entre sacos de maíz, garbanzos y otras semillas. Del Sol conocía la avaricia de su amigo y simpatizaba con ella. Entonces eran todos pobres o vivían como tales. Se necesitaba la fiebre de la codicia y de la usura, la enfermedad de avaricia que aquejaba al Goygorrotea, para llamar la atención sobre algún vecino miserable y acarrearle el calificativo de avaro.

Del Sol continuaba en silencio su tarea y a cada pieza de tela que dejaba caer sobre el mesón, se difundía un olor fuerte que don Alonso respiraba con placer. Goygorrotea envidiaba la profesión del comercio, recordaba que su padre, un agudo vizcaíno, hacía de ella siempre fundado elogio, a pesar de haber muerto pobre por haber dado en prenda una factura de comercio, haber salido mal su negocio y perdido la prenda.

—Sí, señor don Bernardo —murmuró desde su sillón don Alonso—, su merced sabe ganar una fortuna. Esa tela le ha importado uno, la vende en cuatro y si nadie más la tiene en la ciudad, la sube a veinte.

—Y si nadie la compra...

—No, señor; ni los hombres ni las mujeres pueden ir desnudos. Dios les manda vestirse. El comercio está amparado por el cielo. Pero los pobres que tenemos un mal pedazo de tierra donde apenas crece yerba... ¿qué hemos de hacer? Ni para comer nos alcanza, y si como esta mañana voy a la recoba y me quejo de que una gallina valga casi un real, debo recibir empellones e improperios. Ya no hay respeto por nada.

Del Sol se aprestaba a medir unas varas de lienzo a unas mujeres del pueblo que habían entrado respetuosamente, andando en puntillas, y con aire de humildad exagerada. Luego sonó en el aire como un chasquido el vigoroso tirón con que el comerciante rasgó la tela. Pagaron con lentitud y Del Sol fue golpeando pieza por pieza sobre una parte del mesón, en que estaba incrustada una lastra de piedra para el efecto de probar la moneda. Las clientes esperaron con aire encogido si merecía reclamo su dinero, y como don Bernardo se volviera a continuar la conversación con el viejo, se retiraron también en puntillas y cuchicheando sus comentarios.

Del Sol oía lamentarse al viejo mirándolo de cuando en cuando y sonriendo sin decir nada. No se enriquecían los agricultores, es verdad, pero Goygorrotea había recibido de su padre una capa y un par de botas como única herencia y era dueño mal que mal de cuatro o cinco haciendas en Quillota y Marga-Marga, y una del lado de Mendoza, después de treinta años de trabajo. Don Bernardo había oído que esa fortuna no podía ser menor de ciento cincuenta mil pesos; había quienes llegaban a doscientos, y si no subían era por falta de hábito en cifras tan enormes. Además, el comerciante tenía

echadas sus vistas sobre la hermosa Paz, la hija de Goygorrotea, tal vez la más rica heredera del reino. Su sobrino Ramiro era un mozo elegante y cautivador; pero no tenía en la vida más esperanzas que la herencia de don Bernardo. ¿Por qué no unir el comercio y la agricultura, realizando así las ambiciones de su amigo? Pero don Alonso callaba al oír tales proyectos, y echando una mirada vaga y oblicua, murmuraba entre dientes:

—Cuando me muera, Paz se irá a un convento... si la reciben, porque quedará desnuda como nació. Un pedazo de tierra vale poco en España y menos en Chile.

A medida que la mañana se encendía de sol, algunos otros clientes penetraban a la tienda. Don Bernardo medía aquí tres varas de bayeta, pesaba allí una libra de grasa, empaquetaba candelas de sebo o recomendaba a un agricultor recalitrante la semilla de frejoles. Las monedas saltaban sobre el mesón y todas daban un sonido franco y leal de buena plata. Precaución inútil en esos tiempos, pero sagrado rito que el comerciante vizcaíno traía de la península.

Por fin, el viejo, repuesto de la persecución de la mañana, se puso de pie, escondió su cesto como pudo y salió mascullando una despedida.

Por la misma puerta, una extraña figura se destacó contra la clara luz que inundaba la calle. Un señor, un verdadero señor, a juzgar por los aires y la vestimenta, se descubrió con exagerada solemnidad ante don Alonso, que salía repitiendo su saludo a Del Sol. Los clientes interrumpieron su ocupación para mirarlo y admirarlo, porque, realmente, el oidor De la Fuente era digno de admiración. El movimiento ceremonioso de sus ropas, dejó flotar en la mala atmósfera de la tienda un olor a aguas ricas. La capa negra de paño finísimo, el traje interior, de color azul oscuro y amplio cuello de terciopelo, dejaban ver una camisa albísima, con encajes muy finos. La edad no era tan fácil de calificar, como el valor de su traje: hombre seco y bien rapado, con peluca empolvada recientemente, lleno de cuidadoso afeitado, no parecía afeminado sin embargo. Podía tener cuarenta años o algo más. Miró el sillón de vaqueta con desconfianza, y el dependiente de Del Sol, un mestizo muy cortés que andaba descalzo y con las piernas desnudas hasta la rodilla, corrió a limpiarlo

con un trapo. Sentóse el oidor y sólo entonces se dirigió a don Bernardo.

—Buenos días, mi señor don Bernardo del Sol...

—Buenos los tenga Su Merced. ¿Ha terminado ya la misa?

—De ella vengo. He dado los días a la señora gobernadora, que recibió la santa comunión.

Hubo un momento de silencio. De la Fuente se miró los pliegues de la camisa, se sacudió la capa y se arrellanó de nuevo. Los clientes habían ido saliendo. Don Bernardo pareció esperar algo, porque se quedó con los brazos cruzados, mirándolo.

—¿Los negocios? Buenos, naturalmente. El oficio del comerciante es vil; pero provechoso. Los que hemos nacido en otras esferas, vivido largo tiempo en la Corte, manejado la pluma y la espada, no tenemos en estos reinos nuevos más oficio que el de bostezar. Cuando mi amigo el señor don Bernardo tenga ya algunas onzas para guardar, no es difícil que pueda ser marqués si le place. Para entonces mis valimientos en la Corte pueden serle útiles.

Del Sol sonreía leve y maliciosamente. Veía venir al oidor, hombre llenos de trampas y ávido siempre de dinero.

—Los negocios no van bien, señor oidor. El barco demora ya seis meses y las mercaderías de Lima vienen muy caras. Las cosechas han sido malas y hay pocas ventas. Dos comerciantes han realizado mercaderías, perdiendo. Si así sigue, iremos a la ruina.

El oidor movió la cabeza con incredulidad.

—Ni las mujeres ni los comerciantes dicen nunca la verdad, mi señor, o a lo menos no dicen toda la verdad. Vamos a ver, ¿a que tiene Su Merced en un rincón del armario o debajo de la cama un cofrecito con ochocientos pesos en oro que pueden colocarse a interés en un hombre de bien, que además ofrece una vajilla de plata en prenda?

—Ni ochocientos ni quinientos, créalo Su Merced.

—La vajilla vale más de mil...

—No lo dudo.

—El interés lo fijará el prestamista.

—Negocio para don Alonso Goygorrotea.

—Lo he visto salir. Llevaba un cesto bajo la capa.

—Debajo de una mala capa puede haber... un rico hacendado.

—Avaro como un demonio.

—Pero que no deja escapar las ocasiones.

—Además, hay un Cristo de plata cincelada de valor de cuatrocientos pesos.

—¿Y la escopeta?

—Sí; la escopeta de Huntunday, que no tiene otra igual en América.

Don Bernardo sacaba sus cuentas; pero indudablemente o no tenía el dinero o dudaba del oidor, porque, después de mucho pensarlo, dijo:

—Realmente, no está a mi alcance un préstamo de esta consideración.

Un hombre penetró en la tienda con una imagen de la Virgen, colocada en marco dorado, un hombre de aire humilde y temeroso. Encontróse con la mirada del oidor y se dio vuelta rápidamente para decir a don Bernardo:

—Nuestra Señora de Copacabana no tiene todavía su altar. Es la protectora del comercio y cuenta al señor Del Sol entre sus mejores devotos.

Tomó el comerciante una moneda, se santiguó con ella y la metió en la alcancía. El mendicante salió sin dar la vista a De la Fuente.

—Anoche perdió Nuestra Señora más de treinta pesos —dijo éste sonriendo, cuando el hombre hubo desaparecido.

—¿Cómo dice Su Merced? —exclamó Del Sol.

—Pues lo que Su Merced oye. Se jugaba en casa del boticario Cardenillo. Y Juan Benítez, el tesorero de Nuestra Señora, que juega a medias con ella, manera de tranquilizar su conciencia cuando lo desvalijan, perdió lo que llevaba. Por eso ha salido hoy en gira...

—¡Qué tiempos, señor oidor! ¡Qué desacatos se ven!

—¿Y qué desacato mayor quiere usted que ver a un oidor, a un noble que al fin y al cabo es adorno de esta villa y amparo de las gentes honradas, andar de casa en casa en busca de unos pocos cuartos?

No encontraba Del Sol que fueran tan pocos los cuartos pedidos, tanto más si se sumaban a otros que adeudaba ya el petimetre.

—Si Su Merced quiere, le hablaré a don Alonso.

—Cuento con Su Merced, don Bernardo. No tendría sino escribir a Madrid y recibir de mis parientes tres veces esto; pero es tan largo el camino. Diga Su Merced al señor don Alonso que soy buena paga. La vajilla, el Cristo...

—La escopeta.

—No habría necesidad. Tengo tantas otras cosas, el reloj de repetición y una cadena obsequiada por Su Majestad a mi padre.

—Cuenta con su servidor.

—Quede Su Merced con Dios.

Y el oidor salió erguido. Tropezó en la esquina con Juan Benítez, que le dirigió una mirada suplicante.

—No cuente a nadie Su Merced. Nuestra Señora ha pedido la revancha y esta noche se repone.

—¡Sinvergüenza! —murmuró con desprecio De la Fuente. Y siguió contoneándose, admirado de todos, hasta perderse de vista.

La casa de Goygorrotea no tenía, como casi todas las de la ciudad, ventana alguna a la calle. El portón no giraba sobre sus goznes enmohecidos sino una vez al año, cuando a vuelta de vacaciones llegaban los arrieros con bultos y cosechas. El servicio se hacía por una portezuela que daba a la calle atravesada, y por ella misma penetraba su propietario. La construcción tenía el aspecto sórdido de su dueño, descascarados el barro y la cal de la fachada, rotas las tejas, sucia la rasgada madera de la puerta, rotas las piedras de sus ángulos; abejas o avispas habían hecho sus nidos o pequeñas rucas de fango en la muralla; el musgo brotaba en la cornisa húmeda y derruida; todo revelaba en fin la avaricia del viejo desgredado y sucio que acumulaba secretamente las onzas en un rincón de su alcoba.

Como al lado del tronco torcido y ahuecado que los años han reducido a golpes de invisible hacha, crece sobre tallo delicado y gentil la flor brillante y perfumada del campo, Paz habitaba ese retiro con la resignación de la más pobre y desventurada huérfana. De su madre conservaba una vaga imagen. Guardaba de ella una basquiña de seda, una gran peineta, un abanico, unas caravanas de oro, una pequeña virgen quiteña y cierto lejano, dormido, inconsciente eco de la voz dulce con que cantaba en el campo las canciones de su tierra vasca. Sombra venerada de belleza y de dulzura, cruzaba

con un dedo sobre los labios en el fondo de su memoria. ¿Por qué pedía silencio? ¿Sobre qué?

Paz no sabía cantar. Cuando desde el corredor del rancho de la hacienda veía pasar los animales arriados en medio de una densa nube de polvo, ignoraba que eran de su padre. Habituada a sus quejas y lamentos de miseria, se creía pobre como los inquilinos indios de Marga-Marga. Con un vestido daba vuelta el año y no envidiaba a las señoritas de Santiago que ostentaban faldas de brocado y encajes de Holanda. En la ciudad, encerrada en el fondo de la casa, confiada a una dueña, la Pascuala, que había venido de Lima y solicitado de don Alonso el puesto de criada de razón, por la comida y la promesa de un legado en el testamento, iba con ella a misa a muy temprana hora y ya no veía más la calle, salvo en procesiones, monjíos o solemnes fiestas de algún Santo.

Por la noche, don Bernardo del Sol llegaba indefectiblemente a jugar la eterna partida de malilla. Allí encontraba casi siempre a fray Dámaso, de San Francisco, el director espiritual, podría decirse, de Goygorrotea. También iba don José Larraín, el maestro mayor de sastrería, y don Santiago Ipinza, de carpintería, ambos viejos amigos de don Alonso, y contertulios desde el tiempo de la finada doña María de Gracia.

Desde hacía algún tiempo, el comerciante impulsaba a su sobrino Ramiro a acercarse a Paz. La niña había notado en la Soledad, una mañana muy de alba, la silueta espigada del galante. La Pascuala había regresado murmurando entre dientes que ese mozo era un perdido y que rondaba a la niña por interés.

—¿Por interés de qué? —había preguntado ésta—. Tan pobre como soy, tan sola, tan ignorante, no se puede creer sino que ese joven caballero está equivocado.

Una noche, sin embargo, don Ramiro llegó acompañando a su tío. El viejo avaro había sido avisado, como era natural, y respondió como siempre:

—Si yo falto, Paz no tendrá con qué comer. Que no se engañe nadie. Si en un convento la reciben, allí llegará desnuda como nació.

El día del encuentro de nuestros personajes, el comerciante resolvió acompañarse del sobrino para que animara la tertulia y poder hablar con comodidad a don Alonso del negocio propuesto por el oi-

dor. Del Sol quería estar bien con De la Fuente, y juzgaba además que las prendas, tasadas con moderación, quedarían fatalmente en poder del prestamista, y bien valía la pena comprar una vajilla, un Cristo y la escopeta maravillosa en el dinero pedido. Goygorrotea escuchó la historia con un permanente movimiento negativo de cabeza.

—No, no, no. ¿Quién tiene dinero ahora? Yo lo necesito y si Su Merced puede prestármelo, le ofrezco tierras y no vajillas. No hay dinero en Chile, falta aún en España, donde no se ve el oro sino en pocas ocasiones.

Estas negativas eran acostumbradas. Del Sol le aconsejó que se viera al día siguiente con el oidor y don Alonso guardó silencio.

Más tarde, en medio de la malilla, preguntó de pronto:

—¿En cuánto dice que tasaron esa vajilla?

—En más de mil pesos.

—Difícil parece, señor don Bernardo.

Se sabía que Goygorrotea tenía mucho dinero prestado sobre facturas de comercio, cosechas y propiedades. Pero guardaba gran silencio sobre estas operaciones, que se conocían solamente por confidencias de los deudores mismos. Al caer la noche, salía por las calles a recordarles las fechas de los vencimientos, y les golpeaba la puerta y amenazaba a media voz y se quejaba de pobrezas y miserias.

Don Alonso interrumpía su juego a menudo para proponer a Fray Dámaso delicados casos de conciencia, cuya resolución quería saber. Siempre terminaba preguntando si la salvación del alma corría riesgo en tal o cual contingencia. El ejemplo se planteaba en una forma ya sacramental:

—Conocí un comerciante de Lima que hizo tal o tal cosa. ¿Está obligado a restituir? Y si el dueño del dinero ha muerto y no tiene herederos, bastará entregar los caudales a los pobres? Y si no los entrega ¿puede salvarse?

El religioso sorbía una narigada de rapé, estornudaba contra el muro más vecino y se envolvía en intrincada explicación casuística. Cuando tardaba en venir la respuesta categórica, el avaro interrumpía bruscamente:

—¿Qué dicen los santos padres, qué dicen los santos padres?

Muy de mañana fue al día siguiente Goygorrotea a casa del oidor, a quien hizo larga y humilde visita. Suponía De la Fuente que

el viejo le era enviado por don Bernardo; pero esperaba que él hablara para conocer sus intenciones. Como nada saliera de los labios del usurero sino las habituales quejas sobre la miseria del agricultor, la pobreza de las tierras y la falta de dinero, resolvió por fin abordar el negocio.

—Nada sería más satisfactorio para el humilde hijo de un comerciante que murió arruinado y a quien Dios tenga en su santa gloria, que servir a tan encumbrado señor y a hombre de tanto valimiento. Pero...

Las miradas de don Alonso eran torvas y oblicuas, iban y venían; pero en sus continuos viajes se habían detenido en el Cristo de plata que estaba sobre una mesa arrimada contra el muro. Contrastaba la fina ejecución, evidentemente obra de artífice español, con los burdos candeleros del mismo metal, forjados en el país.

—¿Pero? decía su Merced —baluceó el oidor.

—Pero, sería necesario vender animales, desprenderse de objetos valiosos, perder las utilidades tan precarias del hombre de campo.

—Su Merced sabrá si vende o no —replicó De la Fuente, fatigado de los circunloquios—, pero el hecho es que necesito esta tarde el dinero. Doy en prenda a elegir, o mi vajilla o una cadena de oro, que Su Majestad colgó personalmente a mi cuello. Allí está sobre la mesa.

Una mirada fugaz salió de los ojos marchitos del viejo hacia la mesa, rozó el objeto que yacía sobre un pedazo de brocado azul con hilos de plata y fue a rodear el Cristo erguido contra la muralla blanqueada a la cal. Guardó silencio y juntó los párpados para dormir.

Afuera resonó el grito del aguador. Cruzó el patio una mujer descalza para abrir la puerta. Los goznes giraron. Don Alonso, como volviendo de muy lejos, dijo con voz casi desfallecida:

—Su Merced ha dicho la vajilla o la cadena. Yo no dudo de que Su Merced no necesita dar prenda alguna. Jamás habrá necesitado hacerlo. Pero los tiempos son tan miserables y apenas tenemos para comer. Don Bernardo del Sol había dicho la vajilla y otro objeto de valor, como cierto Cristo...

—He aquí la cadena —dijo el oidor.

Extendió una larga cadena formada de eslabones largos y finos. Goygorrotea la cogió con ambas manos, la pesó varias veces, juntando los ojos.

—Tiene un gran valor de afección —dijo con un suspiro.

—¿Y el oro?

—El oro no iguala ni una mínima parte del mérito que le da el que S. M. la haya tocado con sus reales manos. Veamos la vajilla.

De la Fuente sonrió, comprendiendo que su historia del Rey no valía nada como objeto comerciable. Avanzó hasta una puerta e indicó a Goygorrotea que debía pasar. La sala vecina era oscura, el techo muy bajo. Un armario tallado a cuchillo con la impericia del obrero del país se alzaba en un extremo. Sobre la mesa había algunos objetos de mayólica y una fuente de barro. El oidor abrió el armario y mostró una serie de platos grandes y unas fuentes groseramente labradas, que relucían con el brillo del metal pulido por el uso. Goygorrotea tomó objeto por objeto y lo suspendió repetidas veces.

—¿Hay una escopeta?

—Hay muchas cosas, señor don Alonso, lo que falta es dinero. Venga usted tras de mí. No tengo secretos.

El dormitorio del oidor era el lujo de la vieja mansión. Dormitorio de celibatario impenitente y de petimetre, se respiraba en él cierto aroma penetrante de almizcle. Los muebles de caoba con incrustaciones de concha de perla, relucían con esmerado aseo, no aplicado en Chile al mobiliario doméstico. Algunos frascos y un espejo de origen veneciano, que habrían hecho perder la cabeza a la más rica santiaguina, se ostentaban sobre la cómoda. Sobre la mesa de noche, al lado del lecho, un marco de plata dorada con algunas perlas, encerraba un retrato de mujer. El oidor se sintió en su santuario, midió su altura frente a la ruin y repugnante vestimenta del avaro y fue más altivo.

—Su Merced cree que todo el valor estriba en el metal, oro o plata, ¿no es verdad? Bien, Su Merced, que no ha salido de esta tierra de indios, de guerra y de hambre, no sabe que ese espejo vale más que una hacienda. Dentro de este cajón, vea Su Merced estas cuatro docenas de camisas de hilo de Holanda. Valen tanto como la vajilla.

—¡Cuatro docenas! —exclamó el viejo, apoyándose para no caer.
—¿Y las usa todas, Su Merced?

—Todas, todas. Para eso han sido encargadas. Y aquí está la famosa escopeta. Pues bien, escoja Su Merced lo que desee. Prefiero quedarme con la vajilla, porque su uso es más necesario.

El viejo juntó los ojos. Miró el espejo y sonrió con incredulidad.

—Solamente tomando la vajilla, el Cristo y la escopeta, podría resignarme a realizar algunos objetos y traer el dinero. Don Bernardo del Sol serviría para depositar en su poder estas prendas, que no dudo han de volver en poco tiempo a poder de Su Merced.

—Pongo una condición sólo. Los ochocientos pesos deberán serme entregados hoy mismo y sin descuento. Estoy dispuesto a firmar los papeles cuando lo indique Su Merced.

Aceptada de una parte y otra la redacción del documento, Goygorrotea salió, según él dijo, a buscar manera de reunir el dinero. Marchaba corrido, como cuando volvía de la recoba, seguido por las injurias de los granujas y los ladridos de los perros.



La tertulia de don Alonso se incrementó por esos días, pues el oidor De la Fuente se dignó frecuentarla, atraído también por la belleza de Paz. Pero, aunque el viejo avaro y la Pascuala trataran de impedirlo, don Ramiro, con la juventud impulsiva de sus veintidós años, despertaba en la niña el más profundo interés. Por primera vez en su vida echó de menos las galas y adornos femeninos. Encontró en el guardarropa heredado de su madre, sedas y encajes, algunos hilos de pequeñas perlas, galones y broches que bajo las hábiles manos de la dueña tomaron formas seductoras.

El oidor iba del grave círculo donde se hablaba de la salvación del alma, al centro que formaba la niña con la irradiación de su inconsciente belleza; observaba allá las cavilosas preguntas del avaro que despertaban curiosidad de conocer los secretos de su existencia; buscaba acá en los rasgos fisonómicos de la niña qué cosa podía haber de común entre seres tan diversos. Paz era no el candor, sino la lealtad misma. Sus ojos no parecían ingenuos, ignorantes, inocentes, sino rectos, confiados y honestos. Se había formado sola una existencia para sí misma; por primera vez la compartía, por primera vez comprendía que era bella e interesaba a los demás.

El mes de diciembre se anunciaba con un sol abrasador, y las primeras frutas, dulces y abundantes. Goygorrotea había dispuesto ya la fecha de su viaje a Quillota, el consabido viaje del hacendado. Pero algunas noches antes, a la oración, don Alonso llamó a la Pas-

cuala y a su hija, dándoles un grito desde su alcoba. Cuando llegaron, el viejo estaba sentado en un sillón, muy pálido y desencajado.

—He creído morirme —dijo, respirando con dificultad—, llamen a Fray Dámaso.

—Y el doctor —exclamó la dueña.

—El médico Escobedo, murmuró don Alonso, porque es romanista, y cobra más barato que Herrera.

En efecto, a los doctores que recetaban en latín se les hacía pagar más alta patente que a los que curaban en español.

Cuando la Pascuala iba a salir, una vigorosa señal del avaro la detuvo.

—Me siento mejor. Bastará que llamen al sangrador.

La dueña salió a la calle a ver manera de enviar un recado, cuando sintió sonar tres lentas campanadas. Eran las monjas Agustinas que llamaban ellas mismas al sangrador con el toque convenido. Bastaba, pues, correr dos cuadras y esperar a la puerta del convento a don Cayetano. Hízolo así la limeña y a su paso oía preguntas en las puertas:

—¿Qué monja se sangrará hoy?

Media hora después, llegaba el sangrador, que era al mismo tiempo barbero, sacamuelas y boticario, con todos los útiles para aplicar sanguijuelas, ventosas, sajas y parches. Sangró al avaro, recetó zarzaparrilla y cobró tres reales.

Dos días después —y apenas repuesto de sus males don Alonso—, emprendieron viaje a la hacienda de Quillota: padre e hija en el birlocho y la Pascuala en carreta, junto con algunos muebles necesarios.

La hacienda era muy extensa y tal vez la más bella y fértil del reino. Los cerros, cubiertos de bosques, que descendían hasta el valle, dejaban ver las praderas de pastos naturales, verdeando en toda su extensión. El trigo se mostraba vigoroso y prometía opulenta cosecha. Los indios trabajaban dócilmente, sin gran energía, pero además sin costo alguno para el propietario, que les permitía algunos animales en sus cierros. La avaricia de éste no alcanzaba a hacerse sentir en la tierra, tan fecunda era y tan maternal para todos los que se aplicaran a servirla.

Paz contaba allí con una huerta extensa donde habían acumulado los antecesores todos los árboles criollos y españoles en desorden que hoy día no provocarían admiración de nadie. Lúcumos y chirimoyos, con perales, duraznos y almendros, peumos y bellotas, con olivos y unos venerables cipreses que se creía del tiempo de la Conquista, rosales y copihues, todo hablaba del clima privilegiado de esa región.

Las tertulias de la casa de Santiago, las conversaciones con el oidor, don Ramiro y otros admiradores, habían iluminado a la niña y despertado en ella una comprensión más cierta de las cosas.

¿Cómo podía ser pobre el dueño de esa hacienda? Una palabra escapada a la Pascuala completaba una siniestra sospecha de Paz. Hablando de don Alonso había dicho, en un momento de impaciencia, que era capaz de tragarse el dinero para guardarlo. Fue al confesionario, único sitio de consulta y de libertad para la mujer chilena del siglo XVIII, y allí se acusó de este juicio temerario. El religioso guardó silencio y luego dijo con ademán reposado:

—Nadie tiene derecho a juzgar sino Dios. Comprendo que hablo con la hija del señor Goygorrotea. Algo puede hacer con dulzura y solicitud para ablandar su corazón.

Paz no tuvo ya duda ninguna. La reconocían por el solo hecho de decir que había creído avaro a su padre. ¿Era entonces don Alonso el avaro, el único o el más grande avaro de la ciudad?

La residencia en Quillota convirtió a la niña en una mujer. Buscando la resolución del problema y de los misterios de su vida, desarrollaba su espíritu y lo ejercitaba en las primeras disciplinas del dolor.



Fue a comienzo del siglo, es decir, por el año 1704, cuando el comerciante o falte vizcaíno Goygorrotea llegó a Chile con un pequeño surtido de medallas, rosarios, botones, cadenas y alfileres. A los pocos meses contrajo matrimonio con una huérfana española que habían recogido las Clarisas, y murió quince años después de dejar en el mundo a Alonso, su hijo, sin bien alguno de fortuna, porque, como lo dice el pueblo, la codicia rompe el saco y él perdió sus eco-

nomías por incrementar la riqueza hecha. Tenía el avaro no menos de setenta años y una naturaleza trabajada y miserable.

Había heredado la ambición de dinero de su padre. Fue dependiente de un comerciante, partió después a Lima y volvió con algunos artículos de ultramar. La crisis pasajera de la plaza, lo obligó a rebajar sus precios y quedó sin crédito ni honra. Aceptado, cuando le sonreía la fortuna, por el viejo Cruz, como pretendiente de María de Gracia, fue arrojado en forma escandalosa una vez conocida su quiebra. Amargado, herido en el fondo del alma, corrió a ocultarse en un rincón de montañas. De allí pasó a Marga - Marga donde algunos mineros se empeñaban por mantener pequeñas faenas para la extracción del oro. Comenzó por servirles de arriero, más tarde de proveedor de la carne y del pan, y logró, con los ahorros guardados bajo tierra, comprar un pedazo de campo. Pero luego, el descubrimiento de otras minas en Petorca movió de allí a los trabajadores y se despobló la región. Los precios del trigo, de la harina y de los animales de matanza bajaron de tal manera, que don Alonso se encontró de nuevo frente a frente de la miseria.

Aquí comienza una historia oscura, sangrienta, tenebrosa, por nadie conocida entonces, que pudo ser reconstituida más tarde por extraños sucesos que recordaremos. Un indio de Marga - Marga, un indio viejo que no había querido irse a otros puntos con la faena, ni con la amenaza del látigo ni con la promesa de buenos salarios, vivía muy cerca del rancho de don Alonso y le araba la tierra en cambio de la comida. Era el indio del centro, dócil, caviloso, humilde, indiferente a todo. Como un animal doméstico, se aproximaba cada día más a ese español que no llevaba armas ni le robaba sus animales ni sus hijas. Habitudo a su misantropía, al caer la tarde, cuando terminaba las tareas del campo, el indio acompañaba a su patrón en silencio y se quedaba largas horas a su lado sin que cruzaran palabra alguna.

Un día, sin embargo, ese hombre rudo y primitivo comprendió que el español sufría. No es extraño que escuchara alguna queja salida de sus labios, algún grito de desaliento o de despecho.

—Estás muy solo —le dijo en cierta ocasión—, busca una española que venga a hacer tu comida.

Don Alonso comenzó entonces a hacer confianzas a su compañero de soledad. Le contó la historia de su padre y la suya. Oyó entonces asombrado de boca del indio el estupor con que el aborigen de Chile veía la fiebre del hombre blanco por el dinero.

—¡Tanta sangre por el oro! —exclamaba el indio, recordando tal vez la desaparición de su raza de toda esa fértil tierra que amarilleaba ahora con el trigo y se poblaba con el mugido de los ganados.

Cuando el empobrecimiento de la región llegó a su extremo y Goygorrotea pensó abandonar la tierra, el indio llegó una tarde con misterio y le entregó un puñado de pepas de oro unidas unas a otras a golpe de martillo y compartidas en trozos de tamaño aproximado. ¿Eran sus economías? Pero los indios no atesoraban. Don Alonso recibió el obsequio, fue a comerciarlo en Santiago y obtuvo por él más de cuatrocientos pesos. Se ingenió para comprar animales y agrandar su propiedad, dejando sólo una pequeña deuda para un año de plazo. Esta suma bastaba entonces para adquirir una hacienda de regular dimensión.

El indio, a pesar de su impasibilidad, pareció recrearse con ver en su señor más ánimos y energías. Algún tiempo después volvió con otra cantidad de oro, esta vez mayor. Entonces don Alonso sintió toda aquella imperiosa e irresistible avidez por el dinero, heredada de su padre, el desgraciado buhonero de Vizcaya. Propuso al indio un seductor arreglo a cambio de una cantidad de oro. Este guardó silencio durante muchos días y parecía resuelto a no escuchar proposición alguna.

—¡No hay! —dijo al fin, urgido por Goygorrotea—, no hay más oro.

Pero pocos días después, movido por algunos servicios de su patrón, le prometió traerle esa noche la última cantidad que pudiera encontrar.

Allí nació la idea de un crimen, de una felonía atroz. Porque la vida de Goygorrotea estaba manchada de sangre y su alma era un amasijo de remordimientos, de temores, de sordidez, de maldad. Su fortuna venía de una infamia. Del secreto de su pasado, surgía una horrible complicidad entre su oro y su corazón. Nacido de una sociedad rudimentaria, donde la fortuna era el norte y guía de todos, no tenía sentimiento más avasallador y profundo que el amor al oro.

Los santiaguinos descendían unos de esos conquistadores que enloquecieron o murieron de dolor cuando Pedro de Valdivia huyó al Perú llevándoles el oro que habían juntado grano por grano lavando la arena del río o escarbando con sus cuchillos en los clavos que las vetas florecían superficialmente al sol; otros, de buhoneros o de faltos que habían andado a pie desnudo sobre las asperezas de la miseria y del dolor; otros, de explotadores insaciables de la esclavitud del indio; otros eran comerciantes pacatos que no soñaban con otro ideal que una casa o una hacienda comprada con el producto de sus privaciones. Había algunos nobles, algunos soldados, algunos hombres de letras; pero todos ellos habían bebido esta ansia de dinero que a fines del siglo XVIII comprobaban las memorias de más de un viajero. La bella no era para el más valiente sino para el más rico. Hasta el abolengo podía comprarse con algún dinero. Ni concepto de patria, ni comodidades de vida, ni placeres, ni diversiones, ni siquiera un verdadero y profundo sentimiento religioso templaban esta inmoderada sed de fortuna.

Goygorrotea quería llegar a la ciudad de donde había sido expulsado con afrenta, en situación de comprar crédito, honra, felicidad y hasta reposo para su conciencia. Creía entonces que el oro, después de Dios, lo podía todo.

Nació la idea del crimen y fue puesta en práctica. El indio partió una tarde con su largo bastón, se alejó de todo sendero frecuentado y se dirigió hacia los cerros vecinos. Era una tarde de otoño algo gris. En los matorrales cantaban los pidenes ese preludeo crepuscular de nuestros campos. Don Alonso lo espiaba con ardiente esperanza y seguía sus huellas, corriendo unas veces, ocultándose otras. Le faltaban las fuerzas; pero su codicia era más fuerte que su cuerpo.

Más de una vez, el indio se detenía a escuchar. Entonces el español se arrojaba al suelo y aguardaba algunos minutos. Al llegar al pie de una pequeña colina, se detuvo el hombre primitivo, levantó sus brazos y comenzó a murmurar en voz alta una especie de canto plañidero; se habría podido creer que oraba. ¿Era un conjuro? ¿Eran señales a algún compañero? Pero Goygorrotea conocía la soledad salvaje de esas breñas y aguardó agazapado tras del espeso monte. La

plegaria o rito del indígena no le recordó ninguna de las que había aprendido en su infancia.

Continuó la marcha, hasta que no pudo ya verlo: comprendió que había llegado al fin de su camino, y por el ruido de algunas gruesas piedras que rodaban por la pendiente, juzgó que el indio excavaba la entrada de alguna gruta. Corrió entonces y en pocos saltos lo encontró inclinado sobre el suelo, tratando de remover una enorme piedra. El ruido y la fiebre con que trabajaba le impidieron conocer la presencia del espía. Pero, de pronto, volvió la cabeza y lanzó un grito, el más agudo, el más vibrante, el más desgarrador de los gritos humanos. El infeliz parecía víctima del terror y de la desesperación. Se tomaba la cabeza entre sus manos, llorando con un ronquido de ira y de horrible dolor. Goygorrotea no tuvo coraje para sostener la escena, se arrojó sobre el indio, lo estranguló con un esfuerzo supremo, y luego terminó la obra con su puñal.

Cuando ya comenzaba a caer la noche, el español arrastró el cuerpo hasta una pendiente que caía a pico sobre el arroyo y volvió al lugar donde debía encontrarse el tesoro. La piedra, que había sido ya removida varias veces, cedió el paso para un solo hombre. Don Alonso tuvo miedo y resolvió quedar allí como guardián del oro hasta que la luz viniera de nuevo en su auxilio. La noche negra y fría se pobló de clamores y de ruidos. Encima, abajo, en medio del monte, en el fondo de la quebrada, se repetían quejas y lamentos que los oídos del criminal se forjaban a su antojo. A veces eran rumores de pasos, luego sollozos sofocados, de tarde en tarde un toque agudo que parecía venir de las entrañas del cerro. Las aguas corrían por el estero asociándose a todo este misterioso concierto y multiplicando a veces sus ecos hasta el infinito.

La pesadilla fue eterna; los efectos en el espíritu del avaro, hasta el momento de su muerte. El alba le mostró más fácil entrada para la gruta, y una vez en el interior pudo ver dos cancos de barro, uno de los cuales estaba vacío y el otro contenía buena cantidad de oro, mejor dicho, fabulosa cantidad de oro. Cerca de éste un esqueleto revelaba luchas antiguas en ese mismo trágico sitio. Durante cinco o seis horas, Goygorrotea acarreó todo el oro que parecía más puro y fácil de transportar a otro sitio apartado, donde labró un foso. Había también polvo y piedras cuidadosamente seleccionadas;

pero las pepas unidas a golpes valían por cierto lo que muchos de esos trozos de mineral. Cuando ya las fuerzas le faltaron, cubrió con tierra el nuevo escondite, disimuló sus huellas, cerró de nuevo la entrada de la gruta y partió.

Antes de decidirse a comerciar con su hallazgo, Goygorrotea volvió a Santiago, para probar por última vez todas las amarguras y los desprecios de la miseria. Necesitaba apurarlos, extremarlos, para justificar así en su propia conciencia el crimen cometido. Y en realidad halló lo que buscaba: negativa de los comerciantes para entrar en negocios con un fallido, para hacerle préstamos de la más ínfima cantidad, desdén general de las familias que en otros tiempos lo habían acogido y en especial del viejo Cruz que le negara la mano de su hija.

Cuando don Alonso volvió a su tierra encontró allí la soledad más completa. La familia del indio había desaparecido. La miserable ruca estaba arrasada en el suelo y quemada. La desaparición del jefe había hecho huir a sus mujeres e hijos. Comenzó entonces Goygorrotea a transportar a su rancho, lenta, metódicamente, el oro apartado. Hizo una evaluación aproximada del metal y se encontró con una fortuna. Pero, como ya la ambición no tenía límites en su pecho, volvió a la gruta para hacer una nueva cosecha de la parte más valiosa del tesoro. Pero allí sus remordimientos tomaron de nuevo forma tangible: dos cadáveres putrefactos revelaban que dos indios habían sido degollados allí mismo tal vez poco después de su partida. Del tesoro no quedaba nada.

Goygorrotea trataba de excusar su crimen aleroso recordando que la conquista estaba llena de asesinatos y de traiciones. Recordaba la explotación de ese mismo oro de Marga - Marga, se fortalecía con la idea de que se trataba de un hallazgo. El indio no era su dueño ciertamente. Tal vez había sido arrebatado a los españoles y, muertos sus primeros guardianes, éstos lo habían descubierto sin apreciarlo ni tener interés alguno en comerciar con él. Pero todo era inútil, el grito del indio, ese supremo grito de angustia, resonaba en su alma. Las noches eran turbadas por su llanto desesperado, por el estertor agónico de su víctima, por una banda de tétricas apariciones.

Sin embargo, en esa primera jornada de su vida, la preocupación febril de explicar su fortuna, comerciando con el metal y cam-

biándolo en moneda, apagó durante un tiempo la voz de su conciencia. Llevó a Santiago una pequeña cantidad de su tesoro para que fuera acuñado y compró entonces una pequeña casa donde comenzó a ocultar el resto. Se supo que Goygorrotea había explotado con éxito un lavadero de oro; pero se conocían otras operaciones del mismo género y se sabía que muy pronto los resultados no compensaban los esfuerzos hechos. Ese mismo año se trasladó a Lima y después de vender allí otras partidas considerables, comenzó a mostrar su fortuna, comprando las tierras de Quillota y la casa grande de la ciudad. Muy pronto vio que le devolvían honra y consideración. Su matrimonio con María de Gracia Cruz y Ayala no sorprendió a nadie. De esa fecha databa el corto período de esplendor de Goygorrotea, el mobiliario y joyas que quedaban en su casa lo había heredado Paz porque, a poco de morir su esposa, se sucedieron una serie de quebrantos que hicieron temer a don Alonso que el dinero mal adquirido se escapa realmente cuando menos se piensa.

La avaricia fue el peor castigo de sus culpas. Si el remordimiento le quitaba la calma y el reposo de la noche, la codicia lo agitaba desde el alba hasta el silencio. Cuidaba cada moneda, como si fuera la última de su fortuna.



Paz sabía ya lo que era un avaro. Juntando todos los extremos sueltos de sus recuerdos, reconstruía el pasado; pero todavía los terrores de su padre eran para ella el más oscuro misterio. Movida por la piedad filial, por el recuerdo de la madre, buscaba la hora y la ocasión de acercársele para suplicarle se confiara en ella y creyera en la eficacia de sus consuelos. Pero Alonso no sonreía jamás; en torno suyo no batían nunca las alas esos espíritus invisibles que mueven a la unión de dos almas. Por el contrario, parecía rodeado del vacío, de un vacío donde no flotaba sino una sombra negra.

Eternos parecieron a la niña esos meses de estío. Fuera de los capataces y arrieros que al caer la tarde pedían albergue en el corralón vecino, a la sombra de los viejos sauces llorones, nadie pasaba por esa soledad. La dueña duplicaba sus devociones y Paz la acompañaba a rezar el trisagio por la mañana, alguna novena al medio-

día y el rosario a la oración. Don Alonso iba a veces hasta Valparaíso movido por sus transacciones y pasaba gran parte del día en el campo vigilando su ganado, recorriendo su hacienda de más al interior. Por esos días, unos hacendados que volvían del puerto contaron que Goygorrotea había vendido Marga - Marga. Tal vez le quedaba el recuerdo de sus cerros, de sus minas de oro, de la misteriosa gruta de donde venía la desgracia de su vida.

En efecto, don Alonso había encontrado en Valparaíso a un comerciante español que le ofreció darle cierta cantidad al contado y parte a censo por aquel fundo que el viejo no había visitado desde muchos años. Pero, atraído como todo criminal por el sitio del crimen, se trasladó por última vez antes de ajustar la estipulación de venta, a la miserable vivienda que albergó sus primeros trabajos. Renacieron allí con más fuerza sus terrores. La figura del indio dócil y amigo que le ofreciera voluntariamente una parte del oro que guardaba, estaba presente a su lado. Lo veía marchar delante, al través de los campos, con su bastón largo en una mano, deteniéndose a escuchar los ruidos o a formular conjuros contra los malos espíritus.

Una mañana volvió a recorrer el camino. ¡Cómo reconocía aún, a pesar de la invasión del monte, los senderos que había seguido esa tarde triste! Podría tal vez colocar la planta en las huellas borradas por tantos inviernos y estaba seguro de haberse detenido a escuchar en los mismos sitios en que la primera vez lo había hecho. Llegado a la gruta, le pareció que la maleza no había borrado suficientemente su ingreso. Podría decirse que la gran piedra había sido removida de nuevo. Allí don Alonso se detuvo vacilante. El corazón le latía con violencia. ¿No habría quedado algo en el fondo de la gruta? Con la precipitación de sus entradas anteriores, ¿no habría descuidado otro depósito más oculto? ¿Podía dejar al comprador lo que hasta cierto punto era su propiedad?

Volvió a retirar la piedra de su centro, y penetró por el hueco. Sus ojos tardaron en habituarse a la luz. Poco a poco surgieron los grandes cántaros y luego los dos esqueletos de los ejecutados, cuando se notó la desaparición de una parte del tesoro. Pero había algo de nuevo. En el otro extremo, es decir, a su espalda, cinco esqueletos más yacían tendidos, conservando aún restos de sus trajes y de

podredumbre. Debió ser toda una familia de indios, porque era fácil reconocer dos niños.

El viejo se acusó también de esta nueva ejecución, sintiendo la asfixia en el pecho, y salió precipitadamente al exterior. Allí quedó tendido, con una mano sobre el corazón. Había recibido en ese momento el segundo llamado de la muerte. El mismo síncope doloroso que lo había asaltado en Santiago, ahogaba su respiración anhelosa.

La estadía del pobre hombre en su hacienda, cerca de su hija, fue una continuada serie de sobresaltos. A medianoche, Paz corría a despertar a la Pascuala, para ir a la alcoba del padre y ofrecerle llorosa y suplicante sus auxilios. Pero éste se negaba a todo consuelo. Las mujeres atribuían los angustiosos gritos nocturnos del viejo a pesadillas producidas por su mal... Pero, entre tanto, nada había más horrible para el desgraciado que esas largas, eternas noches, en que los fantasmas de sus víctimas venían hasta el borde del lecho a amenazarlo. Agobiado, entristecido, reducido a extraordinaria lividez y flacura, Goygorrotea decidió volver a Santiago. Necesitaba la asistencia de fray Dámaso, sus agudas disquisiciones, en las cuales veía algún resquicio para la salvación de su alma. Necesitaba vaciar en alguien su secreto, el horrible secreto que no se había resuelto a decir ni en el confesionario. Quería devolver ese dinero a alguien, redimirse con el sacrificio de lo que más había amado sobre la tierra, con la renuncia de su riqueza; encerrar a Paz en un convento y retirarse después a un asilo para purgar sus faltas.

Muy pronto se alistó el viaje y el birlocho partió de nuevo. Era un silencio lúgubre el que reinaba entre el hombre destruido por el remordimiento y condenado a próxima muerte, y la criatura joven, sonriente, animada por la esperanza y tal vez por el amor. Los arrieros que cruzaban en sentido contrario, hacia Valparaíso, se descubrían como era su costumbre y miraban extrañados el par de ojos negros, brillantes y luminosos al lado de esas otras apagadas pupilas que se hundían bajo las cejas encanecidas. Las horas de la mañana transcurrían y el birlocho se balanceaba y saltaba sobre el pedregal del estero o las roturas del camino, en medio del polvo levantado por algún piño de animales que galopaba adelante atemorizado. Se acercaba con el calor la hora del descanso y del almuerzo. El coche-

ro azotaba el caballo sobre el cual iba cabalgando, para alcanzar a la posada o siquiera a una quebrada donde podía encontrarse agua fresca y sombra protectora.

De pronto, los ojos penetrantes de Paz descubrieron a lo lejos un jinete que estaba al medio del camino con la mano puesta sobre los ojos para ver contra el sol.

No era un peón, ni un capataz, sino un verdadero caballero campesino. Su corazón pudo más que los ojos:

—¿Ve su Merced, padre, allá a lo lejos?

—Veo un grupo de hombres a caballo. Delante, avanza uno...

—Me parece. Creería que es don Ramiro.

Se oscureció más aún don Alonso y guardó silencio, no sin murmurar para sí la eterna sentencia de muerte: "Paz quedará desnuda como nació. Que nadie se engañe. Si la reciben en un convento, allí terminará sus días". Pero la niña no oía nada. Al frente avanzaba su porvenir... Era joven, radiante, ágil, confiado. ¿Por qué entristecerse? Sin embargo, allí iba a su lado su pobre padre, enfermo y condenado a próximo fin.

La niña se sentía halagada de verse objeto de una atención tan previsora de parte de Ramiro. ¿Cómo había sabido su viaje? ¿Qué sirviente o vaquero apostado en el fundo había transmitido la hora precisa del viaje? Eso mismo preguntó severamente el viejo a su hija. Ello lo ignoraba. No creía siquiera que la asiduidad de don Ramiro hubiera durado, a pesar de su ausencia.

El cochero se había detenido, impuesto por una seña del joven. Abierta la puerta del birlocho y descubierto el galante, saludó con fórmula respetuosa y cortesana y mostró la merienda preparada en el césped a la sombra de unos árboles. Don Alonso no era capaz de resistir. La niña saltó con agilidad de pájaro, y entre ambos le ayudaron a descender.

• • •

Entretanto, el oidor De la Fuente parecía abstraído por una curiosa tarea. En el patio interior de la casa que habitaba, sentado durante horas en un escaño de palo blanco, reunía los informes y desordenadas frases de un indio descalzo que lo servía y a quien trataba

de perfeccionar en el idioma. El esclavo tenía ojos de un brillo extraordinario, verdaderos ojos de lobo; venía de los cerros, cazado a lazo por unos soldados, y había sido ofrecido por muy poco precio al elegante funcionario. Como una entretenición para los largos ocios de la canícula, el señor hacía hablar a su esclavo. La falta de preposiciones, la confusa mezcla de palabras de dos idiomas diferentes, lo hacían reír. Durante algún tiempo no comprendía nada; pero poco a poco se familiarizó con sus giros, conoció el arbitrario significado que daba a ciertas palabras y comenzó a penetrar en su espíritu.

El indio contaba que su familia trabajaba en un campo; pero que un día el cacique había querido darles muerte y todos se habían dispersado por los cerros. Nada sabía de su madre ni hermanos. ¿Cuál era el motivo del odio del cacique? Poco a poco, de la obscuridad de los recuerdos de ese ser primitivo comenzó a surgir la historia extraña de un tesoro. Había oído contar que cuando los españoles aún no llegaban a Chile, unos hombres venían desde el Perú gritando en nombre de los incas que había que pagar a los blancos el rescate de Atahualpa. Entonces fueron muchos hombres a las minas de Marga - Marga y sacaron oro y lo escondieron. Pero luego llegaron los españoles, que venían buscando en todas partes el metal amarillo, y la tribu guardó con más celo que nunca esa moneda que podía algún día servir para recobrar sus tierras y adquirir caballos y bueyes. El indio había escuchado una vez que el cacique amenazaba a toda la familia porque nadie sabía explicar la muerte del padre, ocurrida años atrás, y la pérdida de mucho oro del que estaba confiado a su guarda. Entonces todos se escaparon por la montaña.

De la Fuente unió el nombre de Marga - Marga a la fortuna de don Alonso y a su carácter. Recordó sus consultas a Fray Dámaso en las noches de malilla, y llegó a pensar que el viejo Goygorrotea no podía ser extraño a ese misterio.

Se hizo repetir mil veces la historia y fue, poco a poco, con la ayuda de sus propias ideas, despertando en el indio las más olvidadas memorias. ¿De cuándo databa la desaparición de su padre? El año de la gran lluvia, ¿don Alonso iba todavía a Marga - Marga? Cuando la epidemia del malcito, ¿conocía ya el cacique la desaparición del oro? ¿Había oído alguna vez cuánto valía el metal acumulado?

El oidor iba haciendo un largo proceso, movido no por deseo de hacer justicia —que el indio no tenía derechos y a su juicio ese tesoro pertenecía la mitad al Rey y la otra mitad al descubridor, que era el avaro—, sino por calmar la curiosidad de su espíritu, ese afán de conocer y penetrar las vidas ajenas que era la gran pasión de la Colonia.



Se acercaba la Semana Santa y bajaba ya de la cordillera, por las tardes, un cierzo penetrante que deshojaba los álamos en los huertos de la ciudad.

La puerta de la casa de don Alonso estaba abierta de par en par, y era ésta la seña de su próximo fin. Postrado en el lecho, la alcoba cerrada herméticamente, como era costumbre en esos tiempos, la atmósfera pesada, la respiración del enfermo se hacía breve y anhelosa. El olor a los cocimientos de romero y borraja se mezclaba al penetrante de la azúcar tostada para el mate de las mujeres.

Cuando don Alonso se convenció de que el sangrador no podría aliviarlo de sus dolores, acudieron al médico romancista y luego al latino, quien aplicó unos emplastos calientes, diciendo que todo era cuestión de humores malos que era necesario hacer bajar hasta los pies. Pero Goygorrotea sentía la mano del indio en la garganta; cada día apretaba un poco más . . . Llamó una tarde a su hija, y con breves palabras, sin circunloquios, le advirtió la resolución de que a su muerte se retirara al Convento de las Clarisas, a las cuales dejaría los medios necesarios. La suplicó con lágrimas en los ojos no contrariar a su padre y orar porque Dios perdonara sus culpas.

La niña lloró perdidamente. Para sofocar sus gritos de desesperación, corrió al interior del huerto y allí, arrodillada, invocó en su auxilio a sus Santos protectores, a su madre, a las demás mujeres muertas de su familia y que habían conocido el amor en su vida. Pero, luego, con esa resignación de que la Colonia da tantos ejemplos, volvió a la alcoba del enfermo y le dijo que obedecería.

Fray Dámaso corría frecuentemente al llamado de su amigo. Resolvía sus dudas y esperaba esa confesión que aún no se resolvían a formular esos labios, guardadores tenaces del secreto de sus remordimientos.

Pero pronto el enfermo se agravó. La mano del indio apretaba, apretaba sin cesar. A pesar de la soledad en que ese caserón viejo y arruinado había vivido tantos años, comenzaba a poblarse de vecinos y vecinas a quienes la muerte atraía como el más punzante espectáculo para sacudir sus naturalezas indolentes. Sirvientas, viejas señoras, monaguillos y gente de iglesia, algunos deudores del prestamista, franciscanos del convento de Fray Dámaso, pasaban en puntillas por los corredores, se introducían en las habitaciones, cuchicheaban hablando de la finada doña María de Gracia, del moribundo, de la niña, del pretendiente, de la fortuna, del testamento.

Esta palabra iba repitiéndose más a menudo a medida que la agonía se aproximaba. De las Monjas Clarisas mandaron una gran vela de bien morir cuya entrada sacudió a don Alonso con espasmos de terror.

—¿Tan pronto? —preguntó al religioso.

—Se acerca la hora —dijo éste.

—Quiero confesarme.

Expulsados todos, Goygorrotea permaneció mucho tiempo hablando con el confesor, interrumpiendo con sollozos y ronquidos de espanto la historia del tesoro. Cuando Fray Dámaso salió, se le acercaron todos:

—Es un Santo —dijo.

El oidor De la Fuente penetró al patio. Iba vestido de negro con la impecable elegancia de que era único poseedor en la ciudad. Solicitó ser admitido a solas en la alcoba del moribundo y tuvo también una corta conferencia a solas, de la cual salió grave y reservado.

Vueltos a la habitación, la Pascuala sostenía la cabeza del viejo y Fray Dámaso leía.

—El testamento, don Alonso —murmuró Del Sol que venía a despedir a su amigo.

El avaro daba vuelta sus ojos en las órbitas. Le parecía que disponer del dinero era entregarlo y renunciar a su goce. Lo amaba porque le costaba sangre y dolores; lo amaba porque le quitaba la vida. Pero la mano del indio apretó aún más su garganta ya seca.

—¡Que venga el escribano, de prisa! —rugió de pronto.

No tardó en entrar éste con la gran pluma de ganso en una mano y los cuadernos de papel en la otra.

Y comenzó entonces un dictado trágico en que la lengua se detenía luchando por no disponer del dinero; pero un impulso de miedo lo agitaba para comprar con él el perdón de su falta. Era un mercado, un regateo. "Dejo tanto para que se me digan trescientas misas en La Merced... Si no basta, que se separe la cantidad necesaria. Que se me recen quinientas más en San Francisco, a cuyo convento lego la suma de diez mil pesos. Dejo tanto para la Iglesia de San Lázaro y tanto para la Soledad y tanto para que se haga una capilla en las casas de Marga - Marga, cerca de la mina de oro. El día de mi entierro se dirá una misa cantada por mi alma en cada iglesia de Santiago, cuyo precio pagaré mi albacea. Dejo el resto de mi fortuna a las ánimas benditas del Purgatorio, para que se le invierta en otras misas para sacar cada día del año tantas almas como sea posible. El albacea repartirá en las iglesias las sumas como lo crea conveniente."

El indio apretaba, apretaba. La Pascuala le habló al oído, y le preguntó con acritud:

—¿Y mi legado?

—Dejo un mil pesos a la mujer que ha cuidado a mi hija.

La limeña soltó brutalmente la cabeza del moribundo.

—Eran cuatro mil los convenidos. ¡Me han engañado!

Don Bernardo preguntó entonces:

—¿Y la hija?

—"Dejo mi hacienda de Quillota a las monjas Clarisas para que la reciban en su convento".

En ese instante don Alonso se llevó violentamente las manos a la garganta, como para quitar las que querían entrangularlo. Y murió.

Una gran procesión de franciscanos, teatinos y mercedarios, delante de los cuales iba el *bayo*, cubierto de un paño negro, como costumbre en los grandes funerales, vino cantando un lúgubre y desafinado coro, a retirar el ataúd.

En la soledad de la casa quedó Paz, acompañada de un vecino caritativo. Era pobre, estaba condenada a morir en un convento y la abandonaba el mundo.

Quince días después el albacea comenzó a ejecutar las voluntades del difunto, y, al caer la tarde, llevó en una calesa al convento de las Claras a la niña cubierta de manto negro.

En el claustro, cuyas campanas tañían para anunciar la muerte de la joven para el mundo, las religiosas aguardaban a la nueva hermana. La calesa se detuvo a la puerta, y el pueblo se acercó curioso, impertinente.

Pero, antes de que Paz hubiera llegado al umbral, un grupo de embozados se interpuso. Don Bernardo fue arrojado al suelo; y la niña, tomada en brazos por uno de ellos, se sintió levantada del suelo y llevada en vertiginosa carrera.

Durante toda la noche, la ciudad comentó sin dormir el extraño suceso. Un pretendiente tomaba a su novia pobre y sin recurso alguno, cuando la había creído la más poderosa heredera. Los ánimos se dividían al juzgar tan romántico acontecimiento, en una sociedad donde el dinero valía tanto más que el amor.

El oidor pasó unos días antes del vencimiento de su deuda a presentar al albacea su documento solemnemente cancelado por don Alonso, antes de morir, y retiró sus objetos dados en prenda. Al mismo tiempo anunció a don Bernardo que había iniciado un proceso en defensa de los derechos de la señora Paz Goygorrotea, injustamente desposeída de sus bienes, y que antes de poco vendría un fallo de la Real Audiencia que haría de los recién casados los más ricos y ostentosos vecinos del Reino.

Naturalmente, había resuelto guardar el secreto de la revelación de su esclavo hasta que los años permitieran apreciar el misterioso hallazgo del tesoro de Marga - Marga como un simple hecho histórico.

LA COMPAÑIA

Cada año, cuando el 8 de diciembre termina en los hogares chilenos el mes de María y se retiran del improvisado altar los nardos marchitos, surge como evocado por la magia de la última ple-garia y por el aroma de los cirios recién apagados, el recuerdo de aquella tragedia de que fueron testigos presenciales nuestros padres, y lacrimosas oyentes, nuestras madres.

De esta manera, cuando con los ojos húmedos por la tierna emoción, se arrodillan los niños y niñas frente a los altares que hoy resplandecen llenos de flores, gasas y cirios encendidos, clavan la pupila en el fondo oscuro del templo con esa vaguedad de embeleso y esa inconsciencia indefinida del recuerdo lejano que se agolpa a la memoria. En un día como hoy —dice ese recuerdo pálido y borroso— ardió la Compañía¹, envolviendo en llamas voraces y desapiadadas a la madre, a la hermana, a la tía, a la abuela anciana que no se resignó a quedarse esa noche en la casa sin ver la célica figura de María en un fondo de gasa azul tachonado de estrellas y sobre un pedestal de rosas recién abiertas.

¿Quién no ha oído contar cien veces aquella noche aciaga en que Santiago se iluminó siniestramente con la hoguera humana que consumió dos mil cadáveres? ¿Quién no ha oído temblar la voz y ahogarsele en la garganta al narrador al describir las sangrientas escenas que se multiplicaban debajo de cada arco desplomado? ¿Quién no sabe de memoria las coincidencias que hicieron salir esa noche de su casa a buscar la muerte, a quienes jamás salían; y quedarse

¹ El incendio del templo de la Compañía de Jesús, ocurrido el 8

de diciembre de 1863, como ya se ha dicho.— N. del R.

tranquilos esperando la vuelta de los demás, a quien habían ido noche a noche al templo?

Años atrás, cuando se hablaba del incendio de la Compañía y se hacía círculo alrededor del que había sido testigo activo de aquella inolvidable y colosal tragedia, hasta las paredes parecían interesarse en ese recuerdo común . . . Estaban allí las silletas de asiento de totora con racimos de guindas pintados en las tablas del respaldo, los mates en leche que circulaban de mano en mano y de los que parecían salir ecos de antaño; y a la orilla de la puerta, la china, esperando en cuclillas que sonara la última chupada de la bombilla para sacar el mate y cebar el otro, entreteniendo el tiempo en poner terrones de azúcar sobre las brasas y suspirar, pensando en la señora que no volvió esa noche de la iglesia. Pero hoy . . . los jarrones chinos puestos en el rincón de la sala deben encogerse de hombros sin entender una letra del cuento, los broncees fundidos en París se aburrirán sobre la chimenea de mármol sintiendo la nostalgia del boulevard, y las doradas tacitas de té que se beben de un sorbo sobre los platillos cuadrados, no ayudarán a sugerir nada de esa fatídica reminiscencia de antaño.

Sí; ya se acabó la decoración para el tema del incendio de la Compañía; pues ni siquiera queda en el hueco de las ventanas la clásica matita de congona, desterrada en toda la línea por la begonia de hojas aterciopeladas o de tisú de plata.

Por eso nuestro cuento de hoy no es fresco, sino de aquellos tiempos en que nos intrigaba horriblemente la definición de verbo de la gramática de Bello, figurándonos que era menester ser ministro de Estado o cosa así para entenderla y aprenderla.

Teníamos una amiga que nos llevaba algunos años, lo que alejaba todo interés matrimonial de nuestra amistad; ella tenía ochenta años cumpliditos y nosotros ocho sin cumplir. Sin embargo, congeniábamos de tal manera con la viejecita, que nos ocupaba muy a menudo en la lectura de un librote de meditaciones, llamado *Verdades eternas*, lectura que salía con un sonsonete verdaderamente insoponible, pero que a ella le atraía al recogimiento y a la piedad. Por cierto que no olvidaremos nunca uno de los capítulos que más veces me vi obligado a repetir. Era una dama de honor de una reina, muy entregada a la piedad, que una vez tuvo la gran fortuna de ver su

alma en la forma de una joven muy hermosa, pero con un sinnúmero de pecas y manchas en el rostro. Alarmada la dama, fue a consultar a un religioso, quien le dijo que no temiera, porque las manchas representaban los pecados veniales. Nuestra amiga gustaba de este capítulo con la misma fruición con que un wagneriano oye una parte de Lohengrin o Tannhäuser.

Pues bien, para ser absolutamente sinceros debemos confesar que lo que más nos atraía a su casa, no eran por cierto las verdades eternas, que como verdades solían ser amargas, sino un delicioso dulce de guindas guardado en tarros de loza vidriada, en la alacena del comedor, o una fragante mistela de apio conservada en botellas de cristal en una mistelera muy *sui generis*. Si por entonces no nos hubiéramos creído una persona formal, con seguridad nos habría llamado también poderosamente la atención un reloj de los llamados de cuco, que en vez de campana marcaba con un cú cú algo lastimero cada hora.

El mobiliario de la sala en que tenían lugar las lecturas y meditaciones y también donde engullíamos las guindas en almíbar o la olorosa mistela de apio, era escaso pero propio.

Sobre una cómoda con cubierta de mármol, un fanal cubría un niño Jesús de cera, no respetado ni en gracia de su linda cara de manzanita madura, de las huellas de las moscas dejadas en alguna temporada en que permaneció descubierto; encima de la mesa, una gruta de Lourdes de cartón piedra con todos sus menores detalles, y al lado la botella de agua con su vaso sumido sobre el gollete; varias sillas con tapiz verde, algo desteñido por el sol y el roce de las ropas; una chimenea sobre la cual descansaba el reloj de cuco al centro, la mistelera a un lado y la caja con los ateojos al otro; he ahí el conjunto de esa salita a la que muchas veces nos hemos sentido transportados con la fantasía, huyendo de la sala de redacción atestada de folletos, periódicos, grabados y papeles.

Allí se nos contó por primera vez lo que fue el incendio de la Compañía, y por cierto que no olvidamos un detalle.

Esa noche nos costó mucho juntar los párpados y dormir, porque nuestra amiga se había encontrado en el incendio y lo contaba todo con un colorido que ponía los pelos de punta.

—¿Sabes por qué siento yo estos dolores reumáticos? —nos preguntó un día.

Nos guardamos muy bien de responder que por la edad.

—Bueno, yo te lo voy a contar.

“Terminaba el mes de María, y se había anunciado que la última noche la iglesia iba a arder en luces.

¡Quién hubiera pensado que iba a arder en llamas!

Yo estaba sola, porque se había ido todo el mundo a la Compañía, y me había puesto a cebar mi mate.

De repente siento el repique con que entraba la función y me entraron unas ganas de ir yo también...

¡Cómo estaría de linda la Virgen con su medialuna de luces, las flores blancas y los miles de velas a los lados! No pude más; me puse el manto, tomé mi alfombra y salí a escape.

Cuando entré, la iglesia era un horno. Hacía un calor insopportable y las mujeres se abanicaban con el manto... En el fondo estaba el altar; pero, ¡qué altar, niño!

Era aquello un pedazo de cielo, un sueño, una gloria. Millones de luces se movían con el viento sobre un enorme jardín de flores blancas, rosas, azucenas, claveles, nardos. La Virgen estaba en el medio y parecía volar por sobre ese horno de llamaradas. Yo me hincé y me puse a rezar una oración, encomendándole a la Señora a mis hijos, a mi marido, a mis hermanas.

De repente un grito de mujer, pero un grito horrible me hizo saltar.

Apenas pude ver el altar de donde salían unas llamas muy largas, pero muy largas, que casi llegaban al techo. No pude mirar más porque la gente se había parado y corría; yo también me paré, pero se vinieron sobre mí y rodé con otras por el suelo.

—¡Cuidado con mi vestido! —gritaba yo, acordándome que estaba con mi basquiña de cachemira. Pero ahí nadie oía, era un clamoreo, una gritería de demonios.

Yo tenía encima de mí diez o veinte mujeres; pero así y todo alcanzaba a ver el resplandor de las llamas.

De repente pude desprenderme y correr hasta un extremo, creyendo encontrar salida. Muchas rezaban a gritos, otras en vez de correr se echaban al suelo llorando, otras se llamaban por sus nombres...

¡Dios mío, qué horror!

Yo llegué en el momento en que la torre se incendiaba y comenzaban a caer vigas ardiendo; tuve miedo y me aparté de ese lado, cuando se sintió una campanada, una sola campanada, y después un ruido terrible, seco, de fierro que se quebraba. Era la campana de la Compañía que había caído a la iglesia, aplastando a mucha gente...

Mientras más quería huir, más me empujaban hasta ese lado, y tuve que ver las piernas cortadas al lado de la campana...

Después del incendio, cuando la levantaron, encontraron dos señoras que habían quedado dentro destrozadas, con los ojos enormes y abiertos, casi vaciados de las cuencas...

En ese momento sentí que una voz me dijo de atrás: "¡Misiá Tránsito!". Yo miré y vi una señora muy linda con la cara iluminada y sonriente, con un vestido largo de seda azul, que llevaba de la mano un niño.

Comprendí que era la Virgen, y le dije: "Aquí estoy, pues, señora, por venir a verte en tu día".

Ella entonces se acercó, y me tomó de un brazo y comenzó a sacarme.

En la salida dejé la alfombra, el manto, parte del vestido, una manga, los dos zapatos, y así hecha pedazos me encontré de repente en la calle por donde corrí como una loca.

Dos días me pasé rezando. Una de mis hermanas había quedado en los escombros y no pudo saberse de ella. Cuando logré calmar mi terror pude conciliar el sueño y dormir.

Una noche se me apareció la misma señora que había visto en la Compañía y a la cual había yo olvidado; pero ya no llevaba el niño, y su vestido era negro.

En la mañana amanecí con un dolor en la pierna, que me dura hasta el día de hoy".

Aquella noche no pudimos dormir pensando en esa campana enrojecida por el fuego, que tocó por última vez un fúnebre doble a la agonía de tanta gente, y en los ojos redondos, enormes, medio vaciados de las cuencas, de las infelices mujeres que quedaron bajo ella.

Y no habríamos dormido en toda la noche, si no hubiera sido que mientras la señora Tránsito contaba su historia, nosotros menudeábamos las copitas de mistela de apio...

Luego nos cargó el sueño y con ese supino egoísmo del que está entre las sábanas, nos dijimos para nosotros mismos:

—¿Y será cierto todo eso?

Hoy no nos atreveríamos a contar de nuevo aquellas impresiones, porque bastaría la campana de los tranvías eléctricos, para espantarlas como sombras fugitivas de otros tiempos.

Ya no hablamos con aquella amiga; primero, porque se murió, y después porque había roto desde antes nuestras relaciones por haber sabido que la habíamos llamado señora mayor.

¡Si la pobre se hubiera visto el alma como aquella dama de honor de aquel capítulo, se habría notado en la cara ese pequeño lunar de pretender ser joven a los ochenta años!

El Mercurio,

8 de diciembre de 1900.

EL EXCOMULGADO

Salían de la plaza las comadres, parleras como siempre. Brillaba el sol de septiembre sobre los techos pardos y verdeantes de toda la ciudad, sobre los árboles que asomaban por los muros, sobre los campanarios que convidaban a misa. De los portones se escapaba el aroma penetrante del azúcar quemado en el brasero, de las tostadas con mantequilla puestas al rescoldo, del desayuno, preparado de prisa por las criadas, en espera de las amas que volvían de misa de alba y de la comunión.

Y mientras salían las devotas vecinas comentando chismes y noticias, don Pascual, el sacristán mayor, terminada la misa matinal, atravesaba el patiecito, y mientras todavía mascullaba con sus mandíbulas desdentadas las últimas frases de la acción de gracias, tiraba la cuerda del pozo y sacaba el balde lleno de agua helada para echar un sorbo vivificante antes de desocupar el gran tazón de chocolate. Todas las mañanas hacía lo mismo. Se levantaba del reclinatorio de la sacristía en el mismo punto de sus plegarias, daba el mismo número de pasos y lanzaba el sonoro amén final precisamente en el momento de llevarse el balde a los labios. El ruido de la cadena en el pretil, era suficiente aviso para la mulata Leocadia que aceleraba las vueltas del molinillo entre las palmas de las manos y lanzaba desde mucha altura la chocolatera de loza vidriada sobre la gigantesca taza que afeccionaba don Pascual. Se habían hecho ya tan exactos los movimientos que, junto con penetrar el sacristán a la estancia, aparecía por la puerta del fondo la mulata llevando a dos manos el voluminoso recipiente y colocándolo al lado de la montaña de tostadas que exhalaban aún su olor grasoso. Al mismo tiempo el gato, un gran

gato romano, avanzaba hasta echarse sobre sus patas en el umbral, en la faja de sol que penetraba a torrentes.

—¿Cómo ha amanecido, su merced? —preguntaba la mulata.

Don Pascual, con la nariz colocada sobre el vaho aromático del clavo de olor y del limón, para no perder de su habitual desayuno ni el aroma, gruñía algo sobre las malas noches. Siempre eran malas, según lo decía el buen viejo; pero sus ronquidos rítmicos y vigorosos no cesaban en toda la noche, y por esto Leocadia no se inquietaba.

—Mucha espuma, mucha espuma. Las monjas lo dejaban siempre en su punto. Pero aquí, ya lo ves, puedo llegar a la mitad de la taza y no encontrar sino viento. . .

La mulata callaba. Era el condimento natural del chocolate del sacristán mayor, echar de menos a las monjas Clarisas, de las cuales había sido capellán. Bien sabía la fiel y paciente mulata que si disminuía la espuma, diría: "¡poca espuma, poca espumal!" Pero don Pascual iba sumiendo en el hirviente líquido una tostada tras otra, y en el momento mismo en que corría riesgo de separarse el trozo más mojado y caer al fondo del tazón, lo levantaba con rapidez y abría una gran boca desguarnecida de dientes para darle cabida. La mulata callaba, el gato se extendía cuan largo era; en el borde del pozo jugueteaban algunos pájaros y el pesado aleteo de las palomas que anidaban en la torre se dejaba sentir a cada rato, turbando aquella calma y proyectando en el patio una sombra pasajera.

—¡Demonios, mil demonios! —exclamó de pronto el sacristán, como si hubiera tragado una brasa de fuego—. ¿Por dónde se ha entrado esa víbora de la Dorotea? Y miraba hacia el patio donde avanzaba en puntillas una viejecita envuelta en grueso pañuelo de lana negro.

—¿Cómo ha amanecido, mi señor don Pascual? —decía ya desde lejos.

El sacristán mayor tenía aversión a las chismosas, a la beata deslenguada y ociosa y especialmente a la Dorotea, que se imponía por el terror en toda la ciudad. Nadie se atrevía a negarle entrada en lo más recóndito de su casa, por miedo de venganza de lengua tan envenenada e incansable. Penetraba como el viento a todas partes, sin reconocer asilo, lugar sagrado, dintel inviolable. No había pequeñez por insignificante o vergonzosa que fuese, que ella no conociera por

haberla visto con sus propios ojos o tocado con sus manos, fríos tentáculos de una criatura malvada. Se hacía oír en todas partes, desde la casa del presidente hasta en la posada de los suburbios, donde iba a atisbar la conducta de unos y los secretos de otros. Miraba al través de puertas, oía cerca de los confesionarios, penetraba a la alcoba de los recién casados, sujetaba a indiscretas y desvergonzadas preguntas a la desposada, seguía al tenorio, suponía correspondencia de las perseguidas, se ofrecía de intermediaria para penetrar en las conciencias y ser dueña del secreto. ¿Cómo un ser tan despreciable, una ruin mujer, hija natural según decían unos, recogida de un asilo como creían otros, allegada de casa grande, había podido convertirse en el azote de todas las familias de Santiago? Desgraciadamente, la cobardía e ignorancia de algunas madres que colocaban el porvenir de sus hijas en manos de la Dorotea, la habían constituido en un elemento de unión o desunión de los matrimonios. Laboriosa araña, tejía desde su cuarto redondo que nadie conocía, telas enormes y casi invisibles que iban atando sus tenuous hilos de una casa a otra. Toda la ciudad era prisionera de sus redes. Muchas lágrimas había arrancado esa mujer a las víctimas de su perfidia; en el convento, más de una novia o religiosa escapaba de su persecución o pagaba sus confidencias con el precio de su renuncia a la vida; se contaba a media voz que el asesinato de un mozo de la ciudad era causado por su culpa.

El gato recibió con hostilidad a la viejecilla que se había detenido en el umbral.

—¡Probablemente molesto a mi señor don Pascual! —exclamó, al ver que el sacristán mayor no respondía a su saludo.

Don Pascual tragaba de prisa, como para no dejar que su chocolate fuera profanado siquiera por la mirada de la harpía; tragaba, tragaba para terminar pronto. Le habían interrumpido esa media hora de goce animal, al sol, en la vieja pieza con los sillones de baqueta donde más tarde se ponía a leer a Horacio y a meditar uno a uno sus versos, mientras el chocolate bajaba excitando un calor benéfico en todo su cuerpo. Pero allí estaba la Dorotea y, ¡adiós digestión, adiós Horacio, adiós calma de esa mañana placentera!

—La señora Dorotea no molesta, no.

—Mi señor don Pascual, ¡qué malas lenguas andan por ahí!

—¿Por dónde? —preguntó el sacristán mayor, como extrañado de que hubiera otras lenguas malas fuera de la que allí se movía.

—Por la plaza, por la calle. Dicen que la Saravia ya no viene a confesarse con el señor sacristán mayor porque se lo han prohibido el señor don Francisco su padre, y alguien más que dicen manda en la niña como en su casa. ¡Qué curioso! Así dicen; son tan malas... ¡jí, jí, jí (y la viejecilla hacía ademanes de desternillarse de la risa).

Don Pascual la miraba de hito en hito, sin sonreír siquiera; ni enfadarse, menos. Comprendía todo lo que buscaba la intrigante: provocarlo a contradicción, ya que la niña, esa misma mañana, se había acercado al confesionario y Dorotea no podía menos de haberla visto; obligarlo a manifestarse extrañado de que el padre de la Saravia y su pretendiente pudieran censurarlo como consejero, y, al protestar, reconocer que no miraba mal esta pretensión, con lo cual la Dorotea se echaría a la calle a contar la noticia.

—Déjelas que hablen —dijo, con fingida mansedumbre—. Déjelas!, a mí no me hacen mal.

—¡Jí, jí, jí, jí! —volvió a reír Dorotea como recordando algo muy gracioso. ¡Qué malas son! Porque agregan...

—Déjelas, déjelas.

—Es que dicen...

Una campana resonó en el estrecho patio, estridente y sonora, como que tañía sobre el mismo.

—¡Cáspital! —dijo don Pascual—. Va a comenzar la misa de nueve. Perdona, misiá Dorotea, tengo que estar en la sacristía.

Y don Pascual se alejó tambaleándose y se sumió en la puerta oscura abierta en el muro de la vieja catedral.

• • •

Era ni más ni menos que don Francisco de Meneses en cuerpo y alma el pretendiente de la Saravia¹, gobernador y capitán general recién llegado a Santiago y ya en abierta lucha con medio vecinda-

¹ El gobernador Meneses y doña Catalina Bravo de Saravia, de la familia Irarrázaval, contrajeron efectivamente matrimonio en Santiago.— N. del R.

rio y el obispo Umanzoro. Elegante caballero, diestro jinete, fanfarón y variable de carácter como una mujer, Meneses pretendía en el reino de Chile dos fines, para lograr los cuales todas las más vigorosas pasiones humanas eran puestas en juego: quería mandar como un señor feudal, quería ser rico como un rey asiático. Víctima en su juventud de algún obscuro drama de miseria o de injurias recibidas de los grandes, pretendía convertirse en uno auténtico e indiscutible. Halagaba al pueblo, cortejaba a las mujeres, despreciaba al hombre de pluma y odiaba al ministro de la religión. Iba al mercado a pasear sus arreos y sus monturas entre indios y mulatos que lo aclamaban; se detenía en los caminos a cortejar a la muchacha hermosa, a seducirla con promesas para abandonarla después a los soldados; perseguía hasta la sombra de su predecesor don Angel de Peredo, porque sentía celos del recuerdo prestigioso que había dejado en todas partes.

Peredo estaba en la frontera y como allí peligrara su vida y pareciera tarea muy simple envolverlo en una intriga, corrió a Santiago a buscar el asilo del vecindario y de su familia. La comunicación más segura entre el palacio y las casas de los vecinos nobles era esa inquieta y chismosa vieja a cuya vista temblaba la ciudad entera. Iba por las calles arrimada a los muros, deslizándose más que corriendo, con una eterna sonrisa complaciente en la cara amarillosa y apergaminada, deteniéndose aquí para contar, allá para interrogar, en todas partes para oír.

—¡Qué malas lenguas! ¡Qué malas lenguas! —era su entrada en materia—. Dicen que el señor gobernador lo sabe todo, lo que se dice, lo que se piensa. Acaban de decirme que han visto la lista de vecinos que piensa mandar a Cuyo con las manos atadas por la espalda. ¡Si supieran qué nombres!

Y corría, siempre falta de tiempo, para hacer antes de la entrada del sol todo el mal que se había propuesto para el día. Comenzaba por la misa de prima; caía en medio del desayuno a sembrar la duda o el temor en una casa, a hacer un tejido de combinaciones en otra, dispuesta siempre a negar lo que había dicho cuando alguien quería sorprenderla en engaño.

Era uno de esos días de zozobras en que Meneses guerreaba con el obispo y con el veedor general don Manuel de Mendoza y con el

oidor De la Peña Salazar y maduraba un plan siniestro contra don Angel de Peredo. Dos mozos de Santiago seguían los pasos de Dorotea y atisbaban con pertinacia sus menores movimientos. Sabían que la víbora era a veces una Celestina consumada y que gozaba de cierta confianza de Meneses, al cual veía en el lecho antes de levantarse e informaba de la crónica escandalosa y de los chismes, recibiendo en cambio algunas onzas y el nuevo y temible título de ser "confidente del gobernador" Los dos tenían que vengar en la "pitonisa santiaguina" dos rudos fracasos de amor. Aguila, el muchacho más alegre, y Carrera, el más rico de la ciudad, habían sido rechazados de casa de Saravia por dos hermanas tan opulentas como bellas y nobles, a causa de la intriga de Dorotea.

—¿En qué anda este demonio? —se preguntaban. Será necesario darle caza hoy mismo.

Tenían un proyecto cruel: habían comprado al sangrador de la plaza cierta tintura con piedra infernal con la cual podía ennegrecerse la fisonomía de un hombre —según decía el científico— "por todo el tiempo que su Divina Majestad permitiera, lo que tratándose de homicida, sacrilego, Celestina o bruja podía ser hasta su muerte". Como los jóvenes no dudaban por un momento de que la vieja Dorotea era todo eso junto y mucho más aún, habían dado en cambio del líquido dos estriberas de plata.

El golpe quedó combinado para el crepúsculo. Carrera atraería a la vieja al fondo de un sitio abierto no lejos de la plaza donde Aguila esperaría con un criado para maniatarla, cortarle el pelo y frotarle con un estropajo hasta impregnarle el rostro y la cabeza entera en el filtro pagado a tanto precio. Caía ya la tarde cuando el joven salió al encuentro de la beata que corría, corría como una exhalación para lograr aún la última luz. Como era de costumbre, el mozo se descubrió para saludar y la viejecilla comenzó como siempre a reír:

—¡Jí, jí, jí! ¡Qué malas lenguas, mi señor don Alonso! ¡Lo que dicen de usted! Yo, como siempre, no puedo permitir que toquen al hijo de misía Rosario, que Dios tenga en su santa gloria. Los he dejado como a judíos. Calumnias todas; pero figúrese que decían que su merced no es el hijo de don Ignacio sino un recogido en la hacienda. ¿De dónde han podido sacar esas lengüitas tal atrocidad, por-

que, me digo yo, se sabe que don Benigno dejó un niño y que el niño desapareció; se sabe que misiá Rosario no tuvo sino un hijo y hoy don Ignacio aparece con dos; pero de esto a lo otro... ¿No le parece a su merced que ya no hay respeto por nadie? Y agregaban... ¡uff!, ¡lo que agregaban, Santo Inmortall!

—Mi señora, no se dé trabajo por esto. Yo quiero ponerme en sus santas manos. Quiero que sea su merced la que haga en esta tierra las veces de mi madre. He pensado en tomar estado. Miré muy alto en Catalina de Saravia; pero hay otras...

—¡Ya lo creo que hay otras para su merced! ¡No había de haber! ¡Jí, jí, jí! Cuando su merced diga. Precisamente...

—¡Chit! Baje la voz, señora Dorotea. Pueden oírnos. Quiero que usted lleve esta limosna a las ánimas. Acérquese por este lado. Entremos al solar de Cárdenas, donde nadie me vea en conversación...

Y la viejecilla, riendo por dentro de la limosna de las ánimas y del campo nuevo de enredos que se le ofrecía para ofrecer un buen partido y hacerse valer en algunas casas, iba siguiendo mansamente.

De pronto una mano vigorosa le cubrió la boca, dos hombres la tomaron en brazos, sintió que la ataban de la cintura y sus pies no tocaron tierra. ¡Que me matan, a mí, que me matan!, quiso gritar, pero el terror helaba sus palabras. La Dorotea, el azote de Santiago, estaba en un pozo de dos metros de profundidad y los jóvenes se preparaban a una escena cuyo placer querían voluntariamente prolongar. Tendiéronse de boca sobre sus capas para mirar más de cerca a la chismosa. Habló Carrera:

—Decía, mi señora doña Dorotea, que había malas lenguas (¡qué malas lenguas!) que hablaban de que yo no era yo sino otro ¿verdad?

—Se lo juro por Dios crucificado a su merced que quien lo ha dicho es don Miguel del Aguila, que está aquí a su lado y no me dejará mentir.

—¿Que yo le he dicho?

—Sí, por Nuestro Señor, lo digo y lo repito, su merced lo decía en casa de don Nicolás Berganza y agregaba que don Alonso era avaro y no daba nunca un maravedí.

Carrera miró a su amigo y ambos palidieron. La viejecilla aprovechó el silencio y dijo:

—Como que lo oían la señora Virtudes y su hermana y el sacristán mayor don Pascual de Oviedo y su criada —y la Dorotea besaba sus dedos puestos en cruz,

Aguila comprendió la maldad venenosa de la vieja y encontró en su naturaleza un recurso supremo. Respondió con una sonora carcajada a sus juramentos y exclamó:

—Es un asqueroso alacrán, Alonso, que quiere echar a ambos su veneno. ¿Para qué esperar? Arrimémosle fuego.

La vieja cambió en el acto de táctica y se puro a sollozar.

—Soy anciana, soy débil. Tres hombres me han tomado por fuerza. A nadie he hecho mal.

—¿Y quién habló con Catalina y la disuadió de recibirme?

—¿Y quién dijo a María de Gracia que yo vivía con el dinero de Alonso?

—¿Y quién fue causante de la puñalada de Alvarado a su mujer?

—¿Y quién oyó la confesión de Remedios Inostroza detrás de la columna del altar de San Benito?

—¿Y quién pasó un día y una noche bajo la cama de doña Martina Ruiz para hacerla perder su reputación?

—Me achacan culpas de otros...

—¿Y quién es la rufiana de Meneses?

—¿Y quién lleva los cuentos contra el señor obispo?

—Ahora vas a pagarlas todas, demonio, hipócrita, víbora. Te afeitaremos la cabeza y te aplicaremos la piedra infernal que permite conocer si una beata ha muerto a alguien, es sacrílega, Celestina o bruja. Saca la navaja, Belarmino.

Sonó el muelle de una navaja española, brilló en las sombras su destello y la mano brutal del criado tomó las mechas lacias y sin brillo.

—¡Un momento, don Alonso y don Miguel! Tengo un secreto que puede interesar a sus mercedes. Lo doy en cambio de que no afrenten mis años. Puede quedar aquí vigilándome el mulato y sus mercedes comprobar la verdad.

Los jóvenes se miraron un momento y hablaron en voz baja.

—Te oiremos. Habla.

—Esta noche —y lo decía con voz tan queda que las dos cabezas se inclinaron hacia el pozo para no perder palabras—, esta noche

a las doce el gobernador asalta la casa de don Angel de Peredo con sus soldados y lo mandará a Cuyo. Perderá la vida en el camino.

Peredo era un ídolo de la nobleza santiaguina. Tanto más lo perseguía el tirano Meneses, cuanto más se olvidaban sus yerros para apreciar sólo sus virtudes.

—Corramos, dijo Alonso.

—Quédate aquí, Belarmino, hasta que volvamos.

Y los dos jóvenes volaron a la casa del viejo soldado donde contaron la revelación de la vieja Dorotea, arrancada casi en el suplicio. Antes de una hora, Peredo y sus familias, Carrera y Aguila pedían asilo en San Francisco.

Dos extraños sucesos conmovieron al día siguiente al vecindario. Pero ya no era Dorotea la mensajera de las extrañas nuevas. Se supo que, a medianoche, el corregidor con sus alguaciles había entrado a la casa del ex-gobernador, recorrido sus habitaciones y apuñaleado un santo de bulto que estaba en el rincón del oratorio y que tomaron por Peredo. El santo había caído sobre algunos de los soldados hiiriéndolos de gravedad. Al mismo tiempo se dijo que Dorotea estaba enferma. Medio Santiago pasó por su aposento para saber si era cosa de muerte y podía alguna vez respirar y contar todos los males hechos por la harpía; pero la vieja desde la cama, sumida en ella como un reptil, tuvo para cada cual alguna infamia con que amargarles la visita. Eso sí; guardó secreto del pozo y de su aventura.



En medio de la inquietud causada en Santiago por la avidez del gobernador, por su ardiente deseo de persecución y de venganza; por su profunda enemistad con la iglesia; por su desenfrenada licencia; cuando se encontraba en medio del populacho en las posadas del camino o en fiestas nocturnas no podía menos de arrancar un grito de admiración la gallardía del jinete que ostentaba a toda hora abundancia y belleza de caballos y lujo imponderable en sus arreos de montar. Ya el caballo chileno atraía la atención de los españoles y navegantes que comenzaban a pasar por nuestras costas. El potro del conquistador comprado en el Cuzco casi en su peso de oro, llegado hasta el Mapocho al través de carreras, batallas y ásperas jor-

nadas, había fundado en los campos vírgenes y a la sombra de los bosques floridos un raza esforzada, paciente, indomable. El relincho vibrante como un toque de clarín, siempre revelador no sólo de un hombre sino también de un pueblo, no resonaba ya sin eco en la misteriosa tierra que sus cascos recorrieron de uno a otro confín. Le respondía el caballo lento que subía o bajaba de las breñas de la cordillera, colocando penosamente cada paso en el sendero natural que ofrecían las rocas; le respondía en el valle el potro vivaz, ágil y nervioso habituado a la carrera, a la rápida vuelta y a la rienda vigilante; le respondía más lejos, en la guerra, el caballo enemigo, el caballo del cacique, partiendo en desenfrenada carrera hacia la selva mientras la lanza se desenredaba del enemigo herido por la espalda. El chileno recibía el caballo al salir de la infancia y la mujer a los veinte años; esta doble investidura formaba al soldado y al señor. El que marchaba a pie, era de la masa servil, del mulataje, y no merecía esposa sino manceba.

El maestre de campo don Pedro de Prado había recibido a Meneses con cortesanía y lisonja. A Cuyo envió "grande y costoso aparato para su avío y el de su comitiva" al nuevo gobernador, y así pudo el caballero presuntuoso presentarse en tierra chilena montado como un príncipe. Había comprendido Meneses que la nobleza santiaguina podía ser conquistada por la virtud, el coraje o el dinero. Falto de aquélla, ensayaba del valor el alarde y la ostentación y de la fortuna todos sus aspectos, todos los medios de adquirirla, todos los secretos y fórmulas para hacerla suya. Había nacido una hija de Pedro de Prado y quiso ser padrino de ella para lucir en un torneo de lazos y carreras toda la maestría de que estaba dotado para las fiestas. Los heraldos salieron de mañana por las calles y llegaron hasta el campo, tocando cornetas y anunciando la invitación del ilustre y magnífico capitán general don Francisco Meneses a los gentiles hombres y caballeros para medir sus caballos y poner a prueba su resistencia, y al pueblo para presenciar la fiesta y beber de su cuenta.

De todas partes venía el pueblo descalzo y semidesnudo, a pie, por el medio de los caminos tierrosos, oliendo a sudor y a sebo, llevando consigo, como era ya costumbre, las fritangas que pensaba regar, a costa del gobernador, con abundantes libaciones de vino. Profundo contraste hacían con él las carrozas, algunas calesas, las carre-

tas engalanadas y la cabalgata lujosa de jóvenes y niñas que representaban otra clase social aún completamente extraña del pueblo.

No lejos de la plaza, al otro lado del Mapocho, la chacra de un caballero principal ofrecía sombra de árboles, extensión suficientemente plana para las carreras, varas al estilo del país y un vasto potrero donde el pueblo podía hacer su reunión y sus comidas. El bautizo tuvo lugar en la mañana. El gobernador llevó a la madre un aderezo de perlas y obsequió al padre con una espada. Después de mediodía comenzaban las carreras de lazo y demás proezas en el campo elegido. La nobleza santiaguina, es decir toda la gente española de cierta fortuna, tenía algún representante en hermoso caballo bien enjaezado y conducido. Los dueños de caballerizas abundantes, el gobernador el primero de todos, hicieron pasear sus caballos ensillados por el círculo de espectadores. Dos potros, uno negro y otro blanco, perfectos de forma y de color, levantaban un clamor de admiración. Al toque de clarín se ordenó un primer grupo de jinetes y luego otro y otro. Topeaduras en que los pechos vigorosos de los animales se chocaban contra la vara, retorcidos los cuellos y una ascua de impetuoso arrojó en las pupilas, los jinetes medidos pero ardientes, el vecindario aclamando, el pueblo chivateando más lejos en ensordecedora gritería; carreras en torno de la pirca con rápida vuelta para alcanzar los animales perseguidos y echarlos fuera por turno, en que la espuma bañaba el hocico y el cuello de los caballos más pequeños pero más atrevidos; laceaduras extraordinarias, carreras, saltos, todo el programa de la destreza árabe, andaluza y chilena. Pero Meneses fue más lejos y todos los pañuelos de las bellas santiaguinas se agitaron entusiastamente cuando saltó de su potrero negro al blanco, en medio de la carrera. Al caer la tarde resonaron las cuerdas de la guitarra y en medio de un gran círculo, el mejor jinete con la más noble y bella muchacha, el gobernador Meneses y Catalina de Saravia, bailaron la danza de Chile y el galán se arrodilló a los pies de su dama. El matrimonio quedó concertado, a pesar de la prohibición que tenían los gobernadores de casarse con mujer del reino que gobernarán.

La admiración que causó en el bello sexo la apostura extraordinaria de Meneses le ganó pasajera admiración. Pero luego se vio que sobre esas galanas manifestaciones de bazaría y elegancia, do-

minaban sus pasiones profundas de la venganza y de la codicia. En su matrimonio conquistaba una herencia magnífica. Iba además poniendo en venta oficios de los cuales retiraba oro para su propia caja. Las encomiendas las explotaba por sí o por socios conocidos de todos. En medio de la guerra se le veía paralizado por el frenesí de la codicia y del robo, a la llegada del situado de Lima, substrayendo de él, de la parte destinada a sus soldados hambrientos, una cantidad para acrecentar sus caudales. La venganza vuelve a tomarlo de cuerpo y alma. Persigue de nuevo a Peredo y entra en persona a San Francisco para exigir su entrega. El fraile guardián se le presenta. Español como él, rudo y vigoroso como él, con muchos más años, con estatura hercúlea, la cabeza aleonada bajo la capucha azul gris, inspira terror. Su voz iracunda interpela al capitán general. Le pregunta si no sabe que el lugar sagrado es un asilo inviolable, si no cree él mismo necesitar un día de amparo... Meneses calla. "Guárdese su merced de la ira de Dios y de la desesperada resolución de los hombres —continúa el guardián—, porque día ha de llegar en que se verá más acosado y afligido que el inculpable y cristiano caballero que sufre hoy sus tiranías". El gobernador salió del convento. Pero volvió sus iras contra Pedro de Prado y cuando aún resonaban los clamores de aplauso del torneo, éste había perdido su puesto y temía perder también su fortuna.

Peredo partió a Lima en busca de paz. No tardaron en seguirlo don Ignacio de la Carrera y otros vecinos respetables. Venían rumores siniestros de acusaciones al virrey, de juicio de residencia, de nombramiento de nuevo gobernador, todo lo cual desesperaba a Meneses. Como el veedor general don Manuel de Mendoza le hiciera graves representaciones sobre el manejo de los bienes del reino, se indispuso con él y le juró venganza. Por esos tiempos, los oficiales del gobernador salían a los caminos, detenían a los correos, dieron en una ocasión mortal caza al jefe de ellos, abrían los oficios de la Real Audiencia, del Cabildo, de las justicias, del obispo, de los vecinos, rompían unos, robaban otros, ejercían tropelías y venganzas con los que osaban decir la verdad. Un fraile subió al púlpito de la catedral y en un sermón en que hablaba de la justicia divina dijo que había en Chile una persona que no creía en la inmortalidad del alma y que esto se lo mandaba declarar el obispo mismo. La respues-

ta fue un cartel pegado en lugar visible de la plaza, que decía: "obispo borracho". Don Manuel de Mendoza se vino desde Concepción a Santiago a presentar a Meneses sus reparos por las cuentas y a pedirle se detuviera su avidez ante el tesoro que era para el servicio del Rey, pago de su ejército y de sus funcionarios. Expulsado de palacio, el noble anciano cayó en misantropía, y a consecuencia de los delitos que no podía reprimir y de los improperios que ya no era capaz de lavar, perdió la razón y fue llevado al hospital.

Meneses partió a la frontera por tercera vez a conducir la guerra en forma que pudiera aun acrecentar su fortuna. Todas sus pasiones se concentraban ahora con frenesí en este ardiente objetivo de su vida.

La vieja Dorotea lo asistió hasta su partida, recibió e hizo confidencias, indispuso al gobernador con los pocos vecinos que aún conservaban con él alguna relación y guardó bajo el colchón de su cama las onzas que el agradecido gobernante pagaba a su agente de policía secreta.

Al día siguiente le esperaba a la beata, incansable en sus correrías, un nuevo golpe en su prestigio. Llegaba a la plaza, riéndose sola con esa helada risa que hasta los pilluelos de la calle sabían imitarle, cuando vio al sacristán mayor don Pascual que señalaba a su amigo el oidor Peña Salazar, un cerdo que trotaba en el centro de la plaza, como perseguido.

— Qué malas lenguas! ¡Qué malas lenguas! —había comenzado a decir la vieja, cuando el pobre clérigo sin saber cómo escapar del inmundo y baboso chisme que siempre salía de la boca de Dorotea, exclamó:

—¿Que no sabe misiá Dorotea?

—Nada sé.

—¡Pues sí lo han visto más de veinte personas! Ese cerdo ¿lo ve ahí?

—Sí; sí lo veo. ¡Pero cuente su merced! ¡No me haga esperar!

—Pues era un genovés hace media hora...

—¡Un genovés!

—Sí, misiá Dorotea. Allí estaba blasfemando, cuando de pronto ¡zás! quedó convertido en marrano.

Sin oír la risa del oidor, sin escuchar el desmentido que el pobre don Pascual quiso dar en el acto a la invención, la vieja suspendió sus vestidos y partió como una bruja que llega tarde al aquelarre a contar a todo Santiago la nueva. Penetró por el zaguán de la casa de Aguila donde jugaban al tresillo no menos de quince personas respetables, comerciantes, canónigos, señoras; hizo violenta irrupción en el salón y gritó más que habló:

—¡Vengan a ver el genovés que se está volviendo chanco por haber blasfemado!

Y salta de nuevo para meterse como viento en el portón de don Andrés de Aguirre donde gritaba igual cosa a la familia que venía a saber de qué se trataba. Y luego llegaban ya del frente algunos de los jugadores a contar el suceso como si lo hubieran visto ellos mismos. Y corrían por la calle, y un caballero paralítico se hacía llevar en silla de mano por sus hijos. Y la plaza se llenaba de gente y todos preguntaban por el genovés o por el chanco, o por ambas cosas.

Cuando se supo que todo era mentira cargaron con la vieja, la llamaron víbora y embustera y los chicos la siguieron con piedras. Don Pascual al lado del pozo leía en su breviario, muy cariacontecido.



Un hecho curioso va a prestar trágico colorido a la historia de la codicia y de las luchas del gobernador. Vuelto de la frontera, fue de visita al hospital donde estaba asilado el veedor don Manuel de Mendoza. En su faz melancólica, en los ojos fijos, en el temblor del cuerpo, se veía la ausencia completa de juicio, de ese juicio inflexible y prudente que lo había hecho apreciar de todos. El gobernador entró, como siempre, lleno de boato y de fanfarronadas. Recorrió a los enfermos, prometió auxilios a los religiosos, y al ver la miserable figura del veedor lanzó una cruel carcajada. El demente pareció recordar esa voz, repasar en su memoria recuerdos que se habían borrado durante mucho tiempo en su pobre inteligencia, destellaron fuego sus ojos, irguió la cabeza y, sin que nadie pudiera evitar el hecho, desenvainó su espada con violencia y se lanzó sobre Meneses. Cayó al suelo el gobernador; pero sus heridas eran muy leves. Sin embargo los acompañantes dieron muerte allí mismo a un criado

del veedor, y le colgaron en una horca en la plaza y colocaron al demente bajo la custodia del preboste con fuertes cadenas.

Comenzó entonces una lucha intensa, apasionada y trágica que tenía por reducido teatro la plaza de Santiago, ese centro donde se alzaron las primeras tiendas de los conquistadores, el primer templo, la primera horca, la primera cárcel, el primer gobierno local en el Cabildo, el primer jefe de Estado en el lugarteniente del virrey; foro en que soportaron los españoles el cerco de los indios en la primera sangrienta jornada de Chile, donde el pueblo era convocado a la salida de misa para oír de tarde en tarde las voces del mundo civilizado, donde se colocó en una lanza la cabeza de Sancho de Hoz el primer conspirador, donde el esquilón de la catedral daba la señal del peligro, la lúgubre noticia de la muerte, la campaña de victoria, el tañido amenazante de la excomunión o del entredicho.

Don Manuel de Mendoza despertó a la vida con el golpe de su inconsciencia. La obscuridad que amortajaba su mente, antes clarísima y noble, se disipó de pronto. Sus ojos se abrieron para recordar los sucesos fatales que habían obrado por él en ausencia de su razón y al verse con cadenas, acusado de asesino, sospechado de tener instigadores y cómplices, alzó la voz digna y tranquila para pedir jueces de su rango. Reclamó a la Inquisición, y el comisario del alto tribunal pidió por auto la persona del reo y señaló cárcel en que debía ser guardado hasta el término del proceso.

Pero, había llegado para Meneses esa hora crítica de la pasión en que el terror baja a la más indecible crueldad e injusticia. Creía ver cómplices en todo el mundo. Convocó las milicias, hizo batir las cajas y reunió a la audiencia para increpar en ella al obispo y a los oidores. Se presentó fuera de sí, en medio del consejo de ancianos reflexivos. Dio voces, golpeó el suelo, preguntó al obispo si era verdad había recibido consultas de si podía asesinarsé al gobernador sin incurrir en pecado. Llegó al paroxismo amenazando a la audiencia si no desterraban en el acto al obispo y al comisario de la Inquisición. Pero llegado el turno de votar, cada viejo movió la cabeza negativamente.

La ciudad entera hervía como un volcán. Tras de los portones se rumoreaban las noticias del día. Meneses había gritado en la pla-

za que haría salir a caballazos de la catedral al obispo y al clero, y que peores cosas se habían hecho con gentes de iglesia, muriendo sus autores en la cama de muerte natural. Doña Catalina de Saravia llegaba oculta a la iglesia a implorar del obispo cesara en su resistencia. La Dorotea corría llevando la noticia de que a don Manuel de Mendoza le aplicaban tormento y que los alaridos se oían a dos cuardas de la casa del preboste. Y esta vez decía verdad. Se aplicó al veedor la tortura para hacerle confesar que tenía cómplices y cuáles eran sus nombres. Un grupo de indios, mulatos y mujeres embozadas se detenía al frente de los muros de la prisión para escuchar el quejido que solía arrancarle al anciano el dolor de su martirio. Pero todo fue inútil. Con la razón había bajado sobre el noble funcionario una serena y valerosa resignación ante su suerte. Declaró que la idea del asesinato era suya propia, que con nadie la había consultado, que sobre él exclusivamente debía caer el castigo si lo merecía.

Se preparó entonces dolorosa escena de escarnio. Era el mediodía, la plaza estaba inundada de sol. Algunos muleros pasaban con sus recuas en dirección al norte, camino de Valparaíso. En el silencio de esa hora en que la ciudad paralizaba su vida, las puertas de las tiendas se entornaban y las palomas descendían del campanario de la catedral al centro desierto de la plaza, se notó inusitada agitación en las puertas de la cárcel. Luego sonaron cajas y clarines y el carcelero apareció en el umbral al frente de una patrulla de infantes. La voz fue corriendo de puerta en puerta, y, antes de pocos minutos, por todas las calles acudían vecinos y pueblo para ver de qué se trataba. Media hora más tarde partía de la casa del preboste, de vuelta a la cárcel, al son de las cajas y con ruido estrepitoso de trompetas, una procesión lastimosa.

Venía primero el carcelero con las llaves, el verdugo ostentando en sus manos el látigo ensangrentado, un grupo de arcabuceros, una banda de mulatos batiendo tambores, algunos soldados con hachas. Seguía don Manuel de Mendoza montado en una mula con enjalma, rapado la barba y el cabello en forma tal que nadie podría reconocerlo, pálido y con manchas de sangre en la frente y en las mejillas, vestido de loco con gabán rojo y amarillo. Se agrupaban en seguida algunos lanceros. El pueblo callaba; pero de muchos ojos

corrían abundantes las lágrimas. Un noble anciano, cuyas virtudes eran conocidas en la ciudad desde su niñez, sujeto a horrible afrenta antes de morir, pasaba en medio de sus amigos y sus deudos con la mirada altiva en medio de humillación tan desapiadada.

—¡Animo al caballero y al cristiano! —gritó una señora en la esquina de la plaza.

—¡Hay justicia más allá de la muerte! —exclamaba un viejo clérigo.

De todas partes agitaban pañuelos las mujeres y se los llevaban a los ojos para ocultar la emoción desgarradora de ese cuadro.

—¡Qué malas lenguas! ¡Qué malas lenguas! —murmuraba en todas partes la Dorotea, multiplicándose para ver y para contar—. ¿No dicen ahora que don Manuel lo ha confesado todo? ¡Y qué ha de confesar, si nada hizo sino por cuenta propia! Pero dicen que el gobernador tiene su declaración firmada y que se dan nombres ¡y qué nombres, Dios Santo!

Las cajas y trompetas resonaban en la plaza; desde lejos se veía al sol la mancha roja y amarilla que se bamboleaba a la marcha de la mula y se detenía al fin en la puerta de la cárcel. Toda la procesión fue entrando y el redoble de las cajas apagándose hasta que los grandes portones rechinaron y se juntaron quedando afuera dos arcabuceros rígidos y mudos.

Para la ciudad fue un alivio la desaparición de esa figura profanada por la burla y el escarnio más vil. Los grupos fueron volviéndose en silencio. Pesaba sobre todos la amenaza del día siguiente que revelaría el fin del veedor general. Pero no se dormían ni los inquisidores, ni los eclesiásticos. El comisario del Santo Oficio reclamó en forma imperiosa sus derechos y fue admitido en presencia del reo; pero se entrabó de tal manera la conferencia que notificó un auto al capitán-general para que llevase el preso a casa del alguacil mayor donde se tomarían sus declaraciones. No se hizo caso alguno de este documento y los hechos fatales fueron precipitándose con la marcha veloz del tiempo.

Al día siguiente el pueblo acudió desde las primeras horas a las vecindades de la plaza. No entraron al mercado los comestibles que llegaban cada día. Ningún criado salió tampoco en su demanda. Pronto se adivinó, por el movimiento de soldados y carreras de jine-

tes en todas direcciones, por la entrada del verdugo a la cárcel, por el cordón de gente armada con bala en boca que resguardaba toda la sección de la plaza frente a la casa del gobernador, a las cajas reales y a la cárcel, que la ejecución era inevitable y se consumaría en pocas horas.

El obispo Umanzoro, después de decir la misa, se dirigió a los fieles que llenaban la iglesia y con lágrimas en los ojos habló del martirio que iba a sufrir el veedor, anunciando que notificaría al gobernador que no se ejecutara la pena de muerte sin administrar al anciano los sacramentos y que, en caso de negarse el poder temporal a acatar esta orden, declarararía el entredicho en la iglesia catedral, se retiraría el sacramento del altar, se apagarían las luces, se excomulgaría al gobernador y no diría misa hasta que no se borrara de la ciudad la mancha sacrílega que caía sobre ella. Contaban medio siglo después los viejos, que nunca se había oído voz más elocuente que la partida esa mañana de las gradas del presbiterio de los labios trémulos del pastor.



La notificación del obispo partió de la catedral dos horas antes del mediodía. La respuesta fue no sólo negativa sino de desafío. Cerca de las doce, el gobernador seguido de sus hombres, el corregidor Calderón, don Melchor de Cárdenas, don Pedro de Ugalde, alcalde ordinario y don Alvaro Núñez el auditor, se dirigieron a la cárcel. Un rumor intenso surgió de la muchedumbre; pero fue súbitamente interrumpido por el esquilón de la catedral que comenzó a tocar con estrépito estremeciendo el campanario, la plaza entera, vibrando dentro de las almas, excitando los nervios, causando una emoción extraña en todos. No era el doble funeral, sino un llamado de guerra, un toque de rebato. La vibración de una campanada era cortada por la siguiente. Luego sonaron otras menores, y de pronto, como un reguero de pólvora, surgió en toda la ciudad, en todas las torres, en todos los pequeños envigados sobre los techos de iglesias y capillas, un concierto inmenso de campanas de todos los tonos que unían sus clamores, formando una sola voz de bronce estridente y amenazante que subía de la tierra al cielo pidiendo justicia. Meneses

había quedado paralizado. Su lividez hacía temblar a los otros. Era imposible que el español no recordara su campanario, su aldea, sus padres, su infancia religiosa, la tradición secular de creencias que pesaban sobre su alma. Era imposible que no escuchara esa excomunión promulgada por cien lenguas de bronce que no podía acallar y que allí, más arriba de las cabezas, gritaban a los cuatro vientos pidiendo venganza. Eran para el reo un consuelo esos clamores independientes y rebeldes que proclamaban su inocencia; eran para el gobernador ambicioso, ciego, desenfrenado y avaro, una sentencia de muerte y exterminio. En ese momento se miraron los dos hombres, pero ya Meneses no se burlaba de su víctima.

—¡Hay que correr a los campanarios, y arrancar a cada campana su lengua!...

Pero como nadie se moviera de su sitio, dictó órdenes para acelerar la ejecución. El comisario del Santo Oficio fue a avisar al obispo la resolución de Meneses. El esquilón redobló sus toques. Las puertas de la catedral se abrieron de par en par y se desarrolló entonces por la nave oscura y baja, una procesión de todo el clero revestido, acompañado del obispo con mitra y báculo. Cantaban los Salmos de David y las voces viriles resonaron en toda la plaza durante algún tiempo. La procesión salió a la calle y el obispo avanzó delante de los sacerdotes. Con voz alta, con acento grave, dijo en lenguaje corriente la fórmula de la excomunión. Las cajas redoblaron en ese momento para acallar su clamor. Continuaron las ceremonias del entredicho, y algunos minutos más tarde desaparecieron de nuevo cantando los responsos y las puertas se cerraron. Sobre ellas colocó el sacristán mayor una cruz de madera y clavó sus extremos a las hojas para notificar la clausura del templo. Los golpes del martillo llegaban hasta la cárcel y cuentan que Mendoza, mientras lo ataban al poste, dijo a Meneses:

—¡Están preparando tu ataúd, tirano!

Los ejecutores fueron crueles y maltrataron al veedor antes de su muerte. Semidesnudo fue sacado en hombros de cuatro indios a la plaza y allí terminó su agonía en medio del silencio funerario de la ciudad.

Las campanas volvieron a tocar toda la tarde y la noche. En medio de su sueño, el vecindario sentía ese clamor ensordecedor que hizo salir a Meneses a su chacra fuera de los suburbios para escapar a la persecución de sus repiques. Y así transcurrieron algunos días pesados y eternos.

El pueblo era más que religioso supersticioso. Sabía que el excomulgado era un réprobo, destinado a una segura condenación. Contaban los mulatos en el mercado que ya Meneses tenía tiznaduras de brasas en el rostro, y muchos de sus criados se ausentaron de su casa sin decir nada.

Al mismo tiempo comenzó a salir, no se sabe de dónde, el rumor de que iba a llegar de un momento a otro un bajel a Valparaíso conduciendo un nuevo gobernador para residenciar a Meneses. La Dorotea corría por todas partes con su fórmula habitual atribuyendo la noticia a las malas lenguas; pero agregando datos más precisos. En una posada en el camino de Valparaíso, un hombre que venía del norte había dicho que se sabía de un barco que después de estar algunos días en La Serena vendría a desembarcar al nuevo gobernador en Valparaíso. La noticia fue tomando cuerpo y un comerciante la dio ya como cierta, asegurando que llegaba el marqués como capitán general y don Lope Antonio Munive como visitador, acompañados ambos de don Ignacio de la Carrera que regresaba de Lima.

Una noche la ciudad entera fue sacudida por la Dorotea —la gaceta noticiosa de esos años— con la nueva de que había llegado a casa del oidor don Juan de la Peña Salazar, el maestre de campo del nuevo gobernador, un don Miguel Silva; que lo habían visto entrar al galope por la calle hoy de Santo Domingo, con dos soldados y varios sirvientes y que había mostrado sus papeles en nombre del marqués. Estaba Meneses alojado en Ñuñoa a más de dos leguas de la ciudad y recibió la nueva como un golpe de muerte. Se vino en el acto a Santiago y viendo que ya era tarde se encerró en su casa.

Eran esos tiempos rudos y crueles. El que mandaba abusaba del poder; el caído no hallaba en nadie conmiseración. Así, junto con caer las sombras, se organizaron grupos que fueron a gritar improperios en la puerta de Meneses. Gran número de eclesiásticos le cantaban responsos con instrumentos fúnebres y laúdes. La Dorotea consiguió meterse por la puerta falsa para amargar las horas de su

antiguo protector: "¡Qué malas lenguas! —le decía— dicen que van a hacer con Su Merced lo que se hizo con don Manuel de Mendoza". El infeliz no pudo soportar más tiempo la ansiedad, reunió a sus amigos fieles, a oficiales y soldados, ordenó ensillar caballos y partió al galope con una regular escolta, para ver de lejos los sucesos, evitarse las afrentas y morir al menos en la demanda.

Alcanzó la comitiva a andar como ocho leguas al sur. Era una noche negra y tormentosa. Voces siniestras se propalaban de posada en posada. Se sabía que habían también partido de la ciudad en su persecución don Ignacio de la Carrera y don Pedro de Prado. Meneses hizo alto y se alejó silenciosamente de los suyos unos doscientos metros, para quedar a solas con sus pensamientos y medir todo el alcance de los sucesos. Desde lejos, sus oficiales veían la silueta alta del gobernador a caballo con la cabeza inclinada, en inmovilidad absoluta. Entonces comenzó el humano espectáculo de las deserciones de la ingratitud; de a dos en dos, en silencio, llevando los caballos sobre la yerba para no inquietar con el ruido de la marcha, fueron partiendo todos hacia Santiago. Cuando Meneses volvió a buscarlos comprendió que estaba solo en el mundo. El caballo levantaba las orejas nervioso, escuchando tal vez el lejano ruido de los oficiales que iban a carrera tendida. Era un silencio de muerte. Las campanas de la excomunión y del entredicho volvían a su oído a resonar amenazantes. La voz del fraile guardián anunciándole que un día demandaría también asilo, resonó en su mente. Recordó el golpe del martillo que claveteaba las puertas de la catedral, y se quedó allí paralizado bajo el relente de la noche.

Junto con la luz del alba llegaban sus aprehensores, y Meneses, en medio de un grupo de soldados, marchaba hacia la ciudad.

Allí le aguardaban las campanas de nuevo; pero esta vez era un repique de gozo, ensordecedor también y general. Se había extendido muy lejos esta diana vengadora hasta las capillas rurales y del campo, que duplicaban sus toques al paso del prisionero.

Entró por el sur a la ciudad, en medio de una poblada que hacía sonar petardos y le lanzaba las peores injurias. La cifra de su fortuna estaba en los labios de todos y se la repetían sin cesar. Al pasar por la casa de Peredo, debía ocurrir un incidente en el cual está pintado todo el siglo XVII de Chile. De la ventana del mojinete cayó

pesadamente al suelo a los pies de Meneses el santo de bulto, tallado en madera, que sus alguaciles habían apuñalado, cuando buscaban al perseguido. Se necesitaba alguna venganza directa del cielo, pues no parecía bastante elocuente el brusco cambio de la suerte. Y las manos que dirigían el descenso de la estatua esperaban que Dios habría de hacerla caer sobre la cabeza misma del delincuente.

No fue así sin embargo. Comenzó el juicio de residencia; pero Meneses no alcanzaría a conocer la sentencia, pues cerró sus ojos y murió... en la cama, como él mismo había dicho para alentarse en su lucha contra Umanzoro; pero abandonado de todos y víctima del más horrible despecho que han conocido los mortales.

Pacífico Magazine,
junio de 1913, pp. 739 - 54.

REMORDIMIENTOS DE UN CONSPIRADOR

¡Tarde de junio, año de 1837, villa de Quillota, casa antigua y solariega! Silencio, tibieza en la atmósfera, oscuridad en las calles, cena abundante en la mesa familiar. Había callado ya su voz plañidera la campana de la parroquia, y el Angelus, rezado a cabeza descubierta en la plaza, en el interior de las arboledas, en el campo vecino, dejaba todavía flotante esa melancólica y vaga impresión que el sentimiento religioso ha comunicado al lánguido fin de la jornada del trabajo. Uno que otro mugido recordaba la feraz y cultivada hacienda que ceñía los bajos techos de la aldea naciente en una cintura de limoneros, chirimoyos y huertas de pobres. Por los postigos mal ajustados, al través de la forzada reja cóncava, escapaba hacia afuera un rayo de luz en cada casa, y se difundía el aroma del cordero asado sobre los tizones, del substancioso caldo servido en el gran pocillo de loza pintada y del pescado en fuente de barro, lista obligada de las buenas cocinas quillotanas. No eran dadas todavía las siete, y la claridad crepuscular había desaparecido por completo.

De tarde en tarde, sonaban en la calle los pasos de algún caballo con el peculiar tintineo del freno, de los anillos de la chicotera al chocar sobre las guarniciones de metal de la silla y de las enormes espuelas del jinete que lo guiaba. Los vecinos suspendían el ruido de platos y cubiertos para escuchar, porque eran curiosos y vivían de este pasaje de criados, mandaderos y correos que llegaban por la calle principal, o antiguo camino público, hasta la plaza; pero luego, hecho de nuevo el silencio, volvían a engullir las deliciosas golosinas expuestas sobre la mesa. La misma interrupción se producía poco después en el gran concierto de los sapos en el estero, pues el jinete

llegaba hasta allí para cruzarlo y se callaban atemorizados para volver después a recomenzar por secciones y pronto por toda la banda.

En casa de la señora Torreblanca, viuda de un héroe de la Independencia, el capitán Marín, patriota como lo eran entonces las mujeres, más apasionadas y sentimentales que hoy, porque se habían criado entre soldados y revoluciones, comían además de su familia el coronel Vidaurre y el cura, que había llegado dando las últimas "mascadas a un asado", como lo decía cada noche, para no perder la tertulia y tomar asiento en la mesa de malilla. Estaba ya para terminar la cena, cuando alguien dio la consabida voz de alarma, el ¡chit! reglamentario para escuchar algo que parecía venir de lejos. Era un canto de hombre. —"¡Son los cazadores!" —dijo Vidaurre y volvió a seguir su curso la conversación. Momentos más tarde, nuevo silencio: esta vez se habría dicho que allá, del otro lado del estero, venía un rumor confuso de galope. La conversación volvió poco a poco; pero de nuevo se callaron todos y el cura fue hacia la ventana.

—¿Oyen ustedes?

—¿Qué hay? —exclamaron todos.

Resonaba a lo lejos, por el camino, ruido de cabalgata, y parecía que con ella rodaba aceleradamente un coche. Mientras corrían todos a la puerta y de cada casa salían los vecinos a ver qué era tal algazara, se escuchó ya muy cerca, a doscientos pasos, un rumor de caballería, de sables, y, en medio del polvo, pasó como un celaje, un birlocho con un oficial galopando a caballo y un grupo de soldados a la escolta. Mientras muchos se preguntaban qué ocurría, alguno del pueblo, más pronto, gritó a plenos pulmones: —¡Viva don Diego Portales! ¡Abajo Santa Cruz!

¡Era el año 37, en efecto!

Vidaurre corrió al interior a buscar su kepí, ceñirse el cinturón y el sable. La patrulla se detenía entre tanto en el ángulo de la plaza, en casa del gobernador Morán. Saltaron del birlocho dos caballeros embozados en sus capas y penetraron al interior. Y mientras la puerta se cerraba, el coche vacío y la escolta se retiraban lentamente hacia la plaza, donde a la puerta del cuartel un grupo de oficiales fumaba en torno de una gran fogata, se adelantaba a investigar qué cosa ocurría.

Cuando la señora Bernarda volvía a sentarse a la mesa, se notó que el coronel había partido.

—Ha ido a saludar al señor Ministro.

—Pálido iba . . . —agregó el cura, y si alguien entendió, nadie hizo la menor alusión. Sin embargo, parecía aún sonaba el galope . . .

Era el hombre omnipotente de Chile, el Ministro popular, el organizador de la guerra, el recién llegado a Quillota, que había partido a las once de la mañana de Valparaíso para revistar las tropas de la expedición.

La cena terminó con el benedicite. Se santiguaron todos, y la Carmen, la menor de las hijas de doña Bernarda, que vivía a su lado, muchacha hermosísima de veintidós años ya, se levantó ruidosamente, golpeó sus manos e imitó el grito callejero:

—¡Viva don Diego Portales! Te digo, madre, que es él mismo —agregó haciendo un mohín que hasta el señor cura encontró precioso.

—¡Qué ha de ser! ¡Y aunque lo fuera!

—Natural; ¡aunque lo fuera . . . ! Pero lo que yo digo es sólo esto, entiéndalo su merced: es-el-mis-moooo!

—¿No sabes tú, Merceditas, que don Diego estuvo enamorado de mí? Oye; aquí lo niegan todos. Pero mañana voy a dar la prueba. Hace siete años justos . . . tenía yo quince apenas y decían que parecía ya una mujercita. Había leído unos versos de amor en que figuraba una pastora y un príncipe. El príncipe era pálido, de ojos azules, pensativo; la pastora era de colores vivos, alegre, cantora. Yo pasaba las tardes suspirando. Era la edad de los suspiros . . .

—Y aún suspiras —interrumpió doña Bernarda.

—Ahora suspiro cuando me acuerdo; pero antes suspiraba porque sí y a todas horas. Era un día . . . ¡Señor cura! No me ponga usted orejas con la esclavina, porque es cierto que lo he contado; pero Merceditas no lo sabe . . . Era una mañana y llegó aquí el señor Alsina de Santiago y presentó a mi madre a un joven del puerto con el cual venía. Señora madre habló con Alsina, y como era cerca la hora del almuerzo, lo invitó con su amigo. El caballero y el joven se quedaron pues. El era lampiño, flaco, de ojos claros, pero con tanta luz; de labios muy finos, de frente grande, así despejada, como llena de cosas y de ideas. En la mesa me miraba y cada mirada me ha-

cía temblar. Yo bien sabía que ni él era el príncipe ni yo la pastora; pero me embelesaba soñando en que si lo hubiéramos sido nos habrían salido en verso las cosas de amor... Después del almuerzo; mientras mi madre hablaba con Alsina de la hacienda, yo me puse a andar y el joven me seguía. Me preguntó por mi vida, por mis gustos. Me contó la suya y reímos mucho. De repente se puso serio y me dijo: "Señorita Carmen. Usted es una niña y yo un hombre. No podré olvidar nunca su alma tan sincera. Como el marinero que pasa embarcado y ve en la orilla una casa blanca y una sombra de árboles y dice: "si desembarco un día, iré a descansar en ese rincón", yo le digo a usted que si mis negocios me dan tregua y puedo un día bajar a tierra, vendré a pedirle que me diga si he llegado a interesarle y si puedo ser su compañero en la vida". Cuando se despidieron él no dijo su nombre; y Alsina, según dijo mi madre, volvió a repetirle que era un amigo suyo y un caballero distinguido. Más tarde, a la oración, uno de los mozos de Alsina volvió con un ramo de rosas. Cuando lo abría encontré entre las flores un papel que traía unos versos. ¿Quieres conocer una estrofa?

*Las bellas flores que su aroma exhalan
Con sus matices causan mis enojos;
No me divierten, porque no se igualan,
Bella, a tus ojos! ¹.*

Nunca más supe de él. Pero un día un señor Cereceda que me conoció en Valparaíso, se quedó repitiendo mi nombre: "¡Carmen Marín! ¡Carmen Marín! ¿Dónde he oído, Dios mío, este nombre? ¡Zás! Ya me acuerdo. ¡Don Diego!" Y no dijo más. Yo me enrojecí, y cuando estuve sola lloré. Porque sí; me dejó un recuerdo. Ahora ya no me importaba nada el don Diego; pero yo digo, porque no puede ser otro, que el Ministro Portales fue mi primer amor...

—¡Cosas de niña indiscreta! —dijo doña Bernarda, mientras daban las cartas.

El toque de queda resonó sobre Quillota. La breve retreta en la puerta del cuartel, repitiendo un acorde sonoro y grave, quedó vibrando en la noche.

¹ Versos de don Diego Portales.— N. del A.

Media hora más tarde entraba Vidaurre a la casa y marchaba resueltamente a su habitación. Seguía la de doña Bernarda y más allá la de Carmen. Oyóse un tiempo el rezo coreado del rosario, en medio del cual se destacaban la voz plateada de Carmen y los gangosos amén de la servidumbre.

El coronel-conspirador se había arrojado semivestido sobre la cama. Sus impresiones del día y de la noche hacían desfilar una violenta cabalgata de figuras. Su corazón latía con violencia. Pertenece a una época en que, frescos en el mundo los recuerdos de Bonaparte, general y emperador, echaban raíces en América, al amparo de la desorganización de los gobiernos. Había sido militar para jugar su vida en las batallas y para mezclarse arduamente en la lucha civil por una constitución o un ideal democrático. A su lado su padre, su madre, sus hermanos, sus compañeros de armas, hablaban del gobierno. No se conocía todavía medio alguno de efectuar reformas o de llevar ideas de progreso al poder, que el uso de las armas. Todo capitán llevaba su ideal político encarnado en un coronel o general; todo coronel o general, en una revolución. Vidaurre había respirado ese aire a plenos pulmones. No comprendía bien al gobernante que no llevara una espada al cinturón y un regimiento a sus órdenes. Los civiles podían redactar las leyes y pronunciar los discursos; pero el mando era propio del militar. "Parece mentira —decía en ese tiempo un oficial al ver a Portales paseándose a la orilla del mar en Valparaíso— que ese hombre que va allá sea obedecido en todo Chile, cuando yo solo podría ahogarlo como a un gato".

Vidaurre no podía conciliar el sueño. Los dados estaban tirados ya; la conspiración del cuerpo expedicionario era conocida de muchos. ¿Sabía algo el Ministro? ¿A qué venía a Quillota? Y el coronel recordaba lo que meses antes le había dicho Portales:

—Me dicen, coronel, que usted me va a hacer una revolución.

—Será el señor Ministro el primero en saberlo —había contestado el conspirador.

En esos momentos angustiosos en que el hombre se fatiga de traicionar y de mentir, Vidaurre había sentido la necesidad de un altercado violento con el Ministro, de una injuria salida de sus labios, de una injusticia, de un acto cualquiera que justificara su rebel-

día. Pero el Ministro le había dicho al despedirlo en la puerta de la casa del gobernador:

—Coronel, le he traído una gorra y una espada, aunque no tan buenas como yo desearía.

En la pieza del lado terminaron los avemaría, y muy pronto la voz de Carmen rompió la calma del jardín con un canto de amor tarareado a media voz. Era una de esas tonadas chilenas compuestas en la soledad del campo a la cual España comunica algo de su música; pero Chile pone la tristeza de sus montañas.

Allí estaban cerca, la muchacha que veía en el Ministro un grato y sentimental ensueño de su vida; y el conspirador que sentía su mano al cuello sofocado por las dudas y los remordimientos.

Y así transcurrió la noche serena de Quillota precursora de tristes días. Los sapos hacían venir desde el estero el rumor enervante de su serenata sin fin. La niña dormía sonriente. El conspirador veía atormentado.

• • •

Desde el amanecer, el Maipú había salido a la plaza a hacer ejercicios por compañías. Difundida la noticia de la llegada del Ministro al pueblo, habían acudido muchos hacendados del vecindario con sus hijos y sirvientes. En los cuatro ángulos de la plaza se acumulaban para observar a los soldados y atisbar el momento en que don Diego Portales saliera de su alojamiento. Circulaban también, desde hacía cerca de un mes, rumores siniestros sobre una revolución y sobre el próximo asesinato del Ministro de la Guerra. Muchos repetían que la expedición al Perú no llegaría a salir de Valparaíso y que don Diego no volvería a Santiago después de ese viaje. En el camino, el Ministro había encontrado a más de uno de sus amigos y a mensajeros con cartas de otros en que le contaban todos estos tristes vaticinios, recomendándole precaverse. Pero los rumores vagos y contradictorios se basaban en la defección de Vidaurre, cosa muy difícil de admitir para la leal y franca naturaleza de su jefe y amigo. La mayor parte de los vecinos que llegaban a Quillota no sabían nada preciso; pero encontraban imprudente la venida del Ministro. Algo flotaba en la atmósfera. La oficialidad era joven y disoluta. Confi-

dencias hechas a una mujer bajo la influencia del alcohol, habían llegado por boca de los capataces a los dueños de la hacienda.

Don Pedro Mena había preguntado pocos días antes a la viuda Torreblanca:

—¿Cómo duerme Vidaurre? ¿No tiene pesadillas?

Doña Bernarda le pidió más explicaciones; pero él cambió de conversación. El gobernador le había hecho notar que el coronel enflaquecía a la simple vista y era notable su semblante demacrado. La misma viuda, su tía, oía algo inquietante, un run-run que crecía y bajaba, volvía a crecer y quedaba siempre en un diapason más alto. Pero ella tenía miedo de investigar. Antigua o'higginista, miraba con celos la autoridad de Portales y hasta con antipatía el hecho de que no le hubiera suspendido su destierro; pero era su partidaria decidida.

Durante dos horas los soldados del Maipú, jóvenes vigorosos, la mayor parte mestizos y uno que otro mulato, mal equipados y vestidos, con aspecto de reclutas, hicieron evoluciones en torno de la plaza. Por las calles vecinas cruzaban las carretas con toldo curvo, como se hacían entonces, los arrieros de largo bonete maulino y los piños de ganado en la ordinaria faena agrícola de esa feraz región. El tambor batía incesantemente llevando el compás de la marcha. Los oficiales corrían a detener los movimientos mal comenzados. Era el ordinario trabajo de la instrucción de los reclutas.

—No podría creerse que estos soldados han de ir pronto a la guerra —dijo un caballero que contemplaba en lujosa montura y rebuscados arreos campesinos, el cuadro de la plaza, a su vecino.

—¿Y si no van a la guerra?...

—Menos podría creerse que estuvieran pensando en derrocar al Gobierno.

—Basta que lo sepa el coronel. Pueden no estar en el secreto los oficiales y menos los soldados.

—Todo puede ser.

Las alarmas eran vagas. No había punto alguno sobre el cual descansar suposiciones fundadas. El rumor salía de las chinganas, eran ciertamente confidencias de noches de desorden. Una mujer, querida de un capitán, había dicho a otra:

—Cuando mi hombre sea coronel, porque no pasarán veinte días...

Y era todo. Otra había asegurado, bajo secreto, que no habría expedición al Perú. De allí el sirviente, el arriero, el gañán, la mestiza, llevaban estos rumores a la casa, donde se traducían al lenguaje de las circunstancias. No habría expedición, con el asesinato de Portales, pues el Ministro la impulsaba con todo el fuego de su alma y la convicción tenaz de su mente.

Cuando ya comenzaba a quemar el sol y en la parroquia tocaban para la misa del sota-cura, el Ministro, que había terminado su correspondencia, salió a la puerta y desde allí con Necochea y el gobernador comenzó a observar la tropa. Algunos jinetes que estaban cerca se descubrieron respetuosamente. Dos o tres se desmontaron y acudieron solícitos a saludarlo. Era don Diego, a la fecha, hombre de cuarenta y cuatro años, delgado, más bien alto, de ademanes francos, de armonioso y desenvuelto andar. Caballero español, era cortés y obsequioso con ricos y pobres, galante con las mujeres. Aún a su edad, después de las preocupaciones de los negocios, conservaba una sonrisa infantil en sus labios bien dibujados. Esta sonrisa estaba grabada en el alma de Carmen Marín, y parece que la misma era inolvidable para sus enemigos porque las comisuras de su boca dibujaban la más fría e irónica mueca. No tenía la palidez marmórea del tísico, ni la amarillenta del bilioso; era pálido como flor de conservatorio, a fuerza del largo tiempo que pasó encerrado en oficinas y gabinetes.

—¡Es un buen mozo! —decían cerca de la casa del gobernador las mujeres.

Y, realmente, entre Necochea, adusto y marcial, Morán y Cavada encogidos, don Diego se veía un cumplido mozo. Colgaba su capa española a lo largo del cuerpo, dejando ver el frac correcto de la época con amplia vuelta en torno del cuello.

Después de un momento de conversación, preocupado por la instrucción de la tropa, avanzó hacia los árboles que encuadraban la plaza.

—Me parecen simples reclutas, coronel, dijo a Necochea.

—Así es —repuso éste—, pero creo que es buena gente y se conducirá bien en las batallas.

Cuando don Diego volvió encontró en la puerta de su alojamiento a doña Bernarda, a Carmen, a Mercedes Mena su prima, a la familia Mira y a otras personas distinguidas del vecindario. Cuando, después de algunas presentaciones, sus ojos se encontraron con los de Carmen, el Ministro se adelantó obsequioso.

—Si la señorita tiene buena memoria . . .

—¡Oh! ¿Si la tengo? ¿Pero no teme usted que le eche en cara lo olvidadizo? Ya han pasado siete años. ¡Calcule usted cuánta agua habrá pasado por el estero!

—Realmente. Pero yo no me olvidé. Era entonces un tarambana.

—Y yo una aturdida.

—Yo he dejado de serlo ya.

—¡Pues yo no! —y la niña le hizo una graciosa reverencia que ruborizó al Ministro y se alejó. Pero luego, volviendo por una idea rápida que le había venido, agregó:

—Anoche he contado en casa que yo he recibido un ramo de rosas de don Diego Portales con unos versos . . . para mí . . . Dígalo usted si es cierto.

—¡Ciertísimo! —exclamó el Ministro—: las rosas eran bonitas; los versos feos; la intención la mejor del mundo.

—Las rosas se marchitaron ese día; la intención al día siguiente.

—¿Y los versos?

—Esos los guardo . . .

—¿Me los dejará usted ver?

—Cuando sea usted Presidente o vuelva preso el mariscal Santa Cruz.

Todos celebraron el diálogo. Portales quedó pensativo y luego fue al jardín. Cuando iban a anunciar el almuerzo, el Ministro apareció de nuevo con un ramo de rosas y acercándose a doña Bernarda y sus acompañantes, dijo a Carmen:

—Esta vez son sin versos y delante de la mamá.

—Gracias. ¡Creo que éstas van a durar más! —dijo Carmen.

—Y probablemente no le harán a Ud. reír—. Y agregó en voz baja:

—Rece usted por mí, que tiene una alma buena.

Carmen no pudo esta vez bromear. La voz triste del Ministro la hizo recordar la otra, la tierna, apasionada, entusiasta voz de antes, y bajó los ojos.



Inmediatamente después del almuerzo, el Ministro fue con sus acompañantes al cuartel de Cazadores. Allí vio los caballos, apreció como buen chileno sus condiciones, dictó medidas para la disciplina y la preparación del viaje, y continuó su visita a los demás cuarteles. A las 2 de la tarde, bajo un sol tibio, comenzaron a salir a la plaza algunas compañías del regimiento. Esta vez el vecindario, que dormía la siesta, se había desinteresado ya del espectáculo esperando su repetición mientras durara la visita del Ministro. En la puerta del cuartel de Cazadores un corneta ensayaba su lección ejecutando repetidas veces un toque largo y lastimero que probablemente era el de silencio. Durante media hora no lo turbaban sino esas notas desafinadas y chillonas y el ruido de las marchas y contramarchas de la tropa. Los soldados habían recibido cartuchos a bala, los oficiales parecían inquietos, el coronel Vidaurre que se detuvo un momento en la puerta del cuartel para hablar con el Ministro, salió también afuera y muy pronto le envió un ayudante a decirle que el regimiento estaba ya formado.

Tres costados de la plaza presentaban la doble línea de soldados vestidos de brin blanco con la hilera uniforme de bayonetas centelleantes al sol. El viejo estandarte al centro, las cajas batían una marcha acompasada, nadie movía un músculo. El Ministro apareció al frente en la ancha y vieja puerta del cuartel. Era el representante del poder civil de Chile, ante la expedición. Ese hombre joven, pálido, con su frac abotonado, su sombrero negro, que miraba fijamente el cuadro militar que había soñado y preparado con su genio organizador, estaba frente a su destino y no lo veía. En el centro de la plaza y en línea recta a la puerta del cuartel, diez pasos delante del cuerpo y ochenta a cien distante de Portales, el coronel Vidaurre, de gran parada, tenía desenvainada la espada en medio de sus ayudantes. El Ministro estaba al frente de su victimario; pero no lo sabía. ¿Lo temía acaso? ¿Por qué no vacilaba? Lentamente, con la ca-

beza erguida, los ojos claros penetrantes, comenzó a recorrer cada compañía, mirando fijamente a los soldados, deteniéndose un momento ante los oficiales.

—¡Capitán, tiene usted una hermosa compañía! observa frente a Arrízaga.

—¡A las órdenes del señor Ministro! —exclamó éste.

Continuó Portales avanzando...

Entre tanto, a la orden de Vidaurre las compañías revistadas marcharon por detrás. El coronel no fue preciso en la orden, pues sin prevenir que pusieran armas al hombro, cuando estaban en descanso, mandó desfilar. Hubo desconcierto y cada soldado hizo como pudo para quedar en situación normal. En ese momento el corneta de Cazadores seguía imperturbablemente repitiendo sus toques.

En medio del movimiento de tropas, Necochea observó que estaban encerrados en un cuadro estrecho y llamó la atención del Ministro. Pero la voz de un capitán ordenó preparar armas y apuntar y, avanzando hacia el Ministro, dijo con voz fuerte:

—Dese usted preso, señor Ministro, pues así conviene a los intereses de la República.

Lo demás lo conoce la historia y lo cuenta en crónica exacta. En la tarde, el vecindario de Quillota supo que don Diego Portales estaba preso. A las cinco de la tarde salieron en dirección a Valparaíso 30 soldados de infantería y 25 cazadores con carta para el coronel Boza, amigo, compañero y hasta compadre del conspirador.

Cuando en la mañana salió el birlocho conduciendo al Ministro, escoltado por Florín, algunos cazadores y el resto de la tropa, Carmen Marín no pudo ver a su amigo; pero recordó sus palabras. Aún lucían frescas las rosas en el florero que estaba sobre su mesa.

—Ante noche —decían todos— llegó el Ministro gobernando y hoy va prisionero.

Ni los amigos ni los deudos de Vidaurre ni los enemigos del Gobierno, dejaban de condenar la traición del amigo y protegido.

—¡Así es la política! —decían unos.

—¡Esa es la carrera militar! —repetían los más, convencidos entonces de que la espada impone también la traición, después de tanto motín y revuelta.

Desde ese momento el pueblo que había sido el centro de la revolución, quedó velando día y noche en espera de noticias. El drama se había desarrollado rápido y silencioso, delante de los ojos espantados del vecindario, y era natural que todo él permaneciera con el oído atento hacia Valparaíso. A sus puertas debía representarse el último acto. Si el coronel Boza participaba siempre de sus ideas y de sus compromisos con Vidaurre, el Valdivia haría causa común con el Maipú. Ignoraban en Quillota que Boza había sido retirado de ese puesto y guardaba prudente reserva delante de su amigo y compañero de armas metido ya en el océano tormentoso del rebelde.

En las buenas casas, y en los fundos vecinos, la gente dormía por turnos dejando siempre a algunos de los deudos en la puerta embozados al calor del brasero y en espera de mensajes. Pero nada llegaba. Hacia Valparaíso, la noche, la obscuridad, el misterio.

Doña Bernarda tuvo sin embargo en la mañana del cinco de junio la noticia de un soldado desertor del Maipú que se había fugado a caballo y arrojado en el camino el uniforme. Era un individuo del fundo, y el mayordomo no perdió tiempo en venir sigilosamente a contar las noticias. Parecía que los mensajeros mandados por Vidaurre a Valparaíso regresaban con malas noticias; la revolución no prendía en el puerto. “¿Se habían olvidado —decía Carmen— que allí conocen a don Diego?” Agregaba el desertor que las tropas de Valparaíso habían tomado posiciones en el Barón.

Estas noticias, que fueron transmitiéndose de boca en boca en todo el pueblo bajo promesa de secreto, hicieron nacer fuertes angustias en los enemigos del Gobierno y alentaron mucho a sus partidarios. Carmen Marín, a pesar de los tristes presentimientos que habían hecho nacer en su alma las palabras de su amigo, estaba segura de verlo otra vez en Quillota.

Cerca de la noche, dos nuevos desertores llegaron al pueblo. Estos no sabían explicar nada; pero revelaban el más profundo terror. Cuando el Gobernador se preocupó de hacerlos buscar habían desaparecido sin dejar rastro. Desde la oración, de hora en hora, algún galope resonaba en la calle y hacía salir a los vecinos en demanda de novedades.

—Se pelea desde Viña del Mar hasta el Barón —era la respuesta.

—¿Y el Ministro?

Nadie sabía nada. Se suponía por algunos que regresaría escoltado a Quillota en caso de derrota de Vidaurre, y el cura, que era de esta opinión, se preocupaba ya de preparar un plan de ataque contra los sublevados. A las tres de la mañana se sabía de un combate sostenido en que el éxito era dudoso para los amotinados. Desde ese momento, lo que parece inverosímil, comenzó a susurrarse que el Ministro no escaparía de la muerte. Sin embargo, Carmen Marín no supo una palabra de estas murmuraciones que tomaban cuerpo en la plaza.

Casi nadie dormía. Eran momentos de ansiedad y de dudas mortales. Se compadecía a Portales y a Vidaurre al mismo tiempo. No se sabía aún quién sería la víctima, y el pueblo se inclinaba a lamentar la situación de ambos. Pero, a eso de las cuatro y media, muy oscuro el cielo todavía, ruido de galopes turbó la aldea. Primero pasaron dos soldados sin detenerse. El vecindario estaba casi todo acumulado en la plaza; se hablaba, se interrogaba; los hombres iban envueltos en sus ponchos de castilla y las mujeres en grandes pañuelos de rebozo; había algunas señoras que rezaban el rosario en voz alta. A cada instante se avisaba o se escuchaba el paso de nuevos soldados. Un individuo que pareció a todos un oficial, cubierto con una manta listada y sin sombrero, montado en un caballo oscuro que parecía venir de fresco, se detuvo en la puerta del gobernador y gritó con voz estentórea:

—¡El Ministro fusilado!

Luego apretó espuelas al caballo y siguió a galope tendido como en dirección a Santiago.

Carmen Marín había oído como todos. Se acercó temblando a su madre, se apoyó en ella, acercó su rostro quemante por las lágrimas a las mejillas de doña Bernarda y con la voz entrecortada por los sollozos le dijo:

—Recemos la letanía de la buena muerte, madre. Seguramente lo han fusilado.

Y a esa hora, mientras los revolucionarios volvían la espalda a Valparaíso, el cadáver del Ministro, de cara al cielo, yacía tendido en su sangre. Todo el mundo se arremolinaba frente a la casa de Morán. Este no había recibido más noticias. Vidaurre estaba derrotado. Del Ministro no se sabía nada.

Y así llegó la madrugada, pasando los espíritus por las alternativas de las noticias. Nadie tenía dudas del aborto del movimiento; pero sobre la vida de Portales se abrigan esperanzas. A mediodía se conocieron los detalles; el Ministro de la Guerra había sido fusilado en el Barón, junto con Cavada.

Durante todo el día pasaron desertores por el camino, y cerca de las tres de la tarde se escuchó un breve tiroteo cerca de Quillota. Grupos de infantes del Maipú pasaron por el pueblo con marcha veloz en completo desorden; iban heridos, cubiertos de polvo, y no se detenían. Un cuarto de hora más tarde se escuchó un toque de clarines y a lo lejos, bajo el sol radiante, apareció la caballería de Valparaíso con las lanzas en ristre. Los oficiales, a pesar del ardor de la persecución, habían tenido tiempo de colocarse un trapo negro al brazo en señal de duelo.



Se supo en Quillota que el día 5 de julio habían partido de Valparaíso, en dirección a la capital, los fúnebres despojos del Ministro. El pueblo entero preparó el homenaje más conmovido y sincero a esta figura que crecía en el afecto nacional con la aureola del martirio. Se anunció que, cerca del mediodía, se acercaría a la ciudad el cortejo salido de la plazuela de la Merced de Valparaíso, después de las honras religiosas celebradas por el descanso de su alma. En caballos, carretas, birlochos, a pie, cada cual según sus medios, el vecindario salió de la ciudad para ver pasar la procesión que iría a pernoctar más al sur en viaje a Santiago. Era pintoresco el espectáculo de la muchedumbre acampada a orillas del camino real, con servicios de mensajeros apostados a cierta distancia para conocer con exactitud la hora del tránsito. Se trataba de una solemne apoteosis, iniciada con las ceremonias de Valparaíso, la extracción del corazón del gran ciudadano y la solemne despedida del cortejo, al salir de la ciudad, prolongada a lo largo del valle central de pueblo en pueblo, de aclamación en aclamación, de iglesia en iglesia, hasta la entrada a la capital el día 13 en medio del pueblo, del ejército, del clero, de las corporaciones civiles, del Gobierno.

Estaba alto ya el sol, cuando las campanas de una capilla, situada en el caserío vecino a Quillota, comenzaron a doblar. Muy pronto se escuchó en el silencio del campo el lúgubre son de las cajas militares. Destellaron a lo lejos las lanzas de los batidores y un grupo compacto, lento, fue marcando paso a paso sus formas. Interrumpido por las ondulaciones del terreno, por las cercas y matorrales de ambos lados del camino, presentando a veces la sola mancha de frente, y otras, una faja oscura y movable del costado, según el curso de aquél, el cortejo se iba aproximando en solemne formación. Luego la banda militar hizo escuchar los acordes de una marcha acompañada, y pudo oírse el ruido sordo de la cureña, al pasar sobre los guijarros. Desgarrador y majestuoso, este cuadro del duelo y de la justicia postrera sobre un gran chileno, se desarrollaba al través de los campos sembrando en todas partes un germen de respeto a la autoridad civil y un sentimiento de nacionalidad avanzada.

Al acercarse a la ciudad los restos, el gobernador, el cura revestido con los ornamentos, avanzaron por el camino al encuentro del ataúd. Allí recitó éste sus preces, hizo los asperges rituales y se colocó al lado de la caja, donde el estandarte patrio cubría con la sombra de la inmortalidad los despojos del mandatario.

Los batidores abrieron sus caballos para despejar del camino al pueblo que se arremolinaba en desorden. Todo el mundo se descubrió y las mujeres rezaron en voz alta al ver la cureña arrastrada por los soldados. Más atrás, una nota tristísima debía conmover hondamente a los vecinos de Quillota: el birlocho del Ministro, enlutado, seguía con su caballo tirado de las bridas por un sargento. Después, dos compañías de los cívicos que heroicamente habían resistido las fuerzas de Vidaurre y una del Valdivia que se mantuvo fiel al Gobierno.

En los momentos en que la cureña iba a enfrentar el grupo de las señoras donde los hacendados y las familias aristocráticas se arrojaban instintivamente, Carmen Marín avanzó con el ramo de rosas ya secas en las manos y doblando una rodilla lo colocó sobre el ataúd.

El cortejo siguió con la gente de a caballo que había ido engrosándolo y que formaba ya un regimiento de gallardos jinetes. Allí

se agregaron otros y a las dos de la tarde se perdía en el horizonte la nube de polvo levantada.

• • •

Mientras se iniciaba el proceso de Vidaurre y sus cómplices, un hombre sufría en Chile torturas infinitas. El coronel Boza, que había sido comandante del Valdivia, hasta pocos días antes del motín de Quillota, estaba unido a Vidaurre por lazos de una gran amistad y compartía con él sus ideas, sus proyectos, sus esperanzas. Nunca se ha sabido cómo ni por qué fue separado del puesto en que debía secundar al comandante del Maipú; pudo ser causa la sospecha; pudo intervenir ese misterioso azar que desbarata ciegamente lo que los hombres combinan con trabajo. El hecho es que, mientras Vidaurre marchaba ciegamente al encuentro de su destino, Boza quedaba relegado a relativa obscuridad como jefe de los guardias cívicos del puerto.

La primera avanzada dirigida, después de la prisión del Ministro Portales hacia Valparaíso, llevaba una carta para Boza. ¿Llegó? ¿Se extravió en el combate? ¿Pasó a otras manos? En todo caso era tarde; ni Boza disponía del Valdivia ni, probablemente, en caso de disponer habría querido dirigir sus fuegos contra el Gobierno.

Eran los militares conspiradores las más complejas y románticas figuras que ofrezca la América del Sur. Dejemos a un lado los mestizos y mulatos, déspotas sanguinarios o ridículos mandones; los capitanes ambiciosos que seguían obsesionados por los planes de Bolívar; los dictadores que aspiraban a fundar con autoridad arbitraria una constitución de libertades; nos referimos solamente al jefe de regimiento, al autor de pronunciamientos, palabra castellana que han sacado de España todos los países para señalar este rápido golpe de armas que comienza en el rincón de una caserna y puede cambiar un gobierno. Son numerosos los que murieron por no delatar al amigo, por no dar luz alguna sobre los planes madurados. Tenían un código de honor especial formado por monstruosas depresiones del sentido moral y por sublimes renunciaciones. Eran inteligentes, entusiastas, imaginativos, vivían sobre una inflamada concepción de ideales y quimeras, se creían obligados a poner su espada no al servicio del orden y de la autoridad, sino del principio que pugnaba desde abajo

por imponerse. Los conspiradores estaban siempre con el débil contra el fuerte, con la minoría contra el Gobierno. Apenas triunfaban, ya volvían la espalda a la causa sostenida para prohijar lo que venía en seguida, como los tumbos que suceden a las olas en la incesante marea.

Carmen Marín había elevado, con el elocuente sentimiento de su juventud, un verdadero culto a Portales. Su madre, sus hermanos, sus primos, participaban por entero de este entusiasmo avasallador. Todo lo que publicaban los papeles, los editoriales oratorios de "El Mercurio", las notas solemnes de "El Araucano", los discursos, sermones, proclamas del ejército del sur, los acuerdos del Congreso, todo llegaba a casa de doña Bernarda antes que a parte alguna. Y allí se imponía del curso del proceso de Vidaurre el gobernador mismo, y allá llegaban en busca de noticias los vecinos. La frase de Portales dicha a Carmen, vaticinando su destino, había corrido de boca en boca. Nada tenía pues que el pueblo comenzara a llamarla "la novia del Ministro".

Después de escribir una carta a su pariente, la viuda Torreblanca, el coronel Boza llegó a Quillota a ocupar la misma habitación que tenía Vidaurre. Venía el militar demacrado y enfermo. Enfermo del cuerpo y del alma, como decía su esposa. Allí debió soportar día a día la conversación sobre los hechos presenciados por toda esa gente. Supo todo lo odioso y aleve de las últimas escenas del motín. Se mostraba pensativo, caviloso, y un día, después de oír a Carmen recitar inspirada los versos de la poetisa chilena², su pariente inmediata:

*Justicia eterna ¿cómo así permites
que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
del tesoro precioso,
en que libró su dicha y su reposo
la patria, y así tornas ilusoria
la esperanza halagüeña
que un porvenir a Chile prometía
de poderío, de grandeza y gloria?*

² Los versos transcritos forman parte de un poema escrito con motivo del asesinato de Portales por doña Mercedes Marín de Solar (1804-66).— N. del R.

el antiguo conspirador se conmovió de tal manera que sus lágrimas estallaron. Esa misma noche el coronel se confió en doña Bernarda y le expuso la inquietud de su alma. A pesar de haber sido retirado del Valdivia, el coronel podía haber sublevado al cuerpo. En este caso Valparaíso no habría resistido al primer ataque del Maipú y probablemente el Ministro no habría alcanzado a ser inmolado en el Barón. Si, en cambio, hubiera dado aviso al Gobierno de la conspiración, pidiéndole anticipadamente el perdón de las víctimas, habría salvado la vida de Portales y también la de Vidaurre cuyo proceso se terminaba ya, pidiendo la pena de muerte. El cuadro de sangre que se ofrecía a su vista le parecía causado por su debilidad. Boza era hombre de corazón y no encontraba paz alguna para su existencia, después de los hechos dolorosos acaecidos entre Quillota y Valparaíso en pocas horas que le parecieron un siglo.

Pero faltaba a su expiación la más dolorosa parte. Fusilado Vidaurre, su cabeza fue llevada a Quillota. Alzóse en la plaza un poste con una pequeña plataforma en su extremo, y al son de tambores, se colocó el sangriento despojo en ella, mientras se leía una proclama del general en jefe del ejército restaurador a los soldados que Vidaurre había seducido: "La cuchilla sangrienta de la justicia ha descargado su terrible golpe sobre la cabeza del ex-coronel Vidaurre y siete más de sus principales cómplices en el motín del 3 de junio . . . El primero, traicionando la confianza que el Gobierno depositó en sus manos con que le colmaba el Ministro de la Guerra, Portales, levantó el estandarte de la más negra rebelión . . ." El pueblo que asistía a este acto de terrible vindicta, se alejó en silencio.

Allí quedó, bajo la lluvia torrencial del invierno que había llegado tarde pero riguroso, la oprobiosa enseña de la justicia inexorable. Como estandarte de infamia y de vergüenza alumbró en las almas nobles pero extraviadas de los conspiradores, una nueva luz; los deberes de lealtad al Gobierno, la subordinación del ejército, el castigo del crimen político.

Boza erraba por los campos pensativo. A cada momento le parecía ver al amigo desgraciado que le reprochaba su abandono de última hora, su silencio, su debilidad. Vió desaparecer un día la cabeza de la picota, supo que un sargento la había encontrado entre unas matas de palqui comida de perros y abierto para ella una fosa

con una cruz. No había otro símbolo que quisiera cubrir con el perdón estos pobres despojos profanados, que antes abrigaron ideas de ambición, planes de gobierno, cambios profundos en el país, y ahora rodaban en la tierra maldecidos por los hombres. El coronel inclinó su alma ardiente a un exaltado misticismo. Una noche saltó los muros del cementerio de Quillota y dirigiéndose a la fosa donde quedaba la calavera del coronel Vidaurre, la sacó cuidadosamente y desde entonces la guardó con él.

Segunda parte

Los años pasaron y la pobre y austera vida del país parecía recibir un soplo de renovación y de progreso. Era Santiago, a pesar de ser asiento del Gobierno, una simple capital de provincia, de área más extensa que la ciudad colonial; pero más polvorienta y abandonada. Aún se mantenía el carácter romántico y sentimental de las muchachas —relegado hoy día de las clases altas a otros intermedios— y parpadeaba sus últimos fulgores en el militar esa llama entusiasta de la política que debía el mismo año —1851— tener dos estallidos, puede decirse los últimos de nuestra historia.

Era un mediodía de marzo. El duraznero acababa de pasar con sus árguenas repletas, llenando la solitaria calle con sus sonoros gritos. De la vecindad del Mapocho venían los rebuznos de las recuas de cargadores de piedra y arena para alguna obra de la ciudad. Y podría decirse que la capital de la República no daba otro signo de vida, porque enmudecían sus campanas, tan vocingleras por la mañana y por la tarde; no traficaba un solo coche y las carretas estaban detenidas en los posadas, para dar a carreteros y capataces, lugar y tiempo de dormir la siesta después de la comida.

Una señora, hermosa y bien formada, probablemente vecina a los cuarenta años, pero ciertamente pasada de los treinta y cinco, estaba entretenida en bordar una alfombra para arrodillarse en la iglesia, tras de la reja de la ventana, en su señorial y vetusta casa que miraba al tajamar. Absorta durante mucho tiempo en su labor, que consistía en recortar flores de lana de realce, sobre fondo negro, dejando redondeados sus bordes con gran prolijidad, había dejado de mirar hacia la vereda como era de costumbre. La Rosa chica, vieja

sirviente de estatura monumental, que llevaba ese apodo porque en su infancia no se podía llamarla sin que apareciera su madre —que era Rosa también—, se había quedado embelesada en la labor de la señora, con las dos manos cruzadas sobre su abdomen prominente, e interrumpió el silencio, al ver al frente, arrimado a un álamo, un fraile en actitud estática:

—¿Ve la señorita ese religioso franciscano? Parece que estuviera esperando algo.

—No es ni más ni menos que Fray Andresito³. ¡Qué ciega estás, Rosa chica!

—Ahora se saca el sombrero y mira al cielo... ¿qué mirará?

—¡Y se santigua!

—¡Misericordia!

— Misericordia! —gritaron al mismo tiempo las dos mujeres, con palabras consagradas por la vieja tradición en Chile, cuando tiembla. Y en realidad temblaba porque vino un movimiento fuerte y después siguió un largo ruido y luego otro remezón que hizo salir a todo el mundo a la calle.

—Pero mire usted, señorita, exclamó la Rosa chica, mirando al lego que se alejaba. Bien dicen que es santo. A nosotros no nos cuentan cuentos, lo hemos visto.

—Así es —dijo la señora, con sencillez—. Es un santo. Y como dicen que favorece especialmente a los que contribuyen al altar de una nueva santita, que es su patrona, yo le prometo una limosna si viene él mismo a buscarla. Tengo que saber algo que él sólo me lo puede decir.

—Pues yo lo sé, señorita.

—¡Qué sabes tú!

—Digo; sé lo que su merced quiere saber.

—Ya lo creo. Eso te lo he dicho tanto. Si se habrá salvado el hombre que yo tanto quise.

Se trataba de Portales, y la mujer era Carmen Marín. Muerta su madre, dueña de una fortuna, había rechazado un pretendiente. El culto al joven enigmático que apasionó sus quince años y que volvió

³ Nombre dado en Chile a fray Andrés Filomeno García, hermano do-

nado de la comunidad franciscana, fallecido en 1853.— N. del R.

más tarde a hablarle en víspera de su muerte, se mezclaba ahora a la inmortalidad de su fama. Habían cambiado en torno suyo las opiniones; después de la glorificación, la controversia; luego comenzaba una aurora tranquila de apoteosis histórica. Carmen no había cambiado. Si no fueran perecederas como nosotros, serían las mujeres los mejores pedestales para presentar a las generaciones futuras a los hombres de genio. Injustas y apasionadas a veces, comprenden al hombre como fue; no lo desfiguran, no lo analizan, no lo adulteran. Con los años, Carmen se había hecho religiosa. De la tragedia del Barón le quedaba la duda mortal de la católica sincera, ¿se habrá salvado?

Mandas, oraciones, novenas, misas, sacrificios y limosnas, consultas con teólogos y hombres de ciencia, todo lo había agotado.

Después de esa extraña escena del lego franciscano, que había presentido el temblor, Carmen pensó hacerlo su agente de investigación. Para probar, según sus ideas, la eficacia de la virtud del santo lego, quería que llegara por sí solo.

Y fray Andresito llegó un día, y fue ésta una prueba para Carmen, capaz de soportar todas las objeciones. Sin embargo, algo humano habría también en este milagrito. La Rosa chica le había contado a una comadre, que su señora era caritativa y que seguramente daría muchas onzas para el altar de la santa protectora del lego, en caso de recibir su visita. Y la comadre lo contó a un comerciante de la plaza, el cual era muy admirador del popular hermano franciscano.



Todo el mundo le conocía. Bajo, humilde, vestido con la sarga azul de los franciscanos chilenos, el último de los hijos del Pobrecito de Asís vivía como él pobremente y pedía limosna por los caminos. Era de fisonomía ruda y vulgar, parecía uno de esos campesinos canarios o de Vigo que han llegado más tarde como inmigrantes al país. Tenía sonrisa simple, maneras comunes, ojos que manifestaban una gran ingenuidad. Sus manos eran de artesano, sus pies estaban llenos de tierra, en las sandalias enlodadas. De calle en calle, de puerta en puerta, de baratillo en baratillo, iba saludando a una gran clientela que lo amaba sin que él se explicara el porqué, que le daba

limosnas para el templo y, en especial, para el altar de una nueva santa cuyos restos se habían extraído poco después de 1800, de la catacumba de Priscila, en Roma, y cuyo nombre llevaba: Filomeno. Sirviente pobrísimo de una patricia romana o princesa griega —como cuenta la romántica leyenda de la santa—, recorría una ciudad lejana y apartada de la tierra, despertando con la simplicidad de su lenguaje del pueblo una devoción que consolaba a muchos y multiplicaba en las pilas bautismales de las parroquias de Santiago, el nombre de Filomena, *filia luminis*. Los comerciantes lo interesaban ocultamente en sus negocios difíciles, y cuando el lego se presentaba al umbral de la tienda, se estimaba su visita de buen agüero. De allí comenzó a surgir y a tomar cuerpo la idea de que el lego tenía el don de adivinar los más íntimos pensamientos, y así cuando le decía a alguien: “tenga paciencia, que le irá bien”, el cliente se retiraba confortado y seguro del éxito. Poco a poco cundió también la idea de que a la misma hora solía encontrarse a fray Andresito en puntos apartados.

Pero su santidad no podía depender de estas ideas o conjeturas, sino de algo más poderoso y elocuente: de su infinita humildad, de su virtud reconocida, de su amor a los pobres. Como los santos, era benévolo y dulce, no se dejaba arrastrar por la ira, aconsejaba a los errados, consolaba a los tristes, guiaba a la ovejita descarriada, y oraba con toda la fuerza de su alma cuando se encontraba a solas como en directa comunión con el cielo. Era entonces el único vínculo entre las más bajas y las más altas clases, tan separadas entonces: vínculo de amor y de piedad.

Tenía por los muertos ese culto popular que llega al corazón del hombre más duro cuando lo siente en propia carne. En los bolsillos de su hábito se le encontraban trozos de papel en que iba apuntando los fallecimientos que conocía por azar, en sus peregrinaciones al través de la ciudad. En ellos podían leerse estas extrañas anotaciones: “Doña Micaela Baquedano, Otro hombre cigarrero, calle de la Merced, de postema. Un señor Cerda y Ossa, de Copiapó. Dos viniendo de California. Otro hombre que vino del Puerto a reconciliarse con la mujer y el señor Zilleruelo. El señor Cotapos. Una criada, calle de Huérfanos. Una vieja, calle de la Moneda. Otra pobre cayó muerta con la guitarra en la mano, calle de los Olivos. General Calderón y una vecina, de repente. A otro lo mató una carreta. Y otro hombre se

botó al río. Una ahogada en una acequia. El 24, día de San Juan, se llevó el río porción."

Y por todos oraba igualmente el pobre lego, por la señora Baquedano, generosa benefactora, o por los dos desconocidos que venían de California; por el General o el rico comerciante, o por la criada vieja, o por la que murió con la guitarra en la mano, o por la ahogada en la acequia.

¿Qué de raro tenía que el pueblo lo interrogara sobre el destino de los deudos queridos? Cuando Carmen Marín lo vio entrar al zaguán de su casa, corrió a besarle el cordón del hábito, pero el lego la detuvo escandalizado. No olvidaba la señora la escena del temblor y tenía religioso respeto por el huésped. Lo acompañaba otro lego, flaco, pálido, que bajaba los ojos y no decía palabra.

¿Sabría algo fray Andresito de don Diego Portales?

—El señor Ministro —dijo—, he oído tanto hablar. . .

Y se calló. La dama no sabía cómo preguntar sin herir la modestia del pobre franciscano. Buscó las onzas y las entregó al limosnero, pidiéndole rezara sin descanso por el alma del infortunado mártir de Quillota.

—¿Lo conocía la señora?

—Lo conocí —dijo Carmen, y habló con rapidez, con intensa pasión, con elocuencia de fuego, del mártir de Quillota, de las vacilaciones de Vidaurre, de las últimas palabras de su prisionero. . .

—Confíe en Dios, confíe en Dios —repetía el lego, asombrado del colorido con que esa mujer hacía revivir la figura del gran ministro.

El acompañante había dejado de mirar al suelo, sus manos anudaban y desanudaban el cordón, palidecía aún más que de ordinario y sus ojos destellaban, y antes que la mano del santo lego hubiera tomado su brazo para arrastrarlo, exclamó con voz ronca:

—Era un santo. Fue un martirio. Yo fui uno de sus verdugos y tal vez el peor de todos.

Las sandalias resonaron sobre los ladrillos polvorientos y mal cocidos; Carmen salió tras ellos para oír aún algo; pero ambos legos se alejaban hacia abajo y se perdían pronto de vista.

—¿Quién es? ¿Quién puede ser? ¡Ese sabe más que yo!

Y al volver a su habitación, sus ojos encontraron una miniatura de don Diego, joven de treinta años, pálido, de ojos serenos y bri-

llantes, de finos y coloreados labios. Ese había sido el apasionado amante de sus quince años.

• • •

Fray Andresito lo sabía bien. Oyó decir alguna vez que su acompañante había sido militar en el mundo. Pero eso era todo el conocimiento de su historia. Al llegar la noche y cuando ya los frailes se habían recogido, el santo lego fue a invitarlo, como era su costumbre en las Semanas Santas de los años pasados, para que lo ayudara a rezar la vía crucis en torno del edificio en construcción, cargando cada uno con una pesada cruz de espino.

En la tenebrosa noche, bajo el fulgor de las estrellas, en medio del silencio de la ciudad, temprano dormido, interrumpido sólo por los lamentos de los perros, los dos limosneros iban rezando y azotándose. Probablemente pocas cuadras más lejos, caía en esos momentos en la sombra, con un solo quejido, algún hombre, que al día siguiente pasaría a figurar en los apuntes de Fray Andresito: "Otro muerto de una puñalada en el Zanjón de la Aguada."

Cuando los legos volvían a sus celdas, el viejo pidió humildemente:

—Hermano, pase usted a mi celda que tengo que hablarle.

Sobre la mesa, una calavera fijaba su mueca horrible y misteriosa sobre los religiosos.

—Ese era mi amigo, mi compañero de armas —dijo el anciano—, y hoy es mi remordimiento, mi acusador.

Y contó, llorando, llorando con la amargura más desgarradora, la breve historia que ya conocen mis lectores. El conspirador de antaño, el hombre de honor, de ese extraño y peculiar honor de la época, llevaba todavía abierta la herida de las desgracias que él creía haber podido evitar. Don Ramón Boza había entrado al convento de simple lego, abandonando su mujer y sus hijos, para pasar cada noche largas horas de una autoacusación trágica y dantesca, delante de la cabeza del compañero de su infancia, de su vida militar y de sus hechos de armas.

Era ya viejo, y antes de recibir las palabras de alentadora simplicidad que le dirigía el santo limosnero, su acompañante caía desmayado al suelo.

Pero un mes después, el 20 de abril, cuando su antiguo regimiento Valdivia se alineaba, sublevado, cerca del Cerro Santa Lucía, los religiosos lo vieron declarar a grito herido su grado militar. Sacó de un baúl el uniforme polvoriento y se ciñó la espada para ir a presentarse a los viejos soldados, como un renacido de las viejas campañas de revuelta, y llevarlos dóciles a las puertas de La Moneda. Porque el espectáculo del pasado había hecho al coronel Boza, agente del orden y de la autoridad.

¡Oh, falange de conspiradores de los primeros años de la República, románticos extraviados que jugabais la vida a la puerta del cuartel, si volvierais a la tierra de Chile, iríais a prestar juramento al pie de la estatua de Portales!

¡Porque del sacrificio del Ministro de frac y capa en el Barón, viene en este suelo el imperio del gobierno civil sobre el sable!

Pacífico Magazine, agosto de
1913, pp. 179 - 197.

ESBOZOS BIOGRAFICOS

VILLARROEL

(El General Dinamita)

En una humilde casa de Santiago, pobre, olvidado, dolorido, acaba de morir un héroe popular, Arturo Villarroel, a quien los soldados del 79 y después sus hijos han llamado el "General Dinamita".

Nacido sobre el mar en la bodega de una balandra que agitaban las olas; aventurero infatigable, que recorrió todo el mundo; especie de soñador y de loco, lleno de nobleza y de corazonadas; caballero andante mientras hubo paz; soldado de la vanguardia sin sujeción a bandera ni a disciplina cuando hubo guerra; que marchaba tomado del brazo de la muerte como alegre camarada; y cortaba, como dijo Vicuña Mackenna, los alambres de las minas a la vista del enemigo, como el que recoge lechugas para su almuerzo; Arturo Villarroel ha venido a morir, a solas con sus males, entre cuatro paredes desnudas donde no ardía un puñado de carbones para entibiar la helada noche de invierno, prisionero en un lecho menguado, echando de menos hasta para morir la libertad del desierto, y sintiéndose impotente como un cóndor que agoniza en la jaula de un jardín zoológico.

Hay soldados y héroes oficiales que son los nombrados por decreto de los Gobiernos; hay otros videntes, inspirados, que parecen mensajeros de la Providencia; otros serenos y fríos que obran con el cerebro y rinden la vida en cumplimiento de un deber; y hay otros para los cuales se enciende súbitamente el patriotismo como el amor; y espontáneos, libres e indómitos, buscan el peligro tal vez siguiendo

aquella ley de la muerte y del amor simbolizada en el verso de Leopardi:

Un desiderio di morir si sente.

• • •

De éstos era Arturo Villarroel, nacido el año 36 sobre el mar, en un día de temporal borrascoso, hijo de un maderero de Chiloé y de una señora Garenzón, descendiente de yankee y de argentina. Su madre era cuáquera y los principios de su religión le fueron infiltrados con la tenacidad de un fanático. Su vida fue más tarde prolongación de aquel temporal y de este fanatismo ciego: mezcla de dos razas, injerto de marino, de soldado, de corsario y de brigante.

Aprendió el inglés y el francés como su idioma patrio, y las vicisitudes de la revolución del 51 lo arrojaron con su padre a Lima. Allí el muchacho de 12 años fue colocado en un colegio y recorrió como niño lo que treinta años más tarde iba a batir como soldado.

Pasado a Guayaquil, fue herido a los trece años por una bomba sobre la cubierta de una nave de la descabellada expedición del general Flores. De allí se dirigió a Cantón, acompañando a un rico peruano que iba a contratar operarios chinos para sus faenas. Regresó a Estados Unidos, pasó a Europa y volvió nuevamente a la tierra de su abuelo. Siempre aventurero, viajaba de guerra o de favor, servía en todas las profesiones, hablaba todos los idiomas, desafiaba todos los peligros. En Veracruz lo abatió la fiebre amarilla, fue desembarcado moribundo en Pernambuco. Hastiado del mar, deseaba como otro aventurero, dormir bajo un árbol de la tierra natal un sueño profundo. Llegó a Chile, pero su espíritu lo hizo moverse pronto y fue nuevamente al Perú. Allí se internó hasta la frontera del Brasil, buscando minas de oro que huían a su paso como una lejana promesa de fortuna.

En esta jornada de explorador, llegó a Tucumán, de donde comenzó a pasar arreos de ganados a Tarapacá, a Arica y a Arequipa.

En 1861 vuelve a Santiago, vive en la calle de San Pablo, se confunde en el mar de la vulgaridad y del prosaísmo, y enseña los idiomas que aprendió en sus largas correrías.

En los incendios de la Compañía y del Municipal, se muestra por primera vez Villarroel como el amigo de la muerte. Salvando víctimas cae entre las ruinas, y vuelve incansable al peligro.

Más tarde, su afán de viajes lo lleva por cuarta vez a Estados Unidos. Allí representa al país como agente de la exposición internacional. Siempre sin ganar sueldos, viviendo de aventuras, de ocurrencias, de ingenio.

¡Por fin llega la guerra!

Villarroel aparece en los campamentos, como una visión de la camanchaca —dice Vicuña Mackenna—. No se alista como soldado. Es mensajero, explorador, avanzada, tentáculo que llega hasta el enemigo. Un día lo toman de un brazo y en medio del humo y de la batalla, lo hacen capitán de pontoneros. Siempre “ad-honorem”, siempre por la gloria.

Debió reproducirse el mismo diálogo que tuvo lugar entre el gran Rey y su soldado:

—Jean Bart, je vous ai fait chef d'escadre.

—Sire, vous avez bien fait!

• • •

Desde ese momento Villarroel comienza su carrera. Hasta entonces ha estado desarrollando sólo sus cualidades.

Al frente de una partida de asiáticos se avanza por los caminos, construye estanques para el agua, hace adelantar las provisiones, descubre las minas subterráneas, hace volar las que no logra desenterrar, y su marcha es un solo estampido glorioso y audaz.

Vuelve a Santiago en la Intendencia General a cargo de la sección de fuego y explosivos: regresa con la dinamita, y aparece de nuevo en acción en Arica. Allí fue nombrado guía de la primera división y comenzó la atrevida marcha de Pisco a Lurín. Quien había andado tantas leguas llevado por su impulso, ¡cómo andaría estas cincuenta aguijoneado por el patriotismo!

En Lurín dio cuenta de sus trabajos y fue felicitado por don José Francisco Vergara, que admiraba este ciudadano-soldado, este loco héroe.

Delante de la división Lynch fue cuando Villarroel ganó ante el pueblo y el ejército el guerrero título de General Dinamita. El coronel Lagos recibió de sus manos 435 bombas, tarros y torpedos que desenterró en el Morro Solar y el Salto del Fraile.

Pero aún faltaba Miraflores, donde las minas no eran automáticas sino manejadas a distancia por la chispa eléctrica. Y allí se vio este humilde, abnegado y heroico chileno, fumando serenamente su cigarrillo, deslizarse por pendientes atrevidas, y en medio de una granizada de balas cortar con un corvo los alambres, como quien siega en medio del campo las espigas.

Allí fue primero herido en el talón, y después pescado por una de esas máquinas infernales. Más tarde persiguiendo su tarea de a caballo, cayó éste y el General Dinamita perdió una pierna destrozada por la explosión.

• • •

Cuando en medio de una nube de flores llegaba el ejército triunfador entre las filas de los soldados tostados, el pueblo vio pasar un cojo que hacía resonar sus muletas en medio de las marchas militares. ¡Allí fue aclamado y desde entonces recibió los galones que nunca tuvo!

Pobre Villarroel. ¡Ha muerto tan solo!

A las dos de la madrugada, cuando el candil se apagaba y unas pocas oraciones masculladas en silencio en un rincón de la pieza se elevaban por su alma, juntó los ojos y descansó.

Caigan sobre su tumba las violetas que son símbolo humilde de un humilde guerrero.

Y cuando pase su cortejo sencillo por las calles, que se descubra y salude esta juventud raquílica de hoy día, que miente excusas pueriles para no cumplir la ley, que se avergüenza de la casaca del soldado y se resiste a ir a los cuarteles, burlándose alegremente de la patria detrás del papel sellado de los tinterillos.

El Mercurio,

31 de mayo de 1907.

DON ANTONIO VARAS

“...si el comercio con los hombres del día, con los cuales estoy obligado a departir, me hace contraer cualquiera disposición viciosa o indigna de un hombre de honor, trabajo por rechazarla y suavizo y depuro mi pensamiento llevándolo a esos modelos antiguos de tan perfecta prudencia y virtud...” (*Plutarco*).

Pocos casos se presentan en la política chilena de mayor integridad y continuidad de carácter como el de don Antonio Varas. Nacido el año de Chacabuco, muerto después de la Guerra del Pacífico, directa o indirectamente mezclado en todo momento a la cosa pública, siguió siempre una línea recta, mientras el país, su progreso económico, su educación política, los partidos y las instituciones evolucionaban sin cesar. La gran curva, la ese para ser más gráfico, que los negocios públicos trazan sobre la continuada y recta acción del estadista, ha producido ilusión óptica en algunos de sus biógrafos más notables, y hécholes tomar por modificaciones de criterio la aplicación de los mismos principios a diversos aspectos de las cosas.

La juventud de Varas fue sencilla y austera, como toda su vida. Las generaciones que nacen al estampido del cañón, salen casi siempre místicas o románticas: estallidos de juventud después de la pesadumbre y la duda. Pero el adolescente de Cauquenes, heredero de la serenidad estoica del montañés minero de Atacama, hijo de un realista copiapino, muerto en el ostracismo, hermano del filósofo y humanista don José Miguel Varas, estaba por inclinación mental más cerca de las matemáticas que de la mística si con estos dos concep-

tos prestigiosos marcamos los extremos del cuadrante en que puede oscilar el pensamiento humano.

Estas inteligencias precisas y naturalmente disciplinadas son poderosos receptáculos de ideas y propósitos en la primera juventud. El niño Varas no vacila, como errante barca, entre las tendencias atávicas encontradas de diversas sangres; no es turbulento o agitado, no tiene crisis de angustia ni dudas, ni vocaciones opuestas, ni desalientos. Toma los clásicos como única y suficiente revelación imaginativa; encuentra también en ellos la belleza fría, pero armoniosa, de la república helena, la bullente y belicosa expansión de la de Roma, las encarnaciones de una autoridad imperturbable y fuerte, los ejemplos de la virtud civil. La pobreza, esa gran disciplinadora de caracteres, lo amarra al banco del Instituto como inspector, y allí permanece estudiando y pensando. Cuando los claustros y los corredores se despueblan, el inspector se queda, la frente prematuramente ceñuda entre las manos, leyendo siempre, preparando ahora la vida como antes preparaba la lección. Allá muy lejos, tras de otra puerta, le muestra el camino del ascenso un hombre que también silencioso y modesto fue antes inspector y que lo llevará de la mano tras de sus destinos.

Curiosa oligarquía es el estado social del primer medio siglo de la República: sin las conquistas liberales y democráticas de más tarde, los hombres sin fortuna como Montt, Varas, Lastarria y otros tantos, eran levantados por los que tenían el mando, la fortuna o el prestigio social. Les bastaba la virtud y el talento para dominar; el sufragio universal tiende a cerrar hoy la entrada al Senado al hombre que junto con la virtud, el talento y el nombre no tenga la fortuna, y en cambio, puede eximir de todo mérito al que haya dominado a la esquivia cortesana. La aparición de Varas en el escenario político fue la voluntad de Montt, como la entrada de Montt fue la voluntad de Portales. Nombrado ministro de Justicia el 45, Varas era un joven de veintiocho años. Los pelucones le conocían poco; pero se descubrieron ante el recién llegado.

El estrecho marco de un artículo impide trazar historia detenida y entrar con minuciosidad en ese largo conflicto eclesiástico que marca con sello peculiar un período de veinte o más años de nues-

tra organización. Sin embargo, más adelante intentaremos hacerlo en líneas generales.

El país se había transformado, primero económicamente: el valor de la propiedad era casi cuatro veces mayor que en los últimos años de la colonia, los productos agrícolas y mineros salían oportunamente a los puertos con precio remunerativo; después, intelectualmente: entraban a la administración y comenzaban a llegar a los más altos puestos, jóvenes formados en colegios republicanos, para la vida republicana; en seguida, socialmente: los extranjeros eran acogidos en los hogares, muchos hombres de las familias acaudaladas volvían de Europa, la mujer comenzaba a ilustrarse y a perder algo de la indolencia musulmana del coloniaje; el clero, libre de su sospecha de españolismo y realismo, se atrevía a batallar de nuevo, comprendiendo que no tenía más adversario que el nuevo poder civil; y, por último, administrativamente: la obra de Rengifo dejaba las aduanas organizadas, la navegación naciente, se dictaban leyes para caminos y canales, se creaba la estadística y el cuerpo de ingenieros civiles, se proyectaba la colonización en el sur, se echaban las bases de la codificación, del fomento de la enseñanza y de la edificación carcelaria. Al mismo tiempo, la prensa manejada por hombres de talento, literatos y filósofos, emigrados argentinos y hasta dandíes recién llegados de París, libraba fiera pelea en torno de la conservación y de la reforma.

La presidencia de Bulnes, después de haber quedado sepultado el pipiolismo en Lircay, aparecía como término medio entre la dictadura de Portales y el sentimiento liberal latente en numerosas e influyentes familias de Santiago, Valparaíso y demás provincias. Y como Montt era apreciado en el peluconismo puro y en los matices que lo circundaban, como espíritu ilustrado y genio de administración, pasaba a ocupar en vez de Irrázaval el Ministerio del Interior dejando a su amigo y consejero Varas en el de Justicia. A pesar de ciertas reservas, estos hombres recibieron la adhesión sincera de los pueblos. A propósito de ciertos excesos de prensa, la opinión dirigente formaba la Sociedad del Orden, suscrita por todos los grandes nombres que después iban a figurar en los más adversos grupos.

Pero si don Antonio Varas estaba preparado, por sus estudios, para ejercitar una misión administrativa y reformista desde la altura ha-

cia abajo, su formación y sus recuerdos, dormidos en la calma, iban a despertar su tendencia autoritaria al primer desafío. Vino entonces el proyecto de ley de imprenta, que era duro y represivo. El señor Tocornal, devoto y pelucón él mismo, pero tolerante y generoso, tomó al lado del orador y escritor García Reyes el puesto de combate. La ley pasó no obstante por gran mayoría, pero fue causa de impopularidad para Varas y no puso diques al mar. De allí proviene que más tarde sus mismo autores guardaran silencio cuando caían bajo la censura general, y que en seguida viniera como reacción la idea de que debe dejarse a la prensa sin límite alguno. Pasados esos tiempos de flujos y reflujos, debemos buscar ahora la unanimidad para dejarla siempre libre en la acción general; pero someterla al régimen común en la calumnia y la injuria.

Con la reelección de Bulnes vino el gabinete Vial, Varas y Montt quedaban fuera del ministerio y uno y otro iban a mostrar la integridad de sus doctrinas en la arena libre del parlamento; reservado y sagaz el último, violento, impulsivo, elocuente y airado el primero. La lucha lo había formado de los pies a la cabeza, revelando todos sus recursos intelectuales, exaltando todas sus fibras, dándole a pesar de la exuberancia de su temperamento los secretos del oficio, las armas de la profesión, el conocimiento de la vida pública por dentro y por fuera. Con prestigio ante los dirigentes e impopularidad en la opinión, que aparecía ya como factor importante, Varas iba a revelar, junto con sus facultades oratorias, otras condiciones de carácter que pocos le atribuían: táctica en el ataque, falta absoluta de animosidades personales. El ministerio tenía resistencias en las clases altas y no podía, sin embargo, buscar ayuda en los elementos pipiolo. Varas comprime su impetuosidad para no ejecutar, en la oposición, actos y procedimientos que había condenado desde el Gobierno. Fue ejemplo de dignidad, de medida, de hombría de bien y de ese respeto a la persona del Presidente de la República, cuya tradición se perdió más tarde. Las disidencias comenzaron en el campo teológico, tan fecundo en conflictos para los porfiados luchadores de ambos campos. Varas fue prudente también; menos religioso que Montt y Tocornal, tenía profundo respeto por la Iglesia; pero quería verla dentro de su órbita en el juego regular de los intereses espirituales, con entrega al César de su parte y a Dios de la suya. Digamos ahora, una vez más, que los conservadores de en-

tonces, aun los que formaron con liberales el partido ultramontano, no habrían entrado a las filas del partido que actualmente tiene la exclusividad de esa palabra evocadora de "Conservación", sin hacer fundamentales reservas.

A Vial sucedieron Pérez, don Manuel Antonio Tocornal y García Reyes. Las ideas de reforma contaminaron en esa fecha al mismo centro pelucón, y la moción para derogar la ley represiva de imprenta, propuesta por Lastarria, venció por fuerte mayoría. Varas estaba ausente. Pero tan afianzada vivía en la mente de esos hombres la enseñanza de Portales, tan profunda era su resolución de defender y conservar el orden establecido, que el moderado y caballeroso señor Tocornal sintió también, como antes Varas, hervir su sangre pelucona al primer desafío. El ministerio que parecía destinado a entenderse con los liberales, tomó posiciones definidas del lado de la tradición. La candidatura de Montt quedaba lógicamente impuesta.

Comienza la época de los motines, pronunciamientos y violencias.

El Presidente Bulnes, después de vacilar entre Pérez y Varas, optó por éste. A los generales gloriosos, brillantes, cortesés, aristocráticos o populares, como O Higgins, Freire, Prieto y Bulnes, sucedían por primera vez, podía decirse, después de Portales, que era un gran señor, las figuras de republicanos austeros, levantados por sus méritos propios, que no tenían espada, ni escudo de familia, ni fortuna. Don Manuel Montt no forzaba la mano de los dirigentes para que renunciando a su candidato natural, don Ramón Luis Irrarrázaval, hermano del mayorazgo, lo colocaran al frente de una época que se anunciaba de porfiada batalla. La fortísima voluntad de Varas iba a resguardarlo desde el Ministerio del Interior. Soltar por un instante el timón, cuando desde la diminuta bola de nieve del Club de la Reforma se venía formando la avalancha de la Sociedad de la Igualdad de los Bilbao, Guerrero, Arcos y Lillo y hacía su primera aparición un nuevo elemento de acción con la clase obrera de la capital, habría sido dividir el país entre tres o cuatro caudillos, sembrarlo entero de partidas armadas, desencadenar una guerra civil mejicana, de un cuarto de siglo, con los saqueos, profanaciones de templos, decapitaciones de imágenes, proscripciones y confiscaciones, es decir, el cuadro de la América entera.

Con razón quería Varas, años más tarde, que la Santa Sede al tratar con Chile se diera cuenta de que era un país de organización tan

sólida como los de Europa y que aquí "no se cambiaba de Constitución como de camisas".

Desde la declaración del estado de sitio del 7 de noviembre del 50 hasta el final de la revolución, y en seguida hasta la completa pacificación del país, vemos a Varas aplicar sus principios sin violencia; pero con deducción lógica e inflexible de sus doctrinas. Al pedir el estado de sitio para Santiago y Aconcagua, por 60 días, se dirige al Presidente de la República en un documento elocuente, de lenguaje colorido, rápido, pero severo y honrado. "La prensa, dice, con actividad incansable ha aumentado de día en día la virulencia de sus ataques no sólo contra las bases de nuestra organización política, sino también contra aquellas en que reposan todas las sociedades humanas. El código fundamental, sus leyes complementarias y todas las instituciones son señaladas al odio del pueblo como la causa de males de que el hombre jamás quizás se verá exento. . . La calumnia derramada sobre los magistrados judiciales, el clero y las personas honradas y juiciosas venía a aumentar los motivos de odio y descontento que se tenía ánimo de introducir en el corazón de los incautos".

El Presidente declaró el estado de sitio. Esa temida facultad aterrorizaba como el rayo por la rapidez de la acción; pero salvó al país de las revoluciones. Un estadista había dicho que el día en que esta facultad de la dictadura legal desapareciera, tendríamos la dictadura de hecho, la dictadura ilegal. La profecía se realizó más tarde, y el Congreso se levantó en armas.

Un historiador, Sotomayor Valdés, dijo después, andando el tiempo, como justificación inapelable de esta medida, que por escapar de Prieto y de Bulnes, habríamos caído en Guzmán Blanco y Melgarejo.

Varas había demostrado gran energía y al mismo tiempo la reflexión que no debe faltar jamás a la autoridad que reprime. Extrañará a la posteridad saber que este vehemente y poderoso brazo armado de facultades extraordinarias tuvo ocultos, en su propia casa, a dos revolucionarios santiaguinos, y que después de su muerte se encontraron numerosas cartas secuestradas y no abiertas, que en uso de esas facultades habían sido interceptadas por los correos y que el ministro no se había atrevido a poner ante los ojos de un agente.

Porque la alta calidad moral de esos hombres, que eran tanto más incapaces de abusar de un mandato cuanto menos control tenían so-

bre sí, no los tentó jamás a abusar de la autoridad enorme que les daban las facultades extraordinarias, para tiranizar, oprimir o cambiar en su favor los negocios materiales. Querían sanear el país del virus maligno de la revolución, querían inyectar en sus venas el principio de la legalidad; pero no pretendían crecer ni ellos ni los suyos ni hacer crecer a sus clientes y allegados. Aun muchos años más tarde, estas situaciones extraordinarias habrían alentado en Chile golpes de audacia y de fortuna. Pero los conductores de hombres del temple de Varas, no eran mandatarios de sus amigos para conseguirles solamente honores, influencias o sueldos, para asegurarles la reelección o incrementarles el propio peculio. Dedicado en cuerpo y alma a la vida pública, le dedicaba su reposo y la propia fortuna, y, capaz de todos los sacrificios, no quería partidos colecticios, como después se han visto, en que el jefe es solamente el totalizador de las abdicaciones, de las inconsecuencias, de los fracasos.

Comenzó entonces la obra pacificadora, con esa humanidad que ha sido común en Chile, después de las revoluciones. Cualquiera que fuese el valor legal del tratado firmado con un general rebelde, Varas declaró que hacía honor a las firmas de los grandes hombres Bulnes y Tocornal que en su defensa lo ajustaron. Como ejemplo más tarde seguido, los hombres comprometidos en la revolución pudieron en diversas ocasiones ser aprovechados para el servicio público en atención a sus méritos.

La permanencia de Varas durante el primer período de Montt lo reveló en el aspecto liberal reformista, del reconstructor iluminado. Una actividad aún no bien conocida, superioridad de talento, probidad y virtudes, y hasta bondad de corazón, encerrado en el vaso mal tallado y áspero de su rudeza personal, lo levantaron a gran altura como representante de un ejecutivo laborioso, ante un congreso ilustrado y patriota. El programa de trabajos de esa fecha fue nutrido y abarcó todas las necesidades nacionales urgentes: enseñanza, justicia, ferrocarriles, puertos, ocupaciones territoriales, defensa nacional, colonización y bancos. Valparaíso quedó unido a la capital, se inició la línea central a Talca, se extendió la navegación a Europa por el estrecho donde ya flotaba muy oportunamente el pabellón nacional. El aislamiento de Chile en el mundo, cesaba. Los correos fueron organizados sobre base internacional, y Pérez Rosales comenzó la obra de poblar el sur con

una raza extranjera fuerte y virtuosa. El pan de la instrucción elemental fue repartido con indecible esfuerzo, a muchos millares de niños analfabetos, y surgieron escuelas como la de Artes y Oficios, de Sordomudos, de Obstetricia; establecimientos de progreso como el Museo Nacional, el Observatorio Astronómico; monumentos de carácter intelectual tan enormes como esa gran cúpula del Código Civil que los coronaba a todos y fue saludada desde lejos, por los pueblos hermanos, con admiración y respeto.

El dinero solicitado por muchas empresas diversas, subía en ese momento la tasa del interés, y el senador Benavente había propuesto el proyecto de la fundación de un banco que facilitara dinero al agricultor, utilizando los depósitos fiscales. De aquí nació la más fecunda empresa de la época: la creación de la Caja de Crédito Hipotecario. Don Antonio Varas presentaba el año siguiente el proyecto de ley que daba vida permanente al intermediario bien garantido entre el agricultor deseoso de dinero y el capitalista necesitado de inversiones seguras. Un año después, la Caja había realizado ya operaciones por un millón de pesos. Obra predilecta del gran estadista, aparece su nombre en sus cartas privadas a los amigos del extranjero, en todas sus preocupaciones de la época.

La prosperidad material de esa etapa hizo caer la pluma ensangrentada de las polémicas revolucionarias y tomar otra más amable a los ingenios que la raza iba ofreciendo al sol de las libertades nacientes. Los libros de los hermanos Amunátegui, de Barros Arana, de Lastarria y de Monseñor Eyzaguirre, los cantos de Guillermo Matta y Guillermo Blest, las novelas de Alberto Blest Gana y los ensayos de don Ambrosio Montt, Santa María y otros, manifestaban una adivinación completa de los destinos de Chile. Solamente la cuestión religiosa enardecía los ánimos, y entraba en acción en este agitado anfiteatro un hombre superior del mismo temple de la generación del año 17, el arzobispo Valdivieso. El mismo clero estaba dividido y contribuía a la discordia general. Raíces de la colonia y nuevos retoños de la república se enmadejaban confusamente.

Es sensible no detenerse a considerar en este capítulo momento a momento la personalidad del hombre de estado de Varas, pues su criterio firme lo levanta a grande altura. Prosiguió sin desfallecimiento, sin perder un instante el rumbo, la defensa de los derechos del

Estado que estimaba fundamentales y la solución inmediata de los conflictos. Se separó por completo de la línea de los hombres públicos que se ocupan en investigar las cuestiones, para darse el placer de resolverlas. No tuvo por el momento ideas de persecución o de atropello a la Iglesia; pero no quería entregarle la organización civil maniatada, para evitar los estallidos del cisma que son la consecuencia de no contemplar el derecho de la nación y la libertad de las conciencias.

En ese momento histórico habría sido igualmente popular ser clerical o anticlerical; Varas fue simplemente liberal; es decir para este efecto de las simpatías sectarias, impopular. El hombre de Estado tenía ante todo horror al equívoco, veía planteado el dilema con claridad: respetar las influencias religiosas en las almas y rechazarlas en los cuerpos, o mejor dicho, cuidar el tesoro sano y espiritual de la religión, impidiendo que fuera instrumento de pasiones y ambiciones temporales. Y, además, reglamentar la cuestión religiosa, reconociendo a la Santa Sede como soberanía espiritual y tratando con ella con absoluta sinceridad. Las intrusiones del clero secular y regular y aun las invasiones del Pontificado, los abusos de la costumbre que era en esta materia la ley no escrita, obligaban al organizador del país a trazar un nuevo programa de relaciones entre el Estado y la Iglesia. Digámoslo en honra de don Antonio Varas, a cuyos restos mortales se cerraron las puertas de la iglesia metropolitana: a su acción clara y terminante se debe la paz posterior de las conciencias y las reformas civiles que han salvado a las creencias católicas de una persecución, dando legalmente las reformas civiles que hoy nos rigen y que necesitan siempre para mejorarse de ecuanimidad y prudencia mutuas.

La dureza de los primeros tiempos había sellado la fisonomía de Varas con fuertes rasgos, en que parecían modelar los diversos planos de su rostro la preocupación y el malhumor unidos. Pero, a medida que pasaban los años y la obra de organización nacional avanzaba, a pesar de los nuevos golpes y decepciones recibidas, iban saliendo a la ingrata superficie del físico las bellezas morales que sólo sus amigos conocían, el corazón ardiente y el alma buena de ese hombre que apenas pasaba los cuarenta años, como el resplandor crepuscular enciende la frente del peregrino que marcha hacia el ocaso. Sin embargo no era ocaso, a esa edad, la jornada gloriosa en que el joven pobre de

antaoño, el ministro omnipotente de más tarde, el parlamentario escuchado, el jefe seguido de imponente cortejo de amigos e idólatras, iba a hacer el más grande holocausto de una santa ambición en aras de la patria.

Su estilo pedagógico, cierta altanería de carácter, la popularidad que las obras públicas y la fama le iban creando en las provincias, excitaban ahora terribles celos en el peluconismo aristocrático y encontraban eco en el aula arzobispal, donde el clero lo creía su enemigo encarnizado. El Presidente debía optar entre la mayoría tradicional del Senado, hostil a su ministro, y la de la Cámara joven, partidaria; Varas aconsejó él mismo la medida de un ministerio conciliador, que se peleó y sucumbió dentro de poco. Vino el año 59 y las montoneras de los hacendados levantaron una nueva revolución.

El Gobierno tenía otra vez de su lado al ejército. No eran ya los románticos tiempos en que el general Bulnes partía con cincuenta granaderos de su escolta y llegaba al sur con cinco mil hombres del pueblo a derrotar a los militares; ni siquiera eran los tiempos en que esa milagrosa visión del porvenir hizo crear a Portales la guardia nacional en que el oficial era el joven rico y el soldado el inquilino de los campos y el obrero de la ciudad, es decir, la nación armada contra el militarismo. Los antiguos enemigos del Gobierno se batían ahora por Montt, y sofocada la revolución, ganada una inmensa mayoría nacional en las elecciones, la candidatura de Varas estaba impuesta a conservadores, pelucones, nacionales y liberales. Ese fue el momento en que el ministro del Interior movió la cabeza negativamente y todos los esfuerzos y las instancias fueron inútiles.

Aparecía grande y soberbio ese hombre de Estado combatido por intrigas santiaguinas, que renunciaba lo que no cabía en la logrera tradición de los politiqueros, porque creía que no era su nombre una bandera de pacificación y había llegado la hora de la paz en todas las fronteras. En la penumbra de la tarde le vieron salir de La Moneda, algo inclinado, las manos cruzadas a la espalda, sus labios juntos con gesto de irrevocable resolución, hermoso en su dignidad envuelta en sacrificio. No hubo melancolía en esa hora solemne para el gran ministro; como siempre entró a la pobre tranquilidad de su hogar, resuelto a servir a su país cada vez que lo llamaran a las fatigas del

poder, resuelto a retirarse cuando se tratara de la ambicionada coronación de esas fatigas.

Varas continuó en la dirección de la Caja, en el Senado, dedicado a su profesión, a los negocios públicos y a la tarea regularizada del parlamentario. Debía una vez más ser llamado en nombre de su prestigio al puesto de ministro del Interior, al iniciarse la guerra con el Perú. El país tenía gran confianza en su rectitud, y el nombre de Varas prometía la victoria. Queremos suplir nuestras palabras con una pequeña página inédita de don Julio Zegers, modelo de estilo como todas las suyas, que hemos tenido la suerte de obtener:

“Varas parecía el hombre más apto para dirigir el país en la magna empresa.

“Un largo magisterio en la instrucción pública y diez años de gobierno recto, laborioso y firme al lado de don Manuel Montt, habían dado dureza a su ceño, brusquedad a sus procedimientos y reputación de rectitud, energía e inteligencia a su persona.

“La renuncia oportuna de la candidatura presidencial en 1861 había probado la elevación de su alma y de su patriotismo. Pero faltaban en 1879 condiciones favorables al éxito de este eminente ciudadano; no tenía él mismo en la guerra la fe con que había lidiado por el principio de autoridad; y los resortes de su alma habían perdido en resistencia y actividad, la pujanza de la juventud. Tenía 62 años, pero llevaba en su frente el esplendor de la presidencia que había renunciado”.

Uno de los últimos actos públicos fue un rápido resumen de su propia vida, una manifestación del rápido rodar de generaciones que le tocaba presenciar, siempre en la brecha. Presidente del Senado en la administración de Santa María, murió poco después de haber admirado y aprobado el acto de autoridad del presidente de la Cámara de Diputados, don Pedro Montt, hijo del protector, del confidente, del amigo y del asociado de sus campañas por la organización del país y de sus instituciones.

Varas permaneció inmóvil en el terreno político, tan inmóvil como puede permanecer un hombre en el mismo puesto. Las cosas habían girado una vuelta entera en torno suyo. Miró de frente la anarquía de los primeros años de Bulnes, que consistía en un derecho, al parecer sagrado, de levantar pueblos y sobornar soldados. Había que

curar la llaga del organismo, y pudo ver cómo el 51 se levantaba casi el ejército entero, mientras el 59 los soldados permanecían en atención firme al lado del Gobierno. Esta evolución abría las válvulas largo tiempo comprimidas del liberalismo esclarecido del estadista; había llegado entonces y sólo entonces la hora de las libertades religiosas y civiles. Era una misma acción aplicada a diversos problemas en su hora oportuna, porque Varas no se pagaba de frases, no encontraba honrada la palabrería sin aplicación inmediata, no creía natural que un hombre que se estaba ahogando pensara en el traje que iba a vestir al día siguiente. Lo primero era refrenar el militarismo y el afán de pronunciamientos; en seguida, refrenar la libre propaganda de la revuelta, el clericalismo exaltado y el afán de los conflictos espirituales. De mente católica, Varas quería que la Santa Sede reconociera un orden de cosas tradicional y fundado en la Constitución, que se diera forma a hechos incorporados en la vida nacional, que se tratara a Chile como se trataba a otros países católicos más poderosos, que se saliera al encuentro de los conflictos futuros. Por esta razón, por su ardiente deseo de tolerancia y de paz social, recibía como una mala nueva las cartas del almirante Blanco en que le hablaba del concordato con Austria, en que la Santa Sede había tirado la cuerda y el imperio de los Habsburgo cedido demasiado. En respuesta manifestaba al diplomático confidente su deseo de que el nuncio comprendiera que podía ser representante del Vaticano, pero no jefe de la iglesia nacional.

Puede decirse, con cabal conocimiento de la historia, que el fundador del liberalismo chileno, tal como lo conocemos, fue don Antonio Varas. La tendencia natural de los liberales ha sido fortalecer la autoridad, mientras que la de los conservadores, después de los jóvenes reformistas del 49 y 50, ha sido relajarla por defensa propia, por instinto de conservación. Mientras Lastarria había hablado teóricamente de "la paradoja de la libertad en el orden", Isidoro Errázuriz decía el 86 que había llegado la hora de que el partido liberal adoptara como lema la verdad de "la libertad en el orden". Las revoluciones chilenas fueron un contragolpe de la del 48 en Francia, contagio que recorrió todo el mundo; las ideas quedaron un tanto flotantes, por consiguiente, después del recio sacudimiento. Mientras muchos buscaban las suyas, y a falta de ellas tomaban las de moda, Varas no perdió jamás las que habían llenado su alma desde sus estudios clásicos has-

ta su conocimiento profundo de la historia. Nunca perdió de vista que la autoridad era el único medio de mantener la libertad, de evitar la anarquía, madre y fuente del despotismo y del caudillaje militar.

Cuando se operó la fusión liberal - conservadora —no alianza, sino completa confusión de las filas—, sus agentes, pelucón el uno y neo-liberal el otro, los señores Tocornal y Santa María, no arrastraron con ellos a los reformistas avanzados, fundadores del radicalismo chileno. Los antiguos pelucos, mejor dicho, los entonces llamados montt-varistas, quedaban en la oposición. Habían trazado los principios inmutables del liberalismo chileno, que podrían ser ahora los de una fecunda unión de todas sus ramas, la autoridad, el orden, la libertad, la tolerancia, el progreso en todos los ramos.

La inmovilidad de Varas, su integridad moral, quedan bien a la vista en esta nueva posición de combate y fiscalización. Los opositores se unieron en la suerte común; nacionales y radicales, nombres que en las incoherencias posteriores han vuelto a estar unidos, fraternizaron entonces, y sus juventudes, puestas en contacto por el ardor de la lucha, se contaminaron. Era ésta la prueba del fuego para la resistencia, el temple de los fundadores del partido nacional. La hoguera de las pasiones no hizo cambiar siquiera de matiz el color de los principios sustentados. Varas y Montt resistieron no sólo a una fusión que habría sido una abdicación, sino a modificar las líneas generales de un programa que la connivencia habría impulsado lejos. La juventud se marchó unida del brazo a formar un partido reformista; y los viejos se quedaron solos, tan firmes como están ahora sobre el pedestal de Biondi entre los Tribunales de Justicia y el Congreso, cerca de *El Mercurio*, de la prensa amiga y tolerante que los acompañó, pero que miraron con recelo. El liberal íntegro buscaba entonces todas las reformas liberales en todos los terrenos; pero no cedía una pulgada al jacobinismo incipiente. Varas concebía al partido como un edificio estable, no como uno de esos barcos que han hecho el cabotaje de las contemporizaciones de puerto en puerto, desde el trópico conservador del año 33 hasta los fríos polares del radicalismo y de la democracia. Cámbiese, como se quiera, el nombre de la temperatura; Varas ha estado siempre en un mismo sitio, templado, pero no de contemporización, lo que es diverso; por esto merece como nadie el nombre de estadista. No sabía amoldar las instituciones por imitaciones sucesivas

que traía la importación, sino aplicando el solo molde nacional que les convenía.

He aquí al hombre de una pieza, cuyo primer centenario conmemoramos el año pasado. Sus biógrafos del próximo siglo lo exaltarán aún más. Su vida es ejemplo para esa juventud de Santiago y de las provincias que carece de fortuna, tiene el orgullo de su independencia y de su integridad moral, y se prepara en el estudio. La modestia, la constancia, la lealtad y la voluntad de don Antonio Varas eran el secreto de su superioridad. Por eso pudo servir a su país tomando las ingravitudes del Gobierno en la hora de la siembra y renunciando sus esplendores en la alborada de la cosecha. Las efímeras elevaciones que nos muestran, como crónica menuda, los anales políticos, son saltos de acrobacia y no ascensiones morales. De ellas no queda recuerdo en pocos años. Es necesario leer nuestra historia y reconocer que es una gran maestra para hoy día y para siempre.

El Mercurio,

1º de julio de 1917.

JUAN FRANCISCO GONZALEZ

Hay entre nosotros un pintor de gran independencia de espíritu y originalidad de carácter que tiene credo propio y vive en tienda aparte, que se ha batido cara a cara con su suerte en una lucha tenaz de muchos años y ahora ha vencido plenamente. Este pintor es Juan Francisco González.

Durante muchos años sus manchas no eran entendidas sino por pocos iniciados. No conseguía por ellas, ni aplausos, ni dinero. Era una batalla penosa, agotadora de las fuerzas, que le reservaba al artista un desengaño para cada día. Pero González tenía, como los antiguos paladines, una dama por quien seguía librando los combates, dama caprichosa y altanera, no siempre dócil a sus deseos, pero muy a menudo vencida por su constancia. A ella la ha buscado el artista en el breve crepúsculo fugitivo, en la corta alborada que pasa como un relámpago, en el mediodía que enerva las fuerzas y hace caer los brazos fatigados. La naturaleza ha sido para nuestro pintor buena amiga y alegre camarada. Ella ha dejado caer sobre sus cuadros la religiosa entonación de la tarde, el rocío del alba, y el inquieto oleaje del aire bajo los rayos verticales del mediodía.

Se ha acusado a González de pintar pequeñas telas. Alguien encontró también cortos, demasiado cortos, los cantares de Heine. La sinceridad absoluta a que se sujetan en el día los pintores de paisaje, les obliga muchas veces a abandonar la gran tela compuesta en el taller, para buscar solamente el pequeño lienzo pintado en el momento mismo en que dura la sensación de color.

González reza su oración corta, pero ferviente. No soportaría su inspiración la larga tirada de telas mayores, sin descender y enfriarse y hacerse falsa y prosaica.

Miremos el rincón de huerto que a González cautiva. Allí no hay árboles cuyo elegante contorno armonice con el faldeo de cerro y el rancho viejo. Solamente algunos pedazos de tronco, un montón de hojas secas y alguna hierba que brota en medio de ese fin de invierno... Pero allí la entonación del color se mezcla en deliciosa suavidad, los matices se funden, las tonalidades se compenetran, y la combinación dulcísima, delicada, amable, de esas luces y de esas sombras, canta una verdadera e inspirada melodía que conmueve y que emociona.

El paisaje moderno se simplifica. Cada vez más tiende a hacerse de tanta fisonomía, de tanta intensidad, de tanta religión, de tanto misticismo podría decirse, como la figura humana misma.

Ya no se componen paisajes poniendo un árbol a la derecha, unos cerros al fondo y una figura en el centro, ya no se busca la línea elegante, artificialmente, sino que se la encuentra. El paisaje es justo, preciso, breve, lacónico; pero hay una fuerte intensidad en su lenguaje, una profunda emoción en su espíritu.

Por esta razón se ha hecho justicia a González. Y ésta es la causa de que, expuestos sus cincuenta cuadritos en el salón de *El Mercurio*, vinieran a comprárselos diplomáticos, extranjeros, señoras, aficionados y hasta algunos que antes resistían con vigor la manera osada de González.

En el Salón de Bellas Artes, un grupo de paisajes da una vivaz impresión de color y de vida. Las "Torres de Santo Domingo", bañadas por el sol de la tarde, se destacan vivamente en el grupo. La pátina con que el sol y el tiempo han cubierto la piedra de la vieja iglesia, ha atraído el alma del artista y le ha arrancado una estrofa cálida y sentida. "La casa del poeta"... un paisaje otoñal, tibio y melancólico, es un rincón de callejuela cerca del Seminario, donde una pequeña casita y un álamo amarillento dan la sensación acabada de la poesía, de la simplicidad y del silencio.

Los "Parrones de otoño", los "Barriales de invierno" y los "Paisajes de verano" tienen cada uno su representante en los números 56, 52 y 62 del catálogo. Preciosos paisajes llenos de elocuencia y sentimentalismo hablan al espíritu en su idioma de colores y de la luz; orquestan deliciosamente bajo el sol; rezan su inspirada plegaria a la naturaleza viviente y pasional de los campos chilenos.

Los que siguen a González en su camino van a su taller y se llevan estas manchas elocuentes. El número de entendidos aumenta, y ya hay pocos salones de Santiago que no tengan una de esas deliciosas orquestaciones de color.

Este artista seguirá produciendo sus poemas cortos y fervorosos. Buscará los colores que como mariposas traviesas se esconden entre las sombras o aletean bajo el sol. Pintará con maestría ese reflejo del azul del cielo, que llueve en una finísima lluvia de ópalos sobre las hojas, las flores, el polvo y las sombras. Traducirá el misterio melancólico de las tardes de otoño; el alegre estallido de las primaveras que florecen; o la desnuda soledad de los inviernos que se deshojan.

Entre las muchas telas que pinta González cada año, hay algunas que sobreviven. Las demás se borran y se pintan otras más afortunadas sobre ellas.

Hay también algunas manchas wagnerianas que permanecen en un rincón del taller, sin más admiradores que su autor mismo que, probablemente, en sus horas de entusiasmo las encuentra geniales.

Pero, entretanto, he aquí que un pintor sincero y atrevido triunfa entre nosotros.

Las Ultimas Noticias,

4 de noviembre de 1903.

VALENZUELA LLANOS

Don Alberto Valenzuela Llanos es un distinguido y joven artista que ha luchado con verdadero denuedo para realizar sus triunfos en el paisaje. Antes de conocer los secretos que hoy le dan la victoria, estudió concienzudamente la naturaleza; pero no logró sino felices impresiones de detalles. Fuera de una marina suya, vigorosa y fuerte de color que adquirió el museo hace algunos años, conocimos algunos paisajes de tarde con efectos de nieve en la cordillera a la puesta del sol. Tenían una tonalidad caliente, sentida y muy discreta. Valenzuela entendía esas horas tranquilas y silenciosas del paisaje chileno, les dedicaba inspiradas canciones de color, pero todavía luchaba con las dificultades de la luz y de la impresión atmosférica.

Hoy día sus apuntes europeos y sus cuadros chilenos muestran una coloración segura, ligereza de aire, y vivo sentimiento de la luz. Los árboles, las praderas, el mar, los reflejos de sol sobre las cúpulas, los blancos fundidos de la nieve, tienen todos en la paleta de Valenzuela Llanos un elocuente y osado intérprete.

Su "Primavera en Lo Contador" es el gran paisaje presentado por Valenzuela al Salón. Un árbol casi sin follaje deja caer a poca altura del suelo una rama florida. La vista que se recrea en esa blanca y poética eflorescencia de almendro o de peral, se siente invitada a pasar bajo la rama que columpia el viento buscando más adentro un rincón tibio, misterioso y sombrío. Un grupo de árboles de huerto se juntan en segundo plano y producen bajo su follaje esa vaguedad de las sombras y de las cosas, que impiden al caminante saber si la figura que se mueve en el fondo de una alameda, viene hacia él o se aleja... Una casa de campo se deja ver entre ramas en último orden, medio

hundida entre la verdura que comienza y esa brisa de perfume y de brote nuevo que lo inunda todo. El cielo azul, muy azul, uno de esos cielos de raso, luminosos y calientes, que tenemos en Chile, arroja sobre toda esta primavera que florece, un reflejo que hace más verdes las hojas, más blancas las flores del almendro, más alegre y blanda la hierba que tapiza y borda poéticamente el suelo.

Unos piensan que el color del cielo debería ser menos intenso, otros, que un cielo tan azul debería proyectar luz más fuerte sobre el paisaje. Valenzuela Llanos sabe lo que hace, y es absolutamente sincero; hay artistas a quienes se debe creer bajo su palabra.

Entre tanto, su "Primavera" tiene la luz viva, la atmósfera ligera, la tonalidad sonriente de las primaveras chilenas. Es la época en que las ramas del durazno cuelgan sobre las tapias musgosas, rebalsando del huerto; en que las diucas vuelven a ensayar por las mañanas su canción alegre y gozosa; en que el sol es vivo, el aire limpio, el cielo azul, y el campo lleno de verdura y de color. Son esas mañanas frescas y vivas de primavera, las que cantó Rubén Darío en unos versos fáciles y livianos:

*¡Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita
junto a una piedra muele maíz.*

La "Tarde en Lo Contador" es un paisaje de menores dimensiones, pero de indiscutible valor. El cielo con nubes es uno de los más hermosos trozos de pintura que hemos visto en paisajes chilenos. Hay en esta tela un suave aliento de poesía, una entonación sincera y perfectamente sentida. Como en pocos paisajes, la sobriedad en los procedimientos y una justa armonía en los colores, le da a esta tela la serenidad de una estrofa clásica, o de un salmo antiguo.

El "Efecto de nieve" en los alrededores de París, y el "Fin de Otoño" en Charenton, son dos telas traídas de Europa, con hermosísimo colorido y una atmósfera transparente. Los tonos blancos, suavemente fundidos por un pincel maestro, recuerdan los mejores paisajes nevados

de la moderna escuela francesa. Son telas de mérito en que el estudio y el talento se han hermanado para hacer la obra de arte.

Un pequeño cuadrito "La iglesia de la Salute", en Venecia, es una joya. Un *dilettante* de buen gusto lo adquirió apenas abierto el Salón. Un apunte muy hermoso, "En alta mar" constituye otra linda mancha de color que produce una impresión elocuente de las olas y tumbos del océano desde la popa del buque. Los cuadritos de "Lisboa", "Verano", a "Orillas del Marne", "Puerto de Pernambuco" y otros, afianzan la victoria del joven artista que va en la primera fila entre los luchadores de la nueva escuela.

Valenzuela Llanos es como el maestro Juan Francisco González, de los iniciados en el misterio del color. Esa interrogación que hay para todo profano en las coloraciones del paisaje, tiene pronta respuesta en la paleta de estos privilegiados. Las audacias de la plena luz, los misterios velados de la sombra, la poesía de la hoja que muere en el otoño, y de la hoja que nace en la primavera, son interpretados con vigor, con certeza, con absoluta conciencia, y con esa sinceridad artística que constituye la honradez del pintor.

Los cuadros de Valenzuela, principalmente sus primaveras y sus tardes, hacen pensar y soñar. Ante esas telas con verdad y poesía surgen los versos de un poeta español:

*El viento de la tarde un delicado
olor de primavera me ha traído,
y entornando los ojos he soñado!*

Las Últimas Noticias,
31 de octubre de 1903.

DON JULIO ZEGERS A LOS 82 AÑOS

Hombre cargado de años pero joven de espíritu, conocido en Chile por todos, admirado por muchos, querido por los que pueden desprenderse de la pasión de la actualidad para juzgar en síntesis a un servidor público, acaba de cumplir ochenta y dos años y aun pertenece a la generación que piensa, obra y espera. Frecuentemente en estas tierras en que la naturaleza convierte sin transiciones al niño en hombre y al hombre en viejo, vemos aparecer personalidades dotadas para luchar, pero antes de que llegue la hora de hacerles justicia, han desaparecido en silencio. O heridos en la batalla, o rezagados en la marcha, nadie los recuerda al cabo de cierto tiempo; parecen extranjeros al país en que viven, al idioma que hablaban, a los ideales que de jóvenes soñaron y que ven realizarse sin asombro.

Don Julio Zegers se ha mantenido de pie, durante la más larga jornada que haya hecho un hombre de Estado en nuestra tierra. Pocas veces el talento ha descendido con más luz, con más brillo, irradiando mayor claridad en el cerebro de un chileno. Hombre de derecho versado en las cuestiones financieras, orador parlamentario diestro y atinado, estilista de impecables y nítidas formas, don Julio Zegers era tan apto para la defensa como para el ataque, tan poderoso en el debate de las asambleas como en la polémica de prensa, tan fino y penetrante en el análisis como en la síntesis. La orientación de este espíritu, original en nuestra raza, era filosófica en el sentido de la contemplación; positiva, en la necesidad de obrar y de hacer prosélitos; amablemente escéptica, porque no lo desalentaba la soledad en que marchó muchas veces, por los caminos de la idea y de la acción; cáustica y hasta irónica como única compensación contra

el suelo impermeable y el surco al parecer estéril en que fue desparamando semillas de progreso y de novedades.

A la actividad del espíritu constantemente inquieto e informado, unió la de su cuerpo, manteniendo con diario ejercicio la movilidad graciosa de una juventud siempre renovada. "Don Julio", como lo llamaba el gran vecindario de este gran barrio de Santiago, conoció las vigilias laboriosas pero también se bañó en la reposante frescura de las mañanas. Hasta hace poco tiempo, el activo ciudadano era también elegante y ágil caballero, equitador correcto, cortés y fiel visitante de todos los paseos que los trasnochadores santiaguinos no conocen sino en esas turbias alboradas en que el alma va arrepentida dentro de un cuerpo demolido y ajado. ¡Al galope, al trote, a la marcha! Don Julio ha reconocido un transeúnte amigo y se ha detenido para hablarle. De ahí salía siempre una idea, un artículo de diario, un proyecto de ley, una indicación clarovidente. Mientras el caballo tascaba impaciente el freno y golpeaba nervioso el pavimento, don Julio hablaba, como tenía costumbre, con los ojos vivaces y penetrantes, cruzándose de brazos, subrayando con la voz y con el gesto, cortando con un movimiento de la mano la frase que no deseaba concluir. Don Julio era tan elocuente para "los silencios", como suelen ser las pausas en determinados momentos musicales. Muchas veces decía mucho más callando que hablando, porque su mirada era expresiva como un discurso.

¡Cuántos hombres, nacidos muchos años después que él mismo, han desaparecido al lado de este pensador, estadista y escritor siempre activo! ¡Cuán larga galería de retratos ha almacenado en su memoria siempre alerta! ¡Qué interminable desfile de jóvenes y viejos, de gobernantes y de inspiradores, de consejeros y de parlamentarios, ha pasado por su casa hospitalaria para todo el que quería conocer la exacta evolución de cada momento de nuestra historia! Leonardo de Vinci decía a sus alumnos de la Academia de Milán que el retrato de un hombre no debía reflejar un momento de su vida sino una síntesis de toda su existencia, y que en su mirada y en su sonrisa debía vagar algo menos transitorio y fugaz que la imagen de las horas presentes, una especie de reducción del infinito, una emanación del espíritu eterno que nos envuelve y nos seduce. El retrato de don Julio Zegers no puede ser el del parlamentario de ayer, el del Ministro combatido

o aplaudido, el del consejero afortunado, el del publicista cáustico, el del economista vidente; sino simplemente el del hombre de aristocrática e intelectual sonrisa, que esconde bajo la curiosidad ardiente de sus claras pupilas el fuego del pensamiento vigilante y agudo. Porque eso ha sido don Julio Zegers, un intelectual en el alto sentido de la palabra; el producto selecto de una generación que pasó rápidamente, porque dejaba un representante bien armado para librar las batallas que ella habría debido pelear.

Hemos visto el lujoso pergamino que los admiradores y amigos de don Julio Zegers le presentarán hoy. Un artista ha trazado en él una lujosa viñeta ornamental que representa en un símbolo de muy acertada combinación la obra intelectual del servidor público que ha sido actor en medio siglo de la vida nacional más intensa. El cortejo triunfal de esas figuras que se agrupan en torno de la República, es la representación de toda una vida de útiles servicios dedicada por el señor Zegers a la nación. El comercio, la industria, la marina, los ferrocarriles, la Hacienda Pública, la guerra y la victoria, los tratados internacionales, la política histórica de sucesos aún recientes; todas estas imágenes, brillantemente coloreadas por el pincel de Suberca-seaux, recuerdan otras tantas páginas pensadas y habladas o escritas por el hombre de Estado que hoy cumple 82 años de vida. Hoy los cumple, y, ya lo hemos dicho, no ha dejado de creer y de esperar como creen y esperan los que aún no han mordido la pólvora de la batalla ni sufrido las decepciones de una larga existencia.

Las transformaciones de nuestro país, que estudiamos en los libros y apenas comprendemos, Zegers las ha vivido. En una sola jornada ha visto la República pobre, incierta, sacudida por diversas crisis, empeñada en una guerra que suscribió, resarcida de sus sacrificios, próspera, en pleno desarrollo, llena de confianza en el porvenir. Ultimamente el luchador se había hecho a un lado en el camino para ver pasar los nuevos tercios. Entonces sólo ha comprendido cuántas generaciones habían puesto algo de su trabajo y de su fe al edificio común, entonces sólo ha visto que la tarde de su vida comenzaba a llegar después de un largo día de sol. Pero la tarde de don Julio Zegers está poblada de recuerdos, de memorias, de hechos, de fechas; acompañada también de sonrisas de juventud que retoñan a su lado y le recuerdan que su nombre permanecerá entre nosotros; abri-

gada por el cálido sentimiento de un hogar en que ni los amigos han desertado ni han faltado los aplausos justicieros.

Ayer solamente lo vimos presidiendo una gran asamblea patriótica. Hoy recibe un homenaje elocuentísimo que corona sus sienes, rodeadas de nieve, con el laurel con que fueron coronados los poetas y que merecen también los que saben ser jóvenes y mantener su fe, sus ideales y sus esperanzas hasta la avanzada edad que el señor Zegers ha alcanzado.

El Mercurio,

8 de octubre de 1912.

B U E N H U M O R

*Cartas de París*LA DAMA DE LAS CAMELIAS, EL RESTAURANT DE RANCAGUA
Y LA TORRE DE EIFFEL

Oír en París y en 1908 *La Dama de las Camelias*, representada por lo que queda de Sarah Bernhardt, es algo así tan extraño y anacrónico como entrar al Museo del Louvre y convidar a la Victoria de Samotracia a cenar en un restaurant de Montmartre. Pero, sin exageración, es como navegar por placer en buque de vela; como encender un cigarro con yesca y piedra de chispa; como subir a ver la novia por una escala de cuerdas, habiendo ascensor en la casa. Y, sin embargo, en una noche de septiembre del año pasado, se ha podido ver a Margarita Gautier en el teatro Sarah Bernhardt, representada por este esqueleto glorioso; mientras las lágrimas brotaban a sus ojos secos que jamás habrían llorado ni de risa. O Dumas es eterno, o Sarah inmortal, o quedamos aún algunos cándidos en el mundo. La sombra de la gran actriz usaba ese día un largo cuello con barbas, para disimular los pliegues que hace su piel tan sacudida, en torno de su cuello que fue esbelto; pliegues lamentables que recuerdan los del papel de seda en torno del gollete de la botella de *champagne* cuando se le envuelve con una vigorosa vuelta de mano. La augusta armazón de huesos no había podido adornar su silueta demacrada con los coquetos cachirulos del peinado de Margarita Gautier, ni con la crinolina de la época, so pena de profanar la solemnidad de su vejez realista, con graciosos aderezos de la juventud romántica. Se había contentado con un sencillo traje blanco y con un peinado a la moda del día; y así, los ojos elocuentes que fueron y las hermosas manos que aún son, pudieron, a la discreta media luz del escenario, lanzar un último destello de los antiguos triunfos.

¡Qué triste condición de la humanidad! Una bombonera, un ro-

pero, un diván, hasta un violín, ganan con la edad; y el ser más perfecto de la creación, vale una mirada menos por cada arruga más. Sin embargo, la gran actriz tiene como una aureola de entusiasmo sobre la cabeza, como un fulgor de lejana estrella en sus ojos; y las largas manos blancas parece que describieran en su acción nerviosa el epitafio de una gran tumba, donde la humanidad va a detenerse para oír el eco de los versos antiguos.

Por esto lloraba la concurrencia; pero lloraba con timidez, con pudor. Los pañuelos de encajes y de batista salían empuñados en las manos pequeñas, pasaban sigilosamente a flor del cuerpo, y llegaban hasta los ojos, para hacer un rápido movimiento y enjugar la pequeña gota que fue conocida hasta hace poco con el nombre de lágrima. Todos nos avergonzábamos de vivir media hora de 1908 en media hora de 1830.

Pero había un ser fuerte, sano, antiguo, vigoroso, que lloraba con franqueza, casi con estruendo. Delante de mí, un señor alto, esbelto al parecer, lucía una gran calva, sobre la cual se reflejaban todas las luces de la araña colgada del "plafond". Usaba largas patillas blancas bifurcadas, un frac muy bien cortado, y el chorro de lágrimas que salían de sus ojos producía un general movimiento de ternura, de admiración, de respeto. Yo recorría inútilmente con la memoria las páginas de las revistas ilustradas, el capítulo de recepciones de soberanos y príncipes de familia real; pero la fisonomía de mi vecino no coincidía. Uno de los grandes duques de Rusia no podía ser, porque un ruso no debe llorar en *La Dama de las Camelias*, mucho menos si además de ser ruso es gran duque; porque es sabido que el lagrimal se seca a medida que se sube en la escala social. ¿Quién era este hombre que se estremecía con Armando y vibraba con Margarita y viceversa? Con mi natural tendencia de monologar por la parte de adentro, comencé a dirigirle un apóstrofe mudo: "Alma tierna, alma de selección que seguramente has amado y has sufrido mucho, ¿de dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Cuál es tu historia? ¿Cuál tu destino? ¿Qué eres? ¿Escritor, que has hecho leer al mundo el poema de tu vida? ¿Vividor, que llevas un tomo de filosofía en tu calva prematura? ¿Artista, que has hecho el retrato de tu esfinge, y como Leonardo, no quieres separarte de él? ¿Aventurero, que has recorrido el mundo para olvidar tus desengaños? ¿Amigo de Dumas, que conoces la febril

gestación de su libro? ¿Amante de la Duplessis, que te contó sus triunfos en la obra inmortal?"

Evidentemente era un hombre de la época. Sus lágrimas abundantes, calientes, espontáneas, lo decían bien claro. Habría dado cualquiera cosa por conocerlo. El momento se acercaba, sin embargo. Un concurrente retardado entreabrió la cortina de la entrada, una corriente de aire helado penetró en la sala, y varias personas sintieron un pequeño hielo en la nuca y un inesperado picor en la nariz. Entre estas personas me contaba yo, y sin poderlo reprimir, un violento estornudo se me escapó, y un tenue rocío fue lanzado sobre la calva ardiente de mi respetable vecino. Este se dio vuelta para mirar al mal educado, y yo casi di un grito. Era don Salvador Peralta. Como no creo en espíritus, hube de convencerme de que el popular empresario del restaurant Rancagua estaba allí en cuerpo y alma. Don Salvador no pareció conocerme; le di mis excusas en francés; él las recibió, y enjugando sus lágrimas volvió a sumirse en la butaca. ¡Qué mal me había hecho despejar la incógnita de mi vecino! El espectáculo se alejó en el acto para mí; apenas veía a lo lejos las figuras moverse como en una proyección borrosa y las voces me llegaban como al través de una muralla; y en cambio veía, claro y concreto, como la realidad, el expreso del sur, devorando distancias al través de San Francisco, Hospital, Graneros, y deteniéndose miedosamente en la estación de Rancagua. Veía descender a los pasajeros a todo escape y entrar a la gran sala en cuya puerta estaba don Salvador Peralta, no ya lloroso como ahora, sino radiante, saludando a los antiguos conocidos, preguntándole al diputado tal por la Alianza Liberal, al otro por la cosecha, y teniendo para todos una palabra amable. Veía la espaciosa sala del comedor, llena de sirvientas regordetas y rosadas, con delantal blanco, colocando en cada mesa un plato de rabanitos y las servilletas en forma de bonetes; sentía el ruido de los pejerreyes al saltar sobre la sartén, de los bistecques al darse vueltas en la parrilla, de los sifones al dejar caer su chorro en las copas; miraba al conductor engullir su cazuela y a los pasajeros atisbarlo para saber si tienen tiempo para acabar con la lista. Era inútil que clavara los ojos sobre la escena; porque ni veía, ni oía. El ruido de platos de la cocina, las voces de orden: "¡un pollo para dos!", "¡tres hígados!", "¡una lengua!" me dejaban apenas

comprender que la tos de Margarita arreciaba y que Armando se daba ya cuenta del heroísmo de su amiga.

En medio de grandes aplausos, el telón cae y el drama ha terminado. Mi vecino sale con los ojos húmedos aún, recoge su abrigo y se pierde entre la muchedumbre rumoreante y agitada. Al día siguiente le encuentro en el consulado, y Manuel Amunátegui hace nuestra presentación en presencia del comandante Gómez Carreño y de Jorge Matte. Cito nombres para evitar desmentidos. Los presentados nos inclinamos y cada uno asegura haber oído hablar del otro alguna vez. El señor Peralta me cuenta que ha comprado en Berlín mil marcos en batería de cocina, de puro níquel. ¡Cómo envidio a los pasajeros del expreso del sur!

La presencia de don Salvador Peralta en *La Dama de las Camelias*, alteró esa noche por completo mi equilibrio mental. Tuve sueños desordenados e incongruentes: a veces veía a Sarah Bernhardt almorzando en el restaurant de Rancagua y a don Salvador Peralta arrodillado a los pies de Margarita Gautier; y otras veía a un ingeniero colocar una turbina bajo el chorro de lágrimas de don Salvador, una turbina con fuerza de 1/8 de caballo, que podía mover un molinillo de café y un espantamoscas con aspas de choleta negra.

Pero las incongruencias de estos sueños parecieron ordenarse un momento y dar lugar a otro que conviene salvar del olvido y ponerlo en este mismo artículo bajo los auspicios del señor Peralta.

Me veía —porque en los sueños uno se ve siempre a sí mismo— abstraído en la contemplación de París, atardeciendo, en uno de los puentes sobre el Sena. Pasaban las embarcaciones llenas de paseantes que volvían de Saint Cloud. A la luz moribunda del día podía entrever las parejas que cantaban, las mujeres cargadas de flores y de frutas, los cazadores con sus mochilas vacías. Al mirar las siluetas de Notre Dame, del Louvre, de los Inválidos, de las torres del Trocadero, pensaba en los compatriotas con quienes había discutido en el día: "Esta es Europa, les decía; la tradición, la espiritualidad, el pasado, la leyenda, el arte; páginas comenzadas con estas siluetas monumentales como las de los antiguos antifonarios, con las grandes iniciales pintadas sobre oro. Lo que ustedes buscan, calles bien pavimentadas, casas nuevas, adelantos edilicios, eso tiene allí su monumento: la torre de Eiffel, el riel, la armazón industrial, el ascensor

absurdo, la chimenea gigantesca, el pararrayos formidable, la materia elevándose a trescientos metros de altura, para convencerse de que el espíritu sube más alto". (En sueños se habla muy bien).

Esta idea de la torre de Eiffel se fue desarrollando en mi sueño. Había oído, había leído, que antes de que el colosal pilón sirviera al progreso general como estación de telegrafía sin hilos, se había proyectado seriamente hacerla desaparecer. Entonces veía cómo todo París se entregaba febrilmente a saber qué se haría con la torre y a hacer suposiciones sobre quién se quedaría con ella. Un diario propone una lotería; pero el número gordo sería un presente griego. El que se lo sacara tendría que gastar mucho dinero en desarmar la torre y en seguida colocarla en un sitio. ¿Y dónde? No se trataba de un kiosko que se pudiera poner en un parque, para almorzar debajo y hacer un palomar en la punta; ni para otros usos en que la altura es inconveniente o por lo menos superflua. "Le Matin" propone la subasta pública. "No faltarían —dice— pequeñas repúblicas sudamericanas que quisieran gastarse unos millones en colocar la torre de Eiffel en la plaza de una de sus capitales. El Gobierno puede excitar la rivalidad de estos países y hacer subir el precio de la torre casi al nivel de su altura".

Me hiere profundamente que quede Chile englobado en la injuriosa suposición. Siento ímpetus de ir a un diario y de declarar a nombre de todos los habitantes de Chile e islas adyacentes que el país no se interesa por la torre de Eiffel; que en materia de torres feas tiene muchas, y en materia de edificios de hierro por armar no le falta ocupación.

Me veo corriendo de la Legación al Consulado. Es necesario —le digo a Amunátegui— evitar a todo trance que Chile figure entre los rematantes de la Torre. Es necesario quedar de una vez por todas como una nación seriamente pobre o pobrementemente sería. Que se lleven la torre de Eiffel a Río de Janeiro o a Buenos Aires y que si en la última ciudad la encuentran chica que le agreguen un piso.

—Sí —me decía el Cónsul, mientras caviloso se pasaba la mano por su larga barba—, pero no me negarás que puesta en el Morro de Arica, con la bandera chilena encima, haría un buen efecto.

—Pero es patriotería y además es caro como mástil de bandera. Es necesario cablegrafiar para que no vaya a venir orden tan ab-

surda. Es necesario hacer una rogativa a San Simón Estilita que vivió cuarenta años sobre una columna y que debe saber bien lo que son estas cosas.

En fin, en el desorden de mi sueño, vi precipitarse los días y llegar la tarde del remate. La función se efectuaba en el Hotel Drouot y el día se presentaba mal porque todo subía a precios inverosímiles. Dos millonarios habían hecho subir mucho una peineta que había pertenecido a Lucrecia Borgia. En seguida llegó el remate de la torre: "Un monumento nacional en buen uso, de 300 metros de altura, libre de gravámenes, etc." Los argentinos tenían fiebre de quedarse con ella porque habían abierto suscripciones en Buenos Aires, y además los cimientos para colocarla. El personal de la Legación de Chile estaba en masa, con gran estupefacción de mi parte. La puja fue porfiada, y en el momento en que Chile hacía una gran oferta, el martillo cayó sobre la mesa y la torre de Eiffel le quedó adjudicada. Me pareció que caía sobre mí cada uno de los hierros, tornillos y remaches de la torre, y perdido el conocimiento me desvanecí sobre un gran catre imperio que había pertenecido a Paulina Bonaparte, y que estaba, naturalmente, desarmado bajo el peso de la historia.

¡Qué hemos hecho! ¡Qué burla cae sobre nosotros!

Como todo se precipita en los sueños, cuando llegó "Le Matin" lo abrí, y vi grandes títulos: Chile remata la torre Eiffel. Declara que no va a armarla. Da garantías de esto diciendo que desde hace diez años tiene sin armar un pabellón. La colocará como rieles en el ferrocarril de Arica a La Paz. La idea de colocar la torre de Eiffel horizontalmente revela un gran país.

Yo me reía de gusto, cuando golpearon a la puerta. Desperté y vi entrar un chileno.

—¿Sabes —le dije— que don Salvador Peralta está en París? ¿Sabes que la torre de Eiffel...?

Pero me acordé que lo último era un sueño.

El Mercurio,
8 de agosto de 1909.

PROBLEMAS AGRICOLAS AL ALCANCE
DE LOS NO AGRICULTORES

En Chile es noble y recomendable la profesión de agricultor; tolerada por los usos, la de abogado; impuesta por la necesidad, la de médico; no prohibidas las demás.

Chile fue hecho por la Providencia para los agricultores. Colocó en el norte el salitre, para abonar con él las tierras de las provincias centrales cuando se agoten, y por esta razón no es explicable la actitud del gobierno que tolera la exportación del salitre hacia otros países. Las minas de cobre fueron puestas por su sapiente mano (la de la Providencia) con el objeto de que los agricultores pudieran hacer los fondos para los frejoles de sus peones y el Estado la moneda menuda, con la cual se pagó el inquilinaje en años pasados.

Las minas de plata tenían visiblemente el objeto de facilitar el uso de espuelas de lujo a las gentes de campo, de frenos y mates a los mayordomos y de vajilla a los hacendados. Como hoy día estos objetos se importan del extranjero, las minas no se trabajan, lo que parece estar en el orden. Respecto de los bosques, no se conoce su utilidad, y por esta razón se les prende fuego. La Argentina fue geográficamente establecida al costado de Chile, para que la agricultura pudiera comprar ganados baratos y dedicarse a las positivas tareas de la engorda.

Los ríos fueron por Dios distribuidos por provincias, precipitados por pendientes y divididos en tantos regadores de 13 y media pulgadas, como propietarios ricos hay en cada localidad con el objeto de que el regadío rinda también acatamiento a la fortuna y haya terrenos de primera clase, de segunda y de tercera, lo que conviene

para mantener el prestigio de los que tienen regadores sobre los que viven de derrames.

A consecuencia de la importancia que tiene en nuestros territorios el ciudadano que cultiva la tierra, hemos consentido en dejarle el gobierno, en abandonarle la dirección de la moneda y de las emisiones con las cuales se deprime el cambio, en adulterar a su servicio las estadísticas para que aparezcan diez veces más tierras cultivables de las que hay en realidad, y en permitir un derecho de importación a las harinas extranjeras. Es verdad que así la vida se nos hace algo cara; pero nos consolamos viendo que el animal vacuno se mejora y el agricultor se empeora, de tal manera que cada día los toros parecen más hombres de Estado, y viceversa, los hombres de Estado, toros declinando en los mismos.

Por esta razón, todo escritor si desea ser leído debe abordar temas agrícolas, aunque sea sin gran conocimiento de la materia, ya que el agricultor tiene la condición de no saber nada de lo que hace ni por qué lo hace. Por ejemplo, el gobierno y algunas instituciones particulares, se afanan en abrir escuelas agrícolas, agronómicas o experimentales, para dar a la agricultura hombres preparados. Pero ningún agricultor acepta emplearlos por caros, pues un agricultor encuentra caras todas las cosas, menos lo que él vende, y tiene razón. Los alumnos de las escuelas agrícolas se dedican entonces a varias profesiones, como la fabricación de velas estearinas, colchones, fuegos artificiales y molduras de yeso.

Después de este breve prólogo, que explica por qué razón he aceptado la tarea de escribir un artículo agrícola, entro en materia con el método de un profesor. Agricultura no significa "cultura agría" como podría creerse al ver la poca educación con que generalmente se tratan los agricultores, sino cultivo de la tierra o del "agro", que viene de una palabra latina. Esto nos demuestra que el que desee cultivar una planta, debe forzosamente disponer de una superficie de tierra. Es verdad que hay plantas que crecen y se desarrollan en el aire o en cortezas de árboles o en un vaso de agua o en los entablados, como las callampas; pero no es esto lo común. La cantidad de tierra debe ser suficientemente espesa, para que cubra la semilla y permita el desarrollo de las raíces. Por esta razón no sirve para el cultivo la capa de polvo que hay siempre sobre los pianos.

En grandes líneas puede decirse que para que haya agricultura, es necesario todo esto: tierra, abonos, préstamo hipotecario, semillas y cambio bajo. Es útil también conseguir una estación de ferrocarril en el medio de la propiedad.

Supongamos, pues, una cantidad limitada de tierra, sea en un jardín, en un macetero o en un cajón de tablas. Esta tierra debe contener cierta cantidad de substancias para que la planta se desarrolle. Supongamos una tierra químicamente pura o mejor dicho, químicamente mala. Lo más urgente es dotarla de materias azoadas. No hay idea de la importancia que tienen estas materias azoadas en la agricultura. Comienza usted por dotar su tierra de ázoe, cuanto antes, sin pérdida alguna de tiempo. ¿Dónde puede obtenerse este producto? En la atmósfera. ¡Qué simple es la naturaleza! ¡Qué ordenada! ¡Cómo todo está al alcance de la mano del hombre! Es necesario advertir, sin embargo, que para separar el ázoe de la atmósfera se necesita una fuerza motriz tan grande como la de un río precipitado desde la punta de una cordillera. Con 100.000 caballos de fuerza se puede obtener fácilmente este maravilloso abono que nos circunda, mezclado al aire. Como escribo para chilenos, tengo la obligación de decir que el salitre es un abono que contiene ázoe y que se usa en muchos países del mundo, como Inglaterra, Bélgica, Alemania, Francia, España e Italia, para mejorar las tierras. Pero si usted, lector, es chileno y no tiene agentes en Londres, lo que suele ocurrirnos a casi todos los chilenos, puede considerar mucho más útil pescar ázoe de la atmósfera, con la mano, que salitre de su país con cualquier medio conocido. El salitre es artículo de exportación y se exporta. Nada queda para la casa. Si usted escribe a la Compañía Salitrera de Antofagasta pidiendo un kilo de salitre para abonar sus claveles y acompañando una estampilla para la respuesta, no le devolverán ni la estampilla. Pero no hay que desconsolarse; el ázoe se encuentra también en el guano y sobre esta materia resbaladiza entraré en pormenores dignos de atención.

El guano es de tantas clases, como especies animales hay en la naturaleza. Lo hay desde el de picafloros, que sirve para el cultivo del *petit pois*, hasta el de senadores, que se puede usar para las plantaciones de zapallos gigantes, pasando por los de cóndores y hue-mules, que sirven para hacer fructificar el árbol del patriotismo, del

cual se hacen astas para banderas; el de huanaco, que por la velocidad de su autor se usaría para abonar plantas de crecimiento rápido como el corre-vuela, si ésta necesitara de abonos; y el de corrales de lechería, ovejerías y cabros. El mejor de todos es el peruano, que se extrae de las covaderas, donde fue depositado por millones de pájaros que tenían allí sus refugios, porque éste no sólo es el mejor abono para las plantas, sino que sirve aún a su dueño para hacer abonos en su cuenta corriente, lo que es digno de atención.

Una vez teniendo la tierra, es necesario procurarse los útiles de labranza y las semillas. Los útiles se reducen a los dedos de la mano si el retazo de terreno disponible es el que puede contener un macetero; pero a medida que el terreno crece, el útil se complica. Sin embargo, como el agricultor carece en general de fantasía, el arado es el mismo desde Adán hasta nuestros días. Con el arado se abre el surco y en el surco se coloca la semilla. Por esto se dice que una inteligencia abre surco y que una idea fructifica. Una vez colocada la semilla, el agricultor puede marcharse a paseo porque entra a colaborar en sus tareas el sol y la humedad atmosférica. Al sol no se le paga nada y menos aún a la humedad. De aquí proviene la soberbia del hombre de campo sobre cualquier otro industrial. Por ejemplo, un diario debe contar con mecánicos que hagan sus máquinas, con fundidores que preparen las letras de molde, con industriales y químicos que fabriquen el papel, con otros que hagan las tintas, los rodillos de pasta, las drogas y planchas para los grabados, con obreros que preparen esto, corten el papel y lo impriman y finalmente con artistas y escritores (mil excusas, lector; aquí entro yo), que conciban los dibujos y pongan las ideas. A nosotros no nos fructifican las ideas con las lluvias, ni nos paren artículos mientras dormimos.

Pero dejemos la polémica y volvamos al cultivo. Antes de buscar la semilla debe pensar usted bien qué cosa desea obtener de la plantación y cuál es el límite de su paciencia. ¿Quiere usted ver un cultivo rápido? Ponga un grano de trigo; ¿desea uno lento, muy lento? siembre un alerce chileno, y cuando usted muera, tendrá el arbusto apenas una pulgada de alto. En seguida hay que defender la plantación de los enemigos naturales, niños, pájaros, insectos y animales. A los insectos se les da muerte, no así a los otros agentes de

destrucción que, o no se dejan matar o no conviene hacerlo. No debe aplicarse por ningún motivo polvos de Persia contra las orugas, porque éstas concebirían una pobre idea de nuestras fuerzas. Lo mejor es cubrir el macetero con una campana de vidrio, como por ejemplo con la tapa de una quesera o mantequillera. Excusado es advertir que para las grandes plantaciones este procedimiento no es aplicable.

El placer de cultivar es muy grande, siempre que se tomen las precauciones debidas. Cuando se han comprado las semillas con sobre, con ilustración en color y un letrero encima y se está convencido de que hay alguna relación entre el continente y el contenido, viene la decepción segura.

Pero si uno toma la semilla como una interrogación y espera que el tiempo le responda, entonces el agrado es inmenso. Yo recuerdo haber encargado a un reputado jardín semillas de manzano, y cuando esperaba gustar la primera compota me pude convencer, como el alemán del cuento, que eran matas de tabaco las lozanas plantas que crecían bajo mis auspicios. Tiene relación con esto y con las amenazas de los animales, lo que decía un español: "sembré coles y ¿sabe usted qué salieron? salieron dos chanchos y se las comieron". Hay que evitar que salgan otras cosas que lo que se siembre y que salgan voraces disfrutadores del propio trabajo.

Yo sé de un hombre incapaz de hacer mal a nadie que fabricaba semillas en su casa, con bolitas de miga de pan de diverso tamaño y color, encerrándolas después en lujosas cubiertas en las cuales se leía "Coliflores de Persia", "Arvejas del Congo Belga", "Lechugas de Eduardo VII", "Espárragos gigantes". El hombre hacía negocio de oro y se divertía muchísimo cuando los clientes se quejaban de que no salía nada. "Usted no ha regado a tiempo", "Su mayordomo lo ha engañado"; nunca le faltaron excusas atendibles.

Entre los medios que el ingenio humano ha discurrido para defender las siembras figuran 3 grupos principales: el "rondín" humano, el arma de fuego y el espantapájaros. Tratándose de viñas, el rondín destruye mucho más que los zorzales porque éstos son expulsados fácilmente, mientras que al rondín se le paga por permanecer en el cerco y nadie vigila sus manos a caza de pámpanos maduros. El arma de fuego, que es generalmente un fusil a fulminante

que se carga por la boca, suele tener el inconveniente de descargarse por la culata. Queda el espantapájaros, maniquí que en actitud tribunicia se yergue sobre los sembrados y que es el hazme-reír de los pájaros. Pienso con el tiempo, y para trabajar por el mejoramiento de la agricultura, publicar un periódico de modas que se llame "El Espantapájaros Ilustrado" donde daré diversos figurines de esta clase de personajes. Para que preste verdaderos servicios, un espantapájaros debe herir la imaginación de los pájaros que son seres esencialmente imaginativos. Si nuestra indumentaria sirve tanto en la sociedad humana, hasta el extremo de que un frac bien llevado puede hacer llevar bien un puesto diplomático, se puede pensar cuán sugestiva puede ser la buena vestimenta del espantapájaros en la liviana sociedad de las aves. Un espantapájaros de levita, sombrero de copa y guantes blancos es irresistible, porque los tordos vacilan muchas veces antes de inferirle la afrenta de las tarjetas de visita que dejan a menudo sobre el corriente espantapájaros de "poncho y chupalla".

No sea usted rutinario en sus cultivos. No plante usted las mismas cosas que su vecino, llevado por espíritu de imitación. Sea usted progresista y vaya siempre al frente de los agricultores de su región. Recomiendo, por ejemplo, el azafrán que se vende a ochocientos pesos el saco. No he sabido que la Sociedad Nacional de Agricultura se haya preocupado hasta ahora de este precioso artículo, y sin embargo, es muy remunerativo. En una cuadra puede usted cosechar veinte sacos, es decir, dieciséis mil pesos. Costearía, pues, hacer plantaciones de azafrán en pleno centro de Santiago, aun pagando doscientos pesos por el metro cuadrado de tierra.

También son dignos de atención el ruibarbo, la nuez moscada, la pimienta y el rábano yodado, para hacer jarabe de lo mismo.

Nuestros agricultores no entran aún en el camino de la verdadera industria agrícola. Se ha repetido que los fracasos en la exportación de algunos productos chilenos provienen del fraude burdo que se comete en la confección de los envases y otros procedimientos. Se dice que en los fardos de pasto se colocaban adobes y en la cera trozos de álamos. Se ha llegado a afirmar que en una partida de nueces iban todas vanas, pues se les había quitado el interior y sustituido con papelitos impresos con máximas morales como al-

gunos bombones de chocolate suizo o italiano. Yo condeno todo esto, dentro de la moral positiva y utilitarista que es la que corresponde mejor al agricultor. Prefiero la mezcla mitad a mitad de ají molido con polvos de ladrillo, porque el cliente tarda en descubrir la superchería y debe agradecer que se haya cuidado su estómago moderando la acción corroedora del picante excesivo. En materia de industria debe haber cierta tolerancia de fraude, pero no debe por ningún motivo sobrepasarse la proporción.

Por ejemplo: puede hacerse salsa de tomate con cáscaras de peras y duraznos; vino tinto tiñendo suavemente el blanco y dándole el nombre de pinot; semilla de maqui, como colorante, mezclándola con los residuos que dejan los cabritos en su camino; charqui de vaca confeccionado con la carne de animales diversos, excluyendo los perros y los cururos.

Hemos dicho que el cultivo de la tierra necesita cierta dosis de humedad. De aquí vienen las cuestiones de regadío. El riego natural es el de las lluvias, la naturaleza ha sido pródiga dejando caer de tiempo en tiempo los aguaceros. Admiramos un momento su colaboración. En seguida lamentemos respetuosamente que las lluvias caigan por regla general cuando son menos necesarias. El hecho es innegable, ya que el terreno de rulo, que es aquel que cuenta sólo con el riego de las lluvias, vale diez veces menos que el regado por el hombre. Tenemos tres clases de terrenos: el regado artificialmente de afuera hacia adentro, el de rulo o no regado sino cuando lo dispone el tiempo, y el de vega, que está permanentemente regado de adentro para afuera. Si el hacendado que tiene vegas y rulos pudiera revolver ambos terrenos, se haría prestar por la Caja Hipotecaria tres veces más de lo que debe. Un agricultor es tanto más rico cuanto más debe.

Lo primero que debe hacer un comprador de tierra influyente de Santiago es buscar una región donde aún no haya ferrocarril ni necesidad de hacerlo. Allí el terreno vale poco. Después debe buscarse un vendedor que esté convencido de que sus rulos no pueden regarse sino por medio de pozos artesianos. Una vez adquirido el fundo la evidencia del ferrocarril, que por todos había pasado inadvertida, surge de pronto. "¿Cómo es posible que una región, rica, poblada, que podría hacer afluir a la línea central tantos productos, esté aislada del

país? ¡Así se comprende que nuestros ferrocarriles pierdan dinero, ya que no se procuran carga!” De un momento a otro el ferrocarril serpentea su riel por riscos y peñascos, terraplenes y acueductos y da valor a los rulos, que también comienzan a no serlo. Porque un rulo no es definitivo en absoluto. Para ellos son los canales y los tranques. Para hacer completa justicia a la agricultura, hay que decir que esta obra del moderno regadío le honraría muchísimo, si no fueran sus principales promotores personas que se han formado en otros ramos de la actividad, sea del comercio o la minería.

La apertura del canal de Panamá abre a la agricultura, según se cree, nuevos horizontes; pero como, a pesar de la protección que recibe, estará siempre más atrasada que la de cualquier otro país, es de temer que vengan a hacerle competencia en su propia casa las papatas de Hamburgo o del Portugal, que son más baratas y mejores que las chilenas. El día en que sea necesario poner fuertes derechos de internación a las papas extranjeras para proteger a las papas domas degeneradas que nos vemos obligados a comer; ese día será cuando los chilenos se contarán unos a otros para saber cuántos son los que producen las papas y cuántos los que las comen. Del resultado de esta causa dependerá el futuro económico de Chile. Entonces, convencidos de que más que país agrícola debemos serlo industrial, colocaremos una turbina a cada caída de agua y fabricaremos según nuestras necesidades y las de los mercados inmediatos.

Mientras viene este acontecimiento, la mejor profesión es la de agricultor. Entre el Estado y la naturaleza le dan la tierra, el cultivo y la parición del ganado. Es seguramente a un agricultor a quien viéndolo en perpetuo descanso, le preguntaban un día: —¿Y no le vienen a usted tentaciones de trabajar? Y él contestó: “—Sí, me vienen; pero las resisto”.

Pacífico Magazine,
enero de 1913, pp. 130-6.

EL TRANSITO DEL DEMONIO

Clodomiro Pérez es corista varón del Teatro Municipal. Su cara de asno joven se destaca vigorosamente en la escena, y hace el regocijo de las galerías y del elemento joven que concurre a oír la ópera.

Como prisionero nómada en el segundo acto de Aída, infundía pavor al mismo Amonasro. En seguida, se le ascendió por su fealdad y por su buena conducta a sacerdote egipcio, y cuando en el fondo del templo resonaba pavorosa la ronca y tétrica acusación de traidor a la patria, sobre todas las demás se alzaba la voz de Clodomiro Pérez, que en esos momentos creía realmente tener en sus manos la vida de Radamés.

En Fausto, en el coro de las cruces, Mefistófeles, más que por la presencia de ese signo odiado para él, temblaba ante la cara que ponía Clodomiro Pérez, para vencerlo y aterrorizarlo.

Pérez era, indudablemente, el rey de los coristas. Sabía abrir los ojos desmesuradamente, mirar al vecino como para comunicarse la impresión de la romanza cantada por el tenor; mover los brazos desmesuradamente, inclinar la cabeza, en fin, dramatizar a su manera.

Clodomiro era casado con una mujer vieja y sorda, un abocastro tal, que ni siquiera había conseguido figurar en el coro femenino del Municipal, donde son cualidades que se aprecian mucho la fealdad, la vejez y el no tener oídos.

En la noche del miércoles, el pobre Pérez, dejando a su mujer en cama, con una grave enfermedad, se vio obligado a asistir al estreno de Mefistófeles, donde le correspondía el honroso puesto de demonio, para salir con el gran tenedor de tres dientes en el segundo acto, en la escena del infierno.

¡Qué bien se veía Clodomiro, metido bajo su capuchón rojo fuego, con las orejas salidas hacia afuera y como mandadas hacer para servir de receptáculo a tanto golpe de orquesta; los ojos saltados y redondos como si fueran los de un loro, con la razón extraviada, y finalmente, la boca abierta, con una expresión idiota de mula fatigada!

Era un demonio real y verdadero, y al divisarlo salir del camarín, una bailarina que no debía andar con la conciencia muy limpia, casi se cayó desmayada y desapareció como un celaje dándose vueltas en las puntas de los pies.

Llegó, por fin, el acto del infierno, y Clodomiro Pérez hizo su aparición en el piño de demonios, saltando sobre los pies y levantando en alto el gran tenedor dorado. Algunos concurrentes de la platea descubrieron con sus anteojos la adorable figura de Pérez, y estuvieron contemplándolo en medio de esa atmósfera roja, hasta que saliendo por un costado, volvía a bajar por la ladera de la montaña del fondo.

Al salir el actor, corrido ya el telón, y cuando todavía no se apagaba el resplandor rojo que bañaba el escenario, un vecino de la casa de Clodomiro le anunció que su mujer estaba agonizando.

Pérez dio un grito, y olvidándose del traje quizá un tanto impropio que llevaba, salió como un loco por la puerta de la calle de San Antonio y echó a correr en dirección a la Alameda.



¡Qué solitaria y triste se encuentra la Alameda pasada la media noche! Los quemadores incandescentes difunden en torno suyo un resplandor pálido que, vacilante y confuso, se pierde en la lejanía, moviendo las sombras y dándoles una extraña animación.

De cuando en cuando parece como brotar de un tronco la oscura silueta de un transeúnte que, a paso de marcha se dirige al domicilio donde alguien lo espera, o donde nadie lo espera.

Allá, de tarde en tarde, un carruaje muestra a lo lejos sus faroles rojos como dos pupilas de borrachos, y golpeando ruidosamente el pavimento se acerca al galope de los caballos.

La ciudad, agitada y alegre en el día, se pone medrosa y sombría a esas altas horas, en que bien podrían salir duendes y penar ánimas.

Eso decía el guardián que de punto, frente a la calle de San Martín, casi se moría de miedo en tal soledad. La campanita sonora y armoniosa del reloj de San Borja, había dado las doce tres cuartos. El guardián bostezó y naturalmente se santiguó la boca con el pulgar, para que por ella no entrara ningún mal espíritu.

De repente fijó la vista a lo lejos, hacía arriba, y creyó divisar un punto oscuro que corría desafortadamente por el fondo de la Alameda. Muy pronto y a la pasada de un farol divisó que era rojo, y que llevaba algo en la mano que brillaba a la luz.

—¡Cáspita! —dijo— cualquiera creería que eso es el diablo en persona. Y volvió a santiguarse.

Pero el bulto crecía, crecía, hasta dejar ver el gran tenedor dorado que llevaba en alto, y el gorro puntiagudo que, rojo como todo su traje, le cubría la cabeza. El guardián corrió como un loco a refugiarse al pie de un farol, sin atinar a llevarse el pito a la boca y pedir auxilio, y desde allí, con los ojos abiertos, veía acercarse a grandes saltos ese demonio color de fuego, que llevaba levantado el tenedor con que indudablemente clavaba a los condenados.

Pérez, olvidado enteramente del traje peculiar que lo cubría, pensó en la necesidad de pasar antes a la botica de turno más cercana, para llevar a su mujer un calmante. Se dirigió, pues, al guardián haciéndole señas con el tenedor; pero con profundo asombro vio que éste, dando un grito, se trepaba por el farol, semejando, a la luz del gas, un murciélago gigantesco que cubría el quemador con sus alas negras.

—¿Qué es esto? —se dijo Clodomiro y como si tal cosa hizo su pregunta de estilo:

—¿Sabe usted dónde está la botica de turno?

Hubo un momento de silencio en que se sentía la respiración agitada del guardián.

El reloj de San Borja dio los cuatro cuartos y en seguida una campanada vibrante y argentina.

Después con voz apagada, temblorosa, el policial dijo:

—Ver... ver... ga... ra... es... es... es... qui... qui... na... de... de... de... de...

Y nada más pudo agregar, porque el terror le paralizó la lengua, y Pérez, aburrido, echó a correr de nuevo, creyendo sencillamente que se había encontrado con un guardián ebrio.



De repente, allá en una esquina divisa la ventanilla alumbrada de una pequeña botica, tras cuya puerta dormita seguramente el boticario, reclinado en una silla, después de haber vendido un papelillo de calomelano para un cólico y un frasquito con jarabe de ipecacuana para un niño con tos convulsiva.

De súbito, tres golpes suenan en la puerta. El boticario se incorpora, corre a la puerta, asoma su cabeza por la ventanilla y dando un salto atrás, la cierra de golpe y le pone nerviosamente el aldabón. Ha visto al demonio, lo puede jurar, rojo, alto, con un tenedor en la mano.

El pobre hombre se da golpes de pecho y jura devolver la plata que ha recibido de sus parroquianos por el calomelano falsificado que está vendiendo desde hace tres meses.

En ese instante, solamente, Clodomiro Pérez lo comprende todo. Vestido así, de demonio, no puede entrar a ver a su mujer; es imposible, la mataría. Y cómo le viene el recuerdo de la pobre que se muere, se acerca a un poste de teléfonos y se pone a llorar amargamente...

Un trasnochador que pasa por allí, con el cuello levantado, el sombrero caído sobre los ojos y las piernas un poco débiles, da un salto de tres metros al ver ese diablo que solloza; emprende después una carrera loca y hasta cree sentir olor a azufre.



Amanece. Comienza a difundirse sobre la Alameda la luz indecisa del alba, y un vientecillo frío baja de la cordillera haciendo dar diente con diente a los guardianes de punto.

Un comisario encuentra a Clodomiro Pérez, y venciendo el primer impulso de temor, se lo lleva a la comisaría arriándolo por delante.

Una cocinera que va al mercado con su canasta de mimbres al brazo, se queda con la boca abierta, inmóvil sobre la vereda, sin saber qué significa ese oficial de policía que va empujando con su caballo a un diablo con cuernos, cola y tenedor en la mano.

El infeliz de Clodomiro Pérez solloza y solloza; y lo sorprende el sol sentado en la comisaría, sobre un piso de junco, con la cabeza baja y apoyada sobre las dos manos asidas al tridente dorado.

Un grupo de muchachos lo rodea a cierta distancia, en silencio, y hasta con respeto.

Es un cuadro original y divertido.

.....

Pero entre tanto, nadie hace desistir al policial de la segunda comisaría de retirarse del puesto de guardián y perder su sueldo, a no ser que lo releven para siempre de hacer la guardia en la noche.

El Mercurio,
27 de setiembre de 1901.

UNA FIGURA DE ANTAÑO.

DON PEDRO DE CASTRO

No sabemos si en efecto eran más simpáticos los padres de nuestros abuelos, o es que los vemos así al través de los recuerdos de familia y en las viejas telas con marcos dorados de las casas de Santiago.

Pero debemos reconocer, por lo menos, que hace sesenta años se encontraba todavía la sangre andaluza en toda su fuerza. Más tarde, han dado en decir que somos los ingleses de Sudamérica, lo que significa que se ha borrado ya la influencia de esa simpática y noble sangre de holgazanes de buen humor.

Hoy por hoy nos entregamos a los sajones, con lo que aun perderemos el último resto de esa sangre, hasta que en época no remota nadie recuerde que fue español Pedro de Valdivia.

Pero en fin, a lo hecho pecho. La siesta ha pasado a la historia; las animadas charlas jugando brisca, carga burro y lotería al calor del brasero, son sólo un recuerdo borroso; el té ha expulsado de todos los reductos al mate colonial: hoy no se chupa la bombilla, se chupa el presupuesto.

Sin embargo, a pesar de las positivas comodidades que nos da la vida moderna, se siente cierto agrado en detenerse a mirar esos retratos de los caballeros antiguos con su bigote afeitado, el cuello abierto y la triple vuelta del enorme corbatín negro.

No hace muchos días mirábamos uno. Rostro ovalado, ojos vivos, que parecían guardar ciertos picarones destellos de los veinte años, boca grande, que debió lanzar estruendosas carcajadas en las noches

de lluvia al llamar en la lotería "los anteojos de pilatos" al 8, "los dos patos" al 22, "la edad de Cristo" al 33, "para arriba y para abajo" al 69, que también sin respeto ninguno hacia las señoras se llamaba "vomitivo y purgante". En fin, era un simpático viejo el del retrato, uno de esos viejos a los cuales da ganas de decirles golpeándoles familiarmente la calva: "¡Ah, tunantuelo, cuánto te habrás divertido!"

—¿Sabe usted quién es? —nos preguntó repentinamente la dueña de casa.

—No, señora.

—¡Este es don Pedro Castro!

Se cumplía uno de nuestros sueños dorados: conocer la efigie del hombre más embustero que ha nacido bajo el suelo de Chile; pero del embustero más liviano de sangre y más simpático.

Recordamos en un instante cuentos y anécdotas que bajo su nombre corrieron por estas tierras como una fresca ventolera de huerto haciendo reír a las muchachas de entonces, que hoy son abuelas nuestras.

Contaba don Pedro Castro que en cierta ocasión lo perseguían unos bandidos, con verdadero ensañamiento. El corría a pie, saltando cercas, murallas, acequias, y los bandidos detrás, sin aflojar un punto. Llegó un momento supremo en que don Pedro Castro se detuvo espantado al borde de una quebrada. Un chorro de agua caía al abismo y se perdía en la oscuridad. Allí no era posible saltar, menos aun retroceder, y entre tanto los bandoleros avanzaban hasta alcanzarlo.

—En ese momento decía —dando con el gesto, con la voz y con la acción, enorme interés a su aventura—, en ese momento tuve una inspiración. Me santigué y me bajé rápidamente por el chorro hasta poner los pies en el fondo de la quebrada...

—¡Bah! —interrumpe alguien—, pero también bajaron por el chorro los bandoleros.

—¡No, señor! ¡Qué habían de bajar! ¡No sería yo quien soy, ni me llamaría Pedro Castro, para servir a ustedes por muchos años! Junto con llegar al suelo de la quebrada, saqué mi cuchillo y corté el chorro de un golpe.

Pero ninguna anécdota de don Pedro Castro se ha guardado con más respeto que la fuga de su loro, que él contaba con colores vivísimos.

—Lo idolatraba —decía a sus amigos—; era un loro que parecía una persona. Cuando me acercaba a la jaula me saludaba con una venia elegante, y al tocar la oración se santiguaba con una patita. Tenía además una memoria sorprendente, porque llegó a aprender el Ave María y la rezaba de un tirón sin equivocarse jamás. Un día el loro se me escapó dejando mojada la jaula con sus lágrimas. Seguramente había sido la suya una tiernísima despedida.

Pasaron los días. Era una tarde de enero, luminosa, clara, dormida. Don Pedro Castro estaba sentado en el corredor de su casa contemplando el paisaje de campo que se extendía delante de él cuando sintió un extraño rumor que venía creciendo gradualmente por los aires. Puso el oído alerta; aquello debía ser sobrenatural, se escuchaba en el aire un rosario coreado: una voz alta, una voz de soprano llevaba el coro, y cien, mil voces, respondían al unísono.

Don Pedro Castro saltó de su asiento, corrió al medio del patio, y fijó sus ojos en el azulado espacio. Pero, ¡oh sorpresa! una enorme bandada de loros avanzaba en caprichosa formación. Al frente de todos reconoció a su loro, a su querido loro, que decía con voz robusta y clara: “Dios te salve, María”, etc. . . . y el coro respondía inmediatamente. . . . “Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores” . . .

El loro ingrato suspendió de punto su aéreo rosario y mirando hacia la tierra exclamó con voz entrecortada:

—¡Adiós don Pedro Castro, adiós!

Y la bandada se alejó por los aires, haciendo sentir sobre los campos esa extraña plegaria.

¿De dónde había sacado don Pedro Castro estas colosales pero hermosas mentiras? ¿Dónde había soñado ese rosario enseñado pacientemente por su loro y rezado al través de las cañadas y potreros de Aconcagua?

Otra vez llegaba don Pedro Castro a su fundo, donde estaba su familia alarmada por la tardanza. Iba de Santiago escoltando una partida de mulas. Para explicar su demora, debido no sabemos a qué aventuras, se vio obligado a zurcir una historia.

Habían hecho alto al llegar a Curacaví, en un zapallar, donde soltaron las mulas y se tendieron los arrieros a dormir. Al amanecer las mulas habían desaparecido, y la consternación de todos fue enorme.

Sin embargo, se sentía apagado el ruido de la campanilla de la madrina, lo que quería decir que no estaban muy lejos.

—Dos horas llevábamos —decía el poeta de esos tiempos— de dar vueltas en busca de las mulas, cuando de repente casi me fui de espaldas por la sorpresa. Un zapallo enorme había a mi lado, y de adentro salía el rumor de la campanilla y los pasos de las mulas.

Era un zapallo hueco, dentro del cual se habían metido las mulas buscando qué comer.

No sabemos si desde entonces data llamar zapallos a las mentiras demasiado grandes, a esas que no caben bajo el modesto calificativo de papas.

Don Pedro Castro mintió hasta la última hora de su vida. “Dejo a mis hijos doscientas mil ovejas”, decía en una de las cláusulas testamentarias.

Y en el instante de lanzar su último suspiro, dijo al religioso que lo asistía:

—¡Qué chasco se van a llevar mis herederos!

El Mercurio,
22 de agosto de 1900.

LA CAFETERA RUSA

Desde hace mucho tiempo, desde los años de la Universidad, época en que se propalan los más absurdos rumores sobre el matrimonio, he tenido para mí que la felicidad conyugal descansa sobre dos firmes columnas: el buen café después de las comidas y el piano bien tocado en las veladas del hogar.

Tan arraigadas he tenido estas convicciones y con tanta pasión las desarrollé ante la que iba a ser mi mujer, que no es de extrañarse que en el primer año de mi matrimonio nadie bebiera mejor café en Santiago, y nadie oyera mejor ejecutadas las sonatas de Beethoven, La polonesa y Nocturno de Chopin y numerosas composiciones de Mendelsohn, Rubinstein, Schumann y otros maestros.

Pero como siempre ocurre, el café fue empeorando lentamente, y la ejecución de las piezas relajándose. Esto último se explica con la presencia de un nuevo habitante en mi casa, que con sus gritos, caprichos y enfermedades variadas distraía las facultades de la pianista y hacía nacer las de la madre.

Cadía día se producía, después de comer, una escena análoga. Mi mujer esperaba que llevara a mis labios la tacita de café para observar concienzudamente el efecto que éste me producía. En seguida, juzgando por la alteración de mis rasgos fisonómicos, llamaba a la sirvienta:

—¿Qué café es éste?

—El mismo de ayer, señorita.

—¿Lo has tostado más que otras veces?

—No, señorita. Lo mismo que siempre.

—Sin embargo, está peor que nunca.

Yo notaba, a medida que avanzaba el tiempo, una honda desesperación en mi casa. El café empeoraba, como el cambio, y nada podía, como a éste, colocarlo en su antiguo pie. Para no agravar la situación, ya grave de suyo, me abstenía de dar juicio alguno, y este silencio exasperaba indudablemente a mi mujer.

—Tú te callas; pero por dentro estás furioso. Te conozco. Con tus ideas estrafalarias estarás juzgando por el café, que yo te quiero menos y que no me preocupo de tus cosas.

—Estás equivocada. Yo tengo paciencia y creo que han de venir mejores días para el café. Pero no te afanes. Todo tiene compensación, y si es cierto que el café que me das parece una solución de tanino, también es verdad que las sopas han mejorado...

—Pero, seguramente, tú crees que las sopas no tienen nada que hacer con la felicidad del matrimonio. Nunca te has referido sino al café y al piano.

—Tienes razón. Aunque en mi programa matrimonial no figuraban las sopas, pueden, sin embargo, agregarse...

—Pero, prométeme, además, que no irás nunca a buscar buen café al Club.

—Te lo prometo, a pesar de que la tendencia natural del hombre es al progreso, a mejorar lo que es susceptible de mejoramiento...

La cuestión se agravaba, y el café iba pasando por transformaciones sucesivas: aclarándose unas veces hasta parecer tintura de yodo disuelta en mucha agua; ennegreciéndose otras hasta el negro absoluto; pero siempre sin su cualidad de aroma y de sabor de los primeros tiempos.

Una tarde, mientras escribía en mi escritorio para hacer tiempo, mi mujer entró ruidosamente, y colocó sobre mis papeles una serie de piezas de latón, algo deterioradas.

—Aquí está —me dijo con una sonrisa de triunfo.

—¿Que es esto?

—Aquí está el secreto del café malo. ¿Ves tú este filtro? Está roto. El depósito está gastado y le da al agua gusto a soldadura de plomo. Hay que comprar otra cafetera. Me ha costado medio día de trabajo.

Aunque no comprendía el porqué de tanto trabajo, ni me explicaba que el secreto no hubiera sido revelado un año antes, exa-

miné las piezas y comprendí que se imponía una nueva cafetera. Pero como yo soy hombre reflexivo, detuve la impaciencia de mi mujer, que corría ya a ponerse el sombrero frente a un espejo, y le dije:

—Es necesario andar con pies de plomo, lo que no quiere decir que la cafetera deba ser de este metal, por supuesto. Supongo que en el comercio hay cafeteras de diversos sistemas. Vale la pena saber qué país bebe mejor café, y entonces sabremos cuáles son las mejores cafeteras...

—Eso es un disparate —replicó mi mujer—, porque donde hay mejor café es en Bolivia y en Costa Rica, y nunca he oído hablar de cafeteras bolivianas o costarricenses.

Comenzamos a eso de las cuatro de la tarde una larga peregrinación al través de las mercerías, de las lampareras, y hasta de las librerías, porque siempre tengo como aforismo que en los almacenes donde no debe haber un artículo y lo hay, se encuentra éste más barato que en otra parte.

Se nos ofrecieron cafeteras inglesas, americanas y francesas. Las primeras eran excesivamente sencillas y caras; las segundas eran de un metal nuevo que no inspiraba mucha confianza, y la tercera tenía numerosas piezas y ofrecía en grandes letras ser económica, elegante y barata.

Después de muchas vacilaciones, uno de los vendedores abrió una vitrina y de entre otros objetos heterogéneos extrajo uno, asegurándome que era una cafetera rusa. Me causó esta afirmación el mismo estupor que si mañana me dijeran que el monumento Montt-Varas estaba destinado a disparar el cañonazo de las doce. Había visto muchas veces esos aparatos y los creía lámparas de enfermo o de minas; jamás se me pasó por la mente la idea de que fueran lisas y llanamente cafeteras rusas.

Cargados con la pelagrosa novedad, regresamos a casa.

El aparato venía acompañado de un plano en que estaban indicadas las diferentes piezas, con números, desde 1 hasta 12. Leímos con interés las instrucciones escritas en inglés, francés, portugués y español. Era esa eterna y engorrosa historia: se pone agua en el depósito 1, se introduce en su interior el filtro 2, se coloca el café entre éste y el filtro 3, se ajusta sobre ellos el tubo 4, con un ajuste a la bayoneta (esta palabra daba cierto aspecto sangriento a la descripción),

se tapa todo con el depósito 5, se atornilla el mango en la rosca 6, se coloca todo en el soporte 7, se enciende el anafe 8, teniendo cuidado que el alcohol no se extienda a la base 9. Se extingue el fuego con la tapa 10, cuando salga vapor por la válvula 11, y se invierte la cafetera durante cinco minutos, sirviendo después las tazas con ayuda del mango 12.

Se puede apreciar la importancia que tiene este escape del vapor. La primera noche, sin saber cómo, nos sentamos a la mesa más temprano. En medio de las copas y de nuestra modesta vajilla, se ostentaba luminosa la nueva cafetera, porque según disposición de mi mujer, el café sería confeccionado por nosotros mismos, ya que el plano, con las explicaciones adjuntas en cuatro idiomas, habría sido ininteligible para la sirvienta.

Se preparó todo, y se encendió el anafe a la altura de la sopa. Cuando menos lo pensábamos, y en el curso de una interesante conversación, sentimos un ruido extraño, miramos hacia todos lados, pero sin explicarnos qué lo produjo, volvimos a distraernos. De pronto, un vaho caliente humedece mi cara.

—¡La cafetera! —grito.

Nuestras cuatro manos se precipitan a invertir el depósito conforme a las instrucciones, mientras ésta parece sacudida por convulsiones interiores.

Por fin, después de todo, logramos servirnos, y un líquido demasiado rubio cae a nuestras tazas. Sin embargo, nos vemos obligados a declarar que la bebida estaba excelente.

—Jamás había probado nada mejor —digo yo.

—No me figuraba que pudiera hacerse un café más aromático, agrega ella.

Transcurrió la noche sin incidentes; pero allá cerca de las doce notando a mi mujer preocupada le digo:

—No me ocultes nada, ¿te sientes mal?

—No; no siento absolutamente nada.

—No me lo niegues. Estás inquietas, no hablas, dime francamente qué tienes.

—Te diré. Pero no lo tomes a mal. Confiérame que el café estaba muy malo.

—Detestable.

—¿No es cierto? Yo no me atreví a decirlo antes, porque te vi tan entusiasmado con tu cafetera rusa. Pero eso es intolerable. Hemos perdido el dinero y el tiempo.

Al día siguiente, volvimos a sentarnos temprano a la mesa, y cargamos el filtro con más café. Pero como el vapor salió muy rápidamente, y la cafetera quedó invertida cuando apenas nos servían la sopa, comenzamos a apurarnos de tal manera en comer, que la sirvienta corría desafortadamente.

—Esta es una esclavitud intolerable —dice mi mujer—, ya no podremos comer despacio o ligero, según como nos dé la real gana, sino como nos obligue esta cafetera endemoniada.

El líquido ha resultado mejor y más oscuro. Pero siempre hay un profundo desconsuelo en la sobremesa.

El tercer día, al encenderse el anafe, el alcohol se desparrama y se incendia una superficie de media vara del mantel. Se arroja sobre ella agua, vino, salsa inglesa, pan y servilletas, hasta extinguir el fuego.

Yo grito indignado a la sirvienta:

—Llévese usted ese aparato a la cocina, y que no lo vuelva a ver en el comedor. Allá se hará el café en adelante, y allá ha debido hacerse siempre.

Mi mujer aprovecha el momento para decirme con voz muy suave:

—¿Por qué no renuncias al café?

—Eso nunca.

—Hazlo por galantería, por buena educación, ¿con qué objeto estamos perdiendo la tranquilidad por una tontería?

En ese instante se siente a lo lejos una detonación; luego los pasos precipitados de la sirvienta se acercan; la puerta se abre, y antes que formulemos una pregunta, ella dice casi sollozando:

—La cafetera ha hecho explosión.

COSTUMBRES

FRUTOS NACIONALES.

LA SANDÍA

Un roto podrá no tener camisa, cosa que le pasa muy a menudo; no tener ni una mala chupalla para taparse el mate, lo que es el colmo de la escasez; pero, eso sí, no le faltarán diez centavos en el fondo de su bolsillo para darse una pasada por un negocio en que se venda fruta y pedir con toda facha una *sandilla*.

Para el roto fino, de buena ley, que se come una cebolla cruda con tres *ajises*, sin pestañear, vale la pena vivir sólo por hartarse en el verano con la adorada, apetecida y jugosa sandía.

Colina es la mapa de las buenas sandías, de carne rosada, llenas de abundante y helado jugo. De ahí parten esas carretadas que se bambolean con el peso de la monstruosa fruta, y que se detienen en la ciudad frente a los puestos que generalmente se instalan en los edificios en construcción o en las puertas cocheras.

Allí se forma entonces una cadena, que no es ciertamente la masonía. El carretero de pie en la culata de la carreta arroja la sandía a otro de pie en el suelo de la calle, el que a su vez la dispara a su mujer, y ésta a su hijo mayor, que va acumulando el montón, dejando en diversos lados las grandes o de a veinte, las medianas o de a diez, y las chicas o de a cinco.

Ahí llegan luego los interesados, los peones que trabajan en la casa del frente; el carpintero que pone los tijerales en la del lado; el cargador que acaba de ganar un corte y quiere darse gusto con él; y la niña convidada que tiene apuro en llegar a su casa porque la está esperando su mamá.

Como la sandía es la fruta nacional por excelencia, y la que más compra nuestro pueblo, se ha amoldado su venta a las exigencias y ca-

rácter de los compradores. No se vende sandía sin estar calada. El roto no se aventura a perder su diez para que le salga una sandía verde, o desabrida. Se prueba la cala, y si está buena se le mete cuchillo.

El sistema de las sandías caladas, que retrata mucho al hombre desconfiado y diablo, es el sistema que aplican nuestros rotos a todos sus asuntos.

La sandía hace su primera aparición en la Pascua; me refiero a la sandía chilena, porque ya desde antes se vende una sandía importada del Perú. ¡Pero qué aparición! ¡A cinco el mono! Y el mono es un pedazo que lo único que hace es excitar el apetito.

No hace mucho tiempo en una misión se le preguntó a un viejo:
—¿Crees en Dios?

—Sí, padre; porque las *sandillas* y los chicharrones no los puede haber hecho sino Dios.

Y es claro, un roto se siente feliz poniendo sobre su rodilla media sandía, y estrujando entre sus sedientas mandíbulas el corazón tierno, jugoso, encendido, de la fruta. La sandía se come también de un modo enteramente nacional, a puro cuchillo; usar para ella tenedor sería una herejía, cosas de gringo seguramente.

Sin embargo, la sandía es ingrata para el roto, que la adora tanto. No lo sigue cuando se marcha del país, como siguen el charqui y los frejoles las bayonetas de los regimientos.

La sandía se queda, se queda en los hogares de compañía y consuelo a las mujeres afligidas y desamparadas.

La sandía es la fruta casera y nadie pensará condensar su esponjosa pulpa para llevarla a las campañas.

Pero aquí, dentro de los muros de Santiago, tiene ella también su historia... Cuando entraron a San Bruno, el siniestro jefe de los Talaveras, a Santiago, montado en un burro con las piernas amarradas por debajo de la barriga del animal, los rotos le arrojaban a la cara mitades de sandías... ¿Pero dónde está el sentido práctico de nuestro pueblo —se dirá— que se vengaba perdiendo sus sandías? ¡Ah! Bien tristemente lo supo San Bruno. Esas sandías ya estaban bien comidas y raspadas, y en lugar del antiguo relleno se habían llenado... ¡calculen ustedes con qué!

Muchos contemporáneos de la revolución del 20 de abril del 51, que entonces eran niños, recuerdan que cuando el sublevado Batallón

Valdivia bajaba de la Plaza a la Alameda por la calle del Estado para arrojar un ataque a la Artillería, entonces, al pie del cerro, los soldados tomaban sandías al pasar por un puesto y las partían sobre sus rodillas, chupando con avidez el jugo para matar la sed de la zozobra y del temor.

Si tratándose de gente culta se dice que están “al partir de un confite”, tratándose de dos chicos del pueblo se puede decir que están “al partir de una sandía”, para indicar la amistad y la unión de ambos.

No es raro oír cerca de un puesto de sandía un diálogo como el que sigue. El, anda con pantalones oscuros, sin chaleco, pero sí con blusa y con sombrero de paño sumamente sucio; ella, con manto, es claro, y con vestido de percal rosado.

—Se la hago con *sandilla*, señorita.

—Gracias, caballero.

—Vamos entrando, pues.

—Voy muy apurada, mire.

—Una *sandilla* no es nada: ¡métele, señora!

—Vaya, pues; pero una no más!

¡Oh! Si un verano no se dieran sandías en Colina, ni en ninguna parte, los pobres rotos se morirían de tristeza y de rabia.

Ellas sí que dejarían un vacío difícil de llenar... Ni con aguardiente.

Han probado la sandía al mismo tiempo que la leche de sus madres, porque fieles al aforismo médico de nuestro pueblo, se estruja sandía entre los labios de los chicos de tres o cuatro días, para que no se les reviente la hiel.

¿Cómo olvidarla entonces? Es barata, refrescante y engañadora, porque al principio llena mucho.

Es cierto que no andaba muy cegado por su rabia don José Joaquín de Mora cuando hizo ese atroz soneto contra nuestro roto, en que parecía atribuir esos “alientos que no exhalan ambrosía” (que no lo tienen, menos los de su tierra) a la desgraciada combinación de los porotos con la sandía, que debe ser explosiva.

Pero ¡qué le vamos a hacer! Italianos y españoles comen ajos, y vaya lo uno por lo otro.

Sería curioso saber cuántos miles de sandías se consumen en Santiago y en los alrededores. Y cuántos hombres y mujeres llegan a los

hospitales con indigestión y contestan a la consabida pregunta del médico:

—¿Qué has comido?

—¡Sandilla, señor!

Muchas veces ha hecho reflexionar a nuestros médicos la fortaleza de este pueblo, tan enérgico para el trabajo. Su alimentación no puede ser más defectuosa: dos galletas y un plato de porotos al día, es ración de ayuno. Y con eso viven y con eso crían unos músculos de gladiadores, y unas espaldas poderosas de atletas.

Ahora, la sandía, lejos de alimentar debilita; pero vaya alguien a preguntárselo a un roto y primero conseguirá que diga que es cholo, que afirme que la sandía no le alimenta.

Estamos ahora en plena época de sandías. Salidas a luz el día de Pascua se expenden al principio a precios enormes: a cinco el mono; pero poco a poco comienza a llenarse el mercado y la sandía baja, baja lentamente.

Y ahora, cuando está barata, se la busca por el pueblo y se la apetece con deseos enérgicos y poderosos.

Salen los rotitos de los puestos limpiándose con la manga los bigotes mojados con el caldito de la sandía, con unas caras tan alegres, tan satisfechas, que no parece sino que dijeran parodiando la rima de Bécquer:

*Hoy la he visto, la he visto, y la he probado,
¡hoy creo en Dios!*

Bienaventurada la sandía que da de comer y de gozar a tanta gente. Ella es chilena y nacional, como es el cóndor que vuela en nuestras montañas, el maitén que ha crecido siempre en nuestros valles, y el pejerrey que se remonta en nuestros ríos.

Ella crece, se desarrolla, madura, bajo este sol que preside los trabajos de los campos, las batallas de nuestros soldados, y las desgracias o alegrías de la nación.

Ella es chilena, como que es el refresco de nuestros rotos, tan ardientes, tan sucios, pero ¡tan hombres!

El Chileno,

19 de marzo de 1899.

RUBIA...

Es rubia. Tiene mucho calor en su seno, mucha pasión en su espíritu. Cuando algo la agita, efervesce como un volcán. Los que la aman y se abrazan a ella se incendian como un manojito de espigas acercado a una llama. Es traidora, porque cuando parece que acaricia, perturba la cabeza y sopla al oído la proposición del mal; ella aconseja el amor, pone alas al arrojo, impulsa al trabajo; pero no tarda también en hacer mortífero el trabajo, temerario el arrojo y sangriento el amor. Ha recibido de la madre tierra su savia benéfica; ha purificado su espíritu sobre el fuego; y ha largado su blanca y ondeada cabellera de espuma bajo el sol.

Es ella; la chicha, la rubia y tentadora sirena que desde el fondo de la pipa de raulí canta su canción de vida. Al través de las tablas húmedas y unidas con el zuncho de acero, aparecen las burbujas de espuma blanca como la nieve, y parece que la malvada se ríe mostrando por las rendijas sus dientes de marfil.

Amenazadora en el fondo de cobre, cuando el blanco espumarajo se agita en la superficie y arde en el fogón el tronco de espino, se torna tranquila, soñolienta, pacífica, como envuelta en un sopor inconsciente, dentro de la gran pipa metida en el rincón de la bodega oscura. Es la crisálida que comienza a echar alitas impalpables.

La damajuana, encerrada en su cubierta de mimbres, recibe el chorro al través del largo embudo de latón, y al retirarse éste, aparece en la boca el copo de espuma que burbujea y se apaga. Es la mariposa que quiere tender el vuelo.

Más tarde, puesta en el vaso de vidrio, larga un perfume picante que llega a la garganta antes que el líquido. En la superficie, un millar de burbujas se forman y estallan. Es la esencia que vuela.

Barbey d'Aurevilly ha hablado de un loco que estaba enamorado de su espada. El día que se abrazó con ella, fue el último de su amor. También ha habido en Chile millares de locos enamorados de la baya. Y el día que han querido unirse con ella para siempre, han recibido la puñalada por la espalda. Sí; la baya sabe querer; pero es infiel como las mujeres turcas.

La Liga Anti-Alcohólica debe hacer la vista gorda ante las legítimas expansiones que produce la primera damajuana de chicha. Lo mejor de todo, lo más razonable, lo más prudente, sería que se declarara a todos los vientos que la chicha no es alcohol. ¡Que lo desmienten los hechos! ¿Quién le cree a los hechos?

Cerremos por un momento los ojos para abrir los de la fantasía. Todas las viñas han estremecido su follaje de grandes hojas verdes, bajo una plaga exterminadora e incansable. La vendimia ha llegado a todas partes con su chupalla de paja tostada para defenderse del sol, morena la cara, morenas las manos, negros, negrísimo los ojos. Las cortadoras de racimos se han diseminado cantando entre dientes. Y a la tarde, la carreta se acerca al elevado portón de la bodega, y van pasando los canastos, cargados del negro racimo de uva moscatel, de los dorados pámpanos de chasetat y torontel y de los largos y desnudos colgajos de la pequeña pero dulcísima uva del país.

El jugo de toda esa carga, que es azúcar puro, cae al lagar y se filtra lentamente hasta el fondo de cobre que espera el momento de poner en ebullición el líquido y hacer salir del fuego, como el ave fénix, la joven y hermosa amiga de todos.

Más tarde a la luz de dos o tres chonchones de parafina, se proyecta en las murallas de adobes sin enlucir la sombra gigantesca de los trabajadores que alimentan el horno con manojos de sarmientos, y recogen la espuma que hierve y se agita en la superficie, con la gran espumadera de hojalata.

El primer rayo de sol que cae a la bodega alumbra el líquido tibio aún en las enfriaderas, que lo retienen con la suavidad con que se cuida a un convaleciente.

Cerremos los ojos para ver con los de la fantasía cómo por todas las largas alamedas vecinas a Santiago vienen las carretas cargadas de pipas. Parece que un ejército vencedor se acerca a la ciudad vencida. La gente no se descubre ni aclama con hurras de triunfo esa lar-

ga caravana que avanza y avanza hacia Santiago; pero ensancha su pecho, aspira con fuerza el perfume que se escapa de los recipientes y siente que en sus venas la sangre corre más de prisa, pesan menos los pies y se ve más claro y más luminoso el día.

No necesita el soldado que en la puerta del cuartel lleva la bayoneta al hombro, preguntar a nadie lo que va pasando en esa carreta que golpea trabajosamente sobre el pavimento y produce un ruido de ferretería que se desarma. ¡Pero siente más emoción que si divisara al comandante!

No pregunta tampoco el roto que clava los rieles en el medio de la calle lo que contienen esos barriles con su espiche clavado en la tapa. Le emocionan mucho más que si pasara en la plataforma del carro una conductora buenamoza.

Todos se miran, se sonríen. ¡Ha llegado! ¿Quién? Ella. Ha llegado y la pasearían en triunfo como se ha paseado en París a la belleza en noches de Carnaval. Ha llegado; y hombres, mujeres, niños, soldados, peones, se agrupan a su lado, con el vaso en la mano.

Es la amiga de todos; habla en un lenguaje que todos entienden; llega hasta las venas como si entrara al cuerpo otra alma; dilata las pupilas y las alumbra; pone alas en los pies e ilumina el cerebro.

Se ha logrado llevar a las batallas el charqui y los frejoles condensados. El día en que se pueda llevar toda la producción de chicha de nuestras viñas concretadas en pequeñas tabletas en el bagaje del ejército. . . ¡marrarse los pantalones, amigos y vecinos del norte y del este!

El Mercurio,

17 de febrero de 1902.

MATRIMONIO CON PRINCIPE

Señora de mi consideración y respeto:

Al poner el pie en el estribo, el lunes pasado, para abandonar su hospitalaria casa, me decía usted, refiriéndose a sus hijas:

—¡Y afánese usted por educar a estas muchachas! ¡Se casarán con cualquiera! En cambio, ahí anda ese príncipe de los Abruzzos, que ha pasado tantas veces por Chile sin mirar a una mujer, enamorado ahora de una protestante y de una zafada.

Como mis acompañantes se ponían en movimiento y no era posible perder el tren por debatir el punto, me privé, señora, del placer de oírla a usted discurrir sobre este tema, que según el prólogo debe ser muy gracioso en su boca. Permítame usted que ahora, con tiempo y con papel por delante, le diga lo que pienso y lo que no pienso, sobre lo que usted dijo y sobre lo que seguramente pensaba yo y no decía. Realmente sus dos chicas de usted son dos princesas. No sé yo si un jardinero es capaz de conseguir que en el mismo terreno y con una misma semilla se produzcan dos flores tan diversas y tan hermosas, como son diferentes y hermosas sus hijas de usted. Me hacían recordar, al verlas en el corredor de la casa, cierta estrofilla española que tiene reflejos orientales:

*Eran dos muchachas
libres de afición:
una blanca y rubia,
más bella que el sol,
la otra morena*

*de alegre color,
con dos claros ojos
que dos soles son.*

Ya lo he dicho, son dos princesas; pero usted no ha hecho nada, seguramente, para educarlas y formarlas para tales. Y ha hecho bien, porque en lo que llevamos de vida independiente —cuenta usted un siglo y no se equivoca— han pasado por Chile cinco o seis príncipes, y es poca ocasión en tantos años. Educar niñas para estos príncipes filantes que, como los cometas, no tienen períodos fijos, es como si un comerciante invirtiera hoy día todo su capital en collares de perlas. Quedamos, pues, en que sus niñas son princesas por la parte de afuera; pero que nada se ha hecho, y con razón, para que también lo sean por dentro. Sus hijas de usted saben bastante castellano para manejarse en Chile, para ser mujeres de un hacendado rico, de un diputado, de un ministro de Corte; pero del francés no recuerdan lo que estudiaron, y del inglés ni siquiera saben lo que dijo Carlos V, que era idioma para hablarles a los pájaros. Comprenderá usted que no habiendo príncipes traducidos al castellano, ni menos aún príncipes en esperanto, en caso de que llegara uno y alojara, como nosotros alojamos, en la hospitalaria casa de Los Sauces, no podría hablar sino con su viñatero de usted, que sabe dos idiomas y los habla cuando no está ebrio. En esta forma ha podido venir dos o tres veces el príncipe de los Abruzzos y no conocer ese par de sirenas que usted cree, y con razón, que van a caer en manos de un cualquiera.

La señorita Elkins, cuya habilidad para la pesca de ballenas conoce hoy el mundo entero, porque me parece, señora, que hacer morder el anzuelo al posible heredero de un trono, que es además, un sabio, un *gentleman* y un marino, es pescar un productivo y gigantesco pez que da, al mismo tiempo, barbas, aceite y huesos: la señorita Elkins, digo, es tan hermosa como cualquiera de sus hijas de usted. Sabe, además, inglés, francés, alemán e italiano; ha estudiado el latín, vive en Estados Unidos, y la moneda que recibe en dote, el mentado *dollar*, se cambia, cada uno, en el país del novio, por cinco liras. Un país que tiene muchachas bonitas, ilustradas y con una moneda tan suculenta, abarrotará los príncipes, señora mía, y no dejará para nosotros sino muy poca cosa.

Vea usted. La niña norteamericana no es *zafada*, como usted piensa: tiene sus bisagras buenas. No hay que confundir la soltura de movimientos, la arrogancia y desplante del porte, con zafaduras o con frescuras. Es un producto de los ejercicios físicos, de una gran confianza en su voluntad y de un uso constante del agua fresca. No se sabe dónde ni cómo se juntó la sangre francesa con la inglesa para crear esta niña, que es, al mismo tiempo, bella, elegante, reflexiva e impetuosa. Cuando la famosa Miss Roosevelt recorrió el mundo en compañía del señor Taft, dejó estupefactos a los periodistas franceses, con el apretón de manos que dio al Presidente de la República:

—Mi padre —le dijo— me encarga saludarlo a usted. El tiene de usted una excelente idea, lo estima un hombre de Estado y se interesa mucho por su programa.

¿Qué es esto? —dijo la prensa—. Es éste un nuevo tipo de mujer, de que va a hablar, seguramente, la historia. ¿Qué habría hecho una señorita francesa en su lugar? Ruborizarse, bajar los ojos, hacer una venia elegante y encogida y después marcharse con su aya o con su mamá. Hasta hubo algún cronista picaresco que supuso que la hija del Presidente había pedido consejos a Miss Roosevelt para adoptar su manera de ser, y que había retrocedido escandalizada ante ciertos saltos y volteretas gimnásticas. Aparte usted, señora, lo que hay de broma o de exagerado en todo esto, y piense usted lo irresistible que sería su hija Adela, la rubia, con tres dedos más de estatura, con dos centímetros más de carne en algunas partes y dos menos en otras; con cuatro idiomas; con un baño diario helado; con conocimientos de historia, de ciencias, de arte, y hablando poco, sin embargo; con diez millones de pesos y viviendo, finalmente, en Washington en vez de vivir en la calle de Duarte o en las hospitalarias casas de Los Sauces. Por lo demás, hija y nieta de senadores es aquélla, como ésta lo es de diputados, y los títulos de las propiedades en Virginia no serán más limpios que los de su marido de usted en la frontera.

Además, sus hijas de usted no saben una palabra de literatura, ni de la historia del arte y de la música, ni de latín; tampoco sabemos, ni usted ni yo, nada de eso, porque aquí nos contentamos con poco y sacamos a los niños del colegio para que vean luego el mundo, si son mujeres, y para que vayan ganándose su ropa, si son hombres. (¡Como si no hubiera tiempo para saberse de memoria el mundo, y

para ganar y perder su ropa cada cuall) En cambio, la señorita Elkins, después de hacer los estudios generales, ha entrado al College, que es como la Universidad para las mujeres, y allí ha perfeccionado sus conocimientos con esos estudios superiores de que le hablo.

Por otra parte, señora amiga mía, seamos justos. ¿Qué sacaríamos con hacer aquí tan perfectas las mujeres, cuando las vamos a casar en seguida con los habitantes del país que tienen como lema en sus monedas: por la razón o la fuerza? Además, aquí un día estamos ricos y tenemos a las mujeres como reinas, y al otro día quebramos y las echamos a la cocina a hacer salpicón. Todos esos encantos de la niña norteamericana se explican resguardados y fortalecidos por el dollar.

Veo cómo usted insiste en que la novia del príncipe de los Abruzzos es zafada, y que prefiere para sus hijas ese fruncimiento y esas amarras del atado de espárragos. Usted es dueña de ellas; pero le diré a usted que la yanqui que mira de frente a un hombre, natural y simplemente, no hace tanto daño como su par de hijitas de usted, que andan generalmente con los ojos bajos, y que, cuando levantan los párpados, casi echan de espaldas. Son como los reflectores: puestos de fijo, pueden mirarse; pero con intermitencias, hacen cerrar los ojos.

Y para terminar, señora, esto que debió ser conversación de estribo y sale artículo de diario, no crea usted que el ser protestante sea defecto grave en la señorita Elkins. El protestantismo de la niña norteamericana es como nuestro liberalismo democrático: puente para la alianza o para la coalición.

Renuncie usted a todo príncipe, mientras yo hago votos porque el cualquiera que la suerte depare a sus chicas, cambie para su mujer el lema de nuestra moneda por la razón o la fuerza en este otro: "por el amor o la persuasión".

De usted M.A. y O.S.Q.B.S.M.

El Mercurio,

29 de marzo de 1908.

INTERIORES MODERNOS

El inmenso entusiasmo con que la humanidad recibió la invención del aeroplano no ha igualado, por cierto, el que acogió el descubrimiento de la rueda. Yo me figuro a ese hombre primitivo y perezoso, a quien la tribu despreciaba por su inutilidad, meditabundo, en la rama de un árbol disputándoles las nueces a los monos y viendo llegar a sus compañeros arrastrando por el suelo, sobre enormes ramas y troncos, las piedras para construir la casa y los venados muertos para acumular charqui para el invierno. Me lo figuro sonriendo con ironía de todo ese trabajo mal aprovechado y dándose esa palmada en la frente que ha precedido toda invención. Tal vez un día se marchó solo con un hacha al hombro, y volvió como un triunfador precediendo una verdadera carreta de burdas ruedas hechas de una sola pieza —como torrejitas de troncos— tirada por un buey, o, si se quiere, por un toro. ¡Qué locura sería la de la tribu!

Pues bien, yo espero igual frenesí para celebrar el descubrimiento que nos permita darnos baños calientes bajo techo, con oprimir una sola vez el timbre eléctrico o dar vueltas al conmutador o arrojar un comprimido a la tina. Porque la humanidad, principalmente la humanidad santiaguina, es esclava de un reducido grupo de hombres de perversas inclinaciones y de infinita torpeza, que se dan a sí mismos el nombre de *gásfitters*, y no podrá prescindir del tributo de dinero y de salud que ellos le extorsionan mientras exista el calentador automático de baño llamado *cálifon*, sea de tipo cilíndrico o cúbico, de níquel o de cobre, de mármol o de celuloide o de papel mascado o de... cualquiera cosa.

Pero no precipitemos los acontecimientos. Hagamos un poco de historia. El origen del calentador de baños se pierde en la noche de los tiempos. Tubalcaín, que, según el Libro Santo, inventó la cornetapistón y utilizó de diversas maneras el bronce, no soñó siquiera en esta máquina que sobre una consola, en un rincón de los hogares, trama tranquilamente nuestra ruina. Los hombres dejaban entonces al calor solar el cuidado de entibiarles el agua. Aun nosotros hemos visto, en el patio interior de las viejas casas, una tina de latón colocada bajo los rayos directos del sol y las miradas cálidas de la cocinera, preparada para el baño anual del dueño de casa. Pero también hemos conocido el sistema que siguió inmediatamente al aprovechamiento del Astro Rey —como llaman los poetas al sol cuando necesitan de tres sílabas que no los comprometan a nada—, y era el famoso calentador a carbón que tenía la apariencia de un barco de guerra y provocó en la infancia soñadora muchas vocaciones de marinos. Era un aparato de latón que fabricaba en cada hojalatería un maestro cualquiera, compuesto de un cañón chato y grueso para introducir el combustible y de otro más largo y estrecho para ventilar el interior. La máquina nadaba en el agua y lograba preparar un baño quitado del hielo, en cerca de seis horas.

Pero he aquí que la mecánica moderna, descontentadiza siempre y aconsejada por el demonio que ya había lanzado al mundo sus primeros *gásfiters*, vende el calentador a gas. ¡Qué lujo, qué comodidad! Así como ahora se invita a una persona para ir a ver una galería privada, se llamaba entonces a las relaciones para observar el calentador de gas en funciones. Hubo santiaguino acaudalado que recibió a sus relaciones como Marat a Carlota Corday, dentro del agua; pero sin las consecuencias. Tenía, sin embargo, esta máquina sus peligros y, como toda conquista del progreso, costó algunas vidas humanas y también algunas lágrimas. Era necesario, naturalmente, dar primero el agua y encender después el quemador de gas; pero con frecuencia se alteraba el orden de la operación y numerosas criadas andaban con el pelo y las cejas quemados, algunas con más graves deterioros a consecuencia de la explosión. Una señora retiró su calentador, pues le echó la culpa del malestar de una de sus sirvientas, que tuvo después un hijo. Algunos de estos aparatos metían más ruidos

al marchar que toda una fábrica; trepidaciones sordas y a veces notas bajas de tubos de órgano llenaban el silencio del hogar.

¿Cómo no íbamos a recibir alborozados el invento del *cálifon*? ¡Oh, gran *cálifon*...! Pero no avancemos demasiado. Esta máquina tenía la ventaja inapreciable de calentar el agua por el simple acto de dar vueltas a la llave que tiene la indicación *Hot*. Usted mueve la *Hot* y se enciende una parrilla de luces silenciosa. El agua comienza en el acto a despedir vapor. Naturalmente, antes de esto, ha debido encenderse un pequeño quemador o mariposa que corre horizontalmente sobre la parrilla. Pero antes todavía, usted ha debido arreglar su cañería de gas y de agua y hasta cambiar el medidor, si es preciso. Es decir, el *cálifon* en marcha representa la friolera de seiscientos pesos (S. E. u O.).

El *cálifon* es un aparato moderno y, como moderno, sujeto a intermitencias de salud y de carácter. Además, es inglés y sufre de *spleen*. El *cálifon* necesita hacer diario ejercicio, estar aseado, no tener nada alemán por delante. Es de una susceptibilidad atroz, y tan pronto se introduce una mano de obrero en sus entrañas, cuando se apoderan de su funcionamiento disturbios verdaderamente irlandeses. Así como el sistema parlamentario se aplica solamente a los países muy civilizados, los *cálifones* de todos los sistemas son aconsejables solamente para las personas que se bañan con regularidad. Pero ocurre que todo el mundo se ausenta de la casa por una temporada. Al regreso de vacaciones, el *cálifon* ha adoptado siempre esta actitud prescindente, que causa la desesperación de sus clientes.

Desde entonces tomé yo conocimiento personal del *gásfiter* amaestrado o en libertad. El hermoso, el radiante, el bruñido *cálifon* que había adquirido, en legítima moneda de 18 peniques, había perdido su voluntad. Era tan inútil dar vueltas a la llave *Hot* como a la llave *Cold*; el aparato daba pequeños resplandores y se extinguía, o bien no se alteraba en absoluto, como si fuera un bloque de cobre electrolítico. Entonces pregunté por un *gásfiter* entendido. El amigo a quien consulté lanzó una carcajada histérica como en las novelas; pero no estaba loco como todos los que lanzan carcajadas histéricas en ellas. Me dijo en seguida que era más fácil encontrar un buen Ministro de Hacienda que un buen *gásfiter*. Pero como la cosa era urgente resolví llamar al primero que me deparara la suerte, así, sin adjetivo;

bueno, regular, malo o pésimo. Después he comprendido que todo *gásfiter* tiene un mismo grado de preparación, como los compositores de los campos, y que sus éxitos dependen de la casualidad.

El primero llegado a casa era "el compadre Juandinacio", llamado así por el sirviente. Venía acompañado de un perrito negro y de algunas tenazas y llaves inglesas, más un tarro con pintura y un puñado de estopa. Oía todo entero a gas y a agua potable, a cañería y a carbón de piedra. Sonrió con visible aire de superioridad al ver mi *cálifon* descompuesto. Depositó ruidosamente sus herramientas en el suelo y comenzó a retirar tuercas y a sacar tornillos. ¡Qué competencia demostraba ese modesto obrero! Yo escribí ese mismo día un artículo nacionalista exaltando las cualidades de inventiva de nuestra raza; porque "el compadre Juandinacio" retiró dos o tres varas de cañería por inútiles. "Cosas de los gringos" —dijo con aire despreciativo—. En seguida me manifestó que todo estaba bien y que el agua salía a 40° a la sombra. Cobró por ésto la módica suma de veinticinco pesos. En efecto, el agua salía caliente, pero en escasa cantidad; la llave parecía un gotario. El compadre Juandinacio había aumentado la temperatura disminuyendo el líquido. Pero esto no habría sido nada, porque, a poco andar, comenzó a salir del interior de mi *cálifon* un lamento desgarrador y después el bullicioso e isócrono resoplido de un émbolo. Cuando me acercaba a observar tan extraños síntomas una explosión me paralizó y luego brotó un verdadero penacho de volcán, compuesto de lava, agua caliente y metales derretidos. Escapé de las quemaduras y cerré las llaves precipitadamente.

Fuime entonces a la casa importadora donde había comprado mi máquina y encontré allí otras muchas aguardando a los clientes incautos y admiradores del moderno *confort*, cuya tranquilidad iban a perturbar. Precisamente, el vendedor le decía en ese momento a una señora del sur que ostentaba: dos brillantes en sus orejas, un pequeño marido en el brazo derecho y una gran bolsa de mostacilla repleta de dinero en la mano izquierda:

—Llévese usted este grande, señora; hemos vendido cien en la semana. Doña Isabel Andonaegui de Irriberrizaga ha pedido dos por teléfono, uno para sus sirvientas y el otro para su hijo que se casa con una millonaria del Tucumán. No tema usted interrupciones ni descomposturas. Este *cálifon* es eterno...

Yo me ruboricé ligeramente y disparé mi obús:

—Necesito en el acto un *gásfiter* que vaya a componer mi *cálifon* que ha hecho explosión.

El vendedor da un salto, me mide con la mirada, llama en voz alta, apunta palabras incongruentes en una libreta, derriba una barra de níquel al avanzar, la apoya contra la señora en vez de dejarla en la mesa; en fin, la confusión y el pavor. En dos palabras, se me promete un *gásfiter* y corro a mi casa.

El nuevo *gásfiter* agrega a su nombre la palabra *Míster*, llega en bicicleta, usa casquete de paño verde metido hasta las cejas y anteojos de automovilista. Una vez colocado frente al aparato pronuncia su sentencia:

—Aquí ha estado un animal.

—Sí, efectivamente, un maestro de barrio.

—¿Dónde están los cañones que sacó?

—Helos aquí.

—Pues bien, hay que ponerlos.

Los cañones quedan puestos y la máquina marcha regularmente.

—Lo que se necesita —dice con lenguaje sentencioso—, es un medidor más grande; hay poco gas. Llame a la Compañía.

—¿Cuánto vale este trabajo?

—Cuarenta pesos.

Una vez que el *Míster* colocó los billetes en su cartera, me dijo:

—Olvidaba recomendarle que, cuando esté prendido el *cálifon*, no prendan la cocina al mismo tiempo.

Y se marchó tocando la sirena de su bicicleta.

Entro, pues, en un nuevo régimen. Dan las diez de la mañana, enciendo el *cálifon*, doy vuelta a la llave *Hot* y despacho un mensajero o mensajera que grita en la escalera:

—¡Emperatriz! (mi cocinera se llama Emperatriz). No pongas los huevos porque el patrón se va a meter al baño.

Otras veces el extraño diálogo tiene lugar en la mesa.

—Estos pejerreyes parecen crudos.

—Tú tienes la culpa. Has estado en el baño toda la mañana.

Un visitante que oyera estas palabras creería que yo me alteraba en el agua con una familia de pejerreyes. Aunque el *modus*

vivendi podría prolongarse, esta situación subalterna del baño ante la cocina se me hace insoportable.

Me olvido decir que vivo en una casa moderna. La casa antigua produce pulmonías, dolores reumáticos y otros males; pero la casa moderna produce toda clase de pequeñas incomodidades. Las puertas y ventanas de la casa moderna se hacen por grandes cantidades y son todas iguales en todas las casas edificadas en los últimos cuatro años. Tienen la propensión de dar estampidos por la noche y de abrirse, en las más caprichosas grietas, por las cuales puede asomarse un ojo entero y ver lo que se hace en el interior de un cuarto. Además, tienen todas aberturas en la parte superior, llamadas tragaluces. Estos tragaluces no tienen otro objeto que obligar a taparlos con un género azul plegado o con cualquiera otra substancia que no deje pasar el sol o la luz donde no es necesario tragarlos. Además, si la puerta tiene cristales hasta abajo, la chapa estará al término de los cristales, a la altura de la rodilla del hombre. Como usted se inclinará cien veces en el día para abrir o cerrar una puerta, adquirirá un mal de cintura que no se aliviará por el Urodonal. Pero esto no sería nada si quedara una sola perilla en su sitio, un solo picaporte o llave sin quebrarse, después de diez días de usar la casa. No, la ferretería de lujo queda hacinada en un cajón y no será posible en pocos días asegurar ninguna puerta. Entre estas novedades de la casa moderna figura el capricho de no poner ventilador alguno en el cuarto de baño. A pesar de mis reclamos no lo obtuve y como el quemador de gas lanza al techo una menuda lluvia de hollín, el vapor de agua de mis baños calientes me lo devuelve sobre la cabeza en forma de lluvia. Por las paredes, por las puertas, corren los hilos de agua, arrastrando el carboncillo, y dejan una serie de pequeñas fajas grises que son un encanto.

Otra peculiaridad de la casa moderna es el ascensor que trae del tercer piso la comida y los platos y devuelve en seguida todo el servicio. Yo he visto de estos ascensores en muchas partes del globo terráqueo y son suaves, silenciosos, livianos. La industria nacional ha inventado uno que hace la tortura de las gentes. Unas veces el *biftec* se queda paralizado en el segundo piso y es necesario ir a comérselo a domicilio o mandar hacer otro más cerca. Otras veces son los platos que resuelven no llegar hasta el comedor. El sirviente, que es un

mozo de cordel, tira en vano de un cable. Es una verdadera operación náutica. Después de inútiles tentativas pide refuerzos y entra de la calle el vendedor de fruta, hombre hercúleo que se cuelga a dos manos de la sogá. De pronto el ascensor se desprende bruscamente y cae contra el suelo. Los platos se quiebran todos. Hay que decir, eso sí, en honor de la verdad, que se quiebran medio a medio, en dos partes perfectamente iguales. Un día sacamos de debajo del aparato a una criada que había cambiado de forma.

Esta pequeña digresión sirve para demostrar la cantidad de mecánicos que deben entrar a una de estas casas que podríamos llamar "artificiales". Después de la visita del Míster a que me he referido más arriba, han venido a la mía dieciséis *gásfitters* de diversas edades, nacionalidades y tarifas. La dolorosa experiencia de los primeros me ha manifestado la necesidad de no pagar a ninguno mientras mi *cálifon* no quede reparado. Uno de estos últimos visitantes es orador y partidario de la jornada de ocho horas. Pero no debe de ser muy sincero porque si a él lo obligaran a trabajar siquiera cuatro, bien trabajadas, se moría. Cada diez minutos descubre que se ha quedado algo olvidado en el taller y sale a la calle. Dirige piropos a las criadas, frases insidiosas a la gente que pasa en coche y miradas de entendido a los carteles que anuncian nuevas películas. Demoró tres días en declararse impotente para hacer más daño a mi *cálifon*. Ya no tenía tuerca que echar a perder.

¡Oh, jóvenes que escucháis la vocación escénica cuando llegan a Santiago actores que pronuncian mall! ¿Por qué no hacéis una revista en que salga un coro de salvajes que canten: "Somos los *gásfitters*", con la música de "los marineritos" de la *Gran Vía*, para que nadie la conozca?

Y, a propósito; noto que se me viene encima una atroz responsabilidad. ¿Se puede decir *gásfiter*? Se lo preguntaremos a don Perfecto, como dicen en una pieza de Echegaray. Declaro formalmente a los autores de "vocablos propios", o de "locuciones impropias", que escribo no para entrar a la Academia o sentar fama de atildado, sino para que me entiendan cuantos quieren darse el trabajo de leerme. Tengo un Diccionario a la mano, precisamente la décimotercera edición del de la Academia. (Vean ustedes; ya se pasó de moda porque hay otra). Si quisiera decir palabras con patente y dejar con la boca

abierta a mi público, tengo allí de donde sacar por docenas, como ocurre con las guindas, que es difícil tomar una sola. Podría haber dicho plomero; pero yo no quería significar "al que trabaja o fabrica cosas de plomo". En cambio, como el Diccionario habla de gas, gasómetro, gaseoso y gasolina, habría querido llamar gasterópodos a los *gásfiters*; pero si me habría dado el placer de significar que eran "moluscos terrestres o acuáticos que tienen en el vientre un pie carnoso mediante el cual se arrastran, su cabeza es más o menos perceptible y su cuerpo se halla cubierto por una concha", nadie habría entendido que deseaba vengarme de los daños que me han hecho.

Volvamos tranquilamente a la casa moderna. Algo que llama la atención del observador y mucho más del arrendador, por los cabezazos que han de darse, es la concupiscencia con que el instalador eléctrico coloca el tablero de distribución con los tapones en el sitio más importante de la casa, en el lienzo de muro más aprovechable para un cuadro. De la misma manera, los enchufes que podrían estar en el suelo se colocan en la pared, salientes como callampas.

La casa moderna tiene, finalmente, otro grave error. Se economiza demasiado espacio en la puerta de entrada. Yo no he visto en ningún país puertas más angostas. Un amigo mío tuvo que dejar en la calle y desprenderse de sus servicios, un armario no desarmable, una suegra en regular estado de uso y un autopiano. No cabían ni por la puerta ni por las ventanas. En muchas de esas casas llamadas "para diplomáticos" hay que entrar de costado y quedarse después de comer hasta que haya terminado la digestión.

No crean mis lectores que soy exigente y que pretendo una casa fantástica, humorista, con sorpresas. No; se ha descubierto que cuesta la misma cantidad de dinero hacer una casa en que el arquitecto haya discurrido, que una improvisada y sin pies ni cabeza. Si yo pusiera mañana una plancha: *Angel Pino, Arquitecto*, no inventaría nada, copiaría lo bueno, lo simple, lo cómodo que en todas partes, menos en Chile, abunda y a mucho menor precio. Y, en seguida, oíría las observaciones justas del que va a habitarla y piensa pagar puntualmente sus cánones.

PSICOLOGIA DEL INTRUSO

El intruso para mí es el ser más misterioso de la creación. Cuando vi por la primera vez la osamenta gigantesca de un animal antediluviano, cuando leí las revelaciones que sobre los monstruos descubiertos en el fondo del océano por el príncipe de Mónaco hacían las revistas científicas, sufrí una sorpresa natural; pero luego olvidé esa novedad por otras, en la sucesión constante de preocupaciones que la vida nos ofrece. Pero el intruso me ha atraído siempre en forma permanente, y a pesar de los años no deja de preocuparme como en el primer día en que encontré uno. ¿Qué cosa es el intruso a punto fijo? ¿Es un hombre de buena o mala fe? ¿Sabe él mismo que es un intruso? Si lo sabe, ¿cómo insiste? ¿Con qué fin insiste? ¿La intrusión es un fenómeno físico o moral? ¿Es curable? Y, en fin, y para no abusar de las interrogaciones, la intrusión, ¿es consecuencia de excesivo orgullo y confianza en sí mismo o de timidez y desconfianza?

Y me hago esta última pregunta, porque el fenómeno contrario a la intrusión, es decir, el alejamiento de las personas, proviene en unos de orgullo y en otros de timidez. El arisco no va hacia los amigos o porque cree que deben buscarle o porque teme que su compañía no sea codiciable. No sería extraño que hubiera intrusos por soberbia y también por timidez.

Así como ocurre leyendo las memorias de los botánicos célebres, de los entomólogos, de los zoólogos, que cuando el sabio iba preocupado por la explicación de cierta planta extraña, del aguijón de un insecto o de las condiciones del estómago de un mamífero, se ha encontrado precisamente en ese momento con otra planta, con otro insecto u otro animal que le han contestado por inducción todas sus

angustiosas interrogaciones; así me pasó con un intruso, hace muy pocos días, mientras viajaba hacia el sur.

Se había colocado frente a mí en el compartimento de cuatro asientos un hombre que aparentaba treinta y cinco años. Vestía con esa elegancia que suele observarse en los jóvenes chilenos y que no se parece a la del joven inglés más de lo que se asemeja una gallina a una garza. Ambos tipos de jóvenes usan pantalones, chaleco, blusa, cuello y corbata, y sin embargo difieren substancialmente. Todavía más, nuestras sastrerías se jactan de vestir a la inglesa y en realidad siguen la moda inglesa y no la turca; pero, por lo demás, no se parecen en nada la blusa del inglés a la del chileno. Cuando éste levanta un brazo toda su ropa sufre una violenta perturbación: el cuello sube hasta tapar la nuca, los ojales y los botones libran una lucha cuerpo a cuerpo muy fastidiosa y toda la vestimenta queda haciendo un gesto o mueca de disgusto sumamente ridículo. Esta elegancia chilena es apretada, consiste en llevar las cosas justas, en economizar género. Todo debe estar estirado: los pantalones no deben hacer rodilleras (esta es la gran preocupación del elegante chileno), el chaleco debe apretar la cintura, el cuello ceñir todo lo posible la garganta, la corbata formar un nudo perfecto. En una palabra, se ve a este falso elegante nacional muy incómodo en su traje y se piensa que al llegar la hora de desvestirse debe de sentir un placer tan extraordinario como el caballo del coche de posta al ser soltado en la pesebrera. El inglés tiene soltura dentro de su traje y su traje mismo es suelto, forma pliegues donde debe formarlos, es hecho para andar de prisa y con pasos largos y esbeltos, permite la ondulación del cuerpo. El nudo de su corbata no revela trabajo alguno de preparación ante un espejo.

En fin, no quiero distraerme en este episodio. Mi hombre era del tipo del elegante estirado, lo que quiere decir que al sentarse frente a mí se levantó los pantalones hasta dejar ver una cuarta de calcetines del mismo color de su corbata, del pañuelo que llevaba en el bolsillo sobre el corazón y, seguramente, de los suspensores. De esta manera las rodilleras se formarán en un sitio diverso de donde se encuentran las rodillas, lo que nuestro elegante estimará muy refinado.

La antipatía de este hombre se me comunicó como un pistoletazo. Fingí ignorarlo cuanto pude, a pesar de las sonrisas que divisaba en

su rostro al través de mis pestañas cada vez que creía encontrarse con mi mirada. Era una sonrisa, preludio de cariñoso saludo. Por fin, como una señora, la perfecta señora chilena, es decir, gorda y que camina con las piernas abiertas y los pies inclinados hacia afuera, llegara como avalancha a ocupar el asiento inmediato al mío, el señor sonriente dijo en voz alta defendiendo una maleta que había yo colocado allí por precaución:

—Esa maleta es del señor Pino.

—A mí no me importan todos los Pinos del mundo —repuso con voz agria “la mujer chilena”—, porque este asiento está desocupado.

—Tiene razón, señora —dije yo humildemente, tomando mi bulto.

Pero no podía ignorar que el vecino me había llamado por mi nombre y sí le dirigí una mirada, ante la cual se estiró violentamente una mano enguantada y oprimió la mía temblorosa.

—Yo lo conozco a usted muchísimo, don Angel. Su tía doña María Mercedes vive frente a la casa de mi hermana casada en la calle Compañía y nos vemos continuamente. Cuando mi hermana tuvo su último niñito, su señora tía la cuidó muchísimo y fue de ella la idea de ponerle Ramón, porque, según dijo, había tenido un tío que se llamaba así. Mi hermana, usted sabe, la Rebeca, que creo que su señora de usted conoce mucho porque se han encontrado en unas reuniones de una sociedad de beneficencia en casa de doña Manuela Cifuentes, que anda siempre con su prima la Luzmira Letelier y hacen mucho contraste las dos, porque la Luzmira es morena. Usted habrá oído que la embroman mucho conmigo...

Yo ya no pude tolerar más. En realidad no he tenido ni tengo ni es posible que tenga en el futuro una tía de nombre María Mercedes. No conocía ni a la Rebeca ni a la Luzmira ni al mismo señor que me suponía al tanto de sus amores con la señorita Letelier. Creí conveniente como única reflexión, para no dar lugar a más diálogo, preguntarle fríamente:

—¿Y con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Bernardo Serey, abogado, servidor de usted.

Con tal estreno no pensé haberme encontrado con el intruso siempre misterioso para mí, sino con el famoso tonto de amarra. Pero luego el señor Serey recommenzó una especie de monólogo sobre la guerra europea nada mal hilado y con reflexiones de cierta originali-

dad. No debía ser pues un tonto, sino simplemente un intruso rudimentario. Porque era completamente candoroso eso de hablarle de una tía supuesta a un ser que revela estar en posesión de sus facultades. Así fue pasando el viaje hasta que llegamos a Rancagua, donde se dijo que había tiempo para descender y almorzar. No soy carnívoro y como en estos restaurantes de estación no hay jamás un pescado fresco ni un huevo transitable, ni una verdura limpia y sacada en el día, resolví quedarme en el vagón. Pero el señor Serey, que había bajado precipitadamente, subía en ese momento de nuevo con gran agitación en el rostro.

—Baje, señor Pino. La mesa está pronta. Yo soy muy amigo de don Salvador Peralta y del conductor y como saben que viene usted van a servirnos especialmente.

—Dispense usted, señor Serey, no almuerzo casi nunca...

—No diga usted tonterías; vamos luego que nos esperan...

Y tuve que bajar en compañía del señor Serey, cuya existencia dos horas antes ignoraba en absoluto y que ahora marchaba a mi lado empujándome ligeramente por la cintura.

En realidad el señor Peralta me hacía inclinaciones y el conductor se me presentaba al mismo tiempo con una sonrisa seductora.

Serey me había presentado en calidad de periodista y tal vez de periodista censor y temible. Don Salvador estaba empeñado en que gustara la bondad de su cocina para que lo dijera en seguida en *El Mercurio*, no sé con qué pretexto, y el conductor, según pude entender, deseaba que se publicara una lista de firmas empeñadas en que no fuera removido de ese tren. A causa de la intrusión de Serey, me veía obligado a comer una carne con una salsa atroz, un pollo, una perdiz y otra carne, lo que revelaba en todo caso en el señor Serey escaso gusto culinario.

Yo estaba convencido de que o el almuerzo era gratuito, lo que me iba a hacer reñir con el restaurador, o debía pagarlo yo. Con disgusto y sorpresa vi que Serey se abalanzaba a la caja y manipulaba billetes. Toda mi resistencia fue inútil y habría sido impertinente. Debía resignarme a quedar en manos de este hombre y a aceptar que dijera toda la vida: "Cuando acostumbremos almorzar con Angel Pino en Rancagua..." Entre tanto era su víctima durante el viaje.

Recuerdo que íbamos cerca de Talca cuando el señor Serey, que se había alejado por diez minutos de mi lado, volvió en compañía de dos señores altos, gruesos, que parecían hermanos gemelos y lo eran en realidad. Según me impuse por las frases enredadas de ambos y por las más claras y terminantes de Serey, se trataba de dos agricultores de la región, que estaban muy quejosos del juez y querían hacer una publicación.

—Qué suerte la de ustedes de haberse encontrado conmigo —les había dicho el abogado—, en el acto van a ser ustedes servidos. Mi amigo Angel Pino que escribe en *El Mercurio* y es muy oído, viene viajando conmigo. Somos inseparables y puedo conseguirles una campaña de prensa.

Los dos gordos pretendían que yo dijera por mi cuenta que el juez Cándara era un prevaricador, que recibía regalos de los clientes, que estaba vendido a la parte contraria en un juicio de aguas que ellos seguían. Serey, que también se palmoteaba con los gigantones, decía a todas sus afirmaciones:

—A mí me consta.

Gasté vanamente mi lógica en demostrar a estos señores que ellos podían decir todo eso con sus firmas. Pero que ni yo, ni menos el diario asegurarían jamás por su cuenta algo que no nos constara personalmente. Me pidieron por fin que les redactara lo que podrían decir con esperanza de ser oídos, y entre salto y salto del tren les tracé el bosquejo de un remitido.

La carne del restaurante de Rancagua con su salsa picante me saltaba en el estómago para recordarme que ese almuerzo había sido pagado por Serey y que debía tolerar con paciencia las intrusiones de éste.

Como me fui convenciendo de que Serey era más bien pillito que tonto, debí interesarme en estudiarlo más a fondo. No podía tratarse de un intruso vulgar, luego la invención de mi tía no era una simple tontería.

—¿De dónde ha sacado usted, señor Serey, que yo tengo una tía que se llama María Mercedes?

—¡Cómo! ¿Entonces doña María Mercedes Pino no es tía suya?

—Pues no señor, ni tía ni ninguna otra cosa. No la conozco ni la he oído nombrar.

—¡Ah! Entonces dispense; yo creí... ¡lo gracioso es este Angel Pino que se ha venido tan callado sin protestar que le hubieran atribuido la tía de otra persona! Yo creía que usted era de los Pinos de Limache...

Es evidente que no existe la tal tía; pero Serey necesitaba una introducción y se lanzó audazmente en la mentira para salir después como ha salido, con toda sencillez y sin ponerse colorado siquiera.

Ahora bien, ¿qué pretendía este hombre? Nada; muy poco, no perder tiempo en el viaje. Hacer una nueva amistad a toda costa. La concurrencia del tren era bastante insignificante para que yo pudiera ser una de las personas más interesantes que viajan en él. Serey ha observado que no hay hombre, por impenetrable y adusto que parezca, que no sea susceptible de ser domesticado. Por instinto animal, el intruso descubre un sitio desocupado entre las personas que poseen cierta influencia o notoriedad, o fortuna, o lo que sea, para diferenciarlas del montón, y las que necesitan ayuda, amparo, empeños y no tienen medios directos para solicitarlos. El intruso es, pues, un intermediario. El intruso nace y no se hace. El intruso tiene condiciones especiales y carece de olfato, de oído, de delicadezas demasiado aguzadas. Es un animal constituido especialmente para embestir a unos y ponerlos en relación con sus propias relaciones y otras igualmente facticias. Como la mosca, volverá tantas veces como sea necesario hasta ser admitido por aquel cuya relación persigue. El intruso es eterno como el mundo y mientras haya tres hombres sobre la tierra, uno de ellos será intruso. El intruso, como el insecto que, sin saberlo, lleva el polen de una flor a otra, establece conocimientos que no están previstos en su programa. El intruso, finalmente, es útil y (admírense mis lectores) es necesario. Además el intruso no es gratuito: saca siempre un provecho.

Hay en estas ciudades - aldeas de nuestros países muchas influencias sueltas. El intruso las caza, las recoge, las ordena, las clasifica, y se sirve de ellas dejándose una pequeña comisión. Perro que husmea por las orillas de las paredes, sabe que Fulano es bien mirado por Zutano y que no tiene ocasión de decírselo. Pues bien, él se presentará como amigo del uno y se introducirá en el ánimo del otro. Esas influencias sueltas, como la semilla de cardo, volarían lejos, muy lejos, si el intruso no se pusiera como el espino a su paso para recogerlas

y retenerlas. Aprovechador de fuerzas motrices perdidas, el intruso representa un factor importante en la economía social.

Todo esto lo he pensado antes de conocer a Serey en Santiago. El abogado ha continuado cultivándose. Me llega el rumor de que se dice mi amigo. Debo creerlo a juzgar por la insistencia con que algunos solicitantes de imprenta pronuncian su nombre como medio de destruir mis resistencias a sus publicaciones.

—¡Si es el abogado Serey el que nos manda a hablar con usted!, como esperando que yo abra los brazos y me tome la cabeza con ambas manos y exclame:

—¡Haberlo dicho antes, pues hombre! ¡A Serey yo no le puedo negar nada!

Sin embargo, declararé que he visto a mi intruso en una falla grave. Lo he encontrado con don Juan Luis Sanfuentes en la calle y me ha hecho un saludo protector. Esto no está de acuerdo con el carácter que he atribuido al intruso en general. Debe comprender que este gesto me habrá disgustado sobre su conducta y que ahora seré más severo para sus recomendados. ¿Cómo se le habrá introducido a don Juan Luis? ¿Lo tendrá él también por intruso o lo creará un valioso contingente para su campaña presidencial?

¡Oh, Serey! ¡Tú eres un hombre fuerte! Tú vas a ser alto empleado público en espera de una diputación por la cual llegarás a un Ministerio. Y entonces tú también encontrarás intrusos en tu camino que te hablarán de tías que no tienes y tratarán de hacer creer que son hermanos de leche contigo.

Los intrusos forman una cadena sin fin, una de esas cadenas de capachos para elevar agua; cada cual recoge, sube y vacía. Se dice, sin embargo, por los Santos Padres que en el valle de Josafat los intrusos no van a encontrar lugar.

Pacífico Magazine,

enero de 1915, pp. 33 - 37.

REFORMAS Y PROGRESOS MEDICOS

Para ocuparse de los prodigiosos adelantos de la ciencia médica se necesita ser profesional o paciente. Yo no soy profesional; escribo en calidad de víctima.

Ante todo, un desmentido formal. Se ha dicho y repetido en todos los tonos, que el apéndice es un miembro u órgano completamente inútil. Se dice que la ciencia quirúrgica ha podido enmendar la plana a la naturaleza que tuvo un momento de distracción o de mal criterio, inventando un organismo que no sirve para nada. Esto se inexacto en sumo grado. Una operación de apendicitis es relativamente sencilla y deja un honorario relativamente subido. Luego el apéndice sirve para que los cirujanos ganen su vida, manden a la plaza, compren coche, edifiquen casitas de renta, lo que no es poco. Es natural suponer que si en un libro puede suprimirse el apéndice sin dañar a la claridad del texto, en el cuerpo humano debe acontecer algo semejante. Pero nadie negará que hay apéndices inútiles. Ahora bien, los cirujanos se han ensañado contra todo apéndice sin excepción alguna. Reprochamos su conducta. Nadie puede decir lo que va a ocurrir cuando una gran parte de la población de este país carezca de apéndice. ¡Quién sabe qué nobles cualidades residan en este pequeño receptáculo tan sensible!

Dilucidada esta cuestión en términos precisos y concordantes, pasemos a los adelantos de la ciencia en el medio de aplicar los remedios. Desde la más remota antigüedad se suministraban éstos por la boca. Se pensaba, con cierto buen sentido, imposible de desconocer aun tratándose de los antiguos, a quienes se le supone faltos de todo sentido común, que el remedio al mal debía seguir el mismo camino

de los alimentos, causas generales de la enfermedad. Andando los siglos, los médicos que han sido dotados de un espíritu de contradicción a toda prueba, se fueron al otro extremo, es decir, a la aplicación de los remedios por un mecanismo que, como el arado, ha conservado una forma refractaria a todo progreso. Los primeros materiales eran sencillos: una caña hueca y en la extremidad una vejiga de cordero llena del líquido que se quería despachar al interior del organismo. La vejiga se oprimía con el pie contra el pavimento. De ahí que, durante muchos años, los mejores médicos fueron los que calzaban un número más alto. A fines del siglo pasado hubo sabios conciliadores, enemigos de los extremos, partidarios del término medio, y las inyecciones hipodérmicas se pusieron de moda. Todo se aplicaba entonces merced a una aguja de acero que se introducía en los brazos u otros puntos más dotados de carnosidad. Se creía que así se llegaba más pronto a la parte atacada. Hoy día hay grandes vacilaciones y si aún no se innova en este sistema es por la gran cantidad de capitales que están invertidos en jeringuitas hipodérmicas y en tubos de cristal. Seguiremos, pues, viendo en las recepciones y fiestas en que el escote del vestido es de rigurosa etiqueta, hermosos brazos y espaldas picoteadas por el cacodilato y cien preparaciones más que la ciencia prescribe y los anuncios recomiendan en amigable consorcio.

Las operaciones quirúrgicas se hacen cada vez con mayor limpieza. En años pasados los cirujanos no hacían apunte alguno de los tratamientos empleados para abrir a sus semejantes y remendarles el interior, y así ocurrían a menudo los más lamentables olvidos de esponjas, paños de mano, pinzas y tijeras que quedaban guardadas en el paciente y producían en su organismo los más extraños fenómenos. Se cuenta de un hábil cirujano que dejó su reloj dentro del estómago de un enfermo. Nosotros sabemos de otro que dejó caer en el intestino grueso de un distinguido hombre público a quien operaba, su libreta con la lista de los clientes y lo que le adeudaba cada cual. Quiso más tarde, al notar la pérdida, operarlo de nuevo por su cuenta, pero la familia se negó en absoluto. Hoy día cada cirujano lleva una lista detallada de sus utensilios, viste un delantal y guantes blancos, se lava las manos y no fuma durante la operación.

Este progreso de la moderna cirugía ha hecho, sin embargo, de una ciencia, un verdadero arte manual. Un prolijo ebanista, puede,

después de cursar anatomía, ser un cirujano pasable. El cirujano prescinde en absoluto de las condiciones morales del paciente. Se le entrega una materia prima y aplica sobre ella sus útiles con destreza y sangre fría. Así, por ejemplo, hemos tenido este diálogo con una eminen- cia en el oficio:

—¿Cómo ha marchado la operación?

—De un modo extraordinario. En cinco minutos cloroformado, en diez minutos abierta la aorta y cerrada de nuevo. En veinte minutos todo concluido.

—¿Y el estado actual del paciente?

—Muerto. Sí señor, murió en seguida y lo enterraron, pero la operación ha sido espléndida...

—Me extraña la palabra "espléndida". Si el paciente ha muerto...

—Vea usted, el que escribe para el público tiene la obligación de no hacer confusiones lastimosas. Una cosa es el paciente y otra el cirujano.

—Lo veo.

—Sí, señor. La operación estuvo perfectamente bien hecha. Si el hombre dejó de existir, es otra cosa.

—Otra cosa.

—Debía tener una dolencia extraña a la operación, en otro sitio en que el cirujano no tenía entrada. El médico debió declararlo.

Esto es claro como la luz del día y cumplo con mi compromiso de no hacer confusiones y de impedir que otros las hagan. La cirugía necesita destreza manual como el tallado; no hay que exigir milagros de otra índole.

La vida no depende de las criaturas sino del Supremo Hacedor.

En los centros científicos mundiales, con los cuales mantengo relación de correspondencia, pero sin pertenecer a ellos en calidad de miembro honorario, por mi escaso bagaje de conocimientos, se han hecho últimamente curiosas observaciones sobre los ingenieros y arquitectos y los médicos. Se dice, con cierta razón, que un ingeniero constructor de "docks", canales de regadío o vías férreas y un arquitecto edificador de obras públicas o privadas, pueden ser personas sin fibra humana alguna. Si a sus obras no les duele nada, ellos no tienen por qué condolerse de sus deterioros o perturbaciones. Si por ejemplo se avisa a medianoche a un ingeniero que un muelle hecho por él está

agrietándose o que un puente ha perdido un machón, es perfectamente natural que se dé una vuelta en la cama y continúe durmiendo. Pero con los médicos debería ocurrir muy diversa cosa. Ellos están encargados de las dolencias de los hombres, y si un hombre tiene su organismo descompuesto, a cualquiera hora, por intempestiva que parezca, tiene derecho para exigir se le atienda. Examinados los médicos por la parte de adentro, se ha observado con estupor que no tienen mayor sensibilidad nerviosa que un ingeniero o un arquitecto, y esto ha dado que pensar mucho a los hombres de ciencia. Así solamente puede explicarse que cuando una persona se está muriendo, un médico puede negarse a correr a su casa dando por razón de que no la conoce, que está con mucho sueño a causa de una mala noche anterior o que no tiene hábito de curar de noche por haber ya logrado reunir una determinada suma en bonos que le permite lamentar menos los sufrimientos de los semejantes. Estos centros científicos, entre los cuales figura el Foco Imperial Nervioso de Dresden y la Real Asociación de Seres Humanos de Milán, se ocupan de estudiar una operación quirúrgica previa para todo médico recién recibido, la cual consistiría simplemente en cortar el nervio metálico y colocar algunos nuevos nervios sensitivos. Hay, sin embargo, un viejo naturalista dinamarqués, candidato al premio Nobel, el cual sostiene que bastaría hacer cada quince días inyecciones hipodérmicas de lágrimas humanas a cada médico en ejercicio.

En Chile no creemos que estos medios sean absolutamente prácticos. A lo menos podemos contar con otros. En un país en que basta que un comerciante deseoso de liquidar sus negocios, prenda fuego al edificio en el cual arrienda un almacén, para que trescientas personas: diputados, senadores, gerentes de banco y empleados, vayan vestidos con casco negro y uniforme rojo, verde o azul a apagar gratuitamente y a medianoche, las llamas liquidadoras, no parece increíble crear un cuerpo de bomberos sanitarios destinados a levantarse a cualquiera hora de la noche para correr en auxilio de sus semejantes. Es verdad que hay muchos que se levantan; pero no puede negarse la existencia de campanillas eléctricas y golpeadores de puertas que se descomponen con rara frecuencia. ¿Qué diremos de los teléfonos con el fono descolgado?

Para evitar estos pequeños escollos de la puerta de calle, podríamos ir preparando un proyecto de ley concebido más o menos en estos términos:

Artículo Primero. Todo hombre tiene derecho a la vida, mientras le dure, y a procurar, para este objeto, todos los medios que, ya sea por ilusión inveterada o por convicción o por cualquiera otra causa, le parezcan adecuados para conservarla.

Art. 2º Estando ya manifestado que, a pesar de los dictérios populares de "matasanos" con que se ha señalado a los médicos en todas edades, son éstas las personas que tienen probabilidades de conocer las causas de un cinco por ciento de las dolencias humanas, se declara obligatoria la asistencia médica a toda persona que la solicita.

Art. 3º Son permitidos todos los medios eficaces para conducir un médico hasta el domicilio del enfermo. Queda tolerada la agrupación subversiva frente a la casa del facultativo recalitrante, la fractura de puertas, chapas, cerrojos, vidrios y tabiques que aislen al médico de los solicitantes.

Artículo Transitorio. Si a causa de la vigencia de esta ley se encontrase algún médico en situación de no tener qué comer, o de poder procurarse un techo bajo el cual dormir, se obligará a todas las personas a las cuales haya asistido en los últimos doce meses y que sobrevivan en el momento de la presentación judicial, a pagar, a prorrata de sus haberes, una suma suficiente para estos fines.

No se me oculta la cantidad de abusos a que daría lugar esta ley. Desearía que se me citara una sola que no haya servido para cometerlos. Yo conozco el caso de un hombre que creía morirse y que estaba separado solamente por un tabique de un médico que dormía impasiblemente y cuyo timbre eléctrico no funcionaba de noche. Este hombre hizo perforar el muro y gritó al través de la bocina de su fonógrafo: "Doctor, que me muero". ¿Y saben ustedes qué respondió el desapiadado?: "Que le den estricnina y así habrá dicho la verdad".

En las últimas revistas que he recibido se trata con cierta insistencia de una materia poco conocida: el secreto profesional. Parece un hecho comprobado que en algunos países los médicos guardan cierta reserva sobre las enfermedades de sus clientes. Según se dice, por personas que no mienten jamás por escrito, este secreto es aconsejado por razones de orden social. Un hombre puede morirse cuando le dé

la gana o cuando le haya llegado la hora; pero no conviene que todos los que van por la calle sepan aproximadamente el día en que va a fallecer. Esto podría ser tachado de absurdo; pero yo le encuentro cierta ventaja. Vino una vez un señor a pedirme me empeñara con cierto Ministro que había sido mi compañero de colegio (porque yo no sé lo que pasa desde algún tiempo a esta parte, o soy yo que crezco o son los Ministros que se achican), para que le dieran el puesto de jefe de resguardo de un boquete de cordillera. "Le advierto, señor, me agregó, que el puesto está ocupado todavía"; estupor mío por la extravagancia de pedir aún en estos tiempos, un puesto ocupado, y por la palabra todavía que el interesado subrayaba con expresiva y maliciosa mirada. "El doctor Tal me ha dicho confidencialmente... que es cuestión de días". "¿Se llama Díaz el empleado? —pregunté—. "No, señor, se llama López". "¿Y quién es ese Díaz?" "Nadie, señor, le digo que me ha dicho el doctor que es cuestión de días más o menos para que López se muera". Quedé de una pieza. Al poco tiempo regresó el postulante para decirme con voz conmovedora: "Apúrese, señor, en hablar con el Ministro, porque López está muy pálido. Acabo de estar conversando con él una hora y me parece que tiene para poco..."

Yo sé muy bien que si un día entra a la sala de un médico un hombre joven y se abre de buenas a primeras con estas o parecidas palabras: "Sé, doctor, que usted atiende a don Fulano o a doña Zutana, padres de una chica que me gusta y desearía saber con franqueza, sin circunloquios, sin atenuantes, sin temer usted que yo me desvanezca al oír una grave noticia, cuánto tiempo les da usted de vida a uno u otra o a entrambos a la vez...", sé, he dicho, que este hombre joven sería arrojado de mala manera a la calle. Pero en cambio, ¿quién de nosotros no sabe de qué sufre cada habitante de Santiago? ¿Que lo dicen los pacientes mismos? Es posible; pero lo dicen mucho más los doctores.

Es frecuente oír a médicos que conversan en salones, tranvías, peluquerías o tiendas:

—Vengo de ver a don Fulano, no me ha gustado su situación...

—¿Lo encuentra usted mal?

—Mal, sería poco decir, lo encuentro pésimo.

—¿Y la Fulana sabe el estado de su marido?

—Ni se lo figura.

—Pobrecita.

—Pero ella sufrirá poco...

—¿También ella?

—Ella va aún más ligero...

Y así sucesivamente. Y no se diga que exagero. Un amigo encuentra a otro en la calle, que lo felicita efusivamente por el nuevo vástago.

—¿Vástago? No comprendo absolutamente.

—Lo acabo de saber por el doctor X.

—¡Hombre! Pues lo sabes antes que yo. No almorcé hoy día en casa y supe que Fulana iba esta mañana a consultar al médico. Me voy a hablar por teléfono.

Y es graciosa la conversación por teléfono, ciertamente: "Me acabo de encontrar con Z, que me da la noticia, etc."

Y, hay que advertirlo, como comodidad no hay duda que esta profesión es cómoda, decía un inglés: los éxitos de un médico los ve todo el mundo, mientras que sus fracasos son puestos inmediatamente bajo tierra.

Pacífico Magazine,

marzo de 1913, pp. 412 - 16.

DIRECTOR DE VERANEO

A la vuelta del veraneo no puedo menos de presentarlo en cuerpo y alma a mis lectores. Es un hombre generalmente panzón, de buena salud, de buen diente, que ha pasado todo el año metido en la oficina, asfixiado en papel escrito, con el tintero bajo las narices, la lapicera en la oreja, luchando con los sabañones, con el sueldo, con los honorarios, con las hijas y con la mujer, y que llega siempre al mes de diciembre amenazado de una neurastenia. Recibe las vacaciones con el gozo salvaje del caballo de coche de posta lanzado al potrero, escoge un balneario barato y se va al mar resuelto a sacarle el jugo al veraneo, a no dejar perderse un solo centavo de descanso y alegría. Me refiero a él, al que ustedes han conocido en Zapallar, Papudo, Los Vilos y Pichidangui, en Quintero, Concón, Viña del Mar, San Antonio, Cartagena, Píchilemu, Constitución, Penco y San Vicente, en Peñaflor, San Bernardo, Linderos, Limache, Salto, Calera y San Felipe, en Panimávida, Cauquenes, Jahuel, Catillo, Apoquindo y Chillán, en fin, en todas partes donde hubo una colonia veraniega, donde se bailó, representó, amó, encendieron fuegos artificiales, enviáronse listas a los diarios y abriéronse bazares de caridad. Me refiero al organizador de las fiestas, al hombre indispensable, al que manejaba familias, damas y donceles, corporaciones y autoridades desde el punto de vista del recreo y honesto pasatiempo veraniego.

Acababa de llegar a un punto de veraneo y después de los trajines consiguientes que da en Chile "la casa amoblada" cuando se acaba de comprobar que no tiene más muebles que cuatro malos caires, dos sillas desfondadas, un piano con teclas recalitrantes y un ropero cuyas puertas no cierran y cuyos cajones entran a puntapiés,

estaba sentado en un banco en el jardincillo, cuando vi entrar al hombre panzudo y de buen humor. Se sonrió con aire de viejo amigo y sin cuidarse mucho de saludarme, dijo como para sí:

—¡Hombre! ¡Ya llegaron los arrendatarios del chalet!

Después, rascándose una oreja en vista de mi acogida glacial, exclamó:

—No se arrepentirán de haber venido a esta playa. Es una maravilla. Aquí se divierte todo el mundo.

Como creí que se trataba de un monólogo, en el cual no tenía más papel que el de oyente, saqué un cigarrillo, lo encendí con calma, le arrojé el fósforo a un queltehue que corrió a picotearlo y me entretuve con mis pensamientos. Después de un rato comprendí que el señor continuaba cerca de mí y esta vez parecía querer entablar una conversación a dos voces.

—¿Podría usted decirme si es el señor Pino?

—Servidor de usted —repuse.

—¿Es el mismo que escribe en la prensa?

—El mismo.

—¡Qué buena noticia para las veraneantes y para las monjas teresianas!

—¿Qué tienen que hacer las monjas con que yo sea... el mismo?

—Ya verá usted. Pasado mañana tenemos un concierto donde se representa *El Zapatero y el Rey*, y además se exhibe una cinta cinematográfica en veintisiete partes, y nos hacía falta un monólogo humorístico. Cuento con usted.

—No cuente, señor mío; no hago monólogos.

—Entonces, un discursito.

—Menos.

—Se lo vendrán a pedir a usted las Valenzuela.

—Lo siento; no incomode usted a esas personas.

—Son dos señoritas.

—Podrían ser cuatro y daría lo mismo. Yo vengo a descansar.

—¿A descansar ha dicho usted? Confíese usted en mí: yo he venido a lo mismo y yo sé lo que son los nervios. Usted viene neurasténico, duerme mal, está malhumorado. Siente usted dolores en el costado; su digestión es mala. Todo va a cambiar.

El hombre seguía hablando como máquina, con el mismo estilo de los avisos de drogas, lo que me hacía recordar otros y repetir mentalmente: "¿Le pica? Lugolina". Por fin lo interrumpí para preguntarle:

—¿Es usted el médico de la localidad?

—No, hombre, es decir, yo no soy profesionalmente médico, soy abogado, tengo mi oficina a dos pasos de la suya. Usted me habrá visto con seguridad. Soy Mancilla, usted sabe, el del juicio de reivindicación de los bienes de la señora Soledad Troncoso. Usted habrá leído mi estudio jurídico sobre las relaciones del público con las máquinas automáticas, romanas, cajas de chocolate, máquinas para vender estampillas, es decir, todo ingenio mecánico que recibe dinero en una verdadera transacción comercial y puede guardárselo sin devolver la mercadería. No soy médico; pero he llegado a este paraje bendito donde los días pasan como minutos, donde hay buen aire, buenos mariscos, buenos corderos, una sociedad aristocrática...

En este momento apareció la cocinera llorando. Es decir, yo creí que lloraba; pero se trataba simplemente de que el cañón de la cocina estaba hollinado y el humo se le entraba por los ojos y por la boca y por todas partes, y la infeliz protestaba de que no pondría jamás un pie en la cocina. "Malditas casas amobladas", exclamé. Pero el hombre tendió rápidamente su mano gorda y gelatinosa y la colocó sobre mi boca.

—Esto no es nada, amigo Pino. Venga una quila.

Y esto diciendo, arrojó su chaqueta sobre el banco, desprendió su cuello y puños postizos y corrió llevando a la maritornes de un brazo. Yo lo seguí balbuceando no sé qué cosas; pero debían ser agradecimientos mezclados con las más sinceras negativas. No quería que se metiera en mi casa; pero realmente no había medio de detenerlo. En menos que canta un gallo, el hombre estaba trepado en la cocina, en medio de una humareda infernal, y metía la quila por el cañón haciendo salir racimos de chispas por todos lados. La cocinera retiraba las ollas cubiertas de ceniza, tierra, carboncillo, humo y otras materias volcánicas.

—Ya está bien —dijo el hombre—, hay que tomarlo todo con alegría. Dos palos al cañón y se acaban los llantos de la niña. ¿No necesita usted nada más?

—No, gracias.

Pero en ese momento, una voz angustiada grita desde uno de los cuartos:

—¡Angel! Estos catres están todos chuecos.

Yo miro aterrorizado a este hombre que el hado fatal ha puesto en mi camino y que se precipita a la puerta por donde salía el clamor. Tras de él entré yo y vi el eterno cuadro que presenta la casa amoblada el primer día que se llega a ella. Por el suelo, tendidos en diversa posición, dos sirvientas y el mozo, tratan vanamente de unir los largueros a los travesaños en una lucha cruenta. El mozo se chupa un dedo que se ha atortillado con la llave inglesa y del cual mana sangre. Mi mujer está desfallecida en la única silla del cuarto. El catre ha vencido las resistencias. Es un verdadero problema económico. Pero el abogado, antes de saludar a nadie se arroja al suelo como para componer un automóvil, golpea aquí, recoge allá una tuerca, descubre que se han confundido las piezas de dos diversos catres, y después de una afanosa lucha, logra armar la débil construcción de fierro. En seguida se levanta, hace una venia a todos y sale a lavarse las manos en la pila del jardín.

—Como le decía, amigo Pino —continúa—, no soy médico, pero lo voy a curar a usted. Aunque su tarea de decir cosas graciosas no puede compararse, en utilidad y en trabajo y en desgaste, a la de decir cosas legalmente atinadas, usted está neurasténico y en pocos días voy a dejarlo como nuevo. No en vano somos y hemos sido amigos. La carne se compra a veinte metros de aquí en el Mercadillo; las verduras no son buenas sino en el despacho del Tropezón, al lado del estero; los fósforos de bengala y los faroles chinoscos al frente, precisamente. Hasta muy luego... Me olvidaba: soy encargado de la lista de veraneantes. Su nombre lo sé; pero el de su señora y el de sus hijitas...

En vano protesto de que no me gusta aparecer en esa famosa sección de veraneantes y que, como hombre de prensa, tengo una soberana indiferencia por la letra de molde. Pero debo rendirme.

—¡Ah! Ustedes tienen dos niñas. Hay aquí excelentes jóvenes; acabo de hacer un matrimonio...

—Descuide usted, señor Mancilla; mis hijas necesitan una vaca.

—No comprendo.

—Maman, señor mío; todavía maman.

—¡Ah! Entonces mañana tendrá usted la mejor leche del pueblo. Y todavía volvió de la puerta exclamando:

—¡Pero qué distraído soy! ¿Necesita tal vez una ama? Tengo una de cuatro meses, que le sobra... —e hizo con la mano el amplio gesto de quien describe una cascada.

—¿Quién es ese hombre? —me preguntaban todos los de casa.

—¡Mi padre, nuestro padre, el padre común, el padre eterno! —respondí yo con un grito trágico, dejándome caer en el banco del jardín, único mueble que resiste una caída sin seguir el ejemplo.

Ya tenía a Mancilla metido en casa y dándoselas de mi amigo íntimo. Al amanecer se presenta un vendedor de corvinas y congrios enviados por el director general del veraneo. Poco más tarde, un arguenero con melones, y luego una mujer que vendía leche al pie de ella misma. Mancilla se había propuesto mostrarme los enormes recursos alimenticios de ese paraje. Pero no quiso detenerse allí, porque apenas terminado mi almuerzo penetró ruidosamente a ofrecerme un paseo por los alrededores. Me excusé como pude. Era necesario abrir maletas, arreglar la ropa, instalarme, en fin, como pudiera en este campamento que afuera tenía forma de "chalet" como decía el aviso, pero dentro era una habitación de trogloditas, obscura, húmeda, mal distribuida.

—Todo esto es sencillo —dijo el abogado, mientras empujaba vanamente los cajones de la cómoda no abiertos desde la primera vez que su dueño los tiró del sitio en que, a fuerza de martillo, los había embutido el artífice. A las dos tengo el ensayo del coro, a las tres repetición del drama, después hay que arreglar el cinematógrafo que no funciona bien. Pero dispongo de veinte minutos libres. ¡Animo, amigo Pino! Venga un martillo. ¡Corre niña! (se dirigía a una criada), pregunta por la casa del señor Mancilla y pide el cepillo, el atornillador, el formón, el cincel, el serrucho, el barreno y un alicates! Vente como un viento.

Entre tanto, la chaqueta volaba por los aires y en pocos minutos todos los cajones yacían en orden disperso por el suelo.

—Es necesario ensayar si alguno cabe en el hueco por casuali-

dad. Vamos a ver el último. ¡Nada! Este otro parece más chico. ¡Yal ¿Ve Ud.? Este cajón era de aquí.

Luego llegaron las herramientas y en diez minutos de un trabajo febril, el cuarto se llenó de virutas y los cajones entraron todos.

—Vamos ahora al ropero. ¡Uf! ¡Qué puerta!

Y formonazo aquí, golpe allá en la puerta, quedó más o menos corriente.

—Ahora hay que plantar clavos y poner perchas.

—No señor —protesto yo.

—Sí señor; Ud. no sabe nada. Vamos a ver señora, ¿dónde vamos a poner las sábanas de baño? Hay que colgarlas en el corredor... —y ¡paf! un clavo se fija en un pilar.

—¿Y qué dirá la niña de la cocina?

La cocinera pide que le pongan uno. Luego comienza una de martillazos por todas partes. Mancilla tiene la furia de la carpintería. Se le pasa el tiempo y una aglomeración en la puerta lo reclama a grandes voces.

—¡Señor Mancilla, el coro está listo!

Y Mancilla sale escapado diciéndome: “Hasta muy luego. Volveré con las perchas”. Las sirvientas quedan encantadas de que las llamen *niñas*.

Medito, bajo un sauce, sobre mi triste situación. O resisto a Mancilla y me parapeto cerrando la puerta de calle y soportando un sitio en regla, o me entrego incondicionalmente. Recuerdo lo que dicen ciertos tertulidores nocturnos cuando se ven envueltos por algunos amigos que han empuinado más de una copa y con cuya alegría forman contraste molesto:

—Es necesario igualarse.

Opto, pues, por igualarme con la jovial borrachera veraniega del abogado y vibrar con él. Y así, apenas acabada la comida, cuando Mancilla, capitaneando una cadena de jóvenes y niñas con faroles chinoscos, mandolines y pitos, pasan haciendo estruendo infernal y gritándose sin ceremonias:

—¡A la playa, Pino! ¡A la playa!

Yo salgo, corro, hago cabriolas, le doy una palmada en la espalda al estrepitoso director de los honestos pasatiempos, tiro al aire

mi sombrero y lanzo un rebusno en medio de los aplausos generales.

—Eso es —me grita el panzón—, fuera las neurastenias.

Este es otro milagro de la playa, que apuntará en sus crónicas.

En la playa cada cual escoge su rincón y yo quedo solo. Se ha averiguado mi estado civil y no encuentro pareja. Un grupo de gente más joven ensaya un coro: "somos los camaroncitos", etc. Es una novedad, según parece; pero seguramente un pretexto para que muchachos y muchachas se balanceen tomándose del talle.

—Esto lo he descubierto yo, me dice Mancilla; así los jóvenes se tratan.

—Exacto: trato y tacto.

—Entendido, ¡bravo!

La noche pasa como siempre, versos al mar. La voz de una niña entona la canción romántica. Un joven es invitado a tocar algo en la guitarra. La ola inevitable corretea a los paseantes y yo aprovecho para llegar de dos saltos a mi casa.

El concierto fue un escándalo público. La escena improvisada por los cuidados de Mancilla no tenía la solidez necesaria, y las bambalinas se vinieron al suelo en medio de la representación, sepultando, en sus pliegues y en nubes de polvo, a los actores. La señorita que debía cantar un trozo de Zazá se puso a llorar entre bastidores a causa de una riña con su mamá. Mancilla nos había reservado para el final una sorpresa humorística que fue un espectáculo digno de conmiseración. Salió con ademán seguro; carraspeó, y cuando ya parecía que iban a escaparse las palabras, hizo una venia de despedida y se entró de nuevo, en medio de ruidosos aplausos. Para una vez bastaba con la gracia; pero el hombre fue implacable, como era su carácter, y repitió diez veces la misma falsa salida, seguro del éxito. Las risas disminuyeron, luego se levantaron de varias partes voces lastimeras que decían:

—¡Pobre Mancilla! tiene buena intención.

Algunas señoras se enjugaban una lágrima compasiva. A la sexta vez estallaron algunos silbidos y las tres últimas salidas causaron el tumulto consiguiente. Antes del cinematógrafo era necesario arreglar la escena, y el trabajo se ejecutaba a vista y paciencia de todos. El infeliz abogado continuaba con sus gracias de *tony*, estrellándose

con el piano, tropezando en las alfombras, haciendo muecas al público. Había tomado una especie de porfía en no salir de la escena y fue sacado por fuerza por algunos veraneantes que se ocupaban de su prestigio.

Algunos días después habló de cierto *record* automovilístico que debía terminar en nuestra playa; Mancilla se agita en el acto para organizar una recepción a la entrada del pueblo y en seguida un baile. La actividad desplegada por este hombre fue digna de una empresa mucho mayor. Todo el pueblo fue tomado por el contagio. Manejaba a la policía, a los carabineros, a los inquilinos del fundo vecino. Cinco o seis hombres a caballo galopaban todo el día llevando y trayendo órdenes, acarreando ramas verdes, banderas, escudos, estrellas, tules y cintas. Mancilla estaba al mismo tiempo en la organización de un sistema de estafetas para tener el oportuno anuncio de la llegada del automóvil, que en el arreglo de la improvisada sala en el corral de la policía, que en la dirección de los vestidos de las señoritas Valenzuela y de otras, en las disposiciones del *buffet*. Ha encargado a Santiago lápices rojos para que las señoritas se tiñan los labios, y los reparte a domicilio. En los intervalos que le dejan estas tareas ha seguido entrando a casa como a la suya para corregir mis muebles, arreglarme un lavaplatos y mil otros detalles.

Los automovilistas vienen efectuando un *record* que es un verdadero martirio. Al pasar por una cuesta han encontrado cierto terreno gredoso donde la máquina se ha embutido a medio metro de hondura. Sacada de allí, por el esfuerzo combinado de catorce hombres a caballo y cinco de a pie, han caído al estero. En la fragua de un herrero se hizo fabricar una tuerca, lo que ha demorado el *record* algunas horas más. Por fin se anuncia la aparición de los denodados *sportsmen* al caer la tarde. Vienen los infelices todos manchados de aceite, alquitrán y grasa. Uno de ellos tiene aceite hasta en el pelo, que se le ha erizado con la tierra y substancias extrañas acumuladas en el viaje. Además, los pobres han comido poco y mal, y bebido mucho y bien, porque de esto habían hecho almacén en la máquina. Al querer saludar y ponerse de pie en el fondo del coche, caen unos sobre otros, en hacinamiento lastimoso. Mancilla los llama intrépidos en un discurso en que asegura que el automovilismo significa la exploración del país, de sus riquezas y encantos naturales.

Uno de los automovilistas cree que ha sido insultado por el orador, se consulta brevemente con sus compañeros y cae sobre Mancilla, que al principio se cree abrazado, pero luego comprende que se trata de golpes y da la voz de "sálvese quien pueda". Sin embargo, todo se arregla, se cruzan mutuas explicaciones y el baile se efectúa por fin. Los automovilistas se quedan dormidos y uno de ellos reposa su cabeza alquitranada sobre el hombro de la señora Valenzuela.

No quiero fatigar con toda la crónica de los hechos veraniegos de Mancilla. Terminadas las vacaciones, he llegado hace tres días y he ido a su oficina. ¡Qué transformación! El abogado parece aquí un hombre apagado, sin sonrisas, humilde, de pocas palabras. Está sentado frente a una mesa cargada de papeles y escribe... en silencio. Ya no lleva los rutilantes trajes de franela, los sombreros de variadas formas, las corbatas rojas o verdes. Su indumentaria es sobria: una levita verdosa y gastada. Mancilla me dice misteriosamente que ya está economizando para su veraneo de 1915. ¡Que Dios se apiade de nosotros y lo lleve antes a gozar de su compañía!

Pacífico Magazine,
marzo de 1914,
pp. 308 - 312.

HISTORIA DE UN PIANO

Toda mi ambición había sido siempre ser piano de cola, sin embargo me hicieron sin cola; es decir: salí coleado en mis pretensiones.

Sin embargo me consolé de ser piano parado, porque recién llegué a Chile y acabado de desencajonar, un alemán me probó el teclado y dijo en voz alta:

—Rico piano, parece de cola.

—Es claro, dije yo para mis cuerdas, si no soy de cola, merezco serlo.

Y tuve tanto gusto, que quedé silbando interiormente como media hora, y todos decían:

—¡Qué piano tan sonoro!

El alemán me compró y me llevó a su casa, donde quedé en medio de un salón cerca del busto de Bismarck y de un cuadro de la Loreley en ropas menores.

Siempre me tocaba a oscuras, y sólo trozos de *Tanhäuser* y *Lo-hengrin*. Yo sufría mucho, porque mi dueño era un pianista de mucha ejecución, y no hay cosa que nos machuque más a los pianos sensibles que la ejecución.

Lo mismo les pasa a los bombos. De la misma fábrica en que yo nací, salió un bombo que maldecía a Wagner por tradición y por instinto.

Un día se reunieron también a oscuras varios alemanes, rubios, patilludos y con gafas, para tocar algo de Beethoven.

Quise probar que era todo lo de cola posible, y me porté tan bien, que los alemanes se fueron levantando de sus asientos, después

poniéndose en puntillas, después subiéndose sobre las sillas; y uno se arrebató tanto, que cuando terminé resultó que estaba trepado sobre el coronamiento de la cortina.

Pero nada es durable en este mundo. El alemán resolvió irse a Europa y don Ramón Eyzaguirre me sacó a remate.

Debí salir en los diarios, porque fue mucha gente a verme y oí los juicios más curiosos.

—Tiene buenos sonidos —dijo una señora.

—Es demasiado caro —decían otros.

—Buena marca...

El único que hablaba de mi cualidad de parecerme a los de cola, era don Ramón, por lo cual le guardo gratitud eterna.

Por fin me compró una familia y fui conducido a un gran salón lujoso pero de mal gusto.

Primera extrañeza: encima de mí, sobre mi tapa, que tanto había respetado mi primer dueño, colocaron unos jarrones que me parecieron antipáticos desde el primer momento.

Segunda extrañeza: una niña bonita y con unos dedos suavísimos tocó sobre mí algo que no entendí. Sólo sé decir que le agradecí que no tuviera ejecución. Después supe que lo que había tocado era una charanga de un tal Puccini que han dado en llamar *Bohème* y que debía llamarse Sirop o Sucre o Mermelade.

Confieso que como instrumento musical eché de menos a *Lohengrin*; pero que como piano frágil e inclinado a la comodidad, preferí el repertorio y la manera de tocar de mi remonísima dueña.

Vuelvo a decir que todo termina en esta vida; y que un piano tiene vida demasiado larga y ve muchas cosas.

Comencé a notar que cuando mi dueña tocaba, le daba vueltas las hojas a la música un joven larguirucho y sumamente pesado de sangre. Comprendí que estaban de novios y lo lamenté por ella. ¡Cuánto mejor que se casara conmigo! pensaba, porque si un piano es muy pesado de cuerpo, ese señor es muy pesado de alma.

Y se casaron. Y como nadie más tocaba en la casa, me entregaron a otro martillero para que me rematara.

Otra vez las visitas, otra vez las pruebas. Por los elogios conocí que yo iba a menos; nadie nombró la cola para nada y en cuanto

a los sonidos dijeron que eran regulares. ¡Oh tremenda desgracia! Caí como piano de estudio y tuve que soportar el método Lemoine.

Escalas y ejercicios todo el día, con una constancia atroz.

Día por medio una señora fea y de mal humor, que hacía la clase de piano y le daba pellizcos a las chiquillas, me hacía sonar. . .

De ahí viene la frase hacer sonar a una persona, por tratarla mal.

Resolví no tocar, sino sonar, y a veces rugía y chillaba, hasta que un día entró un afinador, me desatornilló y me registró enteramente, se robó las cuerdas y me puso unas más viejas, y se fue.

¿Cómo protestar de esa infamia? ¿Con qué derecho me robaban la juventud?

Después de eso caí en una postración de ánimo muy grande, y dijeron que tenía los sonidos muy apagados, y volví a la casa de martillo para ser rematado de nuevo.

Temblando de mi suerte, fui adquirido por una familia honrada; pero que vivía en la calle de Eleuterio Ramírez.

En el salón, había un retrato del general Canto y otro de don Jorge Montt, y una litografía de un cuadro de Mocchi.

Encima de mi tapa, pusieron unos canastillos de paja con cintas de color, traídos de Linares o de no sé dónde.

Este detalle me hizo temer por el repertorio musical de mis nuevos dueños. Había en la casa dos niñas, una aficionada a la música clásica y otra a la música ligera ¡ay de mí! y las dos aficionadas al matrimonio ¡ay de ellos! de los novios.

La mayor, la clásica, tocaba algo de Hugonotes, un poco de Chopin y trozos de *Africana*. La menor, la ligera, tocaba *Málaga*, *Hamburgo*, *Gente alegre*, *Los Zuavos*, *Dolores*.

Y la mamá —el recuerdo me espanta— *Estrella Confidente*.

¡Me encanallé!

Había tertulias en la noche, y yo sonaba con cualquiera mazurca. . . Una noche soné con una polka alemana nacional, *No más matorra*, y me desafiné enteramente.

Así desafinado y sin que nadie lo notara, seguí prestando mis servicios. Un día cuando la menor tocaba *Gente Alegre* o *Los Zuavos*, su novio que le daba vueltas a las páginas de la pieza y que andaba con mucho romadizo, dejó caer una gota en la mano de la

niña. Ella creyó que lloraba emocionado, se ablandó, y le concedió la mano.

Seguí con la clásica y con *Estrella Confidente*, hasta que resolvieron, en un apuro pecuniario, sacarme a remate.

Y aquí estoy escribiendo estas verdaderas líneas, entre un catre que perteneció a un tísico, una mesa escritorio y un aparador barato. Al frente tengo un retrato del Arzobispo Valdivieso, y al lado uno de Francisco Bilbao con ataque de epilepsia.

Sobre mi tapa hay un busto de Pío IX y una ponchera trizada y debajo de mí tiestos pocos decentes que me afrentan y me humillan.

Nadie me toca, y tengo tal afán de sonar, que gustoso repetiría aún *No más moratoria*.

Me han venido a ver personas de mala apariencia, y como soy un instrumento de buenas costumbres, me desespera la idea de ir a parar a mala parte.

Tengo para mí que un piano, cuando llega a cierto precio al alcance de todos, debe hacerse pedazos antes que seguir viviendo.

He oído decir que en la guerra del Perú, los pianos les servían a los chilenos para hacer cazuelas. Envidio esos pianos.

He escrito estas líneas para que ningún piano bien nacido se envanezca. Se las dedico especialmente a los de las casas de Kirsinger y Becker, que están muy orgullosos de su virginidad.

Yo casi era un piano de cola.

Ahora soy una piana.

He sentido el cambio de sexo.

El Mercurio,

6 de febrero de 1901.

HUESPED DE LA NACION

Todos mis lectores recuerdan al ilustre político, profesor de álgebra, Ministro de Estado y fabricante de jarabes medicinales, que nos visitó el año pasado en el mes de noviembre para estrechar la unión de Chile con los Estados Unidos y substituir, de paso, las drogas alemanas por las de su fabricación, y que echó al mismo tiempo las bases de un intercambio de señoritas de Santiago con San Francisco y prometió enviar a la Quinta Normal dos ejemplares del árbol del *sandwich*, que tiene la particularidad de dar como fruto torrejias de jamón, de queso y hasta de salmón ahumado entre rebanadas de pan.

Sí; todos tienen presente el anuncio de su visita hecho con tres meses de anticipación, la sorpresa manifestada no obstante por el Gobierno al saber que iba a llegar Mr. Restless a los Andes, la falta de un cuarto limpio de hotel para albergarlo, las comisiones nombradas para requisicionar una casa amoblada, el banquete consabido en la Escuela Militar con aperitivo de marcha de cadetes, el inevitable banquete en el Club de la Unión y la comida en La Moneda. El ilustre sobreviviente de esta hospitalidad pintoresca y siempre igual, ha escrito en *The Blanderbuss Journal* de Filadelfia una relación de su viaje, de la cual escogemos para nuestros lectores algunos párrafos literalmente traducidos.

“Mi gobierno había dado aviso de mi llegada a Chile por la vía cordillerana. El Ministro Figueroa me advirtió en Buenos Aires que encontraría en los Andes (al pie de la cordillera), un tren especial con un vagón de lujo y otro para la comitiva designada para atenderme por ese hospitalario gobierno. Llegamos en el ferrocarril

transandino, que no es absolutamente cómodo, muy impacientes por ocupar asiento en un coche más confortable. Pero la soledad absoluta de la estación de la pequeña aldea de Andes nos reveló que las promesas del señor Figueroa habían quedado sin cumplimiento. Partía hacia Santiago un tren de carga, y el conductor tuvo la amabilidad de ceder a la petición de mi intérprete que pronunció pocas palabras y movilizó otras tantas libras, y nos permitió entrar al vagón de equipajes en que iban nuestras propias maletas. Nos colocamos sentados sobre dos barriles y fuimos descubriendo poco a poco la variedad infinita de animales y de mercaderías que iban corriendo nuestra misma suerte. En un gran cesto de mimbres, se agitaban violentamente por respirar doce gallinas y un gallo. Mi secretario abrió la cubierta para que cada prisionero sacara la cabeza a luz. Nos hicimos la ilusión de que esas aves agradecidas, que nos hacían venias y se picoteaban unas a otras, formaban la comisión chilena que nos recibía. Después de haber marchado un buen trecho de camino, sentí cierta humedad en el sitio en que venía sentado. Seguro de mí mismo, atribuí esta vertiente al mismo barril. En efecto, había ido brotando a la superficie un caldo espumante y de olor acre. Se me dijo que era la famosa chicha del país; debo, pues, reconocer que tomé contacto con ella por un punto muy apartado del verdadero conducto para gustarla. Pero, a pesar de las novedades que a cada momento nos revelaba el derrumbe de los bultos dentro del vagón, y de las bellezas del paisaje que habríamos admirado más entusiastamente desde un buen asiento de resortes, el hambre nos apretaba hasta llegar a estrangularnos. Llegamos a cierta estación del camino, cuyo nombre no tengo interés de salvar del olvido; mi secretario descubrió unos panes gordos con el borde encarrujado que parecían muy calientes y estaban abrigados, como en un lecho, dentro del canasto de la vendedora y de una servilleta medianamente sucia. Mi secretario sabía algunos nombres del país y me dijo alargándome uno de estos panes: tortilla. Yo di un mordisco ávido a la mitad del pan y lancé un grito. Fuego y lava derretida había en el interior de la traidora tortilla, o mejor dicho, sebo fundido a una alta temperatura, porque mi pobre traje de turismo ha quedado hasta ahora luciendo el chorro que lo bañó desde el primer botón del cuello hasta el borde inferior de los pantalones. Mi secretario gritaba más que yo dicién-

do: "¡cazuela, cazuela!" y reclamaba de la vendedora en tono amenazante. El conductor nos dijo que era un guiso del país que se llama empanada y que realmente consiste en poner un plato de cazuela muy caliente dentro de una marraqueta, originalidad que no es imitada en ninguna parte del mundo. Ahora, mientras escribo estas líneas, un año después de mi regreso de ese país, cuando me pongo este traje, todos los perros del vecindario acuden a lamerme. Entonces me doy vueltas por la parte que estuvo en contacto con el barril de chicha y todos huyen. Son dos olores que se rechazan, y realmente los chilenos beben chicha para aplacar la explosiva empanada. Sus manchas son refractarias a la soda cáustica y a la trementina. En el país se conoce un poderoso ingrediente indígena que se obtiene de la corteza de un árbol que se llama "charquicán"¹ y ataca estas manchas.

En la estación de Santiago, cuando ya no los necesitábamos, encontramos a tres miembros de la comisión cubiertos con sombreros de copa, y a un oficial de aspecto alemán que parecía un muñeco de Guignol por lo tieso e inflexible en sus movimientos. Dio muchos taczos contra el pavimento; pero supo decir muy pocas palabras apropiadas en inglés, y suplía la deficiencia del idioma con accesos de tos. Era ayuda de campo del Presidente de la República y nos acompañó al alojamiento en un carruaje de resortes muy suaves. En el camino comprendí que estos resortes son hechos para evitar al extranjero que llega, la sorpresa de ciertos pavimentos detestables.

El alojamiento era simpático, un hotel alquilado entero por el Gobierno, según me pareció; porque no había más alojados en la casa. Estaba amoblado con cierto gusto, en algunos cuartos con elegancia; en todas partes, más como mansión privada que como verdadero hotel. El baño estaba bastante separado del dormitorio. Los chilenos llaman su baño semestral *de aseo*, en contraposición al nuestro diario, que estiman de placer, de costumbre y quién sabe si de enfermedad.

Deseábamos dormir temprano; pero tuvimos que recibir una serie de visitas de personas que venían a darnos explicaciones por las deficiencias de la recepción. Es la costumbre. Llegó primero un fun-

¹ Es un error de memoria; debe ser "quillay".

cionario del Ministerio de Ferrocarriles a decirnos que el tren especial había sido enviado efectivamente a Los Andes; pero con mucho atraso. Se estaba investigando quién era el culpable para castigarlo. Es también la costumbre de decir todo esto; pero no se hace nada, ni se investiga ni se castiga. Este es un clima templado, un país benigno y una organización de compadres, primos hermanos y cuñados: lo único efervescente es la cazuela encerrada en tortilla y la chicha en barriles. También entró al salón un jovencillo, el introductor del Ministerio, a decirnos que no había alcanzado a llegar a la estación, porque tenía una tía moribunda. También es la costumbre; este funcionario no llega y siempre tiene una tía enferma. También llegó un joven periodista a preguntarme qué me había parecido el trayecto y si había tenido tiempo de ver ya soldados y mujeres chilenas. También es la costumbre. Contesté que el país me parecía llamado a un gran porvenir: que había notado mucha unidad de raza. Me preguntó si había podido ver la agricultura en Pirque, le expresé que acababa de llegar al país en ese mismo instante. A pesar de la respuesta pareció extrañado de mi lentitud. En ese momento, el mayordomo puesto a mi servicio me dijo en secreto que me llamaban por teléfono con urgencia. Un individuo pronunciaba palabras desconocidas para mí, algo de Bolsa y de comprar y vender. Debía ser una equivocación. Cuando todos los miembros de la comisión y las personas que se habían ido a excusar de algo, salieron, el mayordomo me presentó un papel. Era una cuenta por alumbrado eléctrico. Me pareció excesiva prisa en cobrar la media hora de consumo que llevaba y pedí que me juntaran a lo menos el gasto de cada día; pero descubrí que la cuenta estaba a nombre de un don Pedro Unzurrunzaga y respondí que se trataba de una equivocación.

En fin, avanzada ya la noche, pude colocarme en una ancha cama matrimonial y dormir. Soñaba con la desierta cordillera nevada, con el transandino que pujaba por treparla, con el vagón de equipajes y gallinas, con mil pequeñas incidencias del viaje. Soñaba aún con ladrones. Me parecía que alguien abría a esa hora de la noche la puerta de mi dormitorio y que penetraba de puntillas sobre la alfombra. Una voz muy queda decía: "¡Mamá!" Recordé mi infancia en la rápida traducción de esta suave palabra familiar que designa a la madre, y me lanzaba de nuevo a otras fantasías, cuando real

y positivamente una mano se posó sobre mi cama. Salté, di vueltas el conmutador y vi delante de mí, con ojos de espanto, a un joven que venía del campo al parecer, y traía una pequeña maleta en una mano: ambos nos interpelamos, él en su idioma y yo en el mío; pero estoy seguro que nos preguntábamos la misma cosa: "¿Qué hace Ud. aquí?" Sin embargo, la pregunta de mi extraño visitante era más larga y mi escaso español me permitía percibir varias otras: "¿Cómo está usted ocupando la cama de mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde está usted? ¿De dónde viene usted?" Todas estas últimas preguntas las había leído en un libro llamado "Frasas usuales en castellano". Pero no recordaba haber visto la respuesta y aún conociendo la respuesta no habría sabido cómo responder, ni si debía siquiera responder a todo eso que parecía ofensivo para mí y para la señora a quien se le daba el respetable calificativo de "madre". Grité a William, mi intérprete, que acudió en pijamas y se extrañó de ver plantado allí, al lado de mi cama, a ese señor de maleta en mano y con su paraguas, bastón y chal enrollado en la otra, como si fuera mi cuarto la sala de espera de una estación de ferrocarril. El intérprete fue recibido con otra mirada de asombro del joven. Dejó caer sus bultos, retiró su sombrero y se pasó la mano por el pelo como para recobrar su razón.

—Está borracho —le dije a William— y ha penetrado por equivocación por el fondo de la casa. Entréguele a la policía y déjeme dormir.

Pero al comprender el visitante que mi secretario sabía su lengua, comenzó a hablarle con mucha rapidez y William de pronto lanzó la más estrepitosa carcajada, después se dejó caer a los pies de mi cama, lo que excedía sus funciones de intérprete, y allí saltaba todavía como un epiléptico. Yo comencé a reírme arrastrado por el contagio y también se rió nerviosamente el joven.

—¡Pero, vamos! —dije en voz alta. ¿Qué ocurre? Ya es tiempo de explicarse.

¡Oh! Queridos lectores, la hospitalidad chilena es sencilla y patriarcal; pero reserva sorpresas infinitas. Escuchad. La casa que yo creí hotel era la habitación de propiedad de los padres del joven que estaba allí a mi lado, de una rica familia Unzurrunzaga, que tiene una de las pocas casas habitables de la ciudad y debe prestarla al

Gobierno cada vez que llega un huésped oficial. El joven no sabía una palabra de mi llegada ni de la entrega de su casa al Gobierno. Venía del campo, donde había estado una semana, y había abierto como de costumbre la reja de la calle y la puerta del vestíbulo con las llaves que llevaba siempre en la cadena de su reloj. Habitado desde la infancia a saludar a su madre aunque durmiera, entró al dormitorio y casi sufrió un síncope al ver en su gran catre Luis XV a un norteamericano. El caballero estaba rojo de vergüenza y quería partir, rogándonos guardar el más absoluto secreto. Pero yo exigí en cambio que se quedara esa noche en la casa y ocupara su mismo dormitorio. Era yo huésped del Gobierno de Chile y él sería huésped mío.

La cuenta de la electricidad, los llamados telefónicos, todo eso me revelaba la incomodidad que debía sufrir el caballero desalojado de su casa y obligado a ocupar otra. Se me ha dicho que en el Centenario media ciudad se fue a vivir en las casas de la otra mitad para dejar locales desocupados a los visitantes extranjeros. Se agrega que los hoteles son sucios por regla general y que eminentes naturalistas han hallado en ellos numerosos microbios en Europa desconocidos, en las ropas de sus camas.

Atravesando densas nubes de moscas y de polvo, nos presentamos a la mañana siguiente a visitar al Presidente. Noté que la Municipalidad no retiraba sino la mitad de las basuras de las calles. La otra mitad, se la traga el vecindario al respirar. Una parte sirve, sin embargo, para hacer vivir a los perros libres, a la gran cantidad de perros *res nullius* que muerden al primer transeúnte, en vez de ceder al primer ocupante, como dice el código de lo que no pertenece a nadie. Es digno de notarse que, a pesar de la poca agitación del público que circula en las aceras, los transeúntes se dan encontrones, se pisan los pies, se hieren el rostro con los paraguas y jamás pronuncian una palabra cortés de excusa o de perdón.

Pero la gran sorpresa que revela esta pintoresca ciudad es su pavimento. Hay tres clases de pavimento: el sistema antiguo, carencia de pavimento; el sistema intermedio, puntas hacia arriba, que fue seguramente el pavimento de los indios; y el moderno, de la imitación papagayesca, el asfalto Trinidad, con fosos profundos a distancias irregulares. Los santiaguinos no tienen necesidad de esas gran-

des salas de aparatos de masaje que tenemos nosotros, donde hay máquinas para dar golpes en los riñones, en el abdomen, pasar ruedecitas por la espina dorsal, frotarse con un engranaje los pies o martillarse con mazos de madera las nalgas voluminosas. Basta correr dentro de un coche por estas diversas clases de pavimentos, teniendo cuidado de no poner la lengua entre los dientes. La sensación es variada y completa: sacude el cuerpo, lo bate, lo mueve horizontalmente, verticalmente, le da contra el techo, contra el piso, contra el frente, contra el respaldo, lo deja en el aire, lo precipita, lo lanza, lo detiene. ¡Que no se cambien jamás esos sistemas de pavimentos! Los santiaguinos deben su malhumor, es verdad, a estos golpes; ¡pero qué vigor espontáneo presta a un vago, aficionado a la vida sedentaria, y qué medios digestivos para la población que se nutre con esa cazuela de sebo fundido, dentro de la caparazón de tortilla endurecida en las bases!

A mi secretario le ocurrió un percance al día siguiente de nuestra llegada a la capital de la República. Fue conducido a un paseo público y social que consiste en darse vueltas alrededor de una estrecha plaza, llamada de armas, seguramente porque allí esgrimen las mujeres la más poderosa de que disponen: los ojos. Divisó una señorita que aparentaba tener edad, que parecía disfrazar sus años con un traje infantil, contener las expansiones del cuerpo con una coraza de barbas de ballena y llevaba las puntas de sus pestañas destilando pintura negra y los labios duplicados por una raya de Ripolín rojo colocada fuera de foco. Esta criatura miraba con todos sus ojos, y de tal manera, que creyendo mi secretario que deseaba vehementemente hablarle, se le acercó para invitarla a almorzar para el día siguiente. Se produjo un pequeño escándalo; la señorita era hija de un senador, hermana de un diputado, prima de un canónigo, sobrina de un general y novia de un Ministro; es decir, lo más distinguido, aristocrático y severo del país. ¿Por qué se pintaba? ¿Por qué miraba así a un extranjero? Es la costumbre; hay que estar prevenido para no sufrir decepciones o bastonazos. El paseo es pintoresco: las señoritas giran en un sentido, los jóvenes en el opuesto, y las madres se ocultan en el jardín a hablar de remedios. La droga es una necesidad para todo chileno. No hay caballero que no esté tomando píldoras de moda ni señorita que no se esté poniendo in-

yecciones de medicinas terminadas en ato, como cacodilato, metarsinato, bicarbonato y capagato, ni señora que no se esté aplicando un régimen acabado de llegar por el último correo. Yo aconsejo a los jóvenes farmacéuticos de los Estados Unidos establecerse en Santiago de Chile. Un tónico inofensivo, bien administrado y caro de precio, puede hacer una fortuna. La clientela es dócil y hay que redactar los avisos en tono vigorosamente imperativo. Unos fabricantes franceses ordenaban por esa fecha: "Jubolizad vuestros intestinos" y la sociedad entera no hacía otra cosa que jubolizarlos a todo escape.

Es también digno de observación el abuso del aperitivo en los bares y centros sociales de esta ciudad tan peculiar. Para conocer a ciertas personas, hay que inyectarse un litro de diversos alcoholes mezclados con azúcar, clara de huevo, ácido de limón, canela y raspadura de naranja, divididos en pequeños vasos de valor de un peso moneda corriente, cada uno. Cuando ya se está vecino a la ebriedad se sabe más del cambio, de la política y del verdadero valor de las acciones de ciertas compañías, que después de leerse todos los infolios que regala el Gobierno. Algunas de estas bebidas tienen sabor y olor a farmacia, y así se explica el placer con que las gustan los jóvenes chilenos. Uno de los *cocktails* en boga debe contener una regular dosis de ictiol y otro seguramente no está exento de ipecacuana.

Cuando ya comenzaba a simpatizar con el excelente clima de esta ciudad y el buen carácter de sus habitantes, tuve una incomodidad que duró poco tiempo. Veníamos en la mañana, de regreso de una excursión a los alrededores, cuando divisé un enorme carruaje fúnebre imperial, con suntuosos penachos que se mecían al viento, seguido por muchos kilómetros de carruajes de lujo, entre los cuales podía contarse una docena de automóviles. Era seguramente el cortejo fúnebre del Presidente de la República o del más grande hombre que lo siguiera en dignidad y méritos. Resolvimos correr al hotel y vestirnos de negro como si fuéramos deudos del difunto. Era indudable que habiendo sido presentados a los hombres más conspicuos, y atendidos por casi todos ellos, debíamos conocer al muerto. Seguimos, pues, con rapidez al Cementerio donde con la cabeza descubierta escoltamos el ataúd hasta el fondo del recinto. Pudimos ad-

mirar la simplicidad de ese grande hombre que mereciendo una carroza que no tienen los más grandes reyes de la tierra, no era dueño de un pedazo de suelo siquiera y caía en la fosa común envuelto con los humildes.

Según se nos explicó después, ese carro es usado por todo el mundo y el muerto era un excelente cortador de sastré, vecino a nuestro hotel. El chileno no se consuela de vivir pobre y de rodar en malos vehículos, muriendo con ostentación y usando ruedas con llantas de goma para ir hasta la última morada.

La santiaguina es esclava de la moda. Aunque sus vestidos sean útiles, los cambia según las revistas extranjeras; aunque el nuevo modelo destruya su belleza, se sujeta bárbaramente a él. Así, por ejemplo, si se usan sombreros muy metidos en la cabeza, las mujeres gordas que carecen de cuello van con los hombros literalmente metidos bajo las alas del sombrero. Si están en boga las telas a rayas verticales, las flacas las usan sin temer alargarse hasta la caricatura; y si, por el contrario, dominan las líneas horizontales, las chatas se ensanchan en forma realmente pintoresca. Ahora que se divisa una parte considerable de las piernas de la mujer, la santiaguina que carezca de extremidades finas lucirá sostenes comparables a los de un sofá estilo Misión.

Se me explica que es indispensable rendir este extremo acatamiento a la moda, porque no es bien considerada quien no sale flamante en cada estación. Además, como todas las mujeres se ven dos veces al día en la calle, se aprenden de memoria en una semana y deben cambiar de vestido con frecuencia vertiginosa. Esto es tan exacto, que hay personas que salen al extranjero nada más que para retirar su cara de la circulación.

El extranjero que quiere ser bien mirado, debe pronunciar ciertos juicios categóricos, aunque sean contra su voluntad. Quiero servir de guía a los jóvenes americanos que deseen caer en gracia en Chile.

Desde luego hay una tela negra con que las mujeres de las diversas clases sociales se cubren la cabeza y el cuerpo hasta las rodillas para ir a misa y, en general, para salir por las mañanas. Hay que decir que esta tela llamada manto es bella y poética (no olvidar esta última palabra); que realza la belleza de la mujer chilena y que

los demás países envidian la costumbre (no olvidar esta última frase). Si sabe hacer versos, hará una estrofa al manto. Hay una fruta natural, que parece artificialmente formada de crema del Harem con agua de colonia barata y esencia de clavos de olor, que se llama chirimoya y merece ser cosa de lavatorio. Cuando se acepta una chirimoya, lo que debe ocurrir siempre que se la ofrezcan a uno, se debe lanzar una exclamación que es esperada por todos, un verdadero relincho de placer, sacando la lengua, dilatando las ventanillas de las narices y levantando los ojos hacia el *plafond*. El chileno es exclusivista en las materias culinarias que le gustan y exige que sean gustadas en la misma forma aun por aquellos que no están habituados a ellas. Así hay un artículo de pastelería que se llama "alfajor", que es una especie de bombón grande. En calidad de pastel estaría buena la dimensión, pero como es muy azucarado bastaría con la tercera parte del tamaño. Hay que comerse media docena sin hacer el menor gesto y pedir algunos más para el hotel. Le mandarán a usted una gran bandeja que colocará sistemáticamente sobre la mesa de su cuarto, hasta que el mozo y los vecinos se los hayan comido todos, distrayéndose de robarle los cigarrillos. Cúidese usted de un marisco con sabor a almizcle, del cual se hace una sopa y que se puede comer en toda una vida larga una sola vez; está encerrado en casitas de piedra de mucho mejor construcción que las de Santiago, que eran de barro y ahora comienzan a ser de cemento.

En cambio, no encuentre malas ciertas cosas que muchos chilenos creen malas y son buenas. Hay una yerba marina que tiene la apariencia de una correa para transmisiones y se llama cochayuyo. Hay que saberlo guisar. También hay cierta harina de maíz tostado que se llama chuchoca. Ríase usted de los que la encuentran ordinaria e importan en su lugar harina de avena.

Le llamará a usted mucho la atención que al caballo de los coches de servicio público, como al caballo de coche de lujo, le den latigazos en lugar de darle cebada. Hay una Sociedad Protectora de Animales que se ocupa de esta distracción de los propietarios. Ahora la cebada ha bajado en Chile.

El clima es delicioso; pero no lo crea usted tan templado como le cuentan. Los novelistas que ponen sus personajes en Sudamérica

creen que en Chile puede pasar una señorita toda la noche durmiendo en camisa de batista fina con encajes, tendida en una hamaca en medio de un parque, en el rigor del verano. Es verdad que puede tenderse y hasta es posible que duerma; pero será para siempre. La pulmonía es segura.

Una cosa tiene Chile de extraordinario: sus soldados. Su gran acierto ha sido el ejército. Debería militarizarse todo, y, por el contrario, se abandona el cumplimiento de la conscripción obligatoria. También hay otra cosa extraordinaria; la honestidad de la gente y lo poco que ella misma cree en su virtud fundamental.

Santiago, con la mitad de las moscas que tiene, sería una ciudad habitable. Chile, con la mitad de los políticos, un país de gran riqueza. Hay mil moscas por habitante y un hombre que se cree capaz de ser Ministro del Interior por cada grupo de cien habitantes”.

Pacífico Magazine,

abril de 1916, pp. 372 - 9.

NOTAS DE ACTUALIDAD

REVOLUCIONES

Comienza a arder de nuevo en América lo que algunos oradores tropicales llaman la hoguera de la revolución y lo que nosotros hemos llamado siempre la opereta sudamericana.

Hace pocos días en Colombia se metió en una jaula de alambres para criar conejos, al anciano y digno jefe del Estado, general San Clemente. En los cablegramas publicados en la mañana de hoy, se anuncia que los revolucionarios colombianos, prosiguiendo su obra, han apresado al Presidente Marroquín, para meterlo después en una casilla de correos o para reducirlo a un tarro de parafina, como en el crimen misterioso del otro día.

Y ahora resulta que el Paraguay, convulsionado también por un motín repentino, ha amarrado de pies y manos al Presidente Aceval, obligándolo a presentar la renuncia de su puesto.

Nuestros telegramas de hoy, anuncian que la dimisión que hizo muy de malas ganas el pobre maniatado fue pasada al Congreso para que éste se pronunciara sobre ella.

No sabemos en qué términos estará redactado ese documento que desde hoy pertenece ya a la historia americana; pero se nos ocurre que debe decir:

“Atado de pies y manos, con un bozal en la boca, con la rodilla de un revolucionario sobre mi estómago, alimentado con agua y rábanos durante tres días, he resuelto abandonar el poder y os pido que aceptéis esta dimisión, no sólo porque es irrevocable sino porque a poco más que me estropeen mis enemigos, van a dar conmigo en el hoyo.

“Os ruego, asimismo, que si me exoneráis del poder supremo, me acordéis alguna suma de dinero para almorzar y comer durante mi prisión, porque siento un acabamiento de estómago muy grande y me consta de una manera fidedigna que los rábanos no alimentan”.

El documento —según lo expresan nuestros telegramas de hoy— fue presentado al Congreso con la mayor sangre fría por la junta revolucionaria.

Apenas impuesto el Congreso de la barbaridad cometida con el Jefe del Estado, se comprendió que allí más que con palabras convenía dilucidar el asunto con balazos. Y comenzó un tiroteo tan vivo y tan bien organizado, como no se vio aquí en las maniobras militares uno mejor.

Los diputados y senadores parapetados tras de sus sillas y tirando sobre mampuesto, dieron pruebas de una excelente puntería y muy pronto el secretario pudo hacer el escrutinio. El resultado de la votación fue: un herido por la afirmativa y tres por la negativa; y un muerto... en blanco.

El procedimiento usado en Asunción es nuevo, y vale la pena estudiarlo con el objeto de pesar sus inconvenientes y sus ventajas. El combate de los Horacios y los Curiacios fue con el benéfico objeto de evitar la lucha de dos pueblos o de dos ejércitos. El famoso desafío naval que don Manuel Recabarren propuso a Méndez Núñez durante la guerra del 66, tenía asimismo por objeto provocar un quijotesco combate singular que evitara una guerra.

Los senadores y diputados paraguayos resolvieron batirse en defensa del orden simbolizado en Aceval, y por primera vez pudieron comprobar que son mucho más contundentes las razones emitidas al través de un revólver, que al través de los labios.

Las revoluciones sudamericanas han pasado a ser cosa tan vulgar y corriente, que no desesperamos de recibir el día menos pensado un cablegrama, concebido más o menos en esta forma:

“Ayer se puso en los carros urbanos entre los carteles de teatro, uno concebido en esta forma: Mañana habrá revolución. Se estrenará el célebre cabecilla Basilisco que ha actuado en varias revoluciones con éxito siempre creciente. Habrá programa variado. Las

decoraciones serán hechas especialmente por el reputado escenógrafo señor Latorre.

“En efecto, hoy ha estallado la revolución de una manera absolutamente sanguinaria. El Jefe del Estado fue metido en un canasto de dos orejas y conducido al domicilio de una lavandera, con diversas prendas de ropa interior destinadas a lavarse. En el momento en que se iba a proceder a la tarea de enjuagar y almidonar al mandatario supremo, llegó la junta revolucionaria y ocupó diversos asientos al borde de la artesa, exigiéndole que presentase su dimisión a la mayor brevedad posible.

“El infortunado mandatario escribió, a falta de papel, en la pechera de una camisa que se le presentó, una sentida y elocuente renuncia al poder.

“Piquetes de policías recorren las calles.

“El orden público no se ha alterado”.

El Mercurio,

10 de enero de 1902.

COMIDAS CORDIALES

“La comida terminó en medio de la mayor cordialidad”, dicen muy a menudo los redactores de la “Vida Social”. Durante mucho tiempo, he esperado con paciencia que al final de una de estas manifestaciones se agregara una frase por este estilo: “La comida concluyó en lamentable divergencia de opiniones. Quedaron heridos el festejado y algunos de los manifestantes. La loza blanca fue retirada en sacos, totalmente molida”. Pero nunca ha sobrevenido excepción alguna a esta cordialidad que continúa sorprendiendo a los redactores de las crónicas sociales.

Paréceme, sin embargo, que cuando se han reunido por espontánea voluntad diez personas para festejar a otra, y además los once comensales han comido, no hay razón alguna para que la cordialidad llegue a faltar. Podría decirse que la comida terminó a tal o cual hora; pero es de una ironía estupenda agregar que terminó con cordialidad, porque eso quiere decir que las once personas no se estropearon ni física ni moralmente.

Parece, pues, que la frase de la cordialidad es un símbolo delicado para significar que la concurrencia se retiró por sus propios pies y no en hombros de los criados.

Debe ser también esta frase resabio de los viejos tiempos en que este país vivía pobre y honrado, pero en que la educación, como hoy día los automóviles, era patrimonio exclusivo de los ricos. He leído en *El Araucano* del año 35 una descripción sobre un baile que se celebró en el Palacio de Gobierno, y en el cual, según otras informaciones, se gastaron quinientos pesos de 48 peniques en chirimoyas. En el artículo se dice que ha llamado muchísimo la atención que no hubiera escenas de atropello en las mesas de la cena ni en las de los refrescos, y que, por el contrario, “sobrara comida para buen número

de personas". En aquella misma fecha se decía que después de las fiestas militares del 18 de septiembre "las tropas se retiraron en buen orden y entraron todas a sus cuarteles, sin motines ni pronunciamientos. Bendigamos a Dios, porque nuestro país progresa visiblemente".

Sin embargo, desconsolador sería para los redactores de *El Araucano* ver que setenta años después, las reseñas de las fiestas agregan, para tranquilizar al público: "La comida terminó con la mayor cordialidad". "La fiesta de anoche (un beneficio teatral) ha sido culta y digna de un público europeo".

No menos que la cordialidad después de las comidas, sorprende a los escritores sociales que los dueños de casa sean atentos con sus visitas, y que los invitados agradezcan estas atenciones.

"Debemos dejar especial constancia —dicen— de las delicadas atenciones que el señor y la señora tal tuvieron para con sus invitados". "Los invitados se retiraron a altas horas de la noche, sumamente agradecidos a las atenciones de los dueños de casa".

No conocemos las suspicacias del público; pero debe ser probable que si se suprimen estas advertencias, los lectores supongan cosas abominables:

—Parece que la casa en que se dio el baile estaba con las puertas cerradas y ningún convidado pudo entrar. El diario lo da a entender entre líneas, porque no dice nada si don Fulano y doña Zutana estuvieron atentos.

—Parece que todo el mundo salió rabiando de casa del señor X, porque nada dice la Vida Social de si se fueron contentos.

Y más de algún exagerado concretará estas sospechas en pocas palabras:

—A don Fulano de Tal lo apalearon anoche los asistentes a su baile.

Por esta razón, para evitar tantas malas inteligencias es tal vez preferible que se continúe expresando que en las comidas hubo cordialidad, y en los bailes cultura, que los invitantes fueron atentos y los invitados lo agradecieron.

UN ENCUENTRO

Uno de los más intensos placeres morales de la vida, es encontrar un compañero de colegio, después de algunos años de no verlo. Cuantos más años hayan pasado entre la vida del colegial y su descubrimiento, tanto es más intenso el placer.

Ayer me he encontrado después de veinte años con Brown, con Roy Brown, a quien llamábamos El Tití Brown, breve de nombre y de cuerpo, ágil de movimientos, vivo de mirada, inteligente y estudioso. Lo que en muchos de sus compañeros se encontraba repartido, lo tenía Brown reconcentrado en sí mismo: los ojos azules de Pérez, el pelo rubio de Rabier, la ligereza para correr de Valledor, la memoria de Ruiz, la facultad para la mecánica de Parada, la contracción de Rojas, la fuerza y el buen humor de Basalto. El Tití Brown era, por consiguiente, tan popular entre los colegiales como prestigioso entre los maestros, lo que no suele ocurrir ni en los colegios ni en la vida.

Cuando Brown hablaba sobre algo serio, todos decíamos: éste va a ser Ministro; cuando hacía gracias, todos exclamábamos: ¡qué gran artista va a ser Brown!; cuando componía un reloj o arreglaba un velocípedo, todos pensábamos: ¡cómo se va a ganar el dinero este Brown!

El Tití iba a ser de todo, pero todo grande; en todo podía y debía ganarse el primer puesto. Ningún hombre ha salido a la vida más armado: sus cualidades eran, en su cabeza despierta y sólida, un verdadero tablero de ajedrez, en que cada pieza tiene un movimiento diverso, implacable y seguro.

Muchas veces, cuando ya salidos a la vida sentíamos borrarse de la memoria el colegio, recordábamos sin embargo a Roy llenando

los patios y las clases con su simpatía, con sus carreras, con sus risas. ¿Qué será de Brown? nos preguntábamos entre los compañeros que nos íbamos topando en el camino de los negocios. De repente saldrá por ahí rico; será dueño de todo lo que quiera!

¿Qué será de Brown?

Ayer me he encontrado al fin con él, después de veinte años de no verlo. ¡Veinte años! Yo también puedo hablar de veinte años atrás. ¡Cómo envejecemos!

Me he encontrado con Brown; pero no lo he visto. Digo mal: Brown se me presentó; pero no estaba delante de mí. Tampoco es esto.

Pasaba ayer por la calle Ahumada en dirección a la Alameda. Un sastre desesperado de que no le paguen sus clientes, ha sacado a la puerta una pizarra y ha escrito en ella los nombres de una docena de sus deudores más empecinados o con menos vergüenza. Y allí estaba el nombre breve, brevísimo, del Tití: Roy Brown. Quedé paralizado, entré bruscamente a la tienda, mientras enrojecía de vergüenza, al mismo tiempo me llevaba la mano al bolsillo con el gesto de un banquero. Llevaba los ojos a punto de dejar caer una gota de algo.

Después me dio risa, porque me pareció tan gracioso encontrar después de veinte años al Tití Brown, al hombre listo, inteligente y vigoroso, enredado en una pizarra de deudores morosos, puesto en el piloris de una sastrería.

—¿Cuánto debe Brown? —pregunté.

Me dieron la cifra. Perdonen ustedes que por respeto a esos recuerdos de colegios no la dé a conocer. Era muy poco para un hombre como él; pero demasiado para mí. Conté mis billetes; quedaban cortos, y como mi fortuna anda siempre en mi bolsillo, miré indignado al dependiente cuando me insinuó vagamente la idea de un cheque. Salí triste, sin poderle prestar este servicio al pobre Tití.

Y, sin embargo, yo le soy deudor de algo. Entre mis libros debe existir uno, *El Deber* de Smiles, que Brown me obsequió con una dedicatoria que decía: "A Angel Pino, para que recuerde siempre a su amigo y no se olvide nunca de sus deberes. *Roy.*"

El Mercurio,

6 de enero de 1908.

HUEVOS IMPORTADOS

(Cuadro de gallinero)

“Han llegado 1.800 huevos de gallinas, procedentes de los Estados Unidos y consignados a los señores W. R. Grace y Cía.”

El gallinero amaneció revuelto. Uno de los más prestigiosos miembros de la alta sociedad femenina había sido echado en un nido de paja en el rincón del patio, sobre diez huevos de un aspecto sospechoso. La noble y virtuosa gallina, cuyo color negro la hacía aparecer aún más noble y virtuosa de lo que era, había luchado largo rato entre la repugnancia de cubrir bajo su pechuga tibia esos huevos con un timbre morado que decía Fresh Eggs Company Limited New York, y su inmenso y desbordante deseo de maternidad jamás agotado y siempre entusiasta.

Sin embargo, mientras para ejemplo de la nueva generación cerraba sus ojos con íntimo recogimiento, las más terribles dudas le asaltaban. ¿Qué iría a salir de cada uno de esos huevos envueltos en una especie de esperma, con esas letras que bien podían significar insultos, herejías o burlas contra el mismo alto ministerio del empollamiento? ¿Qué clase de seres degenerados, viciosos o simplemente extranjeros, romperían la cáscara y asomarían a la luz del día?

—Consulta, hija, a los caballeros que tienen experiencia —le decía una amiga después de observarla largo rato con un ojo fijo y redondo.

—Allí los tienes tú —replicaba la virtuosa, señalando tres o cuatro parejas de gallos que se perseguían dándose picotazos y estocadas—,

allí los tienes. Ellos son los causantes de que estén trayendo huevos de los países protestantes.

—¿Por qué?

—Porque no producen lo suficiente...

—Pero aquí vienen algunos senadores de consejo que pueden dárte los buenos.

Un grupo de patos avanzaba balanceándose de un lado a otro, y manifestando con su grito nasal una satisfacción íntima y sincera. Gracias a ellos no se perturba el orden en el gallinero, porque aunque a veces parece que se caen al andar, sus patas, admirablemente construidas, los mantienen equilibrándose. Se puede decir que si los gallos tienen el talento en las estacas, los patos tienen el buen sentido en sus patas.

Llamados a examinar los huevos, lanzan gritos en diversos tonos. Uno de ellos hace una venia y dice:

—Estos huevos son yanquis. Es digno de notarse que Chile, que parecía destinado a exportar huevos, esté ahora recibéndolos del extranjero. Esto quiere decir que el circulante de huevos escasea. Es un fenómeno natural.

—Es necesario distinguir, colega —dice otro. ¿Ha crecido el consumo de huevos por habitante? ¿Ha disminuido la producción por gallinas? ¿Han aumentado los usos del huevo?

—Yo creo que sí —dice un pato portugués, destinado al príncipe de Braganza—, porque ayer he visto a una señora que se reventaba un huevo en la cabeza y se lavaba con él el pelo.

—Vea usted, ése es un dato. ¿Llevará estadística de esto don Vicente Grez? ¹.

—Yo propongo —dice uno, que generalmente es conocido con el nombre de el pato distraído— que se acuerde continuar en este gallinero hasta nueva orden.

—Escuche usted, señora gallina, a este colega. Siempre se distrae y sale presentando proyectos que no tienen nada que ver con lo que se discute.

¹ Ilustre escritor chileno, a la sazón jefe del servicio de Estadística.— N. del R.

—Entre tanto —pregunta la gallina—, ¿seguiré sobre estos huevos exponiéndome a un futuro tan incierto?

—Sí, señora. Saldrán pollos norteamericanos, que son sumamente independientes y laboriosos. Con seguridad, para no perder el tiempo, ya están aprendiendo castellano adentro de la cáscara. Pero en todo caso sería conveniente tomar votación, y para eso aquí viene la mayoría.

Una tropa de hermosos pavos se acerca, haciendo al andar vigorosos signos de asentimiento con sus cabezas.

—Han dicho que sí —dice el pato portugués. ¡Tan disciplinados!

Y todos se van, dejando a la virtuosa vestida de negro, al frente del incierto problema. Un hermoso ex gallo de plumaje rojizo, que pasa al trote con un pequeño sapo en el pico, se detiene un instante y le dice:

—¡Cuidado, señora! Yo he oído decir que los norteamericanos tienen una famosa doctrina del Monroy, que consiste en comerse ellos el maíz y dejarle la tierra a los demás. ¡No vaya a estar criando cuervos!

—Este es bueno para Ministro —le dice la futura madre a su amigo—, porque es tan conciliador. Siempre está bien con todos, y nadie le tiene mala voluntad.

—Sí, hija. Seguirá el camino de los demás de su clase. Hoy están de moda en el Ministerio. ¡Los gallos venidos a menos!

Un gallo de largo plumaje atornasolado avanza. A cada instante se detiene, levanta una pata, da vueltas la cabeza, mira con un ojo, y sigue adelante. Es un gallo de pelea; sabe cacarear; tiene continuamente en alarma al gallinero y da mucho que hacer al dueño de casa, que ha resuelto o cortarle la estaca o mandarlo a otra parte.

—¡Qué alarma han metido con estos famosos huevos! Es natural que si escasea este circulante en las cocinas se le aumente. ¿No han dicho el otro día aquí al lado de afuera, que faltaba plata y la debían traer de Europa? Pues bien, si faltan huevos, que los traigan.

—Pero ¿por qué no hay más? Es culpa de ustedes.

—Muchas inversiones, muchas inversiones. El gallinero crece cada día más. Un consejo, amiga mía. ¿Cómo sabes si esos huevos no están pasados por agua?

—¡Qué sospecha!

—Pero ¿no te acuerdas que la gallina castellana estuvo seis meses sobre unos huevos comprados en la Quinta Normal y nunca salió nada de ellos? Eran huevos fritos.

La gallina salta como por un resorte y abandona el nido. Apenas ha dado unos pasos, cuando una robusta mano la pesca de un ala.

—¿A la cazuela? —dice el gallo en forma de monólogo. ¡Siempre los mismos atropellos! ¡Qué bien nos vendría una doctrina Drago para defendernos de esta fuerza brutal e invencible de las cocineras!

El Mercurio,

25 de junio de 1907.

DE BAJA

El marido (leyendo el diario).— ¡Cómo baja todo! Pensábamos sacarnos las peladuras con el trigo, y el trigo baja. El cobre también baja. Los frejoles siguen bajando. ¡Quién hubiera creído que los coscorrones, los más blancos, blandos y educados de los porotos, iban a valer menos que el democrático bayo chico! Desde la declaración de la independencia no se había visto tal atrocidad. ¡Cáspita! también ha bajado la grasa. A \$ 33 la Caracú. ¡Caracoles! En cambio, la Fray Bentos a 40. Es indudable que la protegen los conservadores. ¿Por qué baja la grasa? Es claro, por el calor. ¡Hola! ¿el azul de Prusia por el suelo? Las lavanderas están de plácemes y van a azularnos ahora la ropa que es un contento. Ya no se va a decir la blanca pechera, sino la celeste pechera. ¡¡Uff!! ¡Cómo bajan las avellanas! También se explica, porque recién las bajan del árbol. ¡Las sardinas “descendiendo”! ¡Qué horrible palabra! Se las puede apostrofar con Espronceda: “¿Cómo has caído despeñada al suelo? ¡Sardina con tomate delicioso!” Por otra parte, los intereses religiosos están por la baja del pescado en tiempo de cuaresma. ¿Y qué decir del arroz? Es arroz, quiero decir, es atroz lo que pasa. Porque el italiano sube (siempre maquiavélicos estos italianos), mientras el del Japón baja. ¡Seguramente algo tiene que ver en esto la escuadra de Evans! El azúcar moscobada rubia y la Rosa Emilia, están baratas.

La señora (entrando).— ¿Qué inconveniencias estás diciendo?

El.— Nada, hija. Que todo baja horriblemente. La Rosa Emilia está a \$ 5. ¡Figúrate tú dónde vamos a parar! ¡El azufre para viñas, sin demanda! ¡Los clavos cortados! Bueno, es natural que los clavos estén baratos. Clavos y jemales son los que hemos metido en las úl-

timas temporadas. Si no, que hablen los Bancos. ¡La chancaca! ¿Pero te das cuenta, Adela, de lo horrible que es la baja de la chancaca? Tú pensarás con el egoísmo de una dueña de casa, de criterio estrecho, que la baja de la chancaca te permitirá darme sopaipillas. Pues no; eso no es patriotismo. Hay que atender al país. Cuando se ve que bajan el trigo, el azul de Prusia y la grasa Caracú, ¿en qué se puede confiar, Adela?

—¡Qué exageración!

—No, señora. No exagero. Y si no, sigamos leyendo. Los cominos, ya sean los italianos, ya los maltenses (tú ves que la cosa es por parejo y sin distinción de nacionalidades), están sin cotización. Palabras textuales.

—¿Qué significa eso?

—Una atrocidad. Es algo así como sin reputación, sin solución, sin representación. Las duelas americanas, ¡ay!

—¿Te duele algo?

—No; me duele que las duelas estén a \$ 900 el mil. Yo que las he visto por las nubes.

—¡Cuándo las has visto!

—A ti hay que explicártelo todo. ¿Te acuerdas del eclipse, cuando mirábamos con un vidrio ahumado? Bueno; pues mirando al sol, a la mano derecha estaban las duelas. Y no averigües más. Adivina tú ahora cómo estará el alambre galvanizado número 8.

—¡Qué sé yo de esas cosas!

—El alambre galvanizado número 8 está a 7.75. Da frío ¿no es verdad? Las comunicaciones telefónicas bajarán por consiguiente. ¡Y el de púas, Dios mío! Tú sabes la importancia que tiene para la agricultura el alambre de púas. Pues bien, está a \$ 9. Pero, ¿qué es esto? El salmón, en su triple calidad de rosado, colorado y Morton, ha bajado. Hija, corre a ordenarme una mayonesa de salmón. Hay que aprovechar el sol mientras dure.

—¿Ves? Ahora eres tú el egoísta. Piensas en ti mismo y no en el país.

—Tú no sabes distinguir. Antes nos referíamos a artículos que están más ligados con las fuentes productoras del país, como las duelas, la chancaca y la grasa Caracú. El salmón puede bajar y el país no sufre. ¡La soda a ocho pesos! ¡La parafina descendiendo! La pimienta

sin cotización. La resina bajando. Los sacos bajando. La sal de mar bajando. Los vidrios planos bajando. El aceite en latas bajando. Este país baja. Todo baja. Hija mía, bájame la botella de cognac que está en el ropero. Esto es lo único que debiera bajar, y no baja. Consolémonos de la ruina de la agricultura, de la minería y del comercio de abarrotos. No puedo leer más, Sigue tú. Léeme la lista de la Bolsa. ¡No, no! Ahí también baja todo. Ve al matadero. ¡Menos! La carne también baja. Lee la sección meteorológica. ¡Tampoco! Con seguridad, el barómetro está bajando también. Mejor será que veas las noticias.

Ella (leyendo).— El censo. Aumento de la población. Los asientos de la Cámara de Diputados serán aumentados en 26, y los del Senado en 5.

—¡Horror! Las diputaciones también bajan.

—Tú estás loco con tu baja.

—¡Pero, sí! Oyeme. Dame un lápiz y papel antes que se borre la lucidez de mis ideas. 94 diputados, como son ahora, con un término de 3.500 votos por cabeza, son 329.000 votos. No me contradigas.

—No te contradigo.

—No me interrumpas. Cada voto, o mejor dicho, cada conciencia vale en Santiago de 15 a 20 pesos. En Valparaíso y en el norte las conciencias son más caras; suben hasta \$ 50 cada una. En el sur la voluntad popular es barata, llega hasta \$ 8 cada voluntad. Pongamos un término medio de \$ 10 por voto, y son 35.000 pesos por legislador, y 3 millones 290.000 pesos en total. No me contradigas. Ahora, si en vez de dividir 3.290.000 pesos entre 94, los divido entre 120, saldrá a poco más de \$ 27.000 cada legislador. ¡Casi a precio de costo! ¿Ves cómo las diputaciones bajan también? Sigue leyendo.

—No sé qué leer para que no veas bajar. Aquí hay un artículo de don Julio Zegers.

—Corre. Léeme el final. Dicen que este caballero acaba siempre maravillosamente. Andale.

—(Leyendo).— “Contemplado en su conjunto, este bosquejo político y económico puede resumirse en dos hechos capitales:

“El país ha sufrido grandes pérdidas, pero conserva intactas y acrecidas sus fuentes de producción.

“Los Poderes Públicos oscilan entre variados rumbos: hacen declaraciones plausibles; pero en sus actos prevalece un dispendio deplorable.

“¿Qué hacer?— *Julio Zegers*”.

—¡Baja también!

—¿Cómo?

—Sí, hija; baja de tono. Comenzó con un trueno y acaba con un piteo de policial, dando la alarma cuando ya todos están alarmados. ¡No me digas! Todo baja hoy.

—Bueno. Resueltamente yo me he aburrido y no leo más. ¿Bajemos a almorzar?

—¿No ves? Esto desconsuela. Tú también quieres que yo baje. Pero, en fin, si hoy estamos de baja, bajaré. (Al pasar por el termómetro). ¡Caramba! ¡También baja!

El Mercurio,

29 de febrero de 1908.

EL FRÍO

El frío ha llegado a tiempo para convencernos de que entre las economías del presupuesto doméstico, no puede figurar la partida de calefacción. Es verdad que entre nosotros hay cierta relación entre el baño y la chimenea: el baño sirve para guardar las papas, y la chimenea para esconder los plumeros y las escobas. ¡Qué linda fábula podría hacerse con el título de La tina de porcelana y la chimenea de mármol! Según las madres de familia, la estufa lleva directa o indirectamente a los resfriados, y así buscando no morir de pulmonías, se mueren heroicamente de frío.

Hace poco, un caballero compró en Santiago una lujosa casa, e hizo encender el primer día invernal la chimenea de su escritorio. Una quemazón de diablos no habría echado más humo y peor olor. A poco andar no se veía en la pieza de un lado a otro. ¿Qué había ocurrido? El cañón había sido cuidadosamente tapiado en el techo, para que no fuera a caerse el gato por él. De la misma manera, maldicen y persiguen las estufas de parafina, por ofrecer peligros de incendios. Por esta razón, cuando uno llega en invierno a estas casas de Santiago de patio y corredor, donde todavía la galería moderna no ha llegado a resguardar algo los pulmones, nos parece ver en el sitio del portero, al calofrío; y al lado adentro de la mampara al gracioso grupo de la pulmonía, la membrana y la bronquitis (las niñas de la casa), haciendo elegantes venias y conduciendo al visitante hasta el salón, donde los sabañones están sentados en cada silla y la tuberculosis como un perro doméstico se echa bajo la mesa de centro.

—¿Ustedes no encienden las chimeneas?

—No se puede: porque son simuladas y no tienen salida.

—¡Pero las estufas de petróleo son tan cómodas!

—¡No me diga usted! Estoy cansada de luchar con los sirvientes que no aprenden nunca a arreglarlas.

—¿Y las de gas?

—Menos. ¡La cuentecita mensual!

(Las señoras tienen un saludable horror por don Eusebio Larraín, no tanto porque las cuentas del gas son caras, como porque son mensuales).

—Pero ¿por qué no usa usted el brasero, ese antiguo brasero de bronce?

—¡No somos viejos! Usted se ríe de mí. Yo no tomo mate con azúcar tostada.

Y yo miraba a la señora envuelta en abrigo y pieles, con su eterna gotita de romadizo pendiente de su nariz como una lágrima desterrada, y pensaba que los esquimales deben sentir menos frío dentro de sus casas de hielo.

¿Qué decir de esas casas donde las puertas no llegan al umbral, y dejan colarse el aire frío, a flor de alfombra, hasta que se mete por los pantalones y por los vestidos? ¡Oh, encanto del hogar!

Y, sin embargo, hay pocas cosas materiales que lo hagan más agradable, que la chimenea de leña o de carbón, encendida en los días y noches de invierno. Frente a ella se sentará el que llega del trabajo, a embelesarse en la contemplación de las llamas, embeleso incansable como el de las olas. Los ingleses llevan este amor a la chimenea, hasta buscar la madera de los buques naufragos, que impregnada de la sal de mar da las más hermosas llamas azuladas y verdosas.

En Chile los viejos se mueren de frío: del frío exterior, que es más fácil de combatir que el interno, irremediable y fatal.

LA MANO CORTADA

No hay ninguna duda de que los hombres considerados más amables en la conversación, son aquellos que nos hablan de nuestros propios asuntos; siguen en orden descendente los que se callan y nos dejan contar lo que nos interesa, y cierran, por último, la marcha los que nos obligan siempre a escuchar sus negocios y no nos dejan meter palabra sobre los nuestros.

Pero del capítulo de los primeros conviene borrar a aquellas personas que, por interesarse demasiado en las cosas de los demás, provocan siempre diálogos de esta especie:

—¿Qué se ha hecho usted en esa mano?

—Un tajo.

—¿Con qué?

—Con un cortaplumas.

—¿Y qué estaba haciendo usted?

—Sacándole punta a un lápiz.

—Debe usted tener más cuidado en adelante.

—Voy a tenerlo.

—¿Y qué se ha puesto usted ahí?

—Arnica.

—Malo. Se le enconará a usted hoy; esta noche tendrá fiebre; mañana tendrá que operarse. ¡Qué me cuenta usted a mí de tajos!

Y en seguida vienen los consejos y los casos análogos:

—Use usted el lisol, es un remedio nuevo. Fulano, que se acaba de cortar con un vidrio, está ya bueno.

Un conocido cajero de Banco, que conoce bien su público, se dio un golpe un domingo mientras estaba de paseo, y se hizo una

magulladura en la nariz. Pensó con razón que al despachar al día siguiente a su clientela, todo el mundo iba a hacerle las preguntas consabidas: ¿Qué tiene usted ahí? ¿Cómo se hizo eso? ¿Por qué no tuvo usted más cuidado? etc., etc. Y no sintiéndose con fuerzas para soportar durante dos o tres días la eterna repetición de los diálogos, resolvió escribir a máquina en un papel la siguiente relación:

—¿Se extraña usted de ver mi nariz en mal estado? Voy a contar a usted brevemente lo ocurrido. Estaba ayer en la quinta de mi tía, en Nuñoa, y traté de subir, por mal de mis pecados, a un peral. ¿Para qué? Simplemente para bajar peras. Pero con tan mala suerte lo hice, que se desprendió una rama y caí al suelo, maltratándome en la forma que usted ve. El médico me aplicó un remedio, que él y yo consideramos bastante. Agradezco a usted su atención, y le ruego no me indique ningún otro, porque no lo necesito”.

Cuando llegaba a la ventanilla un cliente y le decía:

—¿Puede pagarme este chequcito, don Fulano? El recibía el cheque y pasaba su relación, en la cual el interesado se absorbía mientras él contaba los billetes.

Pues bien: el 60% de los lectores, después de devolver el papel, creían ser amables agregando:

—¿Y se puede saber qué remedio es el que le han aplicado?

A lo que el cajero respondió anonadado:

—No, señor; es un secreto.

Este interés amable suele manifestarse en otras formas no menos incómodas. Uno tiene una pequeña mancha de barro en el sombrero. La persona con quien se habla clava sus dos ojos en la mancha, hipnotizada por la idea de avisárselo apenas deje uno la palabra. No oye, no atiende, no mira otra cosa que la mancha.

Otras veces supone que el amigo o conocido con quien habla, ignora que tiene un botón suelto, o el lazo de la corbata mal anudado, o el prendedor más bajo o más alto que lo que la costumbre aconseja, y corre tras él para hacerle la advertencia.

—¡Gracias, gracias, gracias, amables transeúntes!

Todos estos son excesos de interés. En este caso, como en otros muchos: *in medio consistit virtus*.

Hay que ser benévolo con estas pequeñeces, porque la carta fundamental de la buena educación general en Sudamérica reside en el libro de Carreño, que prohíbe muy pocas cosas fuera de estas dos:

1º No entrar a caballo al interior de las casas ajenas cuando se va de visita, excepto los médicos; y

2º No limpiarse la boca con la miga del pan, en la mesa.

UN RECUERDO A LOS AUSENTES

Alegres y risueños están los días de la patria; brillante el sol, fresca la brisa, azul el firmamento y abierto el horizonte. La bandera flamea sobre las ciudades, como una querida enseña de gloria, de recuerdo, de paz, de dicha y de tranquilidad. Al amanecer, los bronces tocan una diana vibrante y arrebatadora que parece la voz de Excelsior de una juventud vigorosa que se educa en los cuarteles; y al caer la tarde retumba el estampido del cañón, como un trueno lejano de tempestades pasadas y de homéricas borrascas.

La patria está con nosotros, y nosotros dentro de su corazón. Bajo su bandera desplegada al viento, nos estrechamos las manos todos los que hemos nacido en el mismo suelo, y nos reconocemos hermanos y nos perdonamos las distancias y nos amamos con altruista y generosa afección.

Pero hay un recuerdo que atraviesa ese firmamento azulado y llega a posarse sobre el alero de nuestro hogar, como una golondrina huérfana que busca calor. Hay un recuerdo que parece un suspiro lejano, venido con alas de seda desde muy remotas tierras, para que se mezcle aquí con esa brisa fresca que hace flamear las banderas, remecerse los copos blancos y morados de las lilas y despeinar los rizos de pelo de las muchachas que van a las fiestas.

Es el recuerdo de los chilenos ausentes, de los que no pueden sentarse a nuestra mesa y acercar a sus labios la copa de vino, de los que no pueden, como nosotros, derramarse por las calles, riendo a carcajadas y lanzando vivas enérgicos y sonoros a la patria.

Hay muchos que han partido buscando unos la fortuna, otros el nombre, y los más el pan de cada día. Desterrados voluntarios,

náufragos de la vida, galeotos amarrados al duro banco del trabajo; han salido a bordo de un buque, agitando hasta muy lejos sus pañuelos para enviar el último adiós a la patria.

¿Y después? Una noche, el viento extranjero que es inhospitario y no habla nada al oído, ha arrancado una hoja del calendario dejando esta leyenda: 18 de septiembre.

¡Qué de recuerdos agolpados en un instante! ¡Qué cúmulo de sensaciones fuertes y de estremecimientos del espíritu! De un salto queda a un lado el lecho revuelto por la fiebre, y la ventana se abre de par en par. Allí está delante la nebulosa y agitada Londres, o el bullicioso infierno de París, coliseo en que se sigue arrojando a los mártires del escándalo para que se los devoren las fieras de la publicidad, anárquica confusión de elementos contradictorios en que cada cual es indiferente y desconocido para el que vive a su lado.

Allí está todo ese mundo que gira sobre su eje de siempre, sin preocuparse un ardite de que, apoyado en una ventana, haya un viajero que lllore de nostalgia y suspire de pena; allí está ese remolino de vertiginosa marcha, que no puede oír lamentarse a los que sufren ni reír a los que se alegran.

Abierta esa ventana, entran otras brisas, que no son las que aquí sentimos, pero en sus alas parecen ir los gérmenes de una reminiscencia de la patria. El ausente abre los ojos y dilatada y húmeda la pupila, la fija en el espacio donde cree ver surgir su hogar, la silla vacía que él ocupaba apegada a la mesa, y los seres queridos dirigiendo hacia ella, de cuando en cuando, esa mirada que es un recuerdo, un llamado, un deseo, casi una conversación.

Pensemos también en los compatriotas que van en la tripulación de un buque mercante, bajo bandera inglesa, navegando en alta mar. Apoyados en la borda, fija la vista sobre la estela blanca que deja el barco, creerán sentir entre el rumor del océano y los golpes de la máquina, algo así como los acordes de una guitarra y el acompasado tamboreo con que se preludia la cueca. Quizás, verán surgir como una aparición ideal, la figura de la muchacha que amaron, cuya mirada perseguían en el baile y cuyas veloces vueltas no podían prever.

Y pensemos, finalmente, en el aventurero y nómada gañán que ha partido a pie, con el saco al hombro, para buscar trabajo y riñas

en otras tierras. Pendenciero, provocador y soberbio, rodeado de enemigos que lo odian porque lo temen, se emborrachará una vez más en nombre de la patria y caerá a la vuelta de una esquina insultando al peruano, al argentino o al boliviano que le tocó el punto flaco de su patria.

Esos son los ausentes, buenos unos, malos otros; pero chilenos todos, y por ende hermanos nuestros. A todos ellos llegue un eco de estas salvas, una racha de estas alegres brisas, un jirón tricolor de estas altivas banderas, un destello de esos ojos que van por las calles como luminarias encendidas.

Y por último, salgamos del Parque Cousiño, donde en un día más va a resonar la algazara de todo un pueblo que se divierte, y corriendo apenas dos cuadras lleguemos hasta los muros rojos custodiados por centinelas, que guardan a los infortunados hijos del crimen.

Las pupilas dilatadas otras veces por el odio, están ahora veladas por las lágrimas; es el ansia de libertad que les llega con el viento, la promesa de vida que les cae con el sol, la esperanza de perdón que les revive con el estampido de esas salvas que anuncian el gran día de la patria.

Allí, al lado, apenas a un paso, están los antiguos amigos bailando sobre la alfombra verde que la naturaleza les brinda. ¡Allí están ellas...!

Recordemos a todos los chilenos que lejos de la patria o lejos de la sociedad, se unen con todo su espíritu al júbilo de estos grandes días. Formemos alrededor del mundo una corriente magnética, y así brillará más el sol, se verán más soberbias y altivas las banderas y se deshielará con más solemne pompa la diadema blanca de los Andes.

¡Que no falte en la mesa más modesta y humilde, en las fondas más apartadas, un recuerdo para los compatriotas ausentes!

El Mercurio,

18 de septiembre de 1901.

CUANDO LAS MUJERES SE ENOJAN

No se trata del título de un nuevo valse por el autor del *quand l'amour meurt*. No tendría dulce compás ni desinencias voluptuosas la danza de las sufragistas. El pueblo inglés tan educado, tan bien vestido, tan de buena fe, ha caído bajo una dominación mil veces más temible que el vicio del *dreadnought* (tan fatal al organismo de un pueblo como el de la cocaína o la morfina para el organismo de un hombre), pues está entregado a esa nueva fiera, no conocida por nuestros antepasados, a la sufragista. Ha mentido torpe y odiosamente ese enamorado que exclamó a raíz de una palmada de mujer, tal vez más cariñosa que irritada: "las manos blancas no ofenden". El primer Ministro inglés las ha ensayado en su rostro y —si es cierto que también ensayó el taco Luis XV un día que cayó en tierra y fue pisoteado por una sufragista y, ambos casos comparados, prefiere las manos— sabe que la gimnasia moderna obligatoria ha hecho que las manos ofendan, sean blancas u oscuras. Además, un dramaturgo francés hace decir a uno de sus protagonistas que mira las manos pequeñísimas de su mujer: "¡es increíble la cantidad de dinero que pueden contener las más lindas y diminutas manos!" Las de la sufragista inglesa contienen bombas y con eso queda todo dicho.

Cuando se ha viajado en compañía de extranjeros, uno prefiere al inglés sobre cualquiera otro. El inglés se ocupa de sí mismo y prescinde de los demás. No molesta, se descubre si penetra al ascensor donde va una señora; no grita en el comedor del hotel, ni batalla con los mozos; no hace ostentación de derroche de dinero aunque sea rico; es de tal manera bien educado que no incurre jamás, cualquiera que sea su rango social, en la cursilería sudamericana de no examinar

la cuenta de la comida cuando ha invitado a un amigo al restaurant por temor de que lo estimen tacaño. Al inglés no le importa lo que crean. Por esta razón un compatriota decía con profundo conocimiento de los hombres y de las mujeres: "¡Qué paraíso terrenal sería París con todos los hombres ingleses y todas las mujeres francesas!" Porque, para ser justos, es necesario agregar que, mientras no se llega a Londres, el viajero no cree en la existencia de las inglesas bonitas. Al través de Europa no se ven sino las feas, ágiles, observadoras, siempre de prisa, mal vestidas y absolutamente faltas de seducción. "¿Y por qué no viajan las buenas mozas? —preguntan los indiscretos—. Y el inglés responde brevemente: "Porque están ocupadas". Y en realidad, quien haya tenido la dicha de navegar en el Támesis en un día de verano habrá visto a todos los coros de ángeles, arcángeles, serafines, tronos y potestades con formas femeninas, bogando o tendidas en el fondo de las canoas, y muy ocupadas efectivamente, al lado de los ingleses que descansan de las fatigas de la *city*. Porque, según es notorio, para enamorar a un inglés se necesita mucho trabajo.

Pero es indudable que, a pesar del número de inglesas destituidas de encantos femeninos que viajan en todo el mundo, quedan muchos centenares de miles en las islas. Esta muchedumbre no tiene para distraerse ni el recurso de las ocupaciones a que hemos aludido, ni el de los viajes. Se dedica entonces a reclamar el derecho de sufragio. Y como concentra toda la potencialidad femenina, que es enorme, en un solo objeto, su poder es asombroso y aterrador.

Habíamos convenido los hombres, por galantería y otras razones, no volver a tocar para nada el incidente de nuestra primera madre Eva en el paraíso terrenal. ¿Para qué remover —decíamos— cuestiones enojosas cuando hay tantos otros terrenos en que podemos entendernos con el bello sexo? Pero en vista de la declaración de guerra, de los atentados criminales contra la propiedad, las obras artísticas y las personas, que se producen diariamente en Inglaterra, podría llegar el caso de una revisión del proceso sobre el pecado original y las concomitancias desleales entre la primera mujer y la primera serpiente.

Nuestros telegramas se refieren nuevamente al abuso de las bombas por las sufragistas. Para que no se les acuse de parcialidad en

la destrucción, habían colocado una en la biblioteca pública de una ciudad vecina a Londres, otra en cierta oficina de correos, otra bajo un puente y finalmente en una iglesia. El pueblo inglés debe buscar medios prácticos para terminar con esta plaga, como sería por ejemplo un concurso con grandes premios como aquel australiano para concluir con los conejos. No recomendamos la inyección de un virus, como el propuesto por el gran Pasteur; pero el ingenio humano podría ofrecer otros recursos. La sufragista no teme el hambre ni la muerte, pero si le queda algo femenino puede temer invenciblemente otras amenazas. El medio de disolver un *meeting* de sufragistas, largándoles un millar de ratones, nos parece simple y eficaz. También lo sería amenazar a toda mujer sorprendida en delito de destrucción o ataque contra la propiedad, con exhibirla en una plaza pública, con el rostro descubierto y con aquella otra parte, con tanta pulcritud expulsada del lenguaje de la gente culta, en la cual se estamparía con letras negras el nombre de la delincuente. Creemos que las sufragistas adoptarían una conducta más discreta.

Porque no existe la menor duda de que hay mujeres que merecen votar y hombres a los cuales sería cuerdo aligerar de esta responsabilidad. Pero la mujer revoltosa, indisciplinada y con bombas, necesita una represión de carácter original y, hasta si se quiere, humorístico. El ridículo es una arma poderosa contra esos seres de cuya dulzura se ha hablado demasiado.

El Mercurio,

18 de mayo de 1913.

DENTRO DE CINCUENTA AÑOS

He seguido con interés todas las noticias dadas por los periódicos científicos sobre las probabilidades que se presentan al hombre para poder congelarse en un frigorífico y permanecer tal cual, en una suspensión de la vida, hasta el momento en que los deudos cumplan con la voluntad del helado para ponerlo en baño de María y devolverlo a la existencia. Tengo para mí que nadie querría prestarse más tarde a descongelar parientes. Los intereses creados serían tan fuertes que en vez de devolver al dueño de la fortuna a la circulación, se le cargaría la mano al hielo.

Pero necesito suponer una familia ideal, altruista, de nuevo cuño, que, en cincuenta años justos, a las doce del día, me sacaran del frigorífico, me frotaran con ardor y me bañaran en agua templada. Porque, debo decirlo, para apreciar el problema de la inmigración japonesa en Chile, quiero trasladarme de aquí a cincuenta años y tener seguridad de vivir para entonces durante seis meses para poder decir: "¡Yo lo dije en 1913!"

Salgo pues del frigorífico, en compañía de congrios, carneros, novillos y otras golosinas, se me reconoce como ser humano, se me identifica y se me devuelve la vida. Pregunto como en las comedias: "¿dónde estoy?"; me contestan con cariño: "¡aquí!" y comprendiendo que no ha mejorado el nivel intelectual de mi pueblo, abro los ojos y comienzo a tomar posesión visual de mi casa y mis objetos. Mi primera sorpresa es la de encontrarme con una nuera japonesa. Creo que las recriminaciones en ese momento me costarían volver al frigorífico hasta mejores tiempos, y me callo.

Como es perfectamente natural en un chileno que se ha ausentado de la vida santiaguina en 1913, interrogo si hay crisis ministerial. Nueva sorpresa. No hay crisis; no se les conoce desde hace quince años. El partido amarillo-doctrinario unido con la fracción amarillo-democrática, tienen la mayoría de ambas Cámaras y han reducido a una oposición levantada y fiscalizadora a los blancos de todos los apellidos. ¿Qué significan estas agrupaciones amarillas? Algo muy simple. La inmigración japonesa comenzó con diez hombres en 1912, veinticinco en 1913, mil en 1914, veinte mil en 1918, cincuenta mil en 1919, ochenta mil en 1921, ciento cincuenta mil en 1925 y dos millones y medio en 1950. En resumen, cada japonés se ha acogido a las garantías de la Constitución chilena, tomando carta de ciudadanía y formando la mayoría electoral de doce provincias de la República. Los blancos se ocupaban de religión y los amarillos de ahorrar dinero. En 1940 ya no se podía gobernar sin entrar en combinaciones con la población japonesa del territorio. Uno de los partidos blancos se había cuidado muy bien de no poner en sus estatutos prohibición alguna de entrar en alianzas con los grupos amarillos y había sido grupo de centro durante tres períodos presidenciales. Por fin, la mayoría de ambas Cámaras había sido japonesa y se había constituido un Gabinete mitad blanco y mitad amarillo que se mantenía en La Moneda durante cuatro años.

Al oír todo esto, pido a mi familia que se me introduzca de nuevo en el frigorífico, siento que el hielo me envuelve y paso a ser un animal congelado como merecemos serlo todos los chilenos si no pensamos en estas cosas.

El Mercurio,

19 de junio de 1913.

 EN EL FOCO DE LAS REVOLUCIONES

Señor Director:

Me habría quedado más tiempo en los Estados Unidos, principalmente para asistir a la revuelta plomo, es decir, a la pelea de blancos con negros, si no me hubieren enseñado desde niño a no meterme en cosas de negros. Así, pues, heme venido a Tejas para franquear, por El Paso, la frontera de México. ¿Creerá usted que en Tejas los techos son o de zinc, o de paja, o de madera, y que no hay más tejas que los sombreros de los jesuitas? Pues bien: llegamos a un sitio en que el conductor del tren gritó con voz estentórea:

—¡Zacatepec!

—¿Sácate qué...? —pregunté yo, indignado.

Mi compañero Higinio Cortés, joven chileno que aprende esfuerzo en los Estados Unidos y me acompaña en este viaje, es muy orgulloso y etiquetero y a su vez protestó:

—¿Por qué me tutea usted?

Pero no era tuteo ni nos pedían sacarnos nada: la próxima estación era Zacatepec; veinte minutos, restaurant. Descendimos de prisa y corriendo y cada cual se aferró de una taza de mote con huesillos: los huesillos son de tunas secas y el mote es de maíz. El platito no es caro; pero es malísimo. Después nos bebimos un vaso de pulque. Señor Director: usted ha bebido, cuando era niño, aceite de Palma Cristi con cerveza negra, con café y con naranjada; pues bien, eso es cielo puro, es néctar, es divino jugo con luz, sol y aroma, al lado de la infecta pócima que nos echamos al cuerpo en Zacatepec. Olía aquello a aguarrás con creosota, entraba rasguñando como si se tragase una serie de gatos vivos, en seguida expelía del interior humo, gases y agua caliente, nos tiraba del ombligo hacia adentro,

nos daba golpes en el esófago, nos molía el apéndice, nos encogía la espina dorsal y nos daba temblores en los hombros. Cortés gemía en un ángulo del vagón; yo maldecía a su antecesor, don Hernán, que había ido a descubrir tierra en que tales brebajes se fabrican. Después nos embriagamos en una forma lamentable: Cortés arrojó su maleta sobre un coronel americano que se sentó sobre él hasta la próxima estación, para tenerlo tranquilo; y yo le tomé la barba a la señora de un pastor protestante que me pegó en seguida con una biblia en la cabeza y después me recitó un pasaje del Evangelio en que se exhorta a la continencia y a la castidad. Yo derramé abundantes lágrimas, edificando a los pasajeros que no habían bebido pulque.

—¡Popocacatetepec! —gritó el conductor poco más tarde.

El hombre se había puesto tartamudo a consecuencia del refrigerio de la estación anterior. Aquí descendimos por breves momentos y encontramos a boca de jarro a un azteca que hacía un templo. Naturalmente, la puerta de entrada era más ancha en la base que en su extremidad superior. A mí me ha desesperado toda la vida la arquitectura azteca: me da en el estómago. Y así me acerqué al hombre y le dije: —Aborigen: ¿por qué haces esa puerta más ancha abajo que arriba? El natural sonrió sardónicamente. En seguida miró con atención su obra, se rascó la cabeza, y sacó una huincha de medir que aplicó prolijamente primero abajo, y después arriba. Y entonces lanzó una exclamación de asombro. En realidad, reconoció que la puerta era desigual; en realidad reconocía que esa arquitectura secular y milenaria se basaba en la distracción. He aquí, pues, señor Director, cómo yo he sido el primer hombre que he llamado la atención de un azteca hacia este visible error. Tenía que ser un chileno el feliz mortal que pusiera atajo a tan inveterado absurdo. El azteca miraba con visible antipatía a mi compañero de viaje; pero muy pronto nos explicamos la razón: él era descendiente, por la madre, de Moctezuma; y mi amigo es Cortés. Pero yo lo tranquilicé diciéndole que no descendía de don Hernán, sino de don Higinio, que era un enemigo de éste.

—Por otra parte —agregué para tranquilizarle—, el lema de los escudos es diverso; los descendientes del conquistador de Méjico dicen: “lo Cortés no quita lo valiente”, mientras que este otro reza: “lo Cortés no quita lo Monroy”.

El nativo quedó contento, y como nos ofreciera un vaso de pulque huimos despavoridos, hasta perdernos de vista.

De pronto gran alarma en el tren: eco de disparos, olor a pólvora:

—¡Villa a la vista! —exclama alguien.

Era todo un simple pánico: una motocicleta con escape libre pasaba velozmente por el camino carretero.

Llegamos más tarde a un paraje que se llama Tegusaltepec, célebre por su clima. Allí florecen los huertos dos veces al año, se da el árbol del pan, que produce marraquetas en racimos apretados; pero, como siempre ocurre, nadie come pan y se prefiere la hallulla de Chile, que llega al precio de veinte mejicanos la libra.

—La tierra es buena, establezcámonos aquí —dijo mi compañero, parodiando al inca Manco cuando llegó al valle del Aconcagua.

Y, en efecto, descendimos del tren con nuestro modestísimo equipaje y fuimos conducidos al Gran Hotel Guatimozín. Estábamos mudando de ropa y de color de rostro, gracias a repetidas fricciones con jabón y agua caliente, cuando se presentó un animal barbón, con sombrero de paja en elevada punta y un trabuco espantable al hombro, llamándose edecán del general Villa y convocándonos a su presencia. Hombres de una altiva democracia, nos miramos Cortés y yo, cantamos la canción de Yungay, acentuando bien aquella frase “del rápido Santa pisando la arena”, pues esa esdrújula de pisando que exige la música del himno, nos daba un gran ardor patriótico, y juramos perecer allí antes de comparecer a la presencia del caudillejo. El edecán hizo diversos gestos para amedrentarnos y quebró el jarro de nuestro lavatorio, y como en vez de vernos caer al suelo con un histérico, pudo observar que nos reíamos a gritos, se enfureció y disparó cuatro tiros al aire.

Entonces Cortés agitó su pañuelo como bandera de parlamento y propuso al edecán que tomara asiento, se fumara un cigarrillo de la Filatélica (papel trigo), mientras nosotros estudiábamos la situación del otro lado de la cama. El monstruo comenzó a chupar el cigarrillo como un mono cualquiera, y nosotros a hablar a media voz.

—¿Has visto tipo más ordinario —me dijo Cortés— que se viene a disparar dentro del dormitorio de dos caballeros que llegan del exterior?

La reflexión me produjo una gran hilaridad; pero contuve su explosión ruidosa.

—Entre tanto, le dije yo, es conveniente ser diplomáticos. ¿Qué perderíamos con ir a donde Villa?

—La vida, repuso Cortés.

—No lo creas; Villa debe ser un gran admirador de don Malaquías Concha y yo tengo un retrato de éste. Le pondré una dedicatoria autógrafa.

—¡Espléndida idea!

—Manos a la obra. Señor edecán; partiremos con Ud. Si nos deja cinco minutos en libertad para vestimos.

El monstruo salió con marcha militar y gruñendo. Se quedó en la puerta escuchando. Entonces yo tracé con mi peor letra una dedicatoria: "Al gran Pancho Villa, con la admiración, el afecto y la envidia de su modestísimo servidor. Malaquías". Y salimos en el acto. Es indudable que, cuando el edecán iba con alguna persona, ésta debía parecer próxima a su fin, porque descubrimos compadecidas miradas. A Cortés le duraba el efecto del pulque porque seguía cantando: "del rápido Santa pisando la arena", con profunda ira del militarote. Así llegamos a un muro donde había dieciséis cañones. Los artilleros estaban de pie, listos para disparar. Era ésa la antesala del general. Pasamos al salón; un corral erizado de ametralladoras. Seguimos por un pasadizo flanqueado por doscientas bayonetas caladas y desembocamos en un patio adornado con un escuadrón de caballería. El edecán nos hizo acercarnos a una puerta, donde dejó descansando su trabuco, en seguida se dirigió a nosotros en tono imperioso:

—¡Sáquense el sombrero!

—¡Yo no me lo saco! dijo Cortés.

—Yo tampoco, agregué por mi parte.

El monstruo se quedó entre aturdido y frenético, revolvía sus ojos en las órbitas, hacía sonar la lengua, arrojaba espuma por la boca, lanzaba interjecciones abominables. Por fin, procedió con más calma y de dos bofetadas nos arrojó lejos los sombreros. Entonces abrió la puerta y dijo con acento amable:

—Pasen ustedes, aquí está el señor presidente.

En un sillón estaba Villa en persona, en mangas de camisa, con una guagua en los brazos, cantándole la rurrupata. A su lado su mujer, una americana de cinematógrafo, comía uvas rosadas en una pequeña cesta de mimbres. Era un cuadro de familia.

—¿Por qué se ha demorado usted tanto? —preguntó el general.

—Porque los forasteros no querían venir.

—¿Y por qué no querían venir?

—Porque dicen que son chilenos.

Entonces yo alargué mi retrato de Malaquías. El general lo miró y tirándomelo por la cabeza, me dijo:

—Llévese usted ese tío tan feo. Yo los he llamado porque por aquí no pasa nadie sin que yo lo conozca. Si ustedes son chilenos son mis amigos; de Chile no conozco sino a un Pedro Sepúlveda, que es el único hombre que me ha engañado. Hace veinte años me pidió cuarenta y dos mejicanos por cinco minutos, y hasta el día de hoy no me los ha devuelto. Es un héroe; todos ustedes son héroes. Los convidó para el sábado, week end, a una cacería de americanos, sport que ustedes no conocen y con el cual no simpatiza mi mujer. ¿Necesitan pedir algo, reclamar algo?

—Sí, señor —dijo Cortés—, su edecán disparó cuatro tiros en nuestro dormitorio.

—Péguele usted, dijo lacónicamente el presidente.

Entonces Cortés le aplicó un soberbio puñetazo en el ojo izquierdo, que el monstruo recibió sin pestañear. En seguida nos despedimos prometiendo volver el sábado.

En realidad, Tegusaltepec era agradable. El edecán, completamente domesticado, fue por la noche a ponerse a nuestras órdenes y mi compañero lo hizo servirle de bestia de carga, pues se trepó sobre sus hombros para que lo subiera por las calles que tienen fuerte gradiente.

La caza del americano es uno de los sports más interesantes que había visto. Hay dos sistemas en uso: el primero consiste en colocar un dollar colgado de un árbol en un camino solitario. Un grupo de soldados de infantería se oculta tras de un matorral y cae sobre el incauto, lo ata y lo conduce a presencia del general, que se entretiene con él cortándole los bigotes, o haciéndole cosquillas, o escupiéndolo o fusilándolo según sea su estado de ánimo. El otro consiste

en un automóvil que trae varias lámparas de parafina en la parte posterior, las cuales van derramando su contenido en el camino hasta el sitio de la sorpresa. El americano ama desordenadamente el petróleo, y apenas aspira su aroma, se siente atraído a rastrear, creyendo que va a dar con un gran pozo o surgidero de aceite crudo. Pude ver ese día a uno que avanzaba por el camino, olfateando el suelo, hasta que cayó en manos de la infantería de Villa. El día transcurrió alegre hasta que Villa se bebió el cuarto litro de pulque. Entonces comenzó el edecán a hablarle al oído y el general a mirar a mi compañero con aire torvo. Por estas y otras consideraciones resolvimos retirarnos a la inglesa y una hora después partíamos en el tren a Guajuato.

El corresponsal.

PAGINAS LITERARIAS

HOMBRES DE AYER Y DE HOY

El Presidente Errázuriz Echaurren resolvió mandar a Tacna a un alto funcionario público que fuera por primera vez después del tratado, a representar al Gobierno de Chile con esa sobria dignidad que lo aureolaba por esos tiempos. No podía pensar en ninguno de los hombres que lo rodeaban sino en el de más completas condiciones para esta misión. Se pidió a don Carlos Walker Martínez que se fuera al norte a visitar Tacna y Arica.

Era Walker un tipo acabado de hombre. La naturaleza produce pocos tan enteros. Así como en los crisoles de porcelana artística, de cien ejemplares salen dos o tres sin falla, así ocurre en las hornadas de hombres. Walker era una buena mezcla de sangre británica y chilena. De las tierras cupríferas y argentíferas de Vallenar tenía la rudeza del cobre y el valor de la buena plata. Viril en su acción, tiernísimo en su intimidad, había sido romántico en su tiempo y era un tanto bohemio y soñador siempre. Combatido en una ocasión por actos del Gobierno, un orador de oposición hizo alusiones mal intencionadas a sus negocios. El Ministro dijo entonces: "Yo he estado mezclado en muchos negocios y en algunos fantásticos. He salido de todos pobre y con honor. Estuve asociado en una empresa de corales de las islas Chinchas y hasta en un vago negocio perlero. No quiero enumerar las comunidades de oro". Esos eran los tipos de la *oligarquía corrompida* de esos tiempos.

El Presidente Errázuriz ordenó alistar el crucero "Pinto" para el primer Ministro de Estado de Chile que iba a la frontera extremo norte. Don Carlos se enfureció diciendo que bastaba un camarote en un vapor de la carrera.

—Por mí —le dijo— me iría con la Sofía y por mi cuenta. No acepto edecán, ni militar alguno, iré con Cotapos, mi secretario.

Bueno; esos eran los tiempos viejos que morían con una majestuosa tarde. La democracia era hidalga, sencilla, pobre. No gastaba insolencias, no envidiaba, se contentaba con el escaso bien ganado por los padres y levemente acrecentado por los hijos, con el trabajo, la economía, el orden.

Ahora los Ministros no pueden andar sino en automóvil. El automóvil pasa ser el caballo de San Francisco de directores de oficinas y hasta de comandantes de cuerpo. Un Ministro se va a un balneario en un barco de la Armada. Otro Ministro detiene el expreso para introducir un *pullman* y poder viajar gratuitamente con sus conmlitones.

Al derroche democrático de la nueva era, se agrega la insolencia. Se estima que la acción pública debe basarse en manosear a la autoridad. Telegramas, actas, acuerdos, todo es arrogante, no con la arrogancia hidalga de España, sino con la arrogancia indígena del mestizo que habla con el superior, encasquetado el sombrero y la colilla del cigarrillo entre los labios. Es la aplicación a la vida pública de ese mal tratamiento que el hombre que no conoce la buena vida tiene para sus criados y trabajadores, bien diverso del que el señor gasta con sus cooperadores, a quienes si no califica de compañeros, da el calificativo de hijos. El demócrata que en la mesa de la Cámara convida a sus electores a comer pavo, limas, plátanos, jamones y quesos de lujo, remojados con oportos de marca, cree que eso es lo que odió con el nombre de oligarquía.

No; esa oligarquía no es sólo la que figura en la vida social y lleva automóvil. Es mucho más la que tiene un hogar ordenado en que se mide el azúcar y las papas, en que los guantes de la madre tienen las puntas gastadas en las cuentas del rosario, en que el caballero vira sus trajes.

Walker, hombre de Estado, señoras y caballeros de sangre de hidalgos que apenas han tenido con qué enterrarse; el Presidente Pinto que al salir de la Presidencia no tenía un coche que llevara el peso de sus años, de su dignidad y de la delicadeza de su salud; he ahí los hombres de antaño.

CAMPOAMOR

En los tiempos pasados, existían los filósofos. Eran hombres adustos, graves, que se creían llamados a grandes destinos, que amargaban la vida de los demás con sus sentencias y que terminaban sus días bebiendo un vaso de cicuta por orden superior.

Hoy que lo trascendental va desapareciendo, y que flota, como una niebla azuleja que lo envuelve todo, un vago escepticismo, una embriaguez del alma y un cansancio del espíritu, los filósofos visten frac y guante blanco, se deslizan entre las parejas que danzan y apenas se les conoce la filosofía en cierta irónica sonrisa que llevan estereotipada entre los labios.

Si los propagandistas y misioneros han necesitado revestir de modernísimas y tentadoras formas las austeras palabras de la fe; si la ciencia para llegar al pueblo ha tenido que salir de los gabinetes y ataviarse con deslumbradora poesía; si la farmacia ha necesitado de los comprimidos y de las tabletas para no hacer odiosas sus fórmulas, la filosofía llamó en el siglo que acaba de pasar a Campoamor para que la condensara en sus dolores y la hiciera entender hasta de las almas femeninas.

Y Campoamor surgió en un pueblo en que el espíritu tiende a los extremos, ennegreciendo ya la vida con criterio fatalista, o ya cantándola con inspirado y lírico acento, y sentándose en el fiel de la balanza y pulsando una lira de finísimas cuerdas, anunció su llegada con esa frase que pudo ser bandera de su vida y programa de su genio:

En este mundo traidor
nada es verdad o mentira;

todo se ve del color
del cristal con que se mira.

Y enseñó Campoamor una risueña, real y despreocupada filosofía; y la encerró en el frágil vaso de sus doloras, como se encierra la esencia de rosa, para que el aire no la desvanezca.

El escepticismo de Campoamor es vago, lánguido, sonriente casi; no cierra horizontes, no ennegrece espíritus, no nubla las conciencias, no pervierte los corazones; deshoja las rosas como Ofelia y se ríe como Hamlet.

Allí está aquella dolora que comienza:

Queriendo un rey discutir
las creencias, llama gente
de Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
tanto, que puedo decir
que está allí el mundo presente.

Pasan ante la vista del rey la belleza, la gloria, la justicia, la virtud y la religión y termina así:

Calló, y a una cortesía
que hizo al pueblo el rey, de pie;
todo el concurso aquel día
creyendo lo que creía,
por donde vino se fue.

Y allí está el alma de Campoamor, constituida especialmente para el contraste, para el examen, para el desfile, para el desequilibrio desesperante de la vida, para la movilidad de las opiniones, para la filosofía de la humanidad en una palabra. Allí está el espíritu que convierte en una imagen de María la abandonada efigie de una Venus, el mismo que oye las opiniones de la multitud viendo el paso del féretro de una niña, y el mismo que burlescamente pone a Heráclito frente a Demócrito y con una leve ironía escucha el llanto del uno y la risa del otro.

Campoamor, que era ya más un recuerdo que una realidad, no pudo mantener su sonrisa escéptica ante los males de su patria, e impotente para encerrar en una última y suprema dolora las angustias de España, se alejó de una tierra en que ya las heridas eran tan grandes que toda la filosofía del mundo habría sido poca para contemplarlas sin tortura.

Por lo demás Campoamor había esperado la muerte a pie firme, como el soldado veterano que no pierde el paso, sonriéndose ya desde antes y encogiendo sus hombros sobre el día en que le tocará el último viaje:

Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás;
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuándo es lo menos.

A Campoamor debía erigírsele un monumento análogo al que se levantó en París a Guy de Maupassant: su estatua arriba, y a sus pies una mujer hermosa y elegante que ha dejado caer el libro de las doloras sobre su falda y ha entornado los ojos para pensar...

Ha muerto un poeta y un prosista; se ha cortado también un vínculo intelectual entre España y América.

El Mercurio,

13 de febrero de 1901.

GENIO DE PRENSA Y DE POLITICA FRANCESA

... Ton enfance heureuse a respirée
L'air latin qui nourrit la limpide pensée.

(Anatole France, a Charles Maurras).

Antes de 1914, dos personas leíamos en Chile a Charles Maurras. En el curso de la guerra sus clientes han llegado a media docena; y por ningún motivo es lícito esperar aquí su popularidad. Baste decir que como hombre de letras es discípulo predilecto de Anatole France, que no escribe novelas y que no es romántico sino del más puro, ordenado, blanco y frío helenismo; que, como político es realista, antidemocrático, fanático de la tradición, nacionalista integral; que, como filósofo no es cristiano sino clásico greco-latino de antes de Cristo, y que si tiende al catolicismo lo hace por la jerarquía y la unidad del comando, lo hace precisamente por su credo de organización latina; que, en fin, como hombre que vive del trabajo espiritual es intelectual e inteligente —porque hay intelectuales tontos y mediocres, que forman la mayoría—, de una inteligencia tan robusta, lógica y clara, que arrastra amigos y enemigos doctrinarios.

Charles Maurras se revelaba un estilista francés de la más alta escuela y de un poder de lenguaje que ha hecho recordar a Racine, cuando fue sustraído por el estudio de la política a las letras puras. Es provenzal y hombre del Mediterráneo, y su juventud la dedicó primero a admirar a Moréas y sus estrofas semejantes a mármol pentélico; después, a defender el tradicionalismo y la lengua de Mistral; y, por último, a recorrer las costas azules del mar latino, Córcega, Nápoles, las islas griegas y Atenas. *Anthinéa*, *Les Amants de Venise*, *L' Avenir de l'intelligence*, son sus obras más libres de la gran poli-

tica que iba a apoderarse de las extraordinarias fuerzas mentales de este coloso.

La agitación profunda que el proceso Dreyfus causó en Francia, fue una de las primeras revelaciones que los jóvenes ausentes del 70 recibieron sobre las dos tendencias que comenzaban a disociar a la Francia y a hacerla perder sus condiciones históricas de nación conductora. El sacerdote del arte puro estrechó la mano de Anatole France, y bajó a la arena del combate. El único realista del grupo fundador de *L'Action Française*, que entonces era órgano republicano nacionalista, se unió a Bainville para emprender ese interesantísimo y admirable alegato, fundador de escuela, que se llama *L'Enquête sur la Monarchie*. Fueron innumerables las adhesiones recibidas y todas valiosas en sumo grado por el alto nivel intelectual que representaban: como Bourget, Vaugeois y el mismo Léon Daudet que entraba en marzo de 1908 a *L'Action*, convirtiéndola en diario. Desde ese día ambos han escrito a lo menos un artículo por día, firmado.

El artículo político de Charles Maurras no ocupa nunca esa solemne columna interlineada del editorial británico, sino el centro de la primera página. Dividido en cuatro, cinco, hasta seis secciones con títulos separados, presenta un cuadro apasionado, lógico, uno y armonioso, de toda cuestión política que afecta a Francia, sin dejar pasar una frase, un discurso, un hecho, un retrato, una fisonomía, una silueta fugitiva y vergonzante, de la vida parlamentaria y gubernativa. Durante la guerra este artículo alcanzó la suprema belleza en su máximum de profundidad. Se ha dicho que, después de Clemenceau, ningún genio francés civil hizo más obra directa, sistemática, clarividente y positiva por la victoria de las armas francesas. Y así debe ser, si se considera la fuerza de una voz poderosa, lanzada diariamente por un valeroso centinela, desde una alta torre, sin perder un instante el rumbo en horas en que inteligencias superiores se sentían desatentadas. El poeta Xavier de Magallon, después de trazar un magnífico cuadro de París en la guerra,

et la grace est notre courage
ta force est notre espoir, Paris!

termina diciendo:

Paris accoudé sur sa rive
guide l'élan universel;
toute la terre est attentive
aux seuls mots de la tour Eiffel;
Notre Dame, qu'un brouillard couvre,
semble flotter hors du réel;
majestueux, carré de le Louvre
s'ajuste à l'infini du ciel;
Le firmament assuré roule
autour des temples de l'esprit;
La Seine, pleine d'astres, coule;
La nuit brille, Maurras écrit.

¡Qué extraordinaria labor la de este periodista venido de la filosofía y del arte, del clasicismo sombrío y profundo, a mezclarse a la diaria polémica con una conciencia incorruptible! Hombre que duerme cinco horas por noche, que dedica escaso tiempo a las distracciones y que estudia y observa el resto de su vida, que en seguida maneja una inteligencia hecha de clarividencia, de energía patriótica y de firmeza moral, tiene que ejercer sobre época un magisterio irresistible.

Toda esa fácil y mezquina inteligencia que forma el presupuesto del Estado, profesores universitarios y consejeros de la instrucción, pedagogos infatuados y camorras secretas, han sido reveladas bajo su escalpelo formidable como manadas de imbéciles que se acomodan bajo el nombre prestigioso de la inteligencia. Charles Maurras reivindica para la verdadera inteligencia, la que produce el pueblo, el trabajo, el estudio exacto y no tendencioso, la que nace a veces en las bibliotecas, en las Universidades, en las escuelas técnicas, como en la industria, en el comercio, en el taller, el derecho de ordenar y reconstituir la nacionalidad eterna de un país, ese carácter propio que viene desde su cuna, que está en su sangre, escrito en su historia y listo para resucitar en los momentos de crisis.

Maurras, que abomina de todo romanticismo y que aun por huirlo estuvo mucho tiempo apartado de Cristo y de su predicación, vieniendo hacia el catolicismo por la claridad y nitidez de su organización, escribió antes de la guerra una formidable requisitoria contra la politiquería democrática, con el nombre de *Kiel et Tanger*. En ese libro se ve que el político es partidario del rey y enemigo de la República, más por el principio que por la forma de Gobierno. Y así ha sostenido que Francia contaba en su seno con todo el fermento necesario para surgir, para defenderse, para vivir; pero que la infame dirección de los negocios públicos la llevaba a la ruina. No se hubiera malquistado con nadie pensando que M. Loubet habría podido ser un pequeño Luis XIV, ayudado por el buen sentido francés, si no se hubiera interpuesto en la vida nacional francesa la selección de la mediocridad y de la maldad gracias al parlamento y al escándalo de que los diputados y senadores pudieran ser Ministros de Estado. Solamente el 6 de enero de este año 20, invectiva de nuevo a una democracia que ganó una guerra casi sin su voluntad y no ha podido ganar una paz al desarmar al pueblo que defendió el territorio, el nombre y el honor de Francia inmortal. Cuando el rey moría, se gritaba ¡viva el rey! pero cuando acaba un Presidente o un Ministerio, numerosos hombres gritan: ¡yo! En ese caso se reúnen los camaradas y dicen, como en la solemne ocasión: "*Nommons Carnot, c'est le plus bête*".

Cuando comenzó la guerra, se puede decir que el único escritor francés que predijo la fuerza horrible de la organización alemana, las victorias francesas del Marne, del Yser y de Verdun, la resistencia natural de Francia y la traición posible de algunos dirigentes, fue Charles Maurras. André Maurel, a pesar de sus elogios a Maurras, imaginó que la guerra contradecía su doctrina del nacionalismo integral. Y dijo el año 16: "Se ve el hundimiento de Alemania y Austria, a pesar de su autoridad galvánica". Sin embargo, dos años después Alemania comenzaba sólo apenas a retroceder, después de haber dado horribles golpes a Francia, y en seguida quedando casi intacta.

Se comprende, pues, que su artículo de cada día, siempre vigilante, siempre ardoroso, haya sido de una extraordinaria influencia durante la guerra. El incesante y luminoso argumento en favor de la unidad del comando tuvo eco formidable en Londres y Roma. Sostu-

vo a los ministros, generales, jueces y políticos que mantenían la organización. "Esta justa proporción de pesimismo y de esperanza, esta previsión fuerte y segura de los recursos invencibles de Francia y del precio que costaría el mal gobierno anterior; esta mirada de águila para marcar y predecir la inferioridad de la raza alemana y la superioridad de su organización, ¿quién podría negar que los cuatro años de guerra han verificado su exacta verdad y su complejidad inextricable para los otros?" Eso dice un gran escritor al juzgar la política eficaz de Maurras para la República en guerra.

La prueba de este éxito no conocido en la prensa, es el hecho de que toda esa masa de republicanos franceses que peleaban en las trincheras, normalistas y anarquistas, filósofos extraviados y políticos ya tempranamente enervados, al juntarse en nombre de Francia, ha enviado una lluvia de cartas al maestro que escribía desde París en medio de tumultos e injurias, en medio del desengaño general, creyendo siempre y viendo siempre claro.

Ver claro, he ahí una condición de escritor público: no ambicionar nada de los políticos, he ahí la base de esa constancia para la crítica y la condenación. Charles Maurras no acudía jamás a ese sistema de aplaudir, de estimular, a sabiendas de que lo que se aplaude y se estimula es un simple juego, un biombo, una pasajera intoxicación para el pueblo que sigue impaciente la acción de los que mandan.

Esta es la única influencia que perdura, la de decir la verdad y no adular. Un adversario de Maurras, reducido por ese golpe de martillo, dice al fin con franqueza: "Reconocemos que la democracia así ejercida, a la letra y en el máximo de su desarrollo, lleva por camino infalible a la supremacía de los peores, al nepotismo de miles de tíos, a la política alimenticia, al culto de la incompetencia y a la total irresponsabilidad de un poder efímero y de una administración vacilante y anónima: la experiencia habla. Sin necesidad de ir a la monarquía, que es un hecho nacional pasado, terminado, se podría atenuar el daño de esta democracia incompetente de camaradas, se podría robustecer el poder central, llevar categorías de competencias al Parlamento, reformar el derecho de voto, hacer cesar el escándalo de los diputados y senadores ministros, poner en la dirección del Estado una selección capaz de dirigir la vida nacional; en una palabra,

dar a las masas una aristocracia que sería a la letra el gobierno de los mejores". He aquí el resultado de los cañones de Maurras, abrir brecha en los reductos centrales de la fortaleza democrática para salvar a la patria.

Así se comprende la obra del escritor político. Los redactores de la gran revista de estudios y ensayos, los autores de libros y folletos no alcanzan a la muchedumbre, y ¡cosa extraordinaria y sin embargo normal! no son leídos por el periodista de oficio que, por obligación, más que por entusiasmo, por creencia, por sacerdocio, por fervor, por juramento y voto de una vida, llena en cada jornada sus diez carillas de oficio. No; el escritor político debe ser el hombre de letras, de juventud estudiosa, de formación filosófica acabada, que llega al diario, a la misma arena de combate, en medio del vocerío y del ambiente de sudor y de riña, y desdeñando la aristocrática serenidad del investigador y la técnica seca del cincelador de la lengua, escribe cada día uno o más artículos calientes, inflados de ira, o húmedos, repletos de lágrimas; pero vivos siempre, con esa admirable vida que nos envuelve y arrastra como las olas sucesivas de un océano eternamente palpitante.

El Mercurio,

16 de marzo de 1920.

UN ESCRITOR DE IDEAS

Noticias sobre Charles Péguy

“Héroe místico francés”, ha sido llamado este artista, escritor y soldado, en uno de los últimos números de la *Revue Mondiale*. Nosotros lo conocíamos, desde hace tiempo, desde antes de la guerra, desde sus curiosos *Cahiers de la Quinzaine* que fundó en 1900.

Era esta curiosa publicación, que hacía recordar a los obreros de la Edad Media, redactada, dirigida, compuesta, impresa y hasta repartida, muchas veces, por el mismo Péguy. Solía ser un libro completo, un buen volumen de trescientas páginas o solamente un folleto de cincuenta. Péguy no sólo se daba este enorme trabajo, sino que corregía sus pruebas hasta la décima y aun más copias, revisadas “con sus ojos escudriñadores de miope”. Llevaba su escrupulosidad de impresor hasta escoger los tipos más claros y característicos, aun hasta hacerse dibujar caracteres refinados de estilo clásico, rechazando de sus cajas toda letra que no fuera perfecta. Después, él mismo empaquetaba sus cuadernos, ponía las direcciones, los llevaba al correo.

Así este apóstol de ideas marchaba hacia la conquista de los espíritus, ardiente y sano, vigoroso y cultísimo, con una pluma que parecía lanza o dardo de viejas edades caballerescas, lleno de una elocuencia sonora, lírica, mitad verso, mitad prosa, penetrante, punzante, enervante, coloreada como una cimitarra de pedrería e incrustaciones. La literatura francesa no ha conocido nada igual a esta personalidad de hombre de letras, nacido en medio de labradores, rudo de aspecto, fino de espíritu, capaz de todos los heroísmos.

Nosotros quisiéramos hacer comprender esta figura de tanta intensidad patriótica y religiosa, de tan alta moral, orgullo de los que cultivamos esta profesión de propagandista. Péguy entró muy pequeño a una escuela primaria, "en un rincón de patio aldeano, especie de nido rectangular, administrativo, solemne, dulce". Estudió en seguida latín y griego, como todo europeo que quiere permanecer dentro de su civilización. Uno de sus profesores lo recuerda aún: "Era un muchacho bajo, cuadrado de espaldas, metido en un viejo vestón apretado, con grandes zapatos claveteados. Había que ver sus mandíbulas enérgicas, rudas, los músculos que asomaban en sus mejillas, toda la fuerza de la raza que aparecía sin disimulos ni afectaciones". Luego entró al cuartel, y todo lo que después hicieron sus compañeros socialistas para alejarlo de su afección al ejército fue inútil. Escribió artículos incendiarios, fuego de paja que no tardó en extinguirse; pero jamás apartó de sus ojos la idea de una patria que había que defender hasta la muerte.

La revelación del poder judío y masónico lo sorprendió de pronto en medio del proceso Dreyfus. Su sinceridad lo lleva a confesar a sus amigos que los abandona; del fondo del alma antigua del francés ha salido el católico. He aquí la linda silueta que traza sobre Emile Zola: "... Yo no lo había visto nunca. Era la hora temible en que tomaba el proceso sobre su espalda, en que sufría esta impresión de mirar las cosas frente a frente en el momento de la lucha. El hombre que encontré no era un burgués, sino un campesino oscuro, envejecido, gris, con el gesto tirante y severo, un trabajador de libros, un alineador de surcos para sembrar, sólido, robusto, porfiado, con espaldas curvas como bóveda romana. Era el campesino que sale de su casa al medio de la calle porque siente venir la carretela."

He aquí otro breve y bello retrato de M. Méline: "En el bulevar, antes de llegar a la Cámara, cruzamos en la vereda a un viejecillo de aire vivo, mirada picaruela, frente estrecha, menudo, apretado, resuelto, barba rasurada, nariz arremangada, patilla blanquizca, labios horizontales, largos, delgados, juntos; aspecto limpiecito y poco importante; comerciante, en fin, con tiendecita, al lado de ... no importa qué gran almacén."

Sobre Jaurès, a quien quería entrañablemente, nos ha dejado Péguy algunas de sus siluetas más irónicas y deliciosas. Es imposible re-

producirlas todas; pero sabemos que Jaurès temblaba al leerlas y, sin embargo, no dejaba de devolverle su afecto. Cuenta que declamaba los versos de Hugo, de Racine y Corneille con una voz inolvidable: "Hablabla con elocuencia sobre todo lo que sabía; y también sobre todo lo que no sabía. Cuando una vez me pronunció una refutación sobre Bergson so pretexto de que había sido su compañero y comprendí que no lo había leído jamás, comenzó a inquietarme. Habría sido gran actor si la suerte no se hubiera ensañado contra él haciéndolo político. Jaurès prefería entonces todo lo que era religioso y aristocrático, hablaba contra la democracia... Dios quiera, mi viejo, que estas revelaciones comprometedoras no te hagan mal en tu circunscripción."

De Clemenceau traza también cuatro pinceladas maestras. "A su edad ha conservado lo que ninguno de sus contemporáneos, lo que ningún político conserva: amigos y admiradores. Aman su carácter, admiran su agresividad, sus salidas imprevistas, sus golpes, sus estocadas, sus carcajadas, sus muecas, sus bromas crudas a lo Diderot, sus frases a lo Voltaire, su audacia, y no lo aman como a un muchacho regalón, sino como a un tío viejo, tunante, rabioso y diabólicamente simpático... Se le perdonará mucho... por haber bromeado tanto."

Explica su facilidad para echar al suelo las máscaras de los hombres graves. "Soy campesino —dice—, tengo el ojo aguzado para ver un animal, para recordar su línea y su color. Tengo, como hombre simple, la facilidad de recular para semblantar bien a mis tipos." De sus antepasados cuenta: "Abuelos tenaces, hombres de campo, viñateros encorvados para amarrar las parras, nudosos, retorcidos como los sarmientos, vueltos cenizas como ellos. Mi madre guardaba las vacas; no sabía leer ni escribir. Yo le debo lo que soy. No he sabido nunca sentarme en un sillón, porque soy tieso, como hombre cuyos antepasados se sentaron siempre en troncos o taburetes de palo. El encorvamiento, la curvatura, la inclinación del viñatero, la tengo como escritor frente a la mesa de trabajo. Yo no acabaré, como los caballeros de la ciudad, tiesos y acartonados; me iré agachando, recogiendo, enrollando, y nadie dirá: "Se muere el poeta Péguy", sino: "El taita Péguy se nos va." Y siempre vuelve a este recuerdo de la viña donde pasaron las generaciones que le dieron su rica, su incom-

parable savia de cepa inmortal, del vino viejo de las bodegas de Francia. "Muchísimos viejos de mi nombre pasaron su vida inclinados bajo el sol, atando los cargadores con ese mimbres obscuro y tierno que se compra en el mercado y es recogido en días de humedad en las orillas del Loira."

Cuando habla de Juana de Arco exclama tiernamente: "Era una muchacha de nuestra clase, una campesina, una chica como fueron mis tías y mis hermanas, pobre gente, humilde gente, pastora como los de nuestro terruño. ¿No da miedo pensar que era como somos en nuestra familia?"

Este miedo era emoción, era presentimiento, porque Péguy escuchaba en el suelo, con buen oído de campesino, el galope de los hulanos. Iba acercándose a la fe, penetraba ya a la iglesia, sus escritos eran la defensa ardorosa de la patria contra la contaminación judaica y masónica, cuando vino la guerra.

La señora Carlota, su mujer, lo ha dicho en una breve carta: "La partida de mi marido fue simple como fue toda su vida. Después de una modesta y breve comida en que estábamos juntos, los niños, mi madre y mi hermano, Carlos se puso de pie y se despidió, ya de uniforme, sin un suspiro. "Es una guerra interrumpida, dijo, que vamos a continuar". Y salió. No le hemos visto más."

En medio de una lluvia de balas, comandando una compañía del regimiento 276.0, bajo el sol furioso que parecía poblado de abejas, tal era el runrún de la metralla, Carlos Péguy, enguantado, con sus anteojos dirigidos hacia el horizonte, gritó: "A quinientos metros, fuego a..." Y cayó diciendo a los soldados: "Sí; pero sigan tirando..." Claude Casimir Périer, el último sobreviviente de esta gran familia francesa, cuenta a Carlota que allí quedó el heroico y admirable soldado, "tendido en tierra, sonriendo de cara a Dios".

El gran artista y poeta irradiaba en torno suyo inmenso amor en amigos y enemigos. Tenía el alma caliente. Sus versos y prosas sobre el *Mystère de Jeanne d'Arc* tienen sonoridades que traen lágrimas a los ojos, que estremecen las entrañas como el canto ingenuo de un pastor que resonara en la soledad de una colina evocando algo paradisíaco y celestial. Santa Genoveva velando sobre París, en esa claridad plateada del fresco de Puvis de Chavannes del Panteón, saluda a Juana de Arco "cuando la ve venir vestida de muchacho — dentro

de su coraza, bien metida en la silla — juntas las manos sobre la cruz de su tizona — rezando recogida sobre el caballo esbelto”.

Describe estas armonías uno de los numerosos escritores que se ocupan de Péguy diciendo que “son generalmente irregulares, de una desnudez serena y casta, impregnadas de raro perfume viejo, que mecen como la cantilena de una abuela sentada al pie de la chimenea del castillo recargada de armas heráldicas”.

Péguy, que admira el arte estatuario, la pintura, la arquitectura, la belleza, ha dicho también sobre la plegaria cosas tan íntimas y tiernas que sólo los que saben orar pueden comprender. Es tarea superior repetir esas frases, ese estilo misterioso, esa sucesión de golpes, esa cadena de rasgueos sobre cuerdas sonoras que hacen el secreto y la originalidad del escritor. Péguy es intraductible y no hay idea de lo que cuesta comunicar a otros sus palabras. He aquí unas líneas:

“¡Oh, el inmenso, eterno, infinito tesoro de las preces! La oración de Cristo llenó la tierra de un golpe, infinita y eternamente. Esa vez, esa primera vez, esa única vez en que el Padre Nuestro salió al mundo, pronunciado por sus labios temblorosos de divinidad, iluminó toda la faz del mundo; esa vez la oración subió como un inmenso vapor de lágrimas y esperanzas, todo encendido en reflejos de oro y de sol; la oración que debía ser en seguida tantas veces pronunciada, tantas veces dicha por labios indignos, tantas veces suspirada, tantas veces cantada, tantas veces murmurada, secreteada, sepultada en el secreto de los corazones o en la vergüenza del pecado, no será sin eco, ecos innumerables, ensordecedores ecos de la muchedumbre sedienta de oración...”

La “Salve Regina” y el “Ave María” son “blancas carabelas que navegan por el mar sereno hacia un puerto tibio”. “Como en el umbral de la iglesia, el domingo y los días de fiesta — cuando se va a la misa — cuando se va al bautizo — cuando se va al matrimonio — cuando se va al entierro — se pasa el agua bendita de mano en mano — de manera que se trasmite el signo de la cruz — y va corriendo de pecho en pecho — y va marcándose de frente en frente — y llega hasta el altar — y llega hasta los difuntos dormidos — así la palabra de Dios corre por el mundo — y pasa de un alma a otra alma — y pasa de una mente a otra mente — y envuelve como una cadena a

todos — y se expande hasta ser una atmósfera — un amor nuevo, hondo, hecho de sangre, lágrimas, perdón...

Canta a Francia y le dice: “Madre: he aquí a vuestros hijos que se han batido tanto — no los toméis como se toma a los ángeles, — no los miréis como se mira a los demonios, — que Dios los ha formado con un poco de esta tierra, — que ha sido su principio y va a ser su fin, — Madre: he aquí a vuestros hijos en un inmenso ejército, — no los juzguéis como merece su miseria, — que Dios puso en ellos algo de esta tierra, — que tanto los ha perdido y que tanto han amado.”

Y en otro canto agrega con sublime acento que pronosticaba su heroico fin: “Felices aquéllos que pelean por el rincón de tierra, — felices aquéllos que perecen en las batallas, — acostados en tierra cara a cara con Dios. — Felices los que mueren por su choza y por su fuego, — por la pobrísima calma del hogar maternal, — felices los que mueren porque vuelven a su primera tierra, — porque en ella penetran para poseerla siempre, — felices los que mueren en una justa guerra, — porque están maduros como las espigas del trigal...”

El mismo había soñado la marcha de esos centenares de miles de hombres todos inclinados como los trigos al viento, hacia adelante, las banderas deshilachadas bajo la tempestad, todos al mismo paso, gastados, sedientos, afiebrados, ciegos, una ola tras otra ola cayendo sobre el enemigo, incansables, izando los mástiles desnudos porque las balas se han llevado los tricolores!

Así, orgullosamente, soberbiamente, murió este gran francés, este filósofo, místico, pensador, poeta, periodista, fiero en sus luchas, noble y humilde en su vida de cristiano.

El Diario Ilustrado,

22 de noviembre de 1920.

TIVOLI Y LA VILLA DEL CARDENAL D'ESTE

Roma, mayo de 1909.

Tengo por primera vez delante de mis ojos la visión precisa de la ciudad histórica. Roma es demasiado compleja para abarcarla con la vista; se necesitan todos los sentidos para penetrarla: solamente cuando han sacudido el cuerpo esos estremecimientos eléctricos de la humanidad, de la universalidad y de la muerte que exhala la capital eterna, entonces puede el viajero, pasando la vista sobre los barrios nuevos, comprender, amar y vivir los antiguos.

Pero aquí está Tívoli, al frente, sobre montañas y entre montañas, pequeña, concentrada, surgiendo en determinado y reducido espacio con una variedad ilimitada de colores finísimos grises y anaranjados.

Quien quiera saber rápidamente, sin definiciones, sin palabras, qué significa ese concepto histórico, hoy gastado, de ciudad, deténgase aquí a mi lado frente a la honda quebrada llena de vegetación oscura, en la cual saltan blancas y espumosas las cascadas que vienen a admirar los viajeros. Aquí está Tívoli, tal como la primera necesidad de agrupación humana la fundó; como las guerras, incendios y desolaciones la obligaron a recogerse; como la paz, la prosperidad y el arte la engalanaron. Campanarios, azoteas, templos en ruina, estribos macizos de piedra, puentes de grandes arcos musgosos, casas altas y angostas, agujereadas por centenares de pequeñas ventanas, viejas puertas descalabradas y negras, callejuelas estrechas, masas de cipreses oscuros, rebalsando sobre murallas de ladrillos carcomidos; he ahí la ciudad absolutamente fija e inmóvil como una colosal agua-

fuerte de dos tonos, sanguínea y sepia, tan inmóvil que parecería muerta y despoblada si los dos campaniles medievales no tocaran en ese momento al mediodía y sus notas argentinas no llegaran a nuestros oídos como heraldos de vida.

Es una ciudad que a primera vista parece nacida junto con el levantamiento que formó esas montañas y aplanó esas llanuras; y tan vieja, venerable e inmutable, como parece inmutable, venerable y vieja la naturaleza que la rodea con su calma milenaria.

Tívoli da la honda impresión de la ciudad primitiva, de esa primera tribu humana que buscó refugio después de una larga fuga, y trazó un muro dentro del cual dormir un largo sueño reparador y sembrar el primer puñado de trigo. Ahí llegó un centenar de hombres, griegos o etruscos. Como la emigración, hoy día, echa sobre las playas de América el sobrante humano de estas tierras, los pueblos antiguos hacían esta obra de selección, cruel y despiadadamente, lanzando al destierro y a la lucha contra lo desconocido, grupos sucesivos de hombres inútiles o débiles, bajo el mando de un hombre útil y fuerte. Así llegó Rómulo al Palatino; así Tiburto a Tívoli. ¿Qué bandera presidía estos primeros reducidos ejércitos de conquistadores? El hambre, el miedo, la muerte; avanzaban primero medrosos, dejando a sus espaldas el destierro y teniendo al frente la inmensidad; después se sorprendían rugiendo de hambre como los lobos; más tarde luchaban para abrirse paso, y después de probar duramente su derecho a la vida, desnudos y enfermos, descubrían el rincón de asilo, de descanso, de reproducción, que iba a ser su ciudad.

¡Qué distancia entre esa primera muralla hecha de piedras, de barro y de sangre, y esa usina blanca con techo rojo, donde se han juntado las cascadas de Tívoli para dar fuerza y alumbrado eléctricos a Roma, y en donde en el silencio de las noches gira la inmensa turbina y el émbolo de los dinamos marca incansablemente el tiempo como un péndulo acelerado!

El miedo a los otros hombres a quienes habían quitado el trigo en el camino, los llevó a este sitio escarpado; el miedo a los elementos los juntó en los contrafuertes de la montaña, para defenderse del viento y de las aguas; la defensa común los agrupó en viviendas montadas unas sobre otras para darse la alarma y socorrerse. De ahí, esta acumulación de casas angostas y altas, que parecen empujarse unas a

otras, como ovejas despavoridas, y mirar desconfiadamente hacia el horizonte, donde entre brumas la capital levanta su línea de cúpulas incierta y desvanecida, como vapores de la campiña romana.

El que quedaba aislado, moría; por esto Tívoli no termina en arrabales extendidos como la ciudad moderna, burguesa dominguera que busca el suburbio con el cesto de provisiones en la mano; sino que, por el contrario, se recoge de todos lados tendiendo a formar pirámides y dejando apenas entre filas y filas de casas el espacio suficiente para que pasara el carro con el agua, la harina y la carne, descascarando con los extremos del pesado eje los pórticos y fachadas de cada lado.

Cuando los enemigos llegaban al pie de los montes, griegos, romanos, hunos, godos, normandos, alemanes, españoles o franceses, éstos contaban sus fuerzas y si eran más que los de arriba subían y los saqueaban. Otras veces, al través de las inciertas neblinas de la noche, Tívoli veía arder Roma y alejarse la horda de vengadores, olvidándola en el abrupto asilo.

He ahí la ciudad, el centro en que se ha desarrollado la vida, desde el hombre primitivo al hombre que va al Congreso de La Haya.

Esas mansiones grises y rojizas, hechas con la tierra, la piedra y los musgos que colorean los cerros vecinos, han escondido en sus salas oscuras y frías todo el drama de la vida humana. A estas casas se recogía el vencido a madurar el plan de su venganza; el vencedor a reposar sobre su botín las iras amenazantes; el gran señor a meditar el proyecto de sus ambiciones; Horacio a escribir sus odas; Adriano a construir la mansión oriental del placer, de la voluptuosidad y del reposo; el cardenal Hipólito d'Este a arrojar los brujos de la Edad Media y poblar de ninfas un jardín de rosas; el Papa Gregorio XVI, a salvar la ciudad de las avenidas del Aniene, y los ingenieros hidráulicos de Italia unificada, a colocar la planta eléctrica de Roma capital.

Pero no puedo quedar más tiempo en la contemplación de esta vieja estampa, sobria y vigorosa de líneas, deliciosa de pátina y de colores muertos, solemne de armonía, de inmovilidad y de permanencia. No se puede porque el día perturba nuestro ensueño, rumiando entre sus mandíbulas desdentadas, nombres, datos y reflexiones anacrónicos. Una inglesa se detiene también a la orilla del anfiteatro desde donde se domina el maravilloso espectáculo, una inglesa que pa-

rece haber ayunado desde la fundación de Tívoli (500 años antes de la de Roma, según Dionisio de Halicarnaso) y que lee en voz alta en su libro santo, de tapas rojas, el Bedecker: "Tívoli, diez mil habitantes, oficina postal y telegráfica. Hoteles de la Sibila, de la Sirena, de la Regina, de las Cascadas, de cuatro a seis liras por día."



Para tomar a Tívoli con el primer día de su historia, deberíamos acercarnos a esos templos antiquísimos, al de la Sibila y al de Vesta, que muestran sus esbeltas columnas tronchadas y los hermosos capiteles rotos; y al de Hércules y al de la Dea Bona, que salen a medias del suelo como luchando contra el implacable olvido; pero el día luminoso, claro, sonriente, la música dominguera que va adelante de la pintoresca callejuela, seguida de pilletes rubios y de muchachas rosadas, nos empuja hacia los jardines y el campo. Siquiera deberíamos detenernos a admirar dos campaniles negruzcos, uno cortado en línea recta y el otro terminado en punta, recuerdos de la Edad Media, que contribuyen a formar desde lejos el conjunto armonioso y casi musical de esta ciudad, al elevarse sobre los techos y romper los planos horizontales de las azoteas. Pero, desde lejos, el ruido de las cascadas invita más a oír el lenguaje de las aguas que el lenguaje de las piedras.

La Villa Gregoriana habla de épocas muy recientes del papado. Iban ya a sonar para el Vaticano las horas tristes, y Gregorio XVI no tenía el espíritu despreocupado, artístico ni opulento de sus grandes antecesores del Quinientos, Nicolás V, Julio II y León X. Su mano de gobernante se va marcando, en cambio, modesta pero sabiamente a lo largo de la campaña romana, en acueductos, en obras de regadío y de saneamiento. Donde están sus cifras y sus armas hay seguridad de encontrar la obra útil y administrativa; pero jamás las magnificencias pasadas. El papado, como aquellas madres que en el otoño de su vida dan a luz un hijo tardíamente, producía lleno de trabajos y de fatigas su última obra monumental: San Pablo, que acababa de incendiarse en 1821. Desde entonces iba a ejercer solamente la soberanía religiosa del orbe, y los magníficos pontífices, artistas, príncipes y constructores, pasaban a la historia para no volver. He aquí la última villa papal; un pequeño casino bastaba para que el Papa tomara

reposo y descendiera como un monje benedictino, cubierta la cabeza por el blanco birrete, en medio de los calurosos días de julio, agosto y septiembre, por los senderos sombríos que llevan a la cascada, leyendo en voz alta su oficio en el breviario abierto. Una sola gruta oscura donde las aguas se precipitan, se revuelven en espumosos remolinos y salen lanzadas tumultuosamente, ha escapado a la piedad severa de los papas del siglo XIX, con el nombre de "Gruta de Neptuno", último resto mitológico del 1500.

La Villa Gregoriana es la obra de los papas piadosos y buenos administradores. El Aniene amenazaba llevarse la ciudad en una de sus creces: el Papa Gregorio XVI lo desvía y forma la imponente cascada que recuerda a Tívoli una obra de progreso, que le da un maravilloso pedestal, convirtiéndolo en una fontana gigantesca, que produce hoy día el alumbrado y la fuerza de Roma.

La villa es sombría, pintoresca, llena de vegetación; pero simple y severa. Es el gran jardín de un párroco rico que ha sido dibujado y formado por su sacristán. Se puede rezar en ella; hasta dormir se puede, bajo los grandes y añosos árboles; pero no soñar ni amar.

• • •

La opulenta y maravillosa villa construida en 1551 por el cardenal Hipólito d'Este, gobernador perpetuo de Tívoli, canta todavía, con la vigésima parte de sus diez mil fuentes de agua cristalina, una anacreóntica que tiene ecos deliciosos en las estatuas de mármol, en los rosales floridos, en los inmensos plátanos y cipreses, en los emparrados misteriosos y en las largas avenidas de verdura recortada y sombría.

Cien años de abandono han pasado sobre la antigua, grandiosa mansión, secando las fuentes, agrietando los arcos, descalabrando las puertas, haciendo trizaduras en los jarrones cargados de musgos y de helechos, pasando por todas partes una mano implacable de desolación y de olvido, pero también de poesía y de misterio. Y es verdad: el ciprés ha crecido en largas, interminables puntas; el rosal ha pasado sus guías cargadas de botones sobre el sendero solitario y ha ido a anudarse en la balaustrada de una escalinata o en el pedestal descascarado de un fauno; la fuente ha caído durante siglos y por último se ha secado, y en vez de brotar por el obstruido conducto, va por debajo de

las hojas de acanto, rumoreando humildemente; y la hiedra, imagen de esta emanación de paganismo que la Iglesia no ha podido sofocar y que se venga haciendo ostentosa manifestación en la morada de uno de sus príncipes, se alza por los troncos de los cipreses, taladra las cortezas seculares con sus raíces finísimas y confunde sus hojas con las ramas.

Y cómo sería profundo, imborrable, ese sello de sonrisa placentera, de erotismo y de alegría, de sensual satisfacción, con que se marcó esta mansión, que aún ahora, cuando el follaje ha crecido, las aguas se han estancado en superficies verdosas, los troncos se han hecho inmensos y negros, y el fin de las avenidas es casi tenebroso, aun recorre el cuerpo un temblor voluptuoso, y todavía sonríe todo con suspiros y secretos que hace que inconscientemente la madre retenga a la hija a sus costados o no abandone con la mirada la pareja de novios que baja las gradas lentamente, respirando el tóxico de las flores y de las hojas, de las aguas y de las brisas, de las sombras errantes, de las palabras y de los ecos que quedaron flotando y se anidaron quedadamente en los rincones.

¿Para qué fue hecha esta villa? ¿Para orar? Como en los días de viento el humo en la boca misma de la chimenea se disipa y desaparece, en la villa D'Este no alcanza la oración a salir de los labios, porque el espíritu no puede formularla. ¿Para pensar? Como el que va a entrar al templo y escucha los acordes de la música militar y se detiene para buscar con los ojos la calle por donde se aproxima, en la Villa D'Este el pensamiento se enreda en las madreselvas, flota sobre el agua, sigue el murmullo de las fuentes, cree que lo llaman de aquí, de allá, de todas partes, y por fin se cansa y se adormece. ¿Para qué entonces? En una de las salas del palacio, decoradas por Zuccari, se ve el retrato del cardenal vestido de cazador. Tal vez esta villa fue hecha para cazar.

Los pintores han acudido como peregrinos a la Villa D'Este. Lo que Versailles frío, académico, simétrico, les ha permitido adivinar, lo han encontrado aquí con toda la intensidad de la naturaleza que por primera vez se ha entregado al arte sin perder su flor de virginidad y de pureza. La turba de paisajistas bebe incansablemente, durante más de medio siglo, el color, la poesía y la calma de sus jardines; y sin embargo, todavía quedan rincones que nadie ha descubierto, que

nadie ha comprendido, donde la sombra tomada al brazo del misterio imita a los sublimes aparecidos, que en las noches de luna se abrazan bajo los emparrados de jazmines.

Cuando las diez mil pilas de la villa dejaban caer sus diez mil surtidores, y los grandes señores y las grandes pequeñas damas descendían la escalera, entre la doble fila de cipreses solemnes y casi fúnebres, y flotaba en el aire esa inconsciencia de la vida y de la muerte que es el alma del Renacimiento, qué risas, qué diálogos, qué sabias y filosóficas conversaciones se mezclarían a la voz poética de las aguas. El alma de Giovanni Boccaccio hace evocar en este jardín rumoroso su *Amorosa Visione*, donde el poeta encontró en el templo de la Felicidad, a la Sabiduría, la Gloria, el Amor y la Fortuna. La Villa D'Este era este templo que contenía estas diosas avaras; pero su dueño, el gran cazador pintado por Zuccari, era al mismo tiempo gobernador perpetuo de Tívoli y dispensador de la indulgencia y del perdón para los que lo necesitaban.

Estas diez mil vertientes artificiales se alineaban a veces en una sola fila, y cada una dejaba salir por la boca de un sátiro barbudo, un hilo de agua que caía sobre su fuentecita de mármol con una nota clara y argentina; se juntaban otras veces como en la fontana del órgano, y al pasar las aguas por los grandes tubos de madera, producían al morir la tarde una música extraña y dulcísima; pero eran más elocuentes, misteriosas y poéticas sus funciones de compañeras y de habladoras imperturbables y serenas, cuando en el último rincón olvidado, frente al banco de piedra un pequeño chorrito saltaba en una humilde bandeja de mármol, para acompañar con su murmullo a los que tenían pocas palabras que decirse.

Esta es la Villa D'Este. Perdón si ante el paganismo de este maravilloso palacio, el escritor cristiano piensa demasiado en las divinidades griegas, en el Dios Pan, en los Silenos y los Sátiros y cree todavía ver la sombra de Leda a la orilla de la gran fuente donde el último cisne ha muerto.

El Mercurio,

29 de agosto de 1909.

DIAS TRISTES EN BRUSELAS

(Del diario de un enfermo)

Llego de Italia donde he dejado días luminosos y tibios. Desde Basilea el frío ha arreciado, y estamos entumidos al descender en la estación del norte. ¡Qué inhospitalaria ve el enfermo la ciudad donde llega, de donde no sabe si va a salir alguna vez, donde no tiene amigos, donde no conoce casi a nadie!

Desde el fondo del automóvil veo desfilar edificios altos y sombríos; una llovizna brumosa rodea las luces de la calle con un lampo vago y misterioso. Al llegar al hotel el resplandor más vivo me anuncia el momento de adoptar una posición sólida para no excitar la piedad de sirvientes y porteros. Es el hotel grande, moderno, copia exacta de todos los que hemos dejado atrás en nuestro camino. Marcho derecho disimulando mis dolores, tratando de encubrir la palidez que me ha revelado en el tren el espejo colocado sobre los asientos. Además el enfermo que va acompañado por un ser querido lleva el mejor espejo en sus ojos. He notado en las miradas de mi compañera la angustia creciente de mi mal. Pero tengo fe; comprendo que se trata de una crisis, y aunque no descubro todavía el camino para salir de ella presiento que el organismo va a resistir una dura prueba sin sucumbir.

Miro con desconsuelo la habitación elegida. Tengo prisa de estar tendido, sin luz, sin testigo, para adoptar la resolución que me inspira mi estado.

¿Qué destino me hizo salir de mi tierra, dejar en ella a mis hijos, volver a estos países lejanos? ¿Qué sorpresas me reserva esta ciudad cuya fisonomía todavía no conozco? Trato de descubrirla al través del

ruido que sube por los balcones; pero es el rumor muriente de la noche que nada me dice. ¡Cómo recuerdo entonces otras horas análogas; otras revelaciones de ciudad en las sombras nocturnas! A Florencia llegué así la primera vez; pero estaba sano y optimista. Las ventanas del hotel daban a una calle estrecha y el ruido de los coches sobre el enlosado parejo levantaba un rumor sordo que se extendía por debajo de los edificios formando una sola vibración estrepitosa.

Bruselas no me recibe bien. El movimiento de todo el día, desde la mañana en que salí de Basilea, me ha provocado nuevamente el dolor agudo que me tortura de cuando en cuando. Mi enfermera no se fía de los sirvientes y resuelve salir ella misma a buscar una droga. La diligencia ha tenido sus peripecias. Un policial ha querido cerciorarse si realmente iba a la botica y después de hacerle algunas preguntas la ha seguido con la mirada. Ella soporta risueñamente la prueba. Mientras me cuenta el incidente ha encendido una mecha de alcohol y prepara la inyección. A primera hora llamaremos al doctor que nos han recomendado; un viejo flamenco según parece. Luego la calma bienhechora apaga el dolor y quedo sumido en la inconsciencia de un sueño artificial.



No debo dejar el lecho durante algunos días. La continuidad de los ataques sufridos me ha hecho daño. El médico está de acuerdo con el diagnóstico de mi doctor italiano que me indicó el primero la causa de mi sufrimiento. Habla vagamente de una operación, me interroga sobre mis ocupaciones habituales, y después de recomendar un régimen, me ofrece con amabilidad ayudarme "como si se tratara de un hijo". La frase me parece excesiva en el primer momento; pero más tarde he visto cuánta sinceridad había en ella.

Estoy pues recluso y debo resignarme a no conocer todavía Bruselas. De tarde en tarde, mi compañera me cuenta algunos descubrimientos que va haciendo en la ciudad. Le ha tocado pasar por la Iglesia de Santa Gúdula que, según me dice, es soberbia. Ha visto encajes maravillosos en las catedrales y en los escaparates de las tiendas. La ciudad es hermosa y tiene muchas calles estrechas, de edificios antiguos muy característicos, tal vez de la Edad Media. Ardo en

deseos de recorrerla. ¿Cuándo podré hacerlo? “¿Qué te ha dicho el médico?” Parece que el médico ha vuelto a nombrar la palabra operación y se ha referido a dos cirujanos muy hábiles entre los cuales debemos optar. El uno es un viejo de celebridad; el otro, su sobrino, muy joven todavía, atiende la clínica de un hospital y es un obrero trabajador y ambicioso que hace no menos de tres a cuatro operaciones diarias.

—¿A quién ocuparía usted, doctor? —le pregunto.

—Ciertamente al joven. Hablemos desde luego con él.

Mi mujer ha descubierto la Gran Plaza. Viene admirada de algo que no había podido siquiera soñar. El Hotel de Ville, la Casa del Rey, la de las Corporaciones, el encaje de piedra, el color de los viejos edificios. Las callecitas que conducen a este rincón admirable, todo es nuevo para nosotros que venimos de la tierra del Renacimiento y nos encontramos aquí en plena Edad Media.

A pesar de mi abatimiento físico, veo con agrado las fotografías que ilustran la descripción. Han llegado también muchas flores al cuarto, flores de los jardines y conservatorios de Gante. Es un momento de optimismo y esperamos que el cirujano nos traiga algún aliento.

Una chica que viaja con nosotros debe hacer su ingreso al colegio. Será la primera “gran-pensionista” de las monjas del Sagrado Corazón en la rue du Grand Cerf 9, cerca del Palacio de Justicia, porque acaba de abrirse la casa. Las religiosas, señoras de la más alta distinción, las antiguas inquilinas del Hotel Biron de París que han salido por las leyes francesas, la acogen bien. Desde mi cuarto ligo esas pequeñas charlas de mujeres sobre vestidos, útiles de casa y tantas cosas que hay que comprar para la colegiala. Esta se empeña en salir todos los días y dice que las monjas ofrecen como compañía a una señorita que vive en la casa. De pronto algunos golpes en la puerta. Mandan de la legación las cartas de Chile. Una de ellas muestra esas líneas incorrectas de los chicos. La *mama*, la *mama* chilena, escribe también sobre “las gracias” de los niños, sus palabras, si se han acordado del papá, si rezan por él... Habríamos podido entercernos con el recuerdo de los deudos ausentes; pero la idea del médico nos retiene.

Este llega finalmente. Es el doctor Lerat, un hombre rubio, de treinta años tal vez, de ojos muy claros, que se ruboriza al hablar. Hace un examen cuidadoso del paciente. Luego escoge una silla y trata de entablar una conversación corriente, tal vez para conocer más a fondo la gente que requiere sus servicios. Nos pregunta cosas de la patria, de mis ocupaciones habituales, de Italia, de mis ataques anteriores, todo mezclado con destreza. Parece un hombre frío y muy preciso y verídico. Pronto abrigo plena confianza en sus conocimientos.

Va a tomar su sombrero. Nos miramos todos sorprendidos. ¿Y la opinión? No se la ha formado todavía; no hay que tener cuidado alguno; no se trata de un mal excepcionalmente grave. Posiblemente puede recomendarse la operación. Volverá al día siguiente.

Nada es más odioso que la incertidumbre. No saber cuál es la verdad, temer que se oculte algo... Pero la impresión dejada por el nuevo médico es de un hombre incapaz de decir una cosa por otra.

Realmente, al día siguiente el doctor Lerat se pronuncia por la operación.

—Usted tiene una profesión intelectual. No es conveniente dejarlo sujeto a crisis dolorosas, cuya frecuencia no podría indicarse. Posiblemente habría un tratamiento; pero usted parece rebelde a largos sistemas. En todo caso las inyecciones son peligrosas. Más tarde el organismo podría habituarse a ellas. Soy partidario de operar...

—¿Hay peligro?

—Naturalmente. Toda operación interna es peligrosa. Esta tiene especialmente sus peligros. Pero también hay peligros en la navegación a América, ¿no es cierto?

Las mujeres parecen inclinarse a hacer más largas consultas. Yo he resuelto por el contrario terminar de una vez. En esta materia cuesta la resolución; pero ya la tengo hecha y contesto con firmeza.

Desde ese momento comienzan las diligencias para el traslado a la clínica. Me la presentan con buenos colores. Vamos a ella.



Cruzamos la ciudad en un automóvil. Es un día de sol en que todo sonrío; pero el enfermo está triste. La luz brillante que se refleja

en los grandes y bruñidos cristales de las ventanas hiere la retina y hasta el ágil paso con que las mujeres jóvenes van por las veredas al trabajo, saltando para ganar la delantera al transeúnte que las obstruye el paso, fatiga la vista. La Avenue Louise abre delante de nosotros el elegante y burgués panorama de sus fachadas estrechas, de ladrillos multicolores, de detalles arquitectónicos caprichosos, de rejas laboreadas, ventanuelas ingeniosas y puertas exquisitas en que cada arquitecto ha dejado su firma en el esmero de todos los detalles. Variedad infinita de rejas, de jardincillos, de balcones, de enredaderas colgantes, de cortinas y visillos que la coquetería de las mujeres dejan ver al través de los postigos entreabiertos, y en todas las grandes ventanas el espejo avanzado sobre la calle donde la curiosidad belga satisface los placeres de la vista desde el rincón abrigado del fumoir.

El automóvil ha penetrado en el Bois de la Cambre. Atraen la vista los árboles derechos de troncos húmedos, las copas lustrosas, los prados verdes, más verdes aún que en París.

Pasamos por un pabellón donde una concurrencia de carruajes, automóviles, caballos de raza, demuestran haber llevado la elegante clientela de un restaurant de moda. Al través de los cristales y aún en el jardín alcanzo a ver uniformes de oficiales de caballería, sombreros femeninos, extrañas vestimentas de turistas apresurados. Los acordes de una orquesta de zingaros nos llegan también y veo los fracs rojos, allá, en el fondo de una galería. Recuerdo en este triste momento cuando no temía la partida de esta fugitiva eterna, de la salud, las entradas matinales o vespertinas a estos pintorescos pabellones de los parques y jardines. No me olvido de una tarde en que salíamos con otros chilenos del Pré Catalan y en que al pasar por un espejo nos encontramos todos más jóvenes y rozagantes que nunca. No dirían ahora lo mismo si nos vieran. Mi aspecto debe ser de grande extenuación. El de mi compañera es de viva inquietud.

—Vamos a llegar, me dice. No te alarmes del aspecto externo del edificio. Al fin y al cabo es un hospital; pero nosotros vamos al pensionado que está en el primer piso, en la fachada, y tiene vista sobre el bosque.

En efecto, el automóvil sale del bosque con una rápida y violenta vuelta en un sendero de parque enarenado e inmediatamente se pre-

senta a mis ojos un edificio rojo, de tres pisos, rodeado con un alta muralla de ladrillos también rojos. Entre el piso bajo y el segundo, unas letras doradas: Hôpital de Sainte Elisabeth.

—Si no fuera por las letras se creería en una cervecería —dije— porque había que decir algo, y todos sonreímos en seguida fríamente.

En la puerta del hospital había un carro fúnebre. Nuestro automóvil paró en seguida.

• • •

—¿Qué se ha hecho la señora del frente que no la siento quejarse?

—*Elle est partie, monsieur.*

Soy yo quien pregunto y es la hermana Priscila la que contesta. Todas las noches durante diez días he escuchado las quejas de una enferma. Anoche he oído el tintineo de una pequeña campanilla y al través de los vidrios empañados de mi puerta vi o creí ver pasar un sacerdote revestido que llevaba el viático en las manos. Pregunté muy de mañana a la enfermera inglesa que va a atender mi convalecencia, y me dijo que la pobre había muerto. Si se lo he preguntado de nuevo a la hermana Priscila es para verla ruborizarse al insinuar la piadosa disimulación con que me cuenta las muertes: “ha partido”; realmente ha partido; pero no para su casa como desearía la buena hermana que yo creyera, sino para el otro mundo. La hermana me cree impresionable.

He recibido la visita de Père Albert, franciscano conventual, capellán del hospital. Es un flamenco rubio y vigoroso que, según me dice, tiene una gran debilidad que puede ser causa de su desgracia: la “grande vitesse” en automóvil. Desearía ser *chauffeur* más que *aumonier*, y tiene ciertos escrúpulos porque no logra vencerse. Cuando le toca ir a buscar a algún herido, consigue del “chauffeur” que vaya a la mayor velocidad posible. Y se comprende: es un vigoroso muchacho, ama los *sports*, la vida al aire libre, los peligros, la guerra. ¡Qué gran capellán de regimiento podría ser el Padre Alberto!

• • •

A las cuatro de la mañana entra por la gran ventana la luz del día. Al mismo tiempo y, a pesar de la cortina, porque los postigos

han sido suprimidos por curiosa disposición en una casa de enfermos, penetra el frío que precede la salida del sol.

Desde el lecho veo las copas de los árboles del bosque, y aquí cerca casi al pie del jardín, la calzada de Waterloo que va rectamente hasta el campo de batalla. Pasan por ella los carros llevados por pesados caballos brabanzones, que van lentamente dejando caer la enorme pata herrada una tras otra, sobre el apretado macadam del camino, los tranvías, automóviles, carruajes y los pequeños carritos de leche o de flores conducidos por el hermoso perro de tiro. De tarde en tarde se escapan del bosque algunos coches elegantes que van a los palacetes vecinos y veo flotando al través de los árboles las plumas y *aigrettes* de los sombreros.

El doctor Lerat ha estado en el cuarto y ha hecho cambiar la disposición de los muebles. Ha comprobado también que queda en el frasquito una sola poción. Esto quiere decir que el momento se acerca.

El capellán ronda en torno de mi cuarto con especial interés. A veces parece que lo trae allí un objeto determinado: se ruboriza, balbucea algunas excusas y después se calla. Yo le ofrezco un cigarro, y su verbosidad contenida no sé por qué razones encuentra ancho campo en el elogio del tabaco extranjero.

Como de costumbre, a las nueve de la mañana comienza, allá en el fondo de la galería, una misma melodía triste en el piano. Me dicen que la ejecutante es la viuda de un célebre director del Conservatorio de Gand, una Madame Samuel, judía, que sufre de parálisis en una mano. Sin embargo, su conocimiento del teclado y el ejercicio con que vence la muerte prematura de sus dedos, le permiten recordar sus viejos tiempos mientras toca en las mañanas esta misma melancólica sonata.

La hermana Priscila entra a arreglar las flores sobre la mesita. Es un alma primaveral: bajo su cofia blanca de linón apegada a la frente lucen sus grandes ojos azules ingenuos. Cree dotada a cada persona de una bondad infinita. Conoce un mundo de convalecientes; y naturalmente, los convalecientes son seres buenos, débiles, apacibles.

—Veo abierto el cuarto del frente, hermana. ¿Dónde está el caballero que lo habitaba?

—Se ha ido, señor. Su familia estuvo ayer aquí.

—¿Mejóro de repente, hermanita?

—No señor, no había mejorado.

La hermanita comienza a ruborizarse y a arrepentirse de la mentira. Veo por el espejo que ha dirigido una mirada pidiendo auxilio a mi mujer. El caballero se quedó muerto en la operación. Yo lo sé bien y hasta antenoche escuché los resposos recitados con voces apagadas y entre sollozos. Estaban sus hijos, según me dijo Père Albert.

El capellán entra de nuevo y violentamente a mi pieza. Parece hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar; pero luego se calla. Mira hacia el bosque al través de la ventana. De pronto, tratando de vencer de nuevo su timidez me pregunta a boca de jarro:

—¿Todos los españoles son católicos?

—Casi todos, Padre Alberto.

—¿Usted es español?

—No, padre.

¡Qué aflicción la del pobre capellán! Se deshace en excusas. Me dice que la madre superiora le ha dicho que soy español y de la embajada. Que a él no lo mueve una curiosidad malsana sino su ministerio porque yo voy a sufrir una seria operación, según lo ha oído y debería prepararme; porque supone que a pesar de no ser español yo debo ser católico, aunque no tiene derecho a suponerlo: en fin, que el pobre Padre Alberto no sabe cómo salir.

Cuando sabe que realmente lo soy y que ya tengo en mi poder la dirección de un religioso, al cual debo llamar, el capellán se muestra verdaderamente contento. Para compensarlo de sus confusiones le propongo que vaya él mismo a buscarlo a un punto vecino de la ciudad, al través del bosque. Le recomiendo la velocidad para que pueda a su vez pedirselo al *chauffeur* sin temor de abuso.



Ha llegado la hora. Hay pocos sufrimientos comparables con el del enfermo que tiene su mente tranquila, todos sus sentidos normales y que sabe que va a pasar por una dura prueba. Sobre el soldado que va al campo de batalla tiene la inferioridad de su certeza sobre la falta de sufrimiento físico; en cambio debe hacer un esfuerzo frío de voluntad sin excitaciones febriles de ninguna clase. Tendido en la cami-

lla rodante recorro las galerías empujado por los enfermeros. Es un cortejo casi ridículo. No me siento enfermo, debo saludar o sonreír a las hermanas que pasan y me desean buen éxito. Desciendo escaleras y penetro por fin en una antesala blanca excesivamente luminosa con los muros forrados con ladrillos de porcelana, donde el doctor Lerat en mangas de camisa y un gran delantal albísimo me recibe con frases alegres. Por un arco veo la rotonda de la sala de operaciones donde seré conducido cuando el narcótico haya hecho su efecto.

Todavía puedo desistirme. Aún es tiempo de negarse a sufrir la operación. Bastará que me incorpore y diga "no" con energía para que mi voluntad prevalezca sobre todos estos preparativos.

Un médico queda a mi izquierda, una de las enfermeras a la derecha y otro individuo me aproxima un aparato, cuyas formas no puedo distinguir. Luego siento que no me dejan respirar con facilidad, temo asfixiarme, hago algunos movimientos bruscos y un olor penetrante de éter mezclado con cloroformo se substituye al aire, al aire puro, a ese tesoro de los hombres, cuyo valor no se conoce sino cuando falta por completo. Oigo a cierta distancia las palabras persuasivas de Lerat que me aconseja un instante de inmovilidad, todavía puedo sonreírle y me parece que la sonrisa ha muerto antes de llegar a mis labios. Al través de las pestañas logro ver a mi médico que lava sus manos en yodo y extiende sobre una mesa de porcelana sus instrumentos niquelados que brillan bajo un rayo de sol. ¿Será ya el momento de la tortura? Pero todavía siento, siento las más mínimas sensaciones: la mano velluda del doctor viejo que está a mi izquierda y la mano pequeña y suave de la niña que está a mi derecha y que se mueve al compás regular de las palpitations de mi pulso. Hay un instante, no sé si largo o corto, en que pierdo toda noción. Despierto sobresaltado temiendo que me den el tajo antes de adormecerme por completo y descubro en los movimientos afirmativos de la cabeza del médico y de la enfermera que dan por terminada la obra del narcótico. El aparato se separa de mis labios, un ruido penetrante golpea en mis sienes, otro más agudo zumba en mis oídos. Quisiera gritar que aún veo y oigo y siento; pero la voz no alcanza a salir de la garganta seca. Es éste un siglo de infinita tortura, un siglo de terror. Todos me creen semimuerto y, sin embargo, oigo lo que hablan. Al-

güen se inclina para mirarme de cerca. Yo no puedo hacerle un gesto de aviso, ni una mueca, ni un movimiento. Estoy paralizado.

¿Cuánto tiempo ha durado este suplicio? He necesitado recordar todo el proceso del cerebro que manda al cuerpo. Resuelvo levantar un brazo y comprendo que ese brazo debe ser el derecho porque pegará en cuerpo más sensible. Dos o tres veces hago el esfuerzo; pero mi brazo no se mueve. De repente casi sin quererlo ha logrado soltarse mi mano de la enfermera y pegarle en el pecho. Inmediatamente el aparato se acerca de nuevo. Los golpes en las sienes disminuyen, el zumbido de los oídos termina en una nota tan aguda que se pierde finalmente, y en seguida me veo girando vertiginosamente sobre mí mismo como un tornillo lanzado al espacio sin fin hasta que choco en algo.

• • •

Veía una catedral gótica de enormes naves, altísimas, inconmensurables, casi oscura. Yo estaba de pie. De pronto, junto con un destello de luz vivísima suena una trompeta y mis rodillas se doblan y mi frente queda pegada al suelo. Es Dios que ha pasado. Luego hay una ciudad que amanece y al destello pálido de las luces de gas veo un hombre que lleva una cadena al cuello y arrastra un cadáver. El cadáver soy yo. Más tarde me veo en un desierto candente bajo el sol y la fiebre me empuja gritando, hasta la orilla de un hilo de agua que se escapa cada vez que tendido le acerco mis labios. Entonces veo a lo lejos algunas sombras de seres vivientes y digo "agua". Escucho mi voz, es ronca y débil. Abro los ojos y veo delante de mí un cuarto que no reconozco, la figura de mi compañera muy pálida que corre hasta el lecho y dos personas más que reconozco vagamente, que sé mis parientes y que estaban lejos de Bruselas antes de mi operación. Comprendo que estoy vivo y vuelvo a cerrar los ojos con la voluptuosidad infinita del que se cree salvado de la muerte. Creo distinguir perceptiblemente la voz de una mujer que dice: "Doctor, ha hablado".

Siempre es un hombre sediento que corre por la arena, hundiéndose en ella en busca de agua. Solloza, suplica; pero la soledad es inmensa. El sol quema, el viento levanta nubes de polvo que ciegan

los ojos. Perdida la noción del tiempo, el caminante encuentra de pronto el mismo hilo de agua fugitivo. Como sabe que va a escaparse no trata de alcanzarlo; escucha el ruido musical de las aguas y suspira.

Vuelvo a abrir los ojos bajo el influjo de un placer indefinible. Alguien me aproxima realmente a los labios un trapo húmedo que aprieto convulsivamente.

¿Habré pasado ya el peligro? Con el esfuerzo que hice durante el narcótico para no adormecerme, he aprendido a vencer mi debilidad y trato de coordinar ideas. Las personas de mi familia que estaban en otras ciudades de Europa, uno en Escocia, otro en París, han venido seguramente llamadas por los míos. Esto quiere decir que he estado amenazado de muerte. ¿Se habrá terminado la operación? Tal vez al abrir por tercera vez los ojos mi mirada es suplicante, de tal manera suplicante, que todos se acercan para decirme algo. No sé lo que me han dicho; pero por las voces comprendo que eran palabras de consuelo.

Noche eterna, porque todo es oscuro en torno mío. Estoy envuelto, podría decir amortajado. Siempre de espaldas, siempre los brazos caídos a lo largo del cuerpo, siempre rodando vertiginosamente de un sueño a otro. Reconozco a veces el traje blanco, la cofia y los bucles rubios de una enfermera inglesa que está siempre de pie al lado de la cama. A veces se acerca el pliegue gris del hábito de una religiosa que murmura sus rezos mientras el péndulo del reloj marcha tan lentamente. Otras veces una persona que no es mi compañera, ni la enfermera inglesa, ni la hermana Priscila, ni la hermana Norberta, llega también, oprime mi pulso, escucha atentamente, me dice palabras dulces y se aleja. Cuando me tapa cariñosamente oprimiendo la ropa de mi cama me hace recordar a mi madre. Es una mujer que tiene voz, movimientos, sonrisas maternas. De cuando en cuando la voz del doctor resuena lentamente, sin inmutarse, cerca de mí. Creo ya darme cuenta de que mi estado es gravísimo.

Desde ese instante, todo es una pesadilla en torno mío. A veces en el silencio de la noche creo escuchar sollozos.

—¿Quién llora? —pregunto.

—Nadie, contestan la enfermera y mi mujer, nadie ha llorado.

Tal vez soñaba. Estoy bajo el efecto de inyecciones. El péndulo del reloj hace su tic-tac tan lentamente que el tiempo no pasa.

Una mañana creo escuchar canto de pájaros en el bosque y, más tarde, me parece oír la sonata triste de Madame Samuel en el piano. Vuelvo como de un lejano país, brumoso, de un sitio de montañas verdes muy oscuras en medio de nubes violeta casi negras. No podría contar qué cosa he visto; pero por primera vez llamo por su nombre a mi mujer y pregunto si han puesto el telegrama a Chile, diciendo que estoy salvado. El médico sonrío.

Cada media hora tal vez entra en puntillas al cuarto la mujer que me toma el pulso y me tapa cariñosamente. ¿Quién es ella? Una enfermera, me responden. Pero no es una misma, son dos, una es más delgada, más tierna que la otra; pero ésta es más fuerte y me da más ánimo. Mientras me mira lastimosamente se muerde el grueso labio inferior muy rojo. Su boca es muy movable y su sonrisa muy franca. Son dos enfermeras, realmente; así me lo asegura la hermana Priscila que entra con unas pobres rosas en un vaso.



La convalecencia es una época dulce de sufrimiento y de meditación, de benevolencia y de examen retrospectivo de la vida. El enfermo está exangüe, las manos no muestran vestigio de sangre. Manos de muerto, surcadas por venas azules que no logran moverse después de haber caído sobre las sábanas blancas y tibias. Hay penumbra en el cuarto, silencio en torno mío. De noche arde tras del jarrón del lavatorio una mariposa en aceite, cuya lucecilla medrosa proyecta en el techo enormes sombras que dan miedo. Estado femenino, estado infantil, debilidad suprema, ¡qué éxtasis de gratitud deparas al salvado de la muerte!

Descorren la cortina de la gran ventana. Las copas de los árboles muestran sus nuevos brotes de un verde claro. Alcanzo sin mover la cabeza, con una leve inclinación de los ojos a ver la torrecilla de un *chalet* vecino que sueño edificar en Chile cuando tenga dinero. El rumor de la vida viene de abajo, de la calzada que va a Waterloo. Me hago decir si es un automóvil el que pasa o un tranvía. Un día ruego al Padre Alberto que salga por mí y dé una vuelta furiosa por la Forêt de Soigne. Llega dos horas después con el rostro rosado, azotado por el viento fresco de primavera y me cuenta lo que ha visto.

Pero lo interrumpo porque no tengo fuerzas suficientes para seguir una larga narración.

Oigo con más agrado la voz de las mujeres. La hermana Priscila habla tan dulcemente que no fatiga, y las dos enfermeras misteriosas, a las cuales puedo ya mirar de frente, vuelven por turno a tomarme el pulso que encuentran excesivamente débil. La vida vuelve; pero vuelve como esta primavera retardada de Bruselas, yema por yema, brote por brote.

En esas horas largas y silenciosas y dulces en que una calma indefinible se apodera del espíritu, pienso en mi vida y pienso en todos los seres que sufren y no tienen consuelo. Si alguna vez he sido soberbio, si he sido duro, si no he sentido la palpitación de otros corazones cerca de mí, no ha sido mi culpa.

El dolor no me había bautizado con lágrimas. Ahora he llorado y soy feliz.

Pienso en Madame Samuel, cuyas manos paralíticas arrebatan al piano el recuerdo de su marido, y me figuro ver surgir delante de ella el interior del conservatorio de Gand, donde el músico la hizo tal vez comprender los secretos de la armonía. Pienso en los demás enfermos del hospital. Cuando las señoritas Vilegas y Delmer, las dos enfermeras maternas que me toman el pulso y oprimen la ropa en torno de mis hombros, vienen a verme les pido aceptar una ofrenda para los niños enfermos. Quiero que reciban en nombre de los míos algunos juguetes. Por la tarde me los extienden sobre el lecho, el polichinela, el oso, la muñeca, las galletas, y algunas flores.

—Estas son para las tísicas; aman tanto las flores.

La pensionista del Colegio de la rue Grand Cerf 9, viene de cuando en cuando acompañada por una señorita austríaca. Ella trae noticias de la ciudad, y aunque la ciudad vista al través de las celosías verdes herméticamente cerradas del convento no sea muy bulluciosa, siempre lo es más que la nuestra en esta ciudadela de las penas. Allí se leen las cartas de Chile en una mesa, al lado de la ventana, en el ángulo del cuarto. Mi debilidad me impide asociarme a los comentarios. Las dos mujeres hablan y sus siluetas de hermanas gemelas se destacan en la penumbra del cuarto contra la luz de afuera. La hermana Priscila las oye sin entender palabra, y dice que encuentra

muy dulce el idioma, les suplica que continúen y se retira en puntillas, haciéndome signos amistosos.

Mademoiselle Vilegas me cuenta que Alphonse, un muchacho que sufre de lupus y al cual las dos enfermeras dedican cuidados incansables, sigue mal. Le envió un recado cariñoso.

La joven enfermera inglesa que hace el servicio en la noche va a dar su examen y piensa regresar a Inglaterra con su título. ¿No piensa casarse? Se ruboriza. Según ella una enfermera debe conservarse soltera.

• • •

—Hermana Priscila, ¿no sería posible dar una gratificación a la señorita inglesa y tomar a una de las dos señoritas Vilegas o Delmer para mi cuidado?

La hermana Priscila se ruboriza más que de costumbre y me dice que lo consultará con la "Très Reverende Mère". Si yo prefiero a una de las dos enfermeras que entran de cuando en cuando a informarse del pulso y a leer las prescripciones del médico que están sobre la mesa, es por una simple razón. La enfermera inglesa es demasiado joven, me parece que debe fatigarse con el trabajo. Tiene, además, aspecto profesional. Cuando un hombre está muy enfermo prefiere una cuidadora más maternal, de más años, de movimientos más tranquilos.

La hermana Priscila que me parece una diplomática ingenua no me trae contestación alguna, confiando en la debilidad de mi memoria. Pero yo he vuelto a ver a mademoiselle Vilegas: es una mujer de treinta años tal vez, pálida, de cabellos negros, manos pequeñas y blancas, boca diminuta. Parece de carácter muy resuelto y tiene un aire de distinción que difunde la calma en torno suyo. La señorita Delmer es gruesa, todas sus proporciones son grandes, boca, labios, ojos, manos. Parece una apasionada. Cuando se muerde el labio grueso en busca de una resolución, parece que va a hacerse daño y a brotar la sangre. No sabría a cuál preferir; pero cualquiera de ellas estaría bien.

Sin embargo, la hermana entra y sale, dándome miradas furtivas. Por fin la veo en larga conferencia con mi mujer. Ambas me miran y esta vez es mi compañera la que se ruboriza.

—¿Sabes —me dice un momento más tarde cuando quedamos solos— que no puede venir ninguna de las dos? Resulta que la señorita Vilegas es la condesa de Villegas, Oultremond de familia. Sirve de enfermera por caridad y todavía da una buena suma de dinero al hospital. En cuanto a la señorita Delmer está en la misma calidad, es una mujer distinguida, tiene fortuna y se dedica a los pobres. Parece que desde hace muchos años estas niñas acuden todos los días, desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde al hospital y suplen así toda una falange de enfermeras que costarían una enorme suma. ¿Has visto caridad más admirable?

Yo pensaba avergonzado que había mandado a estas niñas creyéndolas, como a la inglesita, enfermeras pagadas. Pensaba en la sencillez con que esas dos mujeres habían elegido en el mundo este sacerdocio libre del dolor, y, no puedo negarlo, las encontré más dignas de admiración que a las hermanitas.

Toda esa noche pensé en las dos mujeres, recordando el timbre de su voz, el contacto de sus manos, el brillo de inmenso amor de sus ojos. Muy de mañana penetró como siempre la de turno a tomarme el pulso. Yo le cogí ambas manos entre las mías afiebradas, se las besé con fervor y en medio de sollozos le dije:

—¡Perdón, señorita. Mil veces perdón! Yo no sabía quiénes eran ustedes. Ahora lo sé y...

La niña se puso a temblar, asustada. No comprendía mi emoción. Era tan simple su sacrificio, tan natural, sin reflexiones.

—No, no —decía avergonzada— si no hay nada de eso, ni santidad ni otra cosa. Cada cual debe ocupar su vida. Pasó para mí la edad de amar; mi madre está acompañada con sus hijos y nietos. ¿Qué haría de mí pobre vida? Dedicarla a los que como usted sufren lejos de la patria, dedicarla a otras más infelices aún, que no tienen consuelo alguno ni remedio. Descanse amigo, calme sus nervios.

Y su mano maternal pasaba sobre mi frente en una caricia que no olvido.



Desde ese momento el Hospital de Santa Elisabeth se puebla para mí de visiones gratas. Todas esas almas belgas abnegadas, reco-

gidas, de profunda vida interior, que me tocan y que no he entendido durante tantos días, son dignas de veneración. Lerat, que parece un ambicioso de gloria, es un sacrificado a la sala de operaciones; estas dos niñas son dos santas; el mismo padre Alberto que se complace en reconocer su vicio de la "velocidad" no tiene otra falta en su vida; las hermanas flamencas y valonas que pasan en puntillas por todas partes sonriendo siempre, todos los que están allí dedicados a los enfermos y viviendo para ellos y por ellos, son capaces del heroísmo en su más alto grado.

Los días pasan. Los brotes verdes se han alargado y muchas copas que no se veían desde la cama asoman ahora lozanas y frescas. Todavía no podemos abrir los cristales, sino por momentos, y entonces penetra un aire lleno de aroma de flores. El enfermo comienza a encontrar fuerzas y puede incorporarse entre almohadones. Una mañana los enfermos le envían en signo de gratitud algunas flores que han enviado a recoger al jardín del hospital. Alphonse sigue mal, muy mal. Madame Samuel nos toca todos los días su sonata melancólica.

La primavera avanza. Puedo levantarme y dar algunos pasos. Desde la ventana abarco parte del bosque y los pequeños sitios encuadrados por rosales floridos donde surgen palacetes flamantes. Todo se presenta nítido, nuevo, sin confusiones. Al otro lado de la calzada diviso una tabernita cuya puerta está adornada con una guirnalda natural que no alcanza a cubrir la enseña Estaminet de la lisière du Bois. De ahí envían la cerveza a nuestros enfermeros.

Mademoiselle Vilegas nos da la noticia de que parte un tren de enfermos que va directamente de Bruselas a Lourdes. Es para dar un consuelo a los incurables. La condesa sonríe con la expectativa de ver penetrar un rayo de sol hasta el alma de sus afligidos clientes. La señorita Delmer llega más tarde, atrasada, con la nueva. Todo está arreglado con la administración. El convoy lleva sólo a los enfermos del hospital de Santa Elisabeth. Irán dos médicos y las dos caritativas enfermeras. También irá Alphonse, que espera sanar de su terrible mal.

Durante dos días no se habla sino del tren a Lourdes. El padre Alberto dirige los automóviles y hace cinco viajes a la Gare du Midi, naturalmente a *grande vitesse*.

—¿Quién paga este convoy? —pregunto a la inglesita cuando todos se han marchado.

Naturalmente las enfermeras. Es un regalo a los pobres que no tienen remedio y quieren morir con la esperanza suprema, con la esperanza del milagro.

La clínica ha quedado triste sin estas mujeres de tanto corazón y espíritu. Falta su presencia consoladora, echamos de menos sus sonrisas, sus palabras siempre llenas de entusiasmo y optimismo. Padre Alberto satisfecho de su gran trabajo en automóvil recibe con franca alegría la noticia de que voy a dar mis primeros pasos. Me comprometo a escuchar su sermón del domingo si alcanzo a la capilla.

Comienzan a aparecer sobre la mesa de mi cuarto los "primores" de la estación, frutas y legumbres prematuras cultivadas bajo campanas, bastidores o techos de vidrio, duraznos y uvas magníficas, recostadas como joyas, en sus cajas llenas de algodón.

Puedo salir hasta la reja del jardín. La avenida que pasa al costado del hospital es de reciente formación, tiene ya los árboles con sus ramas cruzadas de un lado a otro, formando toldos, y carece todavía de pavimento. Tres o cuatro casas se levantan en medio de la verdura poética de este rincón.

El sermón del padre Alberto es en flamenco y no entiendo una palabra. El me asegura que es un orador de esperanzas; pero que no tiene vanidad alguna.

Ya los días son muy tibios y han caído las flores de los árboles. Duermo con los cristales abiertos de par en par y entra todo el perfume de los bosques vecinos. Con la primera luz del alba el gorjeo ensordecedor de los pájaros me despierta. ¡Qué abundancia y variedad de pajaritos!

Junto con recobrar la salud empiezo a perder la calma. Cuando desfallecía no pensaba sino en el pasado; ahora, comienzo a hacer proyectos. La vida me reclama y las inquietudes de lo desconocido me asaltan. Siento abandonar en día no lejano esta casa, donde he sufrido. No hay nada como el dolor para afianzar afectos y recuerdos.

Paso entonces revista a mis últimos meses y veo al viejo doctor Sterpin que me ofreció preocuparse de mí como un hijo. Entonces me pareció la suya una frase banal; pero comprendo que los flamencos no mienten. Son hombres sanos, rectos, apasionados, verídicos. Cono-

cen la abnegación; no ese heroísmo de los momentos supremos, sino el sacrificio de todas las horas.

Una noticia me sorprende muy de mañana. La hermanita Josephine, una linda niña de dieciocho años que ha venido un día acompañada de los suyos a pedir ser admitida en el convento porque quiere dedicarse a cuidar enfermos, se ha fugado. Nos lo dice primero, con grandes aspavientos y después de santiguarse, la vieja hermana Rosa. Lo confirmo al ver sólo el rostro encendido de la hermana Priscila. Ella no sería capaz de contarlo; pero indudablemente quiere saber si estamos informados, porque da vueltas inútiles por el cuarto, sale y vuelve a entrar con el menor pretexto. Por fin como nos ve sonreír dice muy azorada:

—¡No, señor, no señora! Yo no haría jamás esto, con la ayuda de Dios. Soeur Josephine no podía estar en su juicio. Ella es la llavera: podía irse por la reja, por la calle, después de rezar un momento en la capilla, pero no tenía necesidad de saltar la muralla...

—¿Cómo? ¿Ha saltado la muralla del frente?

—Sí, señor, y ha caído mal la pobrecita. Está ahora en la cama y han llamado a su familia.

Cuando salgo a mi paseo matinal encuentro en la reja al portero que discute animadamente con un carretero que encontró a la hermanita con un fuerte golpe en la cadera, tumbada en el césped.

—Parecía una avecita con el ala rota —dijo el viejo, moviendo emocionado la cabeza.

—Pero, santo Dios, ¿y por qué si lo quería no ha salido por aquí por la puerta cuando andaba con las llaves?

—Cosas del diablo —dice una comadre—, se le habría puesto que estaba encerrada y se cegó y no vio la reja.

—¡Vamos! ¡Que si yo me hubiera encontrado con sor Josephine que me grita que la saque y la lleve donde sus padres, la saco —dice un muchacho bien plantado— y la pido para casarme con ella, que como santa es una santa, que lo digan los tísicos que la conocen, y también es linda.

El padre Alberto la compadece. Hay una gran humanidad y una gran franqueza en los belgas. Nadie es hipócrita. En Chile un capellán habría dicho mil cosas de apariencia para dar buen ejemplo. El

padre Alberto dice en la puerta a los paisanos, lo mismo que le ha dicho a la superiora:

—Nada de ejercicios espirituales. El pájaro quiso volar, dejarlo. Devuélvase a la hermana Josephine a su familia, que será muy feliz el hombre que la tenga por mujer.

La hermana Priscila sigue tan nerviosa que ha quebrado un vaso y dos pequeños platos. No sabe lo que hace. ¿Era amiga de sor Josephine?

• • •

Otra gran noticia: el tren de Lourdes ha vuelto. Alphonse ha dejado de sufrir; murió en el camino. Toda la tarde el padre Alberto, avisado por teléfono, manda como un general en jefe los automóviles. Las enfermeras han ido a sus casas a reposar un poco.

Con la primera luz del sol, la condesa de Vilegas entra al cuarto. Viene dichosa, a pesar de la muerte del pobre joven. Los enfermos han rezado con un inmenso fervor, han cantado en el santuario, han recibido un gran consuelo. ¿Sanará alguno? No lo sé. Alphonse murió al comenzar el viaje de vuelta. Como las enfermeras conocen el cariño entrañable de su madre, han hecho grandes sacrificios por escapar su cadáver a la vigilancia de los inspectores, principalmente en la aduana. Tendido el cuerpo, rígido y blanco como mármol, sobre la camilla del vagón, las señoritas Delmer y Vilegas se han turnado durante todo el día y la noche, de pie al lado del muerto, cubriéndolo con las sábanas.

—¡Chut! —les decían a los empleados, poniéndose un dedo sobre la boca—, el pobrecito viene con mucha fiebre. No meta bulla, por amor de Dios.

Y los buenos guardias pasaban en puntillas. Al llegar a Bruselas la condesa de Vilegas ha cargado el cadáver sobre su espalda y ha corrido hasta el automóvil antes de que la interroguen.

¡Una sorpresa! La hermana Josephine no ha querido irse del convento. Ha llorado, ha suplicado de tal manera, que la han dejado. Las tísicas están contentas. Una de ellas se murió sonriéndose al saber la noticia y quedó mostrando sus dientes albos, pues su labio estaba ya seco y no podía moverse sino con dificultad.

• • •

Estoy ya dentro del automóvil para marcharme. En la puerta mis amigos, la hermana Priscila, el padre Alberto, nos despiden. Arriba madame Samuel toca su sonata triste. Un enfermito sale corriendo a entregarnos un ramo de flores. Yo no puedo resistir... ¡Adiós! Luego el automóvil atraviesa el bosque y entra a la avenida Louise. Estamos en el mundo de la lucha.



Hace algún tiempo, entre las cartas de Europa abrí una cuya letra desconocía. Eran dos pliegos del padre Alberto, en que trata de hacerse recordar, pensando tal vez, en su humilde ingenuidad, que podía ser olvidado.

Yo quisiera transcribir su carta completa: es un retrato. Al lado de consideraciones de delicadeza y profundidad raras, saltan indiscreciones que hacen reír.

Me dice que ha entrado a ejercicios y ha pasado revista a su vida. Entre las figuras de este cinematógrafo ha aparecido el enfermo de la pieza número 5 de la primavera del año 11, su mujer y su familia. Pues bien, cuando el alma se recoge debe primero pensar en Dios, después en los suyos y en seguida en los amigos por lejanos que estén.

Me cuenta que las enfermeras tienen ahora una nueva cofia de tela "C'est très gentille à voir". El Hospital de Sainte Elisabeth ha enviado una ambulancia a Belgrado para atender serbios, búlgaros y turcos heridos. En ella está el doctor Lerat, que va a sacar provecho de la "gran carnicería" para aliviar más tarde los dolores de los hombres, y mademoiselle la Comtesse de Vilegas de Saint-Pierre.

Pero, a pesar de este nuevo anuncio de la caridad de mis santos amigos, había otro párrafo de la carta, que me emocionó más todavía: me decía que ahora está en Lovaina y que ha hecho varios viajes al hospital para ayudar al capellán. "Un día que estuve allí tuve que ir a buscar un enfermo a 60 kilómetros de distancia y nos fuimos con el *chauffeur* a toda máquina, en una carrera loca. El hacía eso por mí; yo quiero mucho el automóvil; pero lo prefiero cuando va tan ligero que no se ve nada a los lados."



Cuando las dolorosas noticias de la neutralidad de Bélgica violada, de la defensa heroica de Lieja y Namur, llegaron a Chile, he recordado mis días tristes de Bruselas y el temple profundo y acerado de los hombres y mujeres de ese país. Yo veo a las enfermeras cuidando los heridos; pero llorando de ira por los incendios y matanzas cometidas en sus viejas ciudades, en sus templos y sus fábricas. ¡Llegará una alborada de reparación para ese noble y desgraciado pueblo!

Por ahora vaya mi recuerdo a quienes debo la vida.

Pacífico Magazine,

noviembre de 1914, pp. 543 - 553.

• En medio de la profusa labor escrita de Joaquín Díaz Garcés sobresalen algunos relatos con forma de cuento, algunos estudios de costumbres y ciertos rasgos de la más variada índole, desde el artículo chistoso sobre la actualidad nacional y extranjera, hasta la observación sobre el hombre como ente social. Todo esto, además, en estilo suave, reposado, risueño, no exento de lirismo, y donde abundan fuertes pinceladas de color, como prueba de que el escritor era también un enamorado de las artes plásticas.

• La Antología que autoriza Raúl Silva Castro para la Editorial Andrés Bello, ha sido fraguada en torno a aquellas cumbres eminentes del estilo de Díaz Garcés. Con mayor amplitud, una muestra escogida de este autor podría cubrir varios volúmenes con miles de páginas: tal fue la abundancia de su producción. Pero precisamente lo escueto de esta selección, acredita el esmero del estudio previo, la sensibilidad que fue preciso aplicar a cada fragmento, a fin de que ninguno desentonara en el conjunto y éste resultara vario, ameno, ilustrativo y regocijado.

• La colección de Antologías de la Editorial Andrés Bello no podía carecer de una muestra representativa de la obra de Díaz Garcés, elogiada por varias generaciones. Y es notorio que la curiosidad, el interés, el amor por la obra de Díaz Garcés, no ha cedido nada en los últimos años, cual puede acreditarse con el gran número de selectos estudios que se le han consagrado.